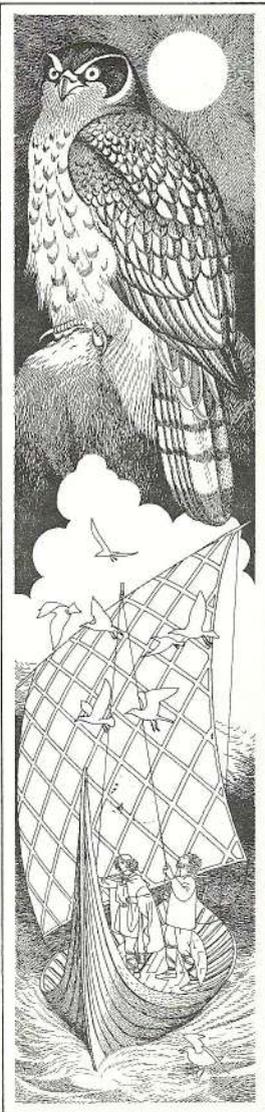
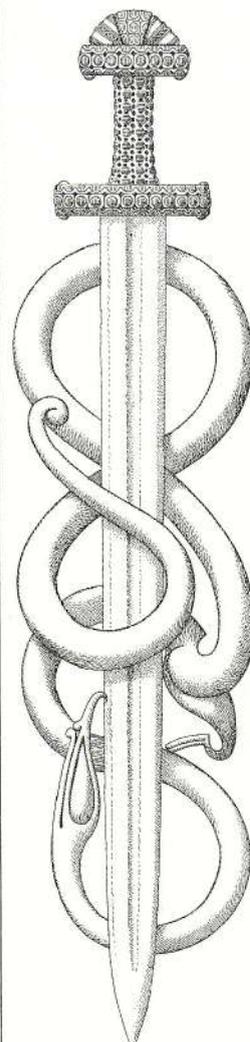


# Contenido

- |    |                                   |     |   |
|----|-----------------------------------|-----|---|
| 11 | De cómo fue engañado el rey Gylfi | 89  | La historia de Capirote el Tembloroso   |
| 15 | Un mundo de hielo y fuego         | 97  | Cuando ataron a Fenrir el lobo          |
| 20 | La creación del mundo             | 101 | De cómo consiguió Thor su martillo      |
| 24 | Noche y Día                       | 107 | Thor combate al gigante Krungnir        |
| 29 | Los primeros seres humanos        | 112 | Thor sale a pescar                      |
| 31 | Yggdrasil, el Fresno Mundial      | 116 | Thor en el baluarte de los gigantes     |
| 37 | La Edad de Oro en Asgard          | 124 | Las vacaciones de Thor                  |
| 44 | Heimdall en Midgard               | 131 | El robo del martillo de Thor            |
| 46 | Las Nornas                        | 134 | La muerte de Balder                     |
| 48 | Loki y sus malvados hijos         | 141 | La venganza de los dioses               |
| 52 | Guerra en el cielo                | 144 | El Ragnarok, juicio final de los dioses |
| 60 | Las murallas de Asgard            | 149 | El retorno de los dioses                |
| 65 | Las manzanas de la vida eterna    | 151 | El rey Gylfi es engañado nuevamente     |
| 72 | Odín se prepara para el Ragnarok  | 154 | Los símbolos en los mitos nórdicos      |
| 78 | Sigurd el Matadragones            | 155 | Índice analítico                        |





## De cómo fue engañado el rey Gylfi

Hace mucho tiempo gobernaba en Suecia un rey llamado Gylfi. El rey Gylfi amaba a su tierra norteña; la quería incluso en esos inviernos de frío espantoso, cuando durante meses interminables el sol no lucía jamás y las oscuras forestas y montañas se veían apenas iluminadas por la pálida luz que reflejaban la nieve y el hielo. Los pobres se mantenían encerrados en sus cabañas, quemando troncos que habían cortado durante el otoño, mientras que los hambrientos lobos se movían silenciosamente entre los árboles, como fantasmas, y frecuentemente llegaban a olisquear las puertas cerradas a cal y canto.

Al llegar la primavera y el verano, el sol regresaba del sur y calentaba el aire, que olía a pinos, y se fundía el hielo de ríos y lagos. Los osos despertaban de su sueño invernal, se rascaban la cabeza y se movían pesadamente por el bosque buscando miel. Cantaban alegres los pajarillos y cada hoja, cada charco, relumbraban al sol. En aquella estación al rey Gylfi le gustaba su Suecia más que nunca y desde luego no tenía intenciones de dejarse arrebatarse un guijarro, una brizna de hierba del país, cosa que bien podía acontecer, pues los tiempos eran agitados y violentos. Los monarcas de Suecia, Noruega y Dinamarca se enfrentaban con frecuencia, dispuestos a atacarse, y bandas de vikingos dedicados a la piratería, leales a nadie, saqueaban las costas del norte con sus temibles *drakkars*, largos barcos con un dragón en la proa.

El rey Gylfi estaba bien preparado para enfrentarse a las flotas piratas. Sus guerreros tenían guarniciones por doquier, dispuestas dentro de baluartes circulares, dotados de murallas de piedra y tierra de diez anas de alto y coronados por una empalizada de troncos de árbol mayor que dos hombres uno sobre otro. Dentro de aquellos fuertes, sus partidarios, las familias y también las cabalgaduras vivían en barracones con techos de paja agrupados de cuatro en cuatro para constituir así un cuadrilátero defensivo. El rey Gylfi no tenía miedo a un ataque de los ejércitos foráneos o de los vikingos, y cada noche dormía en su castillo el sueño feliz de un hombre que se halla en paz consigo mismo y con el mundo. Pero *estaba* destinado a perder una parte de su reino de manera bien misteriosa. Todo empezó con una mujer.

La mujer que acabaría alterando la pacífica existencia del rey Gylfi no se parecía a las demás mujeres del norte. Era alta, ciertamente, pero su tez no era clara, sino tostada por el sol. Los ojos no eran azules, sino castaños, y su larga cabellera, en vez de ser de un

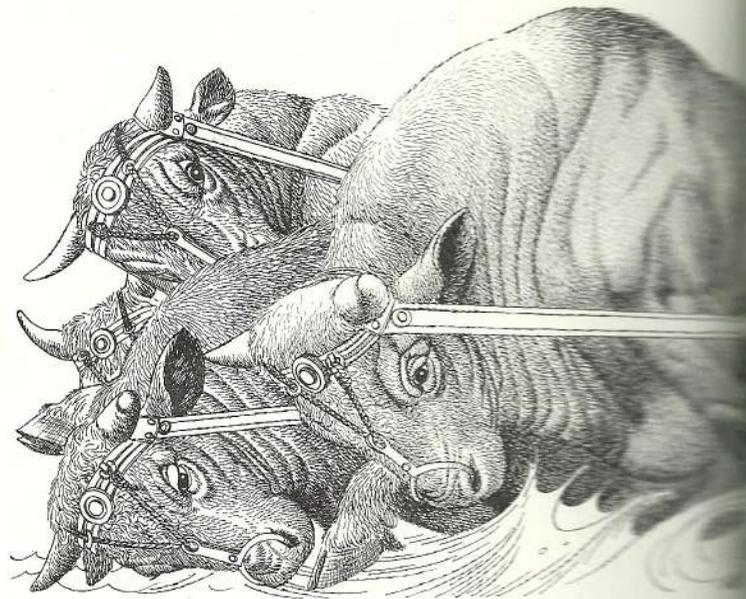
rubio pálido, era negrísima y, según le diera la luz, casi púrpura. Parecía más bien la clásica muchacha esclava que de vez en cuando traían al norte los vikingos que navegaban hasta la gran ciudad de Micklegarth.

Eran aquéllas unas tierras peligrosas, estaban encantadas y las poblaban enanos, gigantes, monstruos y magos. Si aquella mujer hubiese acabado siendo una hechicera, a nadie le habría extrañado gran cosa. Y no faltó quien afirmase —naturalmente *a posteriori*— que ya desde un comienzo sabía que era una bruja, una encantadora capaz de hacer potentes sortilegios. Todo el mundo había escuchado los relatos de los vikingos acerca de aquellas lejanas tierras del sur, de mares calientes y ardientes desiertos que reflejaban lugares hechizados donde se perdían los sedientos viajeros. No cabía duda de que si se seguía navegando por aquellas costas, rumbo al sur, llegaba uno al umbral del reino de Surt, el gigante del fuego, cuyos dominios estaban protegidos por las llamas. Pocos marineros se habían aventurado tan lejos, y fueron menos los que volvieron para poder contar lo que habían visto. No cabía duda ninguna de que si semejante mujer procedía de dichas zonas, tendría que ser forzosamente una hechicera.

Había llegado a la capital del rey Gylfi empuñando las riendas de un carro labrado y cubierto con un toldo bordado, tirado por cuatro bueyes, mucho más grandes y fuertes que los que hasta entonces se habían visto en el norte. Gylfi la invitó a aposentarse en su propio castillo. Su figura, su gracia, sus extraños ojos castaños, su pelo oscuro, que a la luz de las antorchas encendidas al caer la tarde lucía con resplandores de cambiante púrpura, y su aroma a frutas maduras y exóticas o a flores fascinaron al soberano. Ella lo hechizó y en cuestión de pocos días ya se encontraba él dispuesto a entregarle la mitad de sus tesoros. Pero la mujer se negó. No quería nada. Se sentía feliz residiendo en el norte. Claro que, si el rey insistía mucho, podría aceptar un lugar propio para vivir, digamos una o dos hectáreas de tierra de aquel país.

El fascinado Gylfi no dudó en ofrecer a Gefiun (pues tal era su nombre) tanta tierra como fuese capaz de arar con sus propios bueyes durante un día y una noche.

Aún sigue siendo un misterio de dónde sacó la mujer el arado, pero la gente que la vio empezar a trabajar entre las neblinas de una ma-

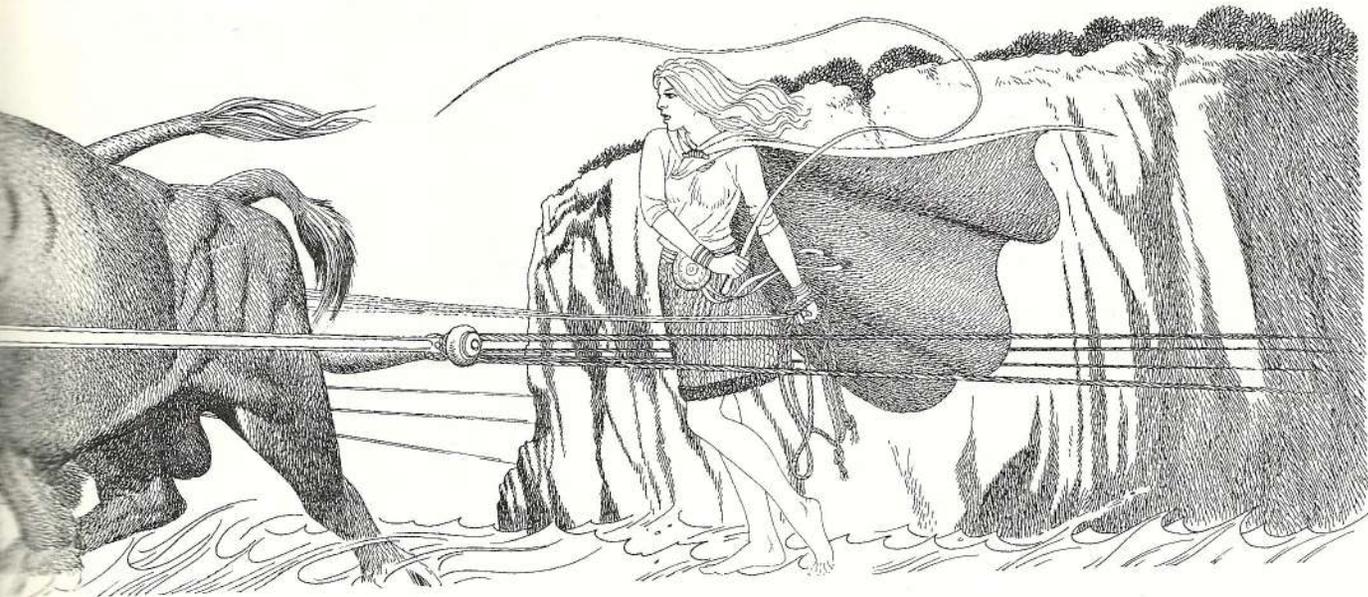


ñana al alba dijo que la reja del arado era tan grande como una nave vikinga. Los cuatro bueyes parecían colinas, moviéndose, cargando, esforzándose y sudando, mientras los ojos les ardían como lámparas que atravesaran la tenue luz de la aurora. La mujer empezó a arar antes de que el rey Gylfi se hubiese levantado de la cama y a la hora del desayuno había desaparecido ya en el horizonte con sus animales y aparejos.

Pasó el día, llegó la noche y ni ella ni los bueyes ni el arado volvieron al castillo. Gylfi se acostó. La mujer desapareció tan misteriosamente como había venido.

A la mañana siguiente, el rey Gylfi se vio despertado por un temblor de las paredes de su dormitorio, acompañado de un retumbar lejano. Las pesadas sillas de roble tallado comenzaron a vacilar, yendo de un lado al otro por el suelo, y su gran lecho, con él encima, se deslizaba hacia la ventana. Saltó apresuradamente de la cama al suelo, cuyos maderos vibraban, y se puso los pantalones. Tambaleándose como un borracho, llegó a los baluartes y allí no podía dar crédito a sus ojos.

El sol, que no había salido ni cinco minutos antes, ise estaba poniendo ya! El rey Gylfi se estremeció en aquella repentina oscuridad, pero no habían pasado otros cinco minutos cuando el astro rey volvió a lucir en el cielo. El rey se puso la camisa, perplejo ante tan extraordinario acontecer: ¡el sol no sale dos veces en un día! Pero lo más extraordinario fue que el sol se puso de lado y reapareció de lado,



como la luna cuando queda oculta por una nube pasajera. Entonces comprendió la asombrosa verdad. Era la tierra entera lo que se movía. Estaba siendo testigo de una nueva clase de terremoto y ante sus estupefactos ojos, mientras una línea de colinas se movía diligentemente rumbo al mar, el sol parecía saltar de una a otra como una pelota de oro. Y durante todo este tiempo el ruido de rocas trituradas, el clamor de las espantadas aves y el chapoteo y repiquetear de los deshechos ríos y arroyos resultaban enloquecedores. El soberano se aferró con todas sus fuerzas a la temblorosa balastrada de piedra.

El rey Gylfi creía estar soñando hasta que, delante de aquel colosal pedazo de su reino, vio cuatro bueyes gigantescos, con un arnés irrompible, cargando y resoplando mientras Gefiun los acuciaba. Los campesinos de aquella gran porción de tierra, ahora hecha isla, seguían entregados a sus tareas cotidianas. Gylfi observó asombrado cómo un pastorcillo, con su perro ladrando, se esforzaba por hacer cruzar al rebaño disperso a través de una puerta que se empeñaba en no permanecer quieta; asimismo, una lechera, que ordeñaba en un campo, no cesaba de caerse del taburete derramando la leche.

Lo que no consiguió ningún ejército estaban lográndolo la hechicera y sus cuatro gigantescos bueyes de la noche a la mañana: arrebatában al rey Gylfi una vasta área de su reino. Sencillamente se la estaban llevando a rastras.

La curiosidad pudo más que el asombro. El rey corrió al patio, pidiendo su caballo. Cuando

hubo alcanzado las polvaredas tremendas, viéndose forzado a detenerse ante el lodo de los quebrantados ríos, llegó justo a tiempo de ver cómo su tierra robada se adentraba en el mar. En ese momento, el avance de la masa terráquea quedó facilitado y dejó tras de sí un surco en las aguas como los remos de una flota de naves vikingas. Al cabo de unas cuantas millas el movimiento se detuvo y campos y colinas se asentaron, firmes sus raíces sobre el lecho marino. Gefiun había robado una parte de Suecia y convertido su botín en una nueva isla. De hecho, hasta hoy esa isla se llama Tierra del Mar o Zeeland. En la actualidad forma parte de Dinamarca. El abismo producido en Suecia se llenó rápidamente de agua, formando un lago, que ahora se denomina sencillamente Malaren, el Lago.

El rey Gylfi estaba furioso. Envió mensajeros a la isla robada y a todos los rincones de su reino en busca de la mujer y sus bueyes, pero habían desaparecido de la faz de la tierra. Los bueyes regresaron a Jotunheim: eran los hijos de Gefiun y un gigante. Y ella sin duda debió de regresar a Asgard o sus inmediaciones, pues se supo que no venía del sur, sino que era pariente de los viejos dioses.

La gente del norte llamaba a esas antiguas divinidades los Ases. Estaban gobernados por Odín, padre de todas las divinas potencias, cuyo hogar se encontraba en Asgard. Nadie sabía dónde estaba Asgard exactamente, pero para la mayoría de la gente era una tierra ubicada encima de las nubes.

La furia de Gylfi contra Gefiun continuaba ardiendo en su interior y decidió vengarse de algún modo. Pensaba que los Ases debían ser poderosos magos y se preguntaba si preparaban ellos su propia magia o les otorgaban sus poderes otras divinidades, a las cuales ellos mismos adorasen. Con objeto de averiguarlo emprendió un viaje que esperaba le llevase hasta Asgard.

El propio rey Gylfi era experto en magia y no tenía intención de dejarse engañar otra vez por los dioses. Así que modificó su aspecto, se puso una gastada capa de peregrino y un polvoriento y viejo sombrero flexible y cuando alguien le preguntaba su nombre él respondía: «Caminante Cansado.»

No es preciso entrar aquí en los años de vagabundeo, en los peligros de su viaje o en las amargas desilusiones con que el rey Gylfi se topó antes de llegar a Asgard. Supo que era Asgard porque el espléndido edificio que apareció ante su vista estaba techado con escudos de oro puro. El guardián, situado ante las grandes puertas de doble hoja, mataba el tiempo haciendo juegos malabares con unas dagas de aguzada punta, y de hecho resultaba capaz de tener siete a la vez en el aire.

Sin apartar sus ojos de las dagas volanderas, el hombre que estaba de guardia inquirió:

—¿Quién eres y qué buscas?

—Me llaman Caminante Cansado —dijo el rey Gylfi—. He recorrido un largo trecho y, como puedes ver por mis ropas polvorientas y mis sandalias gastadas, estoy agotado. ¿Tienes un trozo de pan y alojamiento para que pase la noche un viejo vagabundo?

El hombre atrapó sus dagas una a una y, mirando con aire de sospecha a Gylfi, dijo:

—Lo de tu albergue tendrás que preguntárselo al señor del castillo.

—¿Y cómo se llama? —inquirió Gylfi.

—Eso preguntárselo a él mismo —dijo el guardián, internándose en el edificio con Gylfi a sus talones.

El interior era vasto, y en realidad una parte del mismo parecía ser un campo de batalla con un combate en pleno desarrollo. El tumulto y los gritos asustaban. De vez en cuando el rey Gylfi se veía obligado a agacharse, temeroso de ser alcanzado por un venablo o una flecha perdidos.

Ahora sabía exactamente dónde se encontraba. Estaba en el Valhalla, hogar de los muertos

valientes, pero el apresurado guardián no le dio oportunidad de hacer preguntas. Ambos dejaron atrás el campo de batalla y penetraron en un pasillo que conducía a una cámara cuya techumbre se sustentaba en gruesas vigas, en el extremo más alejado de la cual aparecían tres personajes sentados en sus tronos. En la penumbra no era fácil averiguar a qué se parecían, pero el rey Gylfi se notó lleno de respeto en su presencia. El guía dio media vuelta y le dejó allí, de pie, torpemente parado. Gylfi rompió el silencio:

—¿Cuáles podrían ser los nombres de vuestras señorías?

—Alto —dijo uno.

—Igual-de-Alto —dijo otro.

—El Tercero —dijo el último.

Conociendo que había llegado por fin a Asgard y estaba en presencia de los Ases, el rey Gylfi se sintió turbado, por no decir inquieto. Alto dijo:

—¿A qué te dedicas?

Gylfi replicó:

—Estoy buscando a alguien que esté realmente bien informado. Podría decirse que busco a la persona mejor informada de la tierra o el cielo. ¿Hay aquí alguien de semejante naturaleza?

—Tendrías muchísima suerte, en verdad, si logras alejarte de aquí sin daño, a menos que te encuentres mejor informado de lo que has estado hasta ahora. ¿Qué quieres saber exactamente? Acércate y pregúntalo sin rodeos —le ordenó Alto.

El rey Gylfi dijo:

—Con la venia de vuestras señorías, querría saber quién es el principal y el más antiguo de los dioses. También quiero saber qué estaba haciendo antes de que fuesen creados el cielo y la tierra y de dónde provienen los gigantes del hielo y los del fuego, quién creó a los seres humanos, el sol, la luna y las estrellas, por qué soplan los vientos...

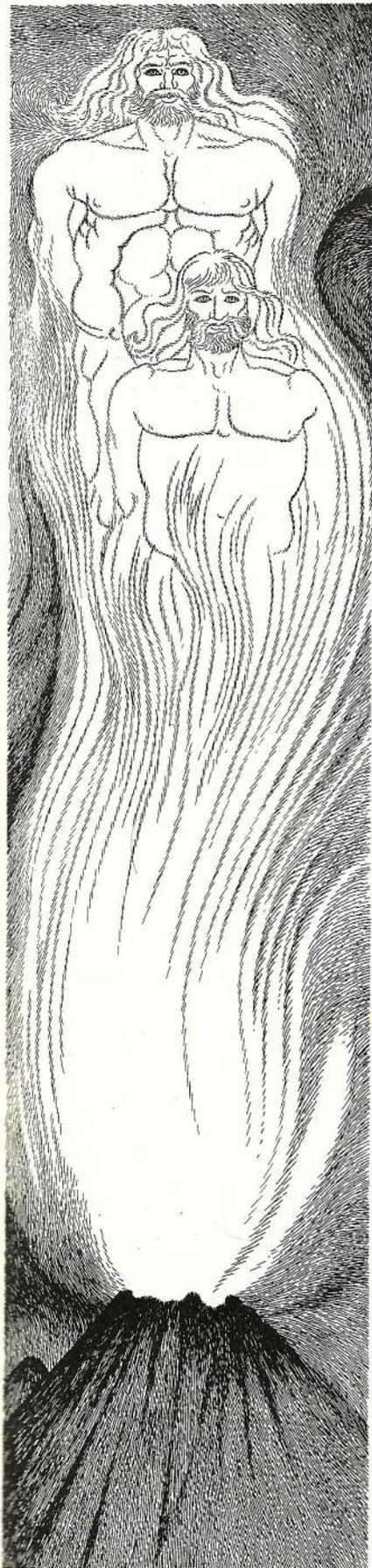
Igual-de-Alto le interrumpió, diciéndole:

—Es evidente que quieres conocer todas las triquiñuelas, los pormenores, de primerísima mano, y ése es siempre un tema arriesgado.

El Tercero dijo:

—Será mejor que acerques un escabel, porque el relato de todo ello nos va a llevar un buen rato...

Y lo que el rey Gylfi averiguó es lo que vais a leer vosotros ahora.



## Un mundo de hielo y fuego

En el principio —relataron aquellos misteriosos seres al rey Gylfi— fue Ginnungagap, el profundo vacío o el vasto abismo. Era una región tan enorme, tan ilimitada, que se extendía para siempre en todas direcciones, con espacio para albergar a billones de universos y aun así con sitio para más. El contemplarla le mareaba a uno, le hacía ingrávido, atemorizaba a su mente, porque carecía de longitud, de anchura, de parte superior o inferior. En el comienzo nada hubo en Ginnungagap que un ser humano pudiera aferrar: ni una gota de agua, ni una hoja de hierba o una ramita, ni tan siquiera un grano de arena. No había luz ni oscuridad, tampoco silencio, y aun así no había sonidos: tan sólo el hondo vacío. Aunque semejante nada resultase tan vasta e informe, con todo, no estaba vacía. Carecía de forma, pero decididamente no se hallaba vacía. Tan sólo los dioses conocían este secreto. Y luego esa nada comenzó a ser algo y se pudo comprobar que existían dos regiones muy contrastadas. Primero estaba la región del fuego, llamada Muspellheim. Ninguna persona normal podía vivir en ella, pues la tierra aparecía encendida y el aire igualmente en llamas. Más adelante los gigantes, cuya combustión se realizaba en tal fuego, empezaron a construir Muspellheim, que sería su hogar. Muspellheim significa «el hogar de los destructores del mundo» y, como veremos más adelante, nada podía irle mejor que un nombre tan terrorífico.

Los Ases tuvieron buen cuidado de no acercarse a los límites de aquella tierra, porque el calor era tan intenso, las llamas tan tremendas, que incluso a un millón de kilómetros todo quedaba calcinado y consumido. Para hacer la cuestión todavía más espeluznante, Surt, el más feroz de los gigantes, actuaba como centinela en la llameante frontera, aferrando en su ardiente mano una espada de fuego. Impedía el paso a todo posible intruso, aun a los propios Ases, los dioses. Estuvo allí desde el comienzo, y se encontraría en el mismo sitio en el final, el Ragnarok o día de la muerte de los dioses. El cabello de Surt aparecía envuelto en llamas, lanzando chispas brillantes en todas direcciones, cual cometas trabados a ellos; su cabeza y rostro semejaban fuego fundido y ríos de lava descendían de continuo por su mal conformado cuerpo. ¡No debe, pues, maravillarse que se profetizase que al final del mundo él lanzaría una cantarina llama y un hediondo humo por todo el universo, convirtiendo a todo ser vivo en cenizas ennegrecidas!

Los tres extraños informantes dijeron a Gylfi que la segunda de las grandes regiones en el vasto abismo de Ginnungagap era una



salvaje soledad, fría y desolada, compuesta de hielo, nieve y congelantes nubes y niebla, por nombre Niflheim. Niflheim, como Muspellheim, había existido durante incontables eras antes de ser creada nuestra tierra. En su centro brotaba de pronto, espumeante, la poderosa fuente de todas las aguas, un rabioso surtidor denominado Vergelmir o Caldera Rugiente. Todos los ríos, de cualquier época, procedían de Vergelmir. Sus nombres eran terribles y mágicas sus formas: uno se llamaba Aullador y otros Tormentoso, Horroroso y Estalla-Burbujas. Se comentaba de uno que estaba enteramente compuesto con carámbanos de hielo que se abrían paso en forma de armas: azagayas, lanzas, espadas, hachas de combate.

Otra tumultuosa fuente o manantial que existía en Niflheim era la llamada Elivagar u Ondas Gélidas. Elivagar había surgido, asimismo, de su desconocida fuente desde épocas inmemoriales. Algunos afirman que Vergelmir y Elivagar eran tan sólo distintos nombres de un manantial primigenio, virgen; sea como fuere, las montañas de hielo que componían Elivagar, trituradoras, chirriantes, crujiertes, se expandieron y explotaron al cabo, extendiendo capa tras capa de glaciares por toda el área norte de Ginnungagap. Y a través de las siempre crecientes cadenas montañosas de hielo zumbaban en torbellino unas ventoleras de granizo, heladas lluvias y ventiscas totales.

Y lo que es más importante, como veremos, resulta que borboteaba por doquiera en Elivagar una venenosa escoria que acababa asen-

tándose como salida de un horno. Ese material se endurecía, formando hielo negro. Cuando semejante masa dejaba de fluir y su marcha se detenía, quedaba colgando, suspendida y formando colosales carámbanos e icebergs, amontonados y detenidos uno encima de otro, siempre arriba y arriba como troncos que se almacenan. Así es que ambos lugares, Vergelmir y el envenenado de Elivagar, colmaban por completo la parte norte de Ginnungagap. Finalmente el tremendo vacío de esa área norteña quedó bloqueado por masas de pesados y demoledores hielos y escarchas totales; en contraste, el firmamento al sur de Ginnungagap centelleaba con chispas y gases fundidos que salían a borbotones en Muspellheim.

Resultaba no poco evidente que, transcurridos varios eones de tiempo, las regiones de fuego y hielo dentro del vacío enorme acabarían por encontrarse. Cuando ello, en efecto, terminó por suceder, se suscitó el más sorprendente de todos los fenómenos, que nadie desde que empezó el mundo ha sido aún capaz de explicar: la vida. Allá donde ambos elementos se juntaron en el espacio, el vacío total era tan suave como un ambiente sin aire, pero cuando el hielo de Niflheim rozó el fuego de Muspellheim se produjo una terrible explosión y un fabuloso y creciente estampido brutal. Las gotas de veneno en fermentación que ascendían, cual burbujas, a la superficie en todo Elivagar resultaron con una vida insuflada por el fuego, y a todo lo largo y lo ancho de Ginnungagap se conformó el cuerpo de un gigante.



Tenía rasgos de hombre y al principio apenas podía moverse. Un caldo de espumoso e hirviente lodo, con hielo, dio origen a su feroz cabeza, a sus brazos, torso y piernas rezumantes de fango. Sus descendientes, los gigantes del hielo, le llamarían Aurgelmir, que significa Hierve-Barro, pues ellos conocían el secreto de su creación, pero hubo otros que le conocieron como Ymir.

Durante interminables épocas Ymir estuvo yacente, durmiendo sobre su mejunje venenoso, mezcla de lodo y hielo, pero finalmente su cuerpo se solidificó y el gigante empezó a sudar. Bajo su axila crecieron un varón y una hembra. Después, uno de sus pies se emparejó con el otro y produjeron un hijo de seis cabezas. Fue de tales criaturas de donde se originó la raza de los gigantes del hielo.

Claro es que no todo el hielo de Niflheim estaba empapado del veneno de Elivagar, y allá donde permanecía puro, pero siempre fundido por los fuegos de Muspellheim, apareció entre el deshielo una enorme vaca. Su panza se extendía a través de los picos y alturas como un colosal cúmulo, y eran sus patas cual columnas en las esquinas del espacio. De las ubres del fabuloso animal fluyeron cuatro ríos de leche que amamantaron al gigante Ymir. Los gigantes del hielo la llamaron Audumla, lo cual quiere decir la Gran Amamantadora. Por supuesto que la propia Audumla necesitaba alimentarse también, así que empezó a chupar los continentes congelados que tenía a su alrededor, hallándolos gustosamente salados para

su paladar. Del mismo modo que un escultor contempla, dentro de un bloque de mármol, una imagen que sólo él será capaz de extraer luego, así también, a medida que Audumla lamía el hielo, algo nuevo empezó a aparecer.

Al anochecer de la primera jornada, su rápida lengua había descubierto el cabello de un hombre. Durante todo el día siguiente estuvo hozando y baboseando hasta que apareció la cabeza de un ser humano, varón. Al tercer día había dado plena conformación material a un hombre entero. Los dioses lo llamaron Buri, porque pretenden que fue su primer antepasado; era verdaderamente hermoso y regocijante de contemplar, un dios grande y poderoso. A medida que fue transcurriendo el tiempo, Buri tuvo un hijo llamado Bor, que significa «Nacido», pues durante todos esos miles de años todavía no había muchas palabras utilizables. La esposa de Bor era Bestla, hija de un gigante conocido como Balethorn. Bor y Bestla tuvieron tres hijos: Odín, Vili y Ve.

Todos estos seres, antecesores de los gigantes y los dioses, amén de la vaca universal, Audumla, habían sido creados dentro de la primigenia disposición, informe, de Ginnungagap. Dado que el veneno procedente de Elivagar existía, algunos resultaron perversos, mientras otros, como Buri, fueron buenos.

Pero es bien conocido el hecho de que el bien y el mal no pueden existir pacíficamente juntos y no iba a transcurrir mucho tiempo antes de que se suscitara una tremebunda batalla entre los poderes cósmicos.



## La creación del mundo

Los gigantes del hielo constituían una raza oscura y violenta, contrahecha, monstruosa y amiga del estrépito. El hijo del viejo Ymir, nacido de la unión de uno de sus pies con el otro, era un ser semejante a un glaciar, con seis cabezas, llamado Thruthgelmir, o el Poderoso Vociferante, y su hijo era conocido como Bergelmir, o sea, el Vociferante Roquizo. Cuando ambos y sus ancianos padre y abuelo, Ymir-Aurgelmir o Hierve-Barro, se reunían en consejo, el ruido resultaba desagradable, y Odín, Vili y Ve, retoños de Bor, se irritaban más allá de todo límite.

Odín y sus dos hermanos entraron en disputas con el viejo gigante Ymir y, tras un gran combate, le dieron muerte. Al caer, hecho trizas, salió tantísima sangre de su cuerpo que toda su familia gigantesca se ahogó, con excepción del miembro más joven, Bergelmir, y de su esposa. Bergelmir pudo nadar entre las sanguinolentas oleadas arrastrando a su mujer del pelo, hasta ser capaz de izarse penosamente sobre un molino enorme, y allí quedaron ambos, jadeando anhelosamente, intentando respirar mejor. Así pudo continuar la raza de los gigantes del hielo y de los ogros de las colinas.

Odín, Vili y Ve arrastraron los restos de Ymir, que todavía lanzaban torrentes de sangre, hasta depositarlos en mitad de Ginnungagap. Había tantas heridas en el cuerpo de Ymir que su sangre, saliendo a borbotones, acabó formando el mar. Todos los océanos, lagos, ríos, cascadas, charcos y arroyos tuvieron su origen en la sangre de Ymir.

Los hijos de Bor pusieron manos a la obra sobre el cuerpo de Ymir lo golpearon, moldearon, hicieron trizas y acuchillaron, manejando el tremendo cadáver, tirando de su carne y empujándola de acá para allá, cual si fuese arcilla, hasta sentirse satisfechos. Cuando hubieron dado término a la hórrida tarea, habían generado el fundamento de la tierra, es decir, suaves colinas, llanuras, secos lechos de río, vacías cuencas de lagos y el fondo marino carente de agua. En todos esos huecos fueron luego vertiendo la sangre de Ymir, de manera que la tierra quedaba totalmente rodeada por el mar, al cual aflúan los ríos. Hicieron con el hacha pedazos y astillas de los huesos, formándose así los riscos y montañas. A continuación, de sus dedos, dentadura y trozos sobrantes de los huesos fragmentados ya, formaron las rocas, individualizadas, separadas, y los cantos rodados de la orilla del mar. Se sirvieron del pelo de Ymir para fabricar árboles y arbustos. Del suelo y tierra, hechos con su carne, brotó espontáneamente una raza de enanos, como ocurre con los gusanos

que proceden de la corrupción. Así pues, los hijos de Bor habían creado ya la tierra, las playas y el mar, pero aún no existía el firmamento. En consecuencia, Odín, Vili y Ve levantaron penosamente entre los tres el poderoso cráneo de Ymir, para formar una especie de cúpula en la tierra. Ahora tenían que hallar un medio para sujetarlo en semejante posición.

Afortunadamente (pues sin cielo la tierra habría resultado un sitio misérrimo y oscuro, nada interesante para vivir en él) pronto se halló la solución: pudieron servirse de los enanos. Odín, Vili y Ve ordenaron perentoriamente a cuatro de ellos permanecer de pie en las cuatro esquinas del mundo, sujetando el firmamento. Estos enanos recibieron los nombres de Norte, Sur, Este y Oeste. Un poco más tarde Odín crearía los vientos, apostando un gigante —uno de los hijos de Bergelmir— con forma de águila en los extremos terráqueos, y encargándole que agitase por siempre jamás sus alas. Y en esa corriente de aire así formada, los hijos de Bor desparramaron los sesos de Ymir para formar las nubes.

La cúpula celeste quedaba ahora firmemente asentada, pero seguía resultando oscura, amenazante. Libres de su tarea de soportar el firmamento, los hijos de Bor atraparon las relucientes cenizas y chispas, que salen arrojadas hacia el cielo en Muspellheim, y las depositaron en mitad del tremendo vacío para iluminar el cielo y la tierra. Dieron asimismo su posición a todas las estrellas; algunas debían quedar fijas en el cielo, en tanto que otras circularían atrás y adelante según un modelo regularizado.

Así quedaron demarcadas las estaciones del año, pero como aún no existían ni el sol ni la luna, el día estaba separado de la noche.

Odín, Vili y Ve otorgaron a continuación una gran concesión de tierra rodeando en círculo la parte exterior de las orillas marítimas, para que fuese colonizada por los gigantes, y la denominaron Jotunheim o Tierra de los Gigantes. Finalmente, los jóvenes dioses tomaron las cejas de Ymir, a fin de establecer un baluarte redondo, de murallas como acantilados, en derredor de la tierra. Y llamaron a esta fortaleza Midgard, es decir, Recinto Medio.

Alto, Igual-de-Alto y Tercero volvieron a tomar asiento en sus tronos para comprobar qué efecto había producido su relato en Caminante Cansado, según continuaba llamándose a sí mismo el rey Gylfi. Este se encontraba estupefacto ante la información obtenida, pero, al igual que la mayoría de la gente, tenía curiosidad por conocer de dónde provendrían el primer hombre y la primera mujer, sus antepasados propios.

Alto manifestó:

—Ten paciencia. Todavía existe información, de carácter universal, que hemos de revelar. ¿Querías oír cómo quedó el día separado de la noche y cómo se formaron la luna y el sol? ¿O más bien qué liga al universo para que permanezca unido? Recuerda que aunque los hombres y las mujeres puedan resultar importantes para ellos mismos, vistos desde el ángulo de la eternidad son verdaderamente poquísima cosa... Así pues, adopta una postura cómoda, y escucha...



## Noche y Día

Hablamos acerca de cosas que se siguen unas a otras tan naturalmente como el día sucede a la noche, pero, en realidad, ¿es ello tan lógico? Únicamente lo pensamos así porque desde el momento de nacer, hasta la muerte, el día *ha* sucedido a la noche. Ahora bien, ¿qué haríamos si una noche siguiera a otra y nunca volviésemos a ver el día, o al revés? Pronto quedaríamos agotados si no dispusiéramos de noche alguna durante la cual recuperar el vigor gastado a lo largo de la jornada, y, de otra parte, una noche interminable resulta tan estremecedora que ni siquiera deseamos pensar en una cosa parecida. Por consiguiente, es obvio que se ha pensado sobremanera en la ordenación de un sistema simple, donde el día y la noche se suceden entre sí.

Y así es como todo acabó produciéndose. Por supuesto los dioses estaban en el fondo del asunto, pero recurrieron a los gigantes para que realizaran la tarea. Narfi, uno de los primeros gigantes en la colonización de Jotunheim, tenía una hermosísima hija, la cual no se parecía demasiado a las mujeres vikingas, por su tez oscura y moreno cabello. Llamábase Noche. Siendo ya muy bella, aún se tornaba más atractiva al lucir brillantes estrellas entre su larga cabellera. Naturalmente, muchos hombres querían desposarla, y ella, mujer de un gran carácter, se casó con tres maridos, uno tras otro.

El primer esposo de Noche era un guapo mozo por nombre Naglfari, o sea, Oscuro, quien puede haber sido primo lejano de ella. El matrimonio no duró gran cosa, pero sí lo bastante como para que ambos tuvieran un hijo llamado Espacio. Cuando os encontráis al aire libre, solitarios, cierta cerrada noche sin nubes y con las estrellas titilando allá en el infinito, podréis ser muy conscientes de la presencia de Espacio.

Existió cierto misterio acerca del segundo marido de Noche. Nadie le conoció jamás por un nombre distinto al de Otro. Da la sospechosa sensación de que lo de Otro fuera, simplemente, un puro apodo, un nombre utilizado para disfrazar la auténtica identidad de tal persona. La gente solía preguntarse quién podría ser, o de dónde provenía. Resulta, al parecer, indudable que no se trataba de ningún gigante y que, si ése fuera el caso, tuvo que haber sido un dios, pues por aquel entonces aún no habían sido creados otros seres. Hoy ya es probablemente demasiado tarde para averiguar si Otro fue o no alguien de suprema importancia, que se sentía incómodo al tener que reconocer una relación matrimonial con los gigantes. En definitiva, y fuera él quien fuese, lo cierto es que

Noche y su segundo marido, Otro, tuvieron una adorable hija, a la cual llamaron Tierra. Y aquí es donde aparece la sorpresa: de entre todos los dioses, el propio Odín también tuvo una hija conocida como Tierra, de modo que la gente puede sacar ahí sus propias conclusiones.

El tercer y último marido de Noche fue Delling, cuyo nombre significa Alba. Era decididamente un pariente pobre de los dioses y, conforme su nombre indica, de rubio cabello y brillante apariencia. Su hijo, DÍA, salió a la rama paterna, y también era hermoso y blondito.

Evidentemente, los dioses lo sabían todo en cuanto a Noche y a sus retoños, de manera que se sintieron sumamente felices de incorporarlos a su plan maestro para el universo. Los dioses decidieron que cada veinticuatro horas habría, divididas por mitad, doce de luz y otras tantas de una semioscuridad. Dieron a Noche y su hijo DÍA un carro a cada cual, amén de un par de caballos, y los enviaron allá arriba, a los cielos, para ir circulando en derredor de la tierra, uno tras del otro, una vez cada veinticuatro horas. Noche marchaba delante, con un caballo en cabeza conocido por Crines-de-Escarcha, quien cada mañana humedece el espacio que tiene bajo él con rocío, mientras tascas el freno. La espuma y el brillo de su saliva pueden apreciarse cuando se concentran en gotas, como abalorios, sobre hojas y pétalos justo antes de la aurora. Tras la Noche galopa DÍA, cuyo caballo inicial se denomina Crines Resplandecientes.

El resplandor de ambos brillantes corceles y de su pelo largo y dorado ilumina toda la tierra y el cielo con su luz.

—Lo de DÍA y Noche puedo entenderlo —dijo Gylfi—. ¿Pero qué hay del sol y la luna? ¿Acaso son los mismos, o quizá fueron creados de una manera distinta?

—¡Ah! —repuso Alto—. Esa es otra historia.

En los viejos tiempos, el sol y la luna, creados como las demás estrellas y planetas, a partir de las llamas de Muspellheim, balanceábanse sin control a través de los cielos. Vivía por aquel entonces en la tierra cierto hombre conocido como Mundilfari. No aparece claro si era de la raza de los gigantes o un pariente pobre de las divinidades. Su nombre significa «Giramundos», y en el comienzo bien pudo haber tenido como tarea la de hacer que el mundo diera vueltas en redondo, desde luego bajo

la dirección de los dioses. Quizá dicha importante labor pueda explicar su naturaleza un tanto arrogante, la cual, en definitiva, acabó por causarle problemas. Ello sucedió de la manera siguiente.

Mundilfari tuvo dos hijos, tan alertas y bellos que pensaba que nada en la creación podía comparárseles, excepto el sol y la luna. Con orgullo llamó al muchacho Luna y a la chica Sol. Cuando los dioses se enteraron ofendiéronse, pues una vanagloria de semejante calibre les era insoportable, así que arrebataron los niños a su padre y los pusieron a trabajar en los cielos.

Hicieron que la muchacha, por él bautizada como Sol, montase cual jinete a uno de los caballos que tiraba del carro del sol. Estos son un par de hermosos y potentes animales llamados Madrugador y Supremo-en-Fortaleza. Año tras año, hasta el final de los tiempos, siguen su senda a través del cielo, variando su altitud y longitud según el modelo regular de las cambiantes estaciones. Como el ardoroso calor solar quemaría a todo ser viviente que se le acercase en demasía, los dioses crearon un escudo indestructible llamado Svalin, o Hierro-frío, entre los caballos y el brillante y fiero carro del cual tiran, a fin de proteger, tanto a las bestias como a quien las vaya conduciendo, de las llamaradas en cuestión.

El hermano del Sol tuvo que cabalgar sobre uno de los caballos de la luna, pero sus viajes se veían mucho más complicados debido al hecho de que ésta estaba dispuesta para que guiase los crecientes y los menguantes de cada mes, de forma que nunca resultara ser exactamente la misma durante dos días seguidos. La luna no podía hacer otro tanto por sí sola y, a su vez, raptó a otros dos pequeñuelos de la tierra. Un chiquito, Bil, y su hermana, Yuki, habían sido enviados a la cumbre de una montaña por su padre para sacar allí agua de un pozo. Esa fue la última vez que el anciano volvió a saber de ambos.

Cuando Luna pasó tras del pico en su resplandeciente carro, arrebató a los descuidados niños y llevóselos consigo. En una clara noche de plenilunio los dos son, todavía hoy, claramente visibles: la gente de la tierra les llama los niños lunares, y ellos son quienes gobiernan el cuarto creciente y el menguante, aunque cómo lo hagan exactamente constituye un enigma. Nadie sabe si corren una cortina a

través del rostro lunar o si persuaden al astro para que vaya girando gradualmente su cabeza hacia un lado y nuevamente a su posición anterior.

Existe otro relato acerca de los cielos que reviste ya una significación algo siniestra. Es factible contemplar desde la tierra tanto al sol como a la luna corriendo por el firmamento. Esto acontece no solamente porque ambos son arrastrados por unos espléndidos y galopantes caballos; sucede que tienen los astros una acuciante razón para no perder tiempo en su viaje, ya que van siendo perseguidos por lobos.

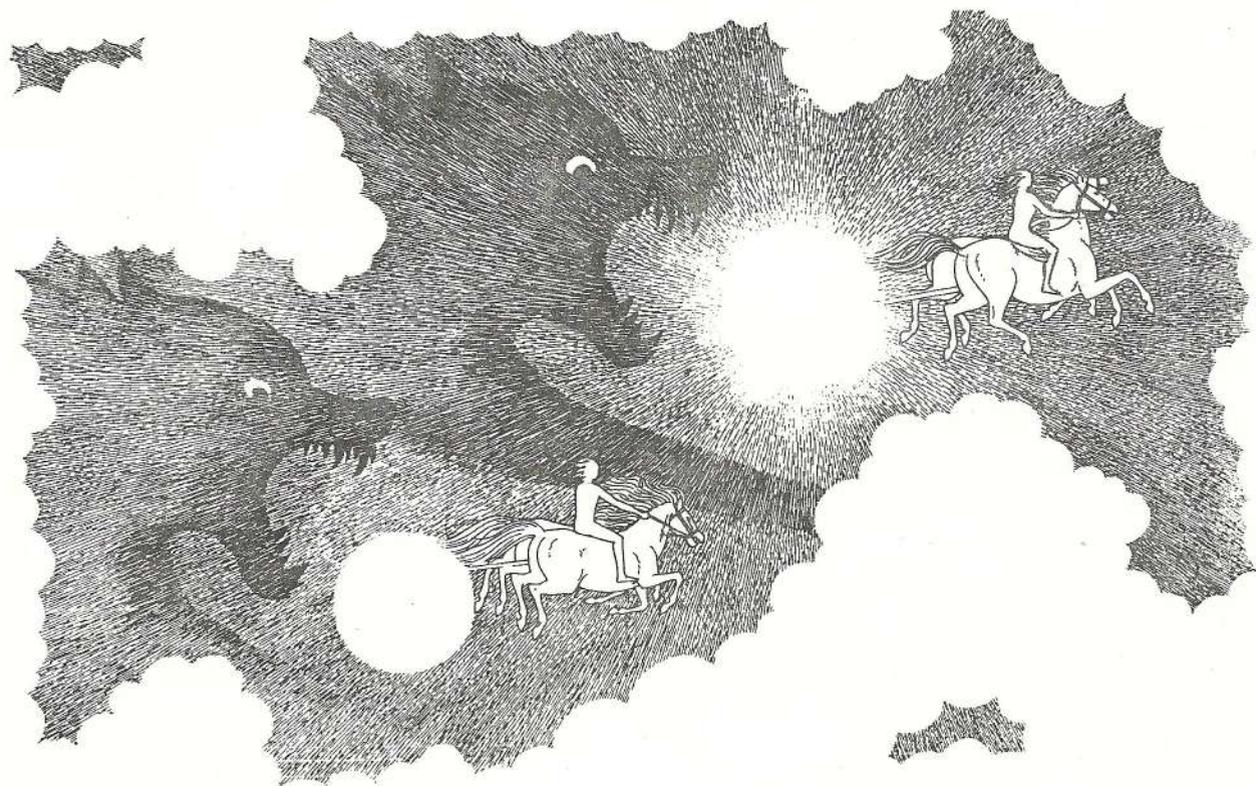
Muy, muy lejos, hacia el este de Midgard, donde casi siempre es invierno y sombrías forestas se extienden hasta perderse de vista, en un desolado barranco, donde los troncos de los árboles son todos de hierro herrumbroso, viven malvadas brujas, duendes femeninos llamadas las Bosquehierro. El mal genera el mal. La peor de tales hechiceras se convirtió en madre de docenas de gigantes, todos nacidos bajo forma de lobos. Su bestial progenitor era él mismo de raza lobuna, o al menos un hombre-lobo, y se dice que su nombre fue Fenrir. Dos de sus cachorros se convirtieron, al crecer, en

tan enormes y terroríficos animales que los poderes del mal los pudieron lanzar, como lobos rabiosos, contra el sol y la siempre cambiante luna.

Dando saltos a través del cielo, los lobos persiguieron a los caballos y carros como si fuesen conejos o liebres. Un peludo y negruzco lobo persigue al sol, en tanto que otro, tan repugnante como aquél, va dando saltos siguiendo a la luna. Ni sol ni luna tienen lugar en el cual ocultarse de las perversas bestias, y quedan así condenados a correr ante ellas hasta el final de los tiempos.

Las profecías afirman que, al cabo, los lobos saltarán sobre el sol y la luna, engulléndolos completamente. La cúpula del firmamento se colmará de sangre cuando la luz solar se extinga, y unos fortísimos ventarrones aullarán en torno a los ensombrecidos cielos. Claro que esto, desde luego, acontecerá en un futuro todavía muy distante, y puede, incluso, que no llegue ni a ocurrir.

«Bueno —pensó Gylfi para sus adentros—, eso es un alivio. Pero aún no hemos averiguado cómo fueron hechos nuestros primeros padres.»



## Los primeros seres humanos

Los tres hijos de Bor se llamaron al principio Odín, Vili y Ve. Aun cuando Odín siempre conservó su nombre (excepto cuando circulaba por el universo disfrazado), Vili en ocasiones era conocido como Henir, y a Ve con frecuencia se le denomina Lodur.

Cierta mañana, cuando toda la creación era algo nuevo, los hijos de Bor iban caminando juntos a lo largo de la orilla del océano. Mirando en torno suyo no podían dejar de admirar el mundo que habían creado. El puro aire brillaba, luminoso, ya que todo iba saliendo de conformidad con los planes: el sol lucía, las brisas soplaban lo bastante como para enfriar y refrescar la piel, unas nubes blancas y ahuecadas adornaban el cielo azul y las olas chocaban alegremente a lo largo de la vasta playa vacía.

¿Vacía? Bueno, no enteramente. Allá en la distancia, justo al otro lado de la línea del horizonte marino, los tres dioses pudieron vislumbrar dos troncos de madera a la deriva. Habían quedado depositados recientemente sobre la arena amarilla por obra de las olas que lamían la playa llegando desde el océano, y se encontraban tan cerca del borde del agua que la marea en retirada aún chocaba suavemente contra un costado del más inmediato al mar.

Odín miró a sus hermanos Henir y Lodur, y una loca idea se le vino a las mientes. Paseando unidos recorrieron la firme y dorada arena hasta detenerse junto a los dos troncos mencionados. A medida que la bahía formaba una curva, el sol quedaba detrás de ellos y la sombra de Henir caía a lo largo del tronco más próximo a las aguas, en tanto que la de Lodur caía sobre el otro.

Odín contempló cómo las sombras de sus brazos y piernas se movían, dando la impresión óptica de que también los troncos se iban moviendo. Se dejó caer sobre las rodillas, inmediato al tronco más próximo a la orilla; había sido parte de algún olmo primigenio. Colocando los labios sobre la áspera corteza insufló, al respirar, su divino espíritu en el tronco aquel. Luego se irguió y los tres dieron un paso atrás para observar.

Poco a poco, la corteza del tronco del olmo empezó a encogerse y a abrirse, retirándose luego hasta que apareció el cuerpo de una mujer desnuda. Era hermosísima, pero su piel aparecía blanqueada como una planta que hubiese crecido largo tiempo desprovista de luz, y sus ojos estaban vacíos al abrirse. Yacía un tanto inmóvil, sin agitar miembro alguno.

Odín se inclinó sobre el otro tronco, que procedía de un fresno. Una vez más sopló sobre la delgada corteza y esta vez apareció la

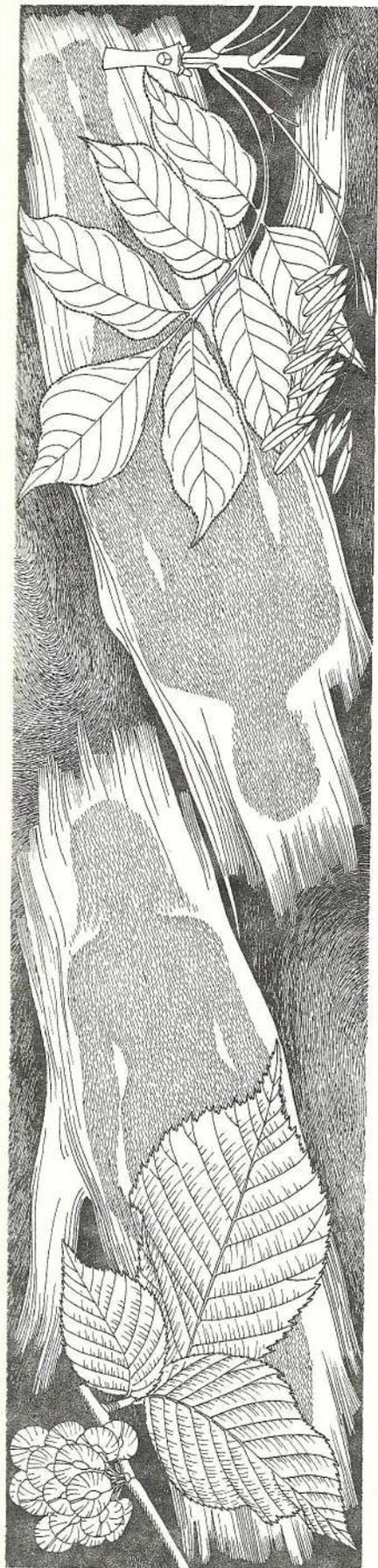


figura de un hombre en la madera. Sus ojos estaban perdidos, vacuos, y también él permanecía sin moverse.

Durante todo este tiempo las sombras de Henir y Lodur quedaron junto a los cuerpos recién liberados. Los tres jóvenes dioses se miraban entre sí y, sin hablarse, cada cual sabía lo que tendría que hacer.

Odín había dado origen a la Mujer y al Hombre, otorgándoles alma y vida. Ahora correspondería a sus hermanos actuar, ofrecer sus dones.

Mientras Lodur inclinaba la vista para contemplar a la mujer le transfirió el resplandor de la juventud, el uso de los cinco sentidos y el poder de comprensión. Lentamente ella se incorporó mirando en derredor maravillada el hermoso mundo de su entorno. Luego volvió la cabeza para contemplar el cuerpo que todavía estaba quieto y vacío a su lado.

Lodur transfirió después su poder al Hombre. La calidez de la sangre empezó a correr

por sus venas y también él recibió el don de comprender, y los de la vista, el oído, el olfato, gusto y tacto.

El regalo de Henir fue la facultad de expresarse, de poder hablar. Aquellos dos primeros seres, el hombre y la mujer originales, se miraron mutuamente con pleno entendimiento, se pusieron de pie y se abrazaron. Odín llamó al hombre Fresno y a la mujer Olmo, por los árboles de que habían sido formados. Se desprendió de su propia capa y envolvió a la mujer con ella, poniendo asimismo su túnica sobre los hombros del varón. Juntos, ambos nuevos seres se alejaron del mar y caminaron, tomados de la mano, internándose en su mundo nuevo.

—¿Y los dioses los abandonaron a su suerte después de aquello? —quiso saber Gylfi.

Pero estaba claro que aún no había llegado el instante de responder a tal pregunta; todavía quedaba mucho que contar acerca de acontecimientos más importantes.





## Yggdrasil, el Fresno Mundial

—No vamos a decirte de dónde venía el Fresno Mundial, llamado Yggdrasil —dijeron al rey Gylfi sus informadores—, pero ese árbol, sencillamente, *existe*. Quizá no lo veas desde la tierra, pero está ahí. Tampoco se ve la fuerza del imán que atrae al hierro, pero está. Tal vez Yggdrasil resulte invisible para los mortales, pero sin el soporte del gran Fresno todo estallaría y se desintegraría.

Yggdrasil es el árbol más grande y majestuoso. Sus ramas cubren los nueve mundos y se extienden hacia arriba, hasta el firmamento. Tiene tres raíces: una llega hasta Asgard, donde residen los dioses; la segunda termina en Jotunheim, donde antiguamente se abría el vacío enorme; la tercera se retuerce hasta llegar a Niflheim. Un pozo alimenta de agua a cada una. El de Asgard recibe su nombre de Wyrð, la más poderosa de las tres hermanas. Dichas hermanas son parientes de la luna y su influencia sobre los destinos de los hombres no conoce límites. Allí están acurrucadas, envolviéndose en chales grisáceos y nubosos, con los rostros ocultos en sus pliegues. Su pozo es sagrado, y mezclando su agua con la arcilla que hay en sus orillas forman una pasta que extienden sobre la raíz para contrarrestar las fuerzas del mal y preservar a la raíz, pues el líquido es tan sagrado que convierte lo que toca en una especie de pura y blanca piel, como la película protectora que hay dentro de la cáscara de un huevo. Ello impide que las ramas del árbol se pudran o se sequen. Algo de esa agua purificadora desciende del cielo como una dulce destilación: es lo que los humanos conocen como rocío y del cual se alimentan las abejas. El pozo de Wyrð da vida a dos cisnes blancos, de los que descienden todas las aves de su especie.

La segunda raíz de Yggdrasil ahonda hacia los gigantes del hielo. En su punta burbujea el pozo de Mimir. En otro tiempo fue un dios, pero ahora sólo le queda la cabeza, conservada viva por obra de unas hierbas mágicas. Su cabeza está colmada de sabiduría, porque bebe agua del pozo a diario, y aún es capaz de hablar cuando le pregunta algo el padre de los dioses, Odín. Afortunadamente, pues Mimir y su pozo conocen el pasado, el presente y el porvenir, y, al final de los tiempos, Odín deberá consultar a Mimir si quiere salvarse a sí mismo, a los Ases y a su mundo.

Allá abajo, en Niflheim, dominio de nieblas y neblinas, se encuentra el tercer pozo, el hirviente y violento Vergelmir. La tercera raíz del Yggdrasil cuelga sobre el vapor maloliente y venenoso que se alza de las olas del Vergelmir. En semejante torbellino se revuelca el dragón alado Nithog, el Temible Mordedor, que roe sin parar

la raíz del Yggdrasil. Junto a Nithog, todo un nido de serpientes lanza nubes de tósigo contra la sufrida raíz. Cuatro gigantescos ciervos arrancan la corteza y se comen los brotes tiernos del Arbol. En la copa de Yggdrasil tiene un asiento una vieja águila, sabia pero penderciera. Y una ardilla, llamada Diente Roedor, salta continuamente de la copa al pie del Arbol, mensajera de chismes e insultos entre el águila y el dragón.

El relato de cómo el Fresno obtuvo el nombre de Yggdrasil es realmente espeluznante. Yggdrasil significa «El Corcel de Ygg», que a su vez se traduce por «El Terrible», uno de los nombres de Odín. Así pues, Yggdrasil viene a significar literalmente «El Corcel del Terrible». ¿Pero por qué el Arbol era llamado corcel de Odín? Se trata de algo parecido a lo de que el árbol de la horca sea a veces llamado el caballo del ahorcado. He aquí cómo sucedió todo.

Odín quería hacerse con el secreto de las runas, esos símbolos mágicos a partir de los cuales se desarrolló la escritura. Tal secreto confería a su poseedor un poderío universal, pero sólo podía conseguirse mediante un terrible sacrificio. Odín tuvo que permanecer nueve días y nueve noches colgado del cuello, de una rama del Fresno y sobre el abismo sin fondo, sumergido en la oscuridad de unos vientos intergalácticos que surgen, como ríos de aire, de los más hondos confines del espacio. Odín, aunque era un dios y padre de los Ases, aulló de terror. Al final de la prueba se le dio a conocer el glorioso secreto de las runas mágicas y ya para siempre puso él su sabiduría al servicio de los hombres y los dioses.

Odín gobernaba Asgard, el Recinto de los Dioses que él y sus hijos levantaron, construyéndolo encima de las nubes y soportado por Yggdrasil sobre el centro de Midgard. Los palacios de Asgard eran de oro puro, deliciosos y refinadísimos. Para empezar, los dioses erigieron Gladsheim, es decir, Hogar Gozoso, del que se asegura que es el edificio más refinado que nunca se haya construido. Allí están los doce tronos, uno más alto que el resto y destinado al propio Odín. Tanto por dentro como por fuera todo estaba hecho de oro deslumbrante. Odín y los suyos construyeron otra mansión, que servía de basílica a las diosas. También este lugar era hermosísimo. Los hombres lo llamaban Vingolf o Suelo Amistoso.

Su siguiente tarea consistió en preparar un taller, porque los trabajos manuales eran considerados una ocupación honorable y útil. También instalaron un taller de forja, donde hicieron el primer martillo, el primer yunque, las primeras tenazas y los demás instrumentos y herramientas. Fabricaron metales, piedra y madera y, en particular, oro. De oro estaban hechos todos sus utensilios y platos, y por eso aquella época se conoce como Edad de Oro.

En el centro de Asgard se extendía la risueña llanura de Idavale, y adornaban sus colinas y valles los espléndidos palacios levantados sobre suaves y verdes praderas. Uno de aquellos edificios era el denominado Breidablik o Gran Resplandor, que prácticamente no tenía igual. También aparecía Glitnir el Deslumbrante, cuyos muros, salones y columnas estaban hechos de oro, y la techumbre de sólida plata. También es digno de mención el rincón llamado Colina Celeste, que se encontraba en el extremo más alejado de Asgard, inmediato a la piedra angular del puente del arco iris, allí donde Bifrost se arquea saliendo del cielo.

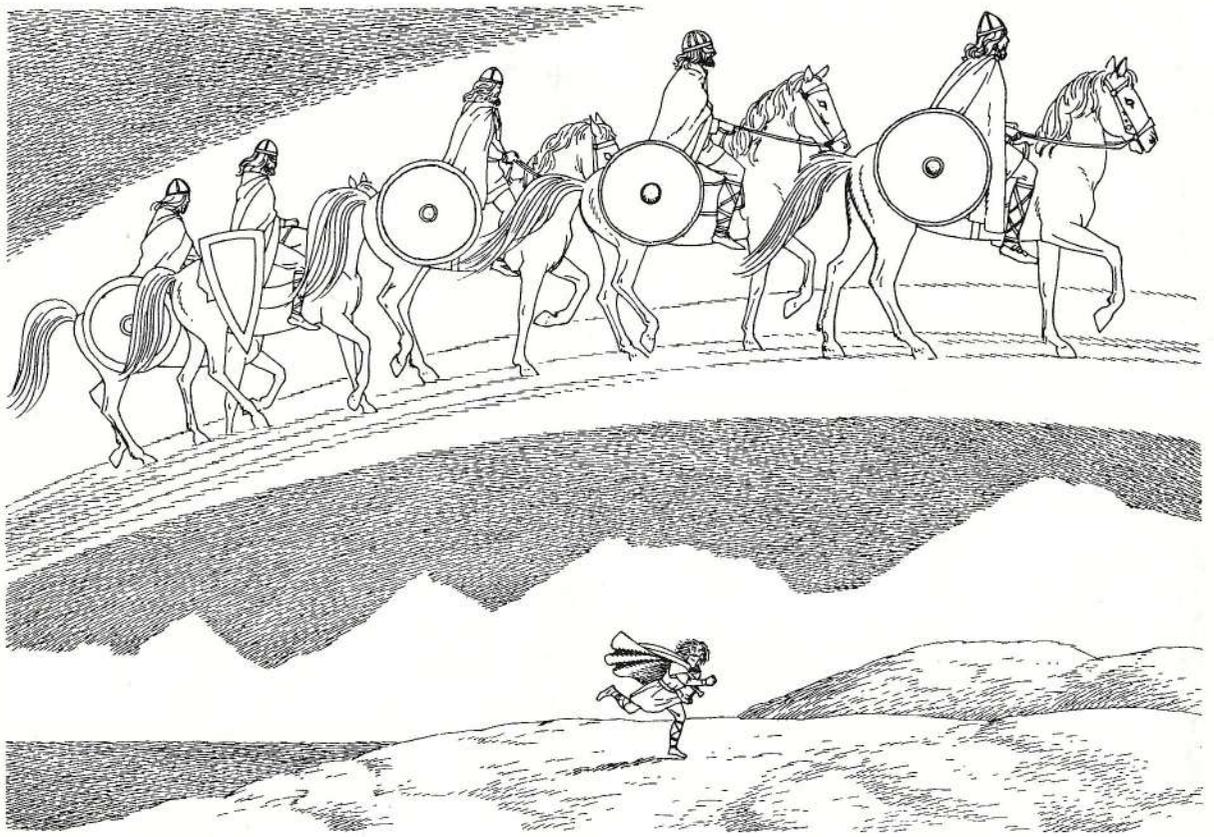
Bifrost, el Camino Tembloroso, que gentes menos imaginativas llaman también el arco iris, era el puente levantado por los dioses entre Midgard y Asgard, el camino entre tierra y cielo. Todos los dioses, excepto Thor, cruzan a diario el puente Bifrost hasta llegar al pozo de Wyrd, donde se reúnen para impartir justicia. Thor va a pie, vadeando los ríos que se encuentran en su camino, pues el trueno y el relámpago que acompañan a su carro alterarían el delicado equilibrio del puente, cosa que no ocurrirá hasta el fin de los tiempos. Una vez más, la voz de Alto adoptó un tono serio cuando se refería al futuro más distante:

—Por muy poderoso que sea —dijo—, Bifrost se derrumbará cuando los malvados gigantes del fuego de Muspell lo crucen con sus sementales. Pero no hay que culpar a los dioses de la debilidad del puente, pues ningún rincón del universo quedará en pie cuando lleguen esos tiempos terribles, el Ragnarok.

Gylfi se estremeció, y todos quedaron en silencio largo rato. Al cabo preguntó:

—¿Hay algo más que saber de Asgard?

—Mucho más —rezongó Alto—, pero antes quizá te interese saber algo sobre Hel. Asgard es un lugar muy elegido en relación con la humanidad —su tono se hizo entonces más



significativo—, y seguro que cierta información sobre Hel te será de utilidad.

—Supongo que el camino desciende hacia Hel —observó el rey Gylfi.

El camino caía a plomo, hundiéndose a través de negros acantilados verticales, y a cada nuevo descenso en la oscuridad, bajo los aullantes ventarrones que surgían desde Niflheim —el dominio de la niebla y la nieve—, el rey Gylfi volvía a estremecerse.

La entrada a Hel, Gnipahellir, o Cueva del Acantilado, es un siniestro agujero negro abierto entre escarpados peñascos y barrancos. De su interior surgen ventiscas de nieve. La oscura caverna está guardada por un perrazo de aspecto feroz, con el pecho ensangrentado, y cuyo nombre es una especie de gruñido: Garmr. Está encadenado a su puesto, porque de hallarse libre saltaría hacia arriba, buscando salvajemente presas en el mundo superior, donde atacaría por igual a hombres y dioses. La sangre de la informe pelambreira de su pecho procede de todos los que pasan ante él, que

luego quedan tan aterrorizados por cuanto ven en Hel, que tratan de escapar nuevamente hacia el mundo de la luz.

Todos los caminos del Inframundo conducen hacia abajo, bien sea desde Asgard, desde Midgard o Jotunheim. Allí se encuentran los muertos y los fantasmas de dioses y gigantes.

Los pecadores de Midgard van a Hel, especialmente quienes hubieren quebrantado su juramento, los asesinos y desleales. El castigo es eterno. Hay una isla en el Inframundo, llamada Naastrand, o Playa de los Cadáveres, sobre la cual se alza una gran cámara de tortura; siempre queda fuera del alcance de la luz solar y sus puertas dan al oscuro norte. A primera vista, los muros y tejado parecen hechos de mimbre, pero en realidad son serpientes venenosas entrelazadas, cuyas mandíbulas rezuman tósigo por los colmillos, para quemar a los pecadores que se amontonan debajo. Ahí se encuentran prisioneros los que juraron en falso, los asesinos, los adúlteros. Algunos, sin duda, han muerto por segunda vez en su camino hasta

este lugar, porque hubieron de vadear el terrorífico río Slid, o Espantoso, que no lleva agua, sino cuchillos, dagas y afiladas espadas. Sólo ellos escapan al pozo de serpientes de Nastrand para hundirse en Niflhel, nueve mundos más abajo, donde los muertos caen del Hel.

A la orilla de Naastrand se está construyendo una terrible y larga embarcación. Se trata de Nailfarer Naglfar, el barco de las uñas de los muertos, construido eternamente con las uñas de los dedos de manos y pies de los que mueren sin habérselas cortado. El capitán del bajel será el mayor pecador de todos, infiel, desleal e incluso indirectamente asesino de un dios. El y su horrorosa tripulación lucharán en el bando de los gigantes del hielo en el Ragnarok, de modo que todos los hombres honrados que deseen retrasar ese día funesto deben preocuparse de tener siempre las uñas limpias y cortas.

La reina de este infernal dominio se llama también Hel. Sus palacios son enormes y llenos de signos de muerte. Su plato se llama Hambre y su cuchillo y tenedor Hambruna; Senilidad es su esclava doméstica y Chochez su servidora y sierva. En la entrada de su residencia, el umbral de la puerta es Trampa. De tez semilvívida y a medias normal, resulta repulsiva a la vista.

—Pues vaya tema deprimente —dijo Gylfi—. ¿No hay nadie con vida en Hel?

Alto le dijo que *todo el mundo* estaba vivo en Hel.

—Puedes llamarlos *zombies*, o los muertos-

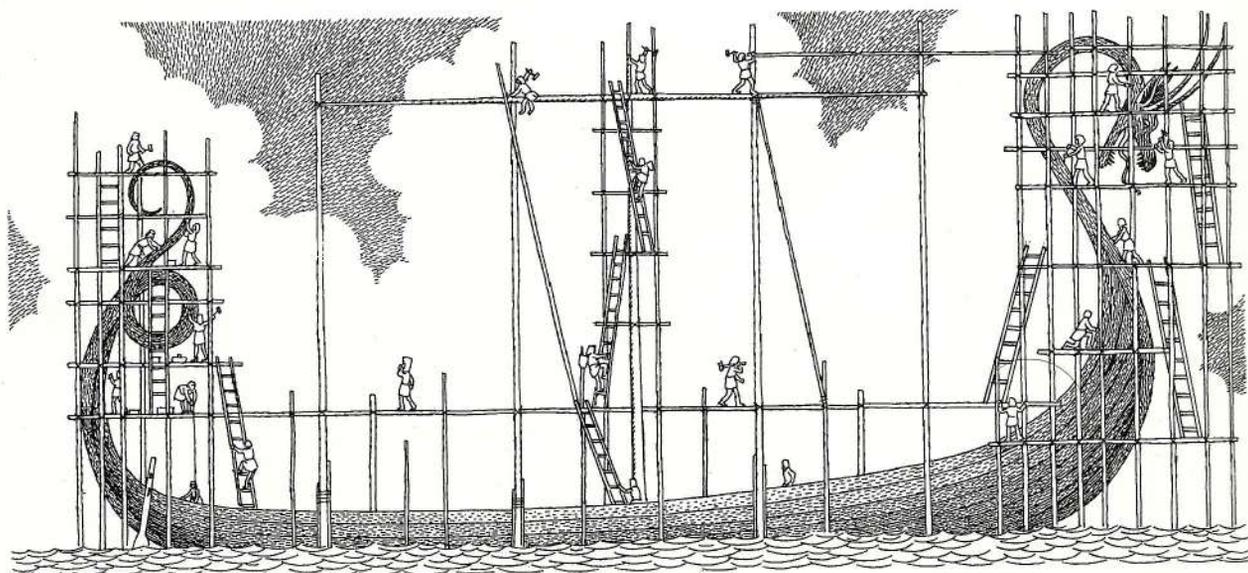
vivos que deambulan, pero no creo que por ello quisieras tropezártelos solo y de noche. Y además —agregó Alto—, hay en Hel personajes importantes que nunca murieron, pero que fueron desterrados allá por los dioses. Y entre ellos figura la propia reina... Hay también un puñado de gentes venidas de los mundos superiores que descendieron a Hel y pudieron retornar arriba vivos. Pero todas esas historias se te contarán en su momento.

—Ya me has contado bastante de Hel. Pero ¿qué hay de Jotunheim? —quiso saber Gylfi.

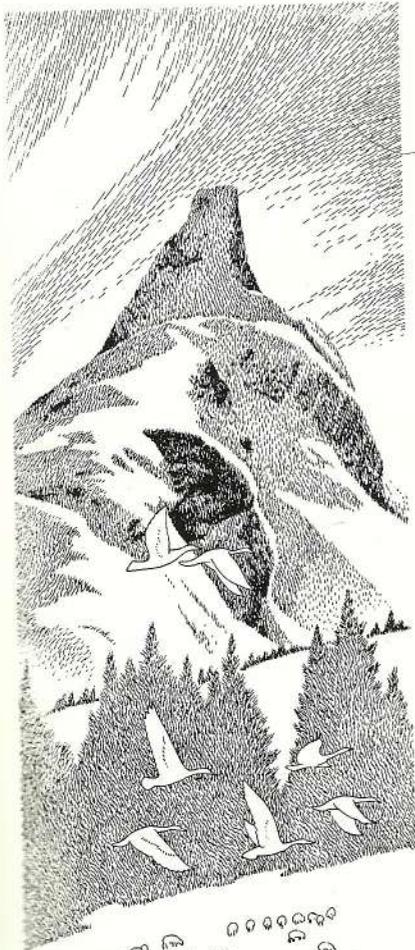
Jotunheim, el mundo de los gigantes, es un lugar preocupante para los dioses y para los hombres. Cuando uno se halla rodeado de enemigos no puede dejar de sentirse inquieto, y si tales contrarios son gigantes de las montañas, o gigantes del hielo o del fuego —que lo más probable es que se traguen a cualquiera que se interne en sus dominios—, entonces la aprensión se convierte en terror.

Afortunadamente, los dioses están bien preparados para resistir los ataques de los gigantes contra el propio baluarte de Asgard y para realizar el asalto a Jotunheim. Es Thor, por supuesto, quien los mantiene de continuo a raya con su celeberrimo martillo.

—Por supuesto —concluyeron los informantes de Gylfi—, todos estos problemas apenas si existieron en el alba de los tiempos, pues, como ya te hemos dicho, aquélla fue la denominada Edad de Oro.



## La Edad de Oro en Asgard

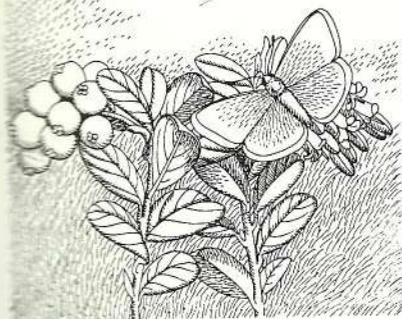
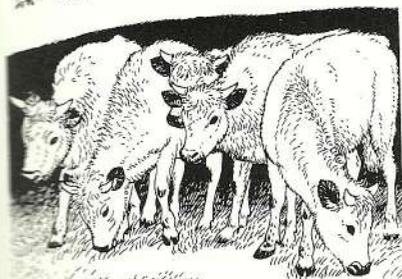


En la mañana de los tiempos, cuando todo era nuevo, fresco y bueno, los dioses disfrutaban sus existencias respectivas del modo más placentero. Cada día, sin problemas, estaba colmado de felicidad; el sol se levantaba y se ponía sin que le alterasen las nubes, y el tiempo no resultaba ni demasiado cálido ni excesivamente frío. Llegada la noche, el firmamento centelleaba de estrellas hasta que salía la luna, llenando el paisaje con su lechoso resplandor y suavidad de sombras. En aquella época dioses y diosas podían dormir a pierna suelta, sin verse turbados por sueños o preocupaciones de ninguna índole, pasados o futuros, porque no tenían conciencia del Tiempo.

El Tiempo existía, pero los Ases no formaban parte del mismo. Odín era su padre y Frig su madre, amén de que el resto de dioses y diosas constituían una feliz y joven familia. Cuando se levantaron y se miraron en sus dorados espejos vieron allí idéntico retrato al mostrado el día anterior, e igual al que sería siempre durante el futuro. Porque sucede que los dioses tenían acceso al secreto de la eterna juventud, secreto que descansaba en una fruta mágica, unas manzanas encantadas que se encargaba de cuidar cierta diosa, de áureos cabellos, por nombre Iddun. Cada día, ella se dedicaba a entregar una manzana, de sabor poderosamente dulce, a todos y cada uno de los Ases, para que se la comiesen y así nunca llegaran a envejecer.

El florido paisaje de Asgard permanecía siempre anclado en esta estación, de suaves aromas, cuando la primavera está a punto de dar paso al verano. Los campos, repletos de lanudas ovejas que pacían en paz, y ramoneados también por rebaños de amables vacas de pelaje rojizo, semejaban suaves y verdeantes prados. Entre bosque y bosque, los moteados ciervos iban y venían silenciosos como manchas de sol. Cantaban los pájaros desde la enramada, y el viento entre las hojas recordaba un suspiro de felicidad. Desde las cumbres montañosas caían las cataratas, colgantes, y de nuevo despeñadas como los velos de la blanca telaraña, y los azules lagos que reflejaban sus caídas eran tan pulidos como el cristal.

Los misteriosos narradores dijeron a Gylfi que durante aquellos alejados y felices días, de igual manera que ninguno de los Ases reconocía al Tiempo, también se hallaban ajenos a esa otra noción que hoy tanto fastidia y ocupa a los hombres: la de la igualdad. En consecuencia, las divinidades más jóvenes eran susceptibles de aceptar cierto grado de autoridad y disciplina, entendiendo que una forma de vida así podría en verdad resultar idónea para el alma.



En su calidad de progenitor de todos ellos, Odín debía vigilar y cuidar a su familia. Para ayudarle en esa tarea había alzado, en el pico más alto de Asgard, un palacio como un nido de águilas, desde donde podían contemplarse los nueve mundos contenidos en el Arbol.

Estos nueve mundos se extendían desde Asgard, el de los Ases, situado entre las ramas más altas, al mundo muerto de Hel, muy debajo de las más inferiores raíces del Arbol. Entre ellos estaban los mundos de los Vanir, elfos, hombres, enanos, gigantes del hielo y de las montañas, y los fieros gigantes de Muspell.

No todos estos mundos eran tan sencillos de localizar como los de Asgard, Midgard y Hel. Los Vanir, una raza de dioses parientes de los ya indicados, y sobre los cuales nos extendaremos más adelante, vivían en su paraíso propio, llamado Vanaheim. Los elfos brillantes habitaban más bien cerca de Asgard, mientras que los oscuros lo hacían en los límites de la región helada de Niflheim, y los enanos se albergaban en agujeros, cuevas y túneles bajo el mismo suelo.

En los primeros días de la existencia de Asgard, Odín solía permanecer sentado, pensativo, en el trono, en su palacio tipo nido de águilas que él denominaba Hlidskialf, o sea, Alto Nido. Debía ocuparse de los asuntos de todo el universo, y, una vez allí aposentado, podía ver cuanto hacía cada cual, amén de comprender cuanto estaba viendo. Claro que ello no era tan sólo un enorme privilegio, sino también una responsabilidad tremenda; en vista de la cual nadie, excepto Odín, podía sentarse en tan elevado trono. Y hasta allí silbaba el viento como si atravesara resonantes tubos de órganos. Cuando los huracanes aullaban en Midgard, abajo, la gente pensaba que por encima estaría pasando Odín, quien traía el vociferante vendaval justo desde la cúspide de su montaña.

Dos amigables lobos eran constantes compañeros de Odín en Alto Nido. Como el padre de los dioses no precisaba de alimento ninguno para él mismo, entregaba las exquisitas viandas de su mesa a los dos animales. Parece que ellos jamás rehusaron aceptarlas, porque eran llamados, respectivamente, Geri Tripas Ansiosas y Freki Tragalotodo. Para Odín, el vino era a la par comida y bebida.

Mientras estaba melancólicamente sentado presidiendo los nueve mundos, dos cuervos, por nombre Huginn (Pensamiento) y Muninn (Memoria), encaramados en sus hombros, su-

surraban en los oídos del dios cuantas novedades veían o llegaban a saber. Al romper el día, cada jornada, él los apartaba de sí, enviándolos a aletear en torno al universo («espero que los hayas visto», musitó Alto), y las aves volvían a tiempo para desayunar. Una gran parte de la información de que disponía Odín se la proporcionaban los citados pájaros, y por eso a veces se le conocía a él como el dios córvido.

Con mucha frecuencia (pero esto acontecería mucho más adelante, cuando en Asgard el estado de cosas cambió radicalmente, algunos dicen que para empeorar), Odín solía marcharse disfrazado para visitar los demás mundos situados por debajo. En tales ocasiones se aparecía como un hombre viejo, viejísimo, aparentemente tuerto, pero con el otro ojo mirando tan intensamente que lanzaba, paralizándolo, al observador contra el suelo.

Odín estaba obligado a realizar tales viajes porque conocía el futuro: era su manera de preparar el Ragnarok, que ya llegaba. Y fue durante dichas jornadas preparatorias cuando adoptó tantos y tan distintos nombres, cada uno de los cuales se refería a un cambio o modificación en el desarrollo de su propio ser: «El Tuerto», «Ojos de Fuego», «El Enmascarado», «El Dios Ahorcado»...; todas eran formas distintas de describir a Odín.

Antes de que los dioses de Asgard recibieran, forzosamente, la llegada de El Tiempo, seguían viviendo allí felizmente, en paz y prosperidad. La esposa de Odín y madre de los Ases era Frig. Desde Alto Nido, Odín podía ver con facilidad el palacio de su mujer, situado en la parte occidental de Asgard. Era un edificio llamado Fensalir y resultaba espacioso y ventilado, lleno de luz. Frig permanecía sentada allí, rodeada por sus doncellas, mientras trabajaba con sus dedos, poderosos y esbeltos, entrecruzando cabos dorados a través de su rueca y el huso correspondiente, incrustado de joyas, material este que luego daba origen a las nubes de verano. Le colgaba el cabello dispuesto en dos gruesas trenzas, tan rubias y finas como el lino mágico que hilaba. Hermoso era su rostro, pero los profundos ojos azules se mostraban tristes, pues sabía de las penas futuras. En torno suyo siempre se observaba el dulce aroma de las flores y los exquisitos olores de las bien maduras frutas de la tierra.

El hijo mayor de Frig y Odín era el jaranero dios Thor. Un tunante divino de rojos cabellos



y barbas, que siempre tendía a actuar primero y pensar después, inclinación que a menudo le metía en problemas.

Thor era el dios más amado por la gente de Midgard, que gozaba con su estrepitoso discurrir por los cielos a bordo de su carro tirado por dos cabras de tamaño fenomenal, llamadas Rechinadientes y Afiladientes. En momentos así el retumbar del trueno salía detonando desde las ruedas de su carro bélico, y explotaba el rayo al enarbolar violentamente Thor su ardiente martillo.

Era una divinidad que gustaba a los hombres, porque les otorgaba buenas cosechas. Cuando su cortina de rayos llameaba a través de campos de abundosas espigas de trigo, esperando granar y colorearse, decían los humanos que él maduraba entonces aquella finca. Si su zigzag de relámpagos deslumbraba el horizonte por el este, sabían que estaba cazando gnomos y batallando con los gigantes. Así que los hombres le llamaban «Thor el Azotante», y también «Defensor de Asgard y Midgard», amén de su «Adversario», «Mata-gigantes y Mata-gnomos», y, en especial, «Enemigo de la Serpiente de Midgard».

Además de su celeberrimo martillo, Mólfnir el «Destructor», Thor era dueño de un cinturón que reforzaba su potencia. Este era quizá su tesoro más preciado, porque cuando se lo ceñía duplicaba el ya tremendo vigor propio. Y su tercera preciosa posesión era un par de guanteletes de hierro. Sin ellos no hubiese podido agarrar su feroz martillo, o recogerlo cuando el instrumento volaba de vuelta hacia su dueño como un bumerang.

Los dominios de Thor en Asgard eran llamados Trudvángar, o sea, los Campos de la Fuerza, y allí se encontraba su castillo, Bilskirnir, esto es, Rayo. Aquel edificio constaba de quinientas cuarenta habitaciones, y era la mansión más extensa conocida por el hombre. En él residía Thor acompañado de su hermosísima esposa, Sif, cuyo largo cabello estaba compuesto de oro puro. Era la diosa de los trigales, y su largo y resplandeciente pelo —que tiene una historia propia y peculiar— le caía en cascada sobre los hombros como trigo dorado.

Por supuesto, resulta innecesario decir que la mesa de comedor, en Bilskirnir, estaba aplastada por la carne y la bebida, pues, antes que nada, Thor era un comilón de nota, de quien se sabía fue capaz de acabarse un buey entero y

de beberse tres barriles de hidromiel, todo en una sentada. Incluso sus enemigos los gigantes eran incapaces de superarle en eso.

El segundo hijo de Odín y Frig era Balder, persona verdaderamente de buenas cualidades y carácter. Sobresalía Balder incluso por encima de los Ases. Era el más rubio de los dioses, tan blondo y de tez tan pálida que de él se proyectaba un rayo de luz. Todo el mundo quería a Balder y a él le gustaban todas las cosas, grandes o pequeñas, hermosas o feas. Vivía en Breidablik, el Palacio Gran Resplandor, en compañía de su mujer Nanna.

El hermano de Balder, Hoder, era ciego. Más tarde, según veremos, su ceguera fue utilizada para llevar la tristeza a todo Asgard, pero por aquel entonces vivía feliz y dichoso. Aunque era incapaz de contemplar la belleza de Asgard, sí había multitud de cosas que le era dado apreciar: los cálidos rayos solares, los ciento y un sonidos procedentes de pájaros y demás animales, el habla y música de los otros dioses. Ciertamente en aquella época nadie que viviese en Asgard se sentía infeliz.

El cuarto hijo de Odín era Tyr, un dios muy bravo. No cabe duda de que Tyr era el más osado y valeroso de todos los Ases, y existen numerosos relatos acerca de él. Los aguerridos combatientes de toda la tierra grababan sus iniciales rúnicas en la empuñadura de sus espadas e invocaban su nombre al entrar en combate.

Viviendo asimismo en Asgard, y considerado como uno de los Ases, figuraba Heimdall. Los seres humanos le conocían como el dios blanco y le consideraban una divinidad santa y poderosa, pero no está clara su procedencia. No era hijo de Odín, y se dice que nueve mujeres, todas hermanas, le trajeron misteriosamente a este mundo, habiendo nacido de ellas. En algunas ocasiones se le llama Gullintanni o Dientes de Oro, porque, en efecto, su dentadura estaba hecha de oro viviente: su caballo se llamaba Crin Dorada, por sus crines hechas de finas hebras áureas.

Heimdall tenía su baluarte o fortaleza, un palacio con más de barbacana que de hogar, sito en el borde mismo de Asgard, inmediato al puente de Bifrost. Allí montaba la guardia él, vigilante ante cualquier asalto de los gigantes contra el puente. Heimdall era capaz de dormir con un ojo abierto, como los pájaros, y se dice que sus oídos lograban detectar los ruidos hechos por las hojitas de la hierba al cre-

cer, o los originados por el aumento de la lana en las ovejas. Pendiente de un tahalí, Heimdall portaba al hombro un potente bugle, Giallarhorn, o sea, el cuerno de la alarma, cuyos estampidos alcanzaban a cada rincón y hendidura de los nueve mundos, del más alto al más bajo.

Cuando los gigantes crucen el puente de Bifrost y dé comienzo el Ragnarok, Heimdall soplará en Giallarhorn para convocar a los dioses y a todo el que figure en su bando para luchar contra las fuerzas del mal.

Otro dios, Vídar, estaba también preparado para el Ragnarok. Era Vídar una divinidad extraña, silente, considerada como la más poderosa después de Thor, y que tenía a su cargo un objeto misterioso llamado El Zapato Más Grueso. De igual manera que en Hel los recortes de las uñas de los muertos eran utilizados para la construcción de la larga nave en forma de dragón, por nombre Naglfar, así también los cabos o restos de cuero que los zapateros de la tierra despreciaban, tirándolos lejos, iban formando un zapato grande y grueso. Cuando llegue el momento de la postrera, definitiva batalla, Vídar se calzará ese mágico zapato en un pie para pisar a uno de los peores enemigos de los dioses. Si los trozos de cuero recolectados durante tanto tiempo en Midgard demuestran haber dado lugar a un zapato lo suficientemente grande y fuerte, todo irá bien; en caso contrario, ¿quién sabe lo que puede pasar?

En aquellas primeras jornadas de la creación, todo el que discurriera por los encantados prados de Asgard hubiese dejado de ver a algunos de los dioses y diosas. Niord, dios del mar; su hija Freya, diosa del amor, y su retoño Frey, divinidad de lo fértil, no habían ido aún a vivir allí. Residían en el Vanir y por entonces seguían viviendo en su mundo de Vanaheim.

Ahora bien, paseándose por Asgard, uno podría haber visto a otros Ases, sobre los cuales hay precisiones que hacer, relatos que contar. Vali, hijo de Odín, no había nacido aún, pero sí existía Ull, descendiente directo de Sif e hijastro de Thor. Era un arquero célebre, experto en esquís y guerrero de máximo empuje. Los hombres recurrían a él en busca de ayuda durante los duelos o en combate en solitario. El retoño de Balder y de su esposa, Nanna, era llamado Forseti. Vivía en Glitnir, el Palacio Deslumbrante, y se le tenía como al mejor juez que jamás existiera, recurriéndose al mismo en toda disputa o problema que aparentemente

fuesen insolubles. Todo el que se dirigía a él buscando ayuda salía de su presencia tranquilizado y en paz.

También estaba Bragi, un dios celebrado por su elocuencia y habilidad con las palabras, un gran poeta. De hecho, la poesía era a menudo denominada «la respiración de Bragi» en honor suyo. Su mujer era la diosa Idunn, guardiana del cofre de fresno conteniendo las manzanas mágicas que permitían a las divinidades conservar su eterna juventud.

Los hermanos de Odín, Henir y Lodur, también seguían aún viviendo en Asgard, como el misterioso dios Mimir, cuya decapitada cabeza sería más tarde la fuente de todo el conocimiento de cualquier época pasada, presente o futura. Pero al principio vivía él como los otros dioses, en paz y prósperamente.

Algunos de los libros antiguos describen al Fresno Mundial como Arbol de Mimir o Bosque de Mimir, mostrando cuán importante y poderosa debió ser un día una divinidad como Mimir. Asimismo el citado Arbol es llamado a veces Mimir-Tesoro, nombre que recuerda los días en que no sólo era un sabio, sino un famoso herrero capaz de crear tesoros para los dioses.

Durante la Edad de Oro, los Ases gozaron de felices vidas matrimoniales. Ya se ha mencionado aquí a Frig, Sif, Idunn y Nanna. Más tarde vinieron otras diosas a residir con sus esposos en Asgard. Gerda y Skadi eran dos doncellas de la raza de los gigantes que pasaron a vivir en el mundo de los dioses. Se dice que cuando Gerda, mujer de belleza sin igual, levantaba el pestillo de la puerta de su casa se

reflejaba una luz por todo el norte del firmamento. En cuanto a Skadi, siempre estaba fuera del hogar, calzando raquetas o esquís, dedicada a cazar animales con su arco y flechas. A menudo se habla de ella como de la diosa de la raqueta de nieve o la divinidad con esquís. Antes de haberse casado en Asgard su morada estaba en las gélidas montañas y helados fiordos, donde los glaciares, siempre resquebrajándose y chirriando, dan a luz explosivos icebergs; una región norteña que bien merece su nombre de Thrumheim, o sea, Hogar del Clamor.

—¿No os habréis olvidado de alguien? —inquirió el rey Gylfi, luego que sus tres interlocutores hubieron permanecido un rato callados.

Relampaguearon los ojos de los aludidos y, de repente, Gylfi sintió miedo. El personaje que había manifestado llamarse Alto indicó:

—No hay paraíso sin serpiente. Entre las potencias celestiales había una a la cual no falta quien la denomine el Maligno de los dioses, primer padre de toda mentira. Es un baldón viviente para todos, sean mortales o divinos. Su auténtico nombre es Loki —algunos le llaman Loptr—, hijo del gigante Farbauti.

Loki es bello, pero en su interior reside el alma del Rencor y de la Inconstancia. Siempre está causando problemas a los dioses, eternamente, y con no poca frecuencia les saca también del apuro así creado, merced a su astuto consejo. Pero basta con ello, de momento, por cuanto a ese dios se refiere. No hemos hablado nada del mundo de los hombres desde hace ya demasiado rato. Veamos, pues, lo que les aconteció a los descendientes de Fresno y Olmo.



## Heimdall en Midgard

Durante los primeros días de la creación, cuando todo era agradable y plácido en Asgard y nadie creía realmente que los gigantes del hielo o los de las montañas llegarán nunca a atacar su ciudadela, Heimdall, el vigilante de los dioses, a veces se aburría sobremanera. Así pues, quedó encantado cuando Odín le dio permiso para abandonar su puesto junto al puente Bifrost. Era una oportunidad que Heimdall había esperado durante largo tiempo, pues se mostraba ansioso por visitar Midgard y jugar algún papel en las vidas de quienes allí residían. Por tanto, dejó en lugar seguro, dentro de su castillo, el bugle Gjallarhorn y la espada, puso su caballo al cuidado de los servidores oportunos y, vestido con la ropa apropiada para ocultar el hecho de que era un dios, empezó a cruzar el puente a pie.

Con aquel disfraz caminó penosamente a través de Midgard hasta alcanzar una desierta orilla. Un poco por encima del límite marcado por la marea alta, en una cueva sita dentro del acantilado, vivía una anciana pareja de seres humanos llamados Ai (o Bisabuelo) y Edda (o Bisabuela). Sus condiciones de existencia resultaban miserables; no tenían mobiliario, excepto unas rocas planas para sentarse, y como lecho utilizaban, sobre el propio suelo de la caverna, un puñado de algas secas. Sus ropas eran pieles de animales salvajes e ignoraban el uso del fuego.

A pesar de su pobreza, Ai y Edda dieron la bienvenida al extraño y le ofrecieron comida (lapas de las rocas y caracoles de entre los matojos); para beber le proporcionaron fresca agua dulce extraída de un manantial cercano. Heimdall quedó conmovido por tan inocente amabilidad y les preguntó si le darían albergue por tres días. Ai dijo que «sí» inmediatamente, pero Edda tenía sus dudas, pues sólo había una cama de algas; sin embargo, quedó acordado que el extranjero dormiría en el medio, lugar que Edda manifestó ser el sitio más blando de todos.

Tras permanecer allí durante tres noches, Heimdall llamó a la cueva a Ai y Edda, quienes estaban a la sazón dedicados a su tarea mañanera de recogida de alimentos. Heimdall tenía ante sí un pedazo plano de madera de deriva, sobre el suelo de la caverna, y entre las manos ostentaba un bastón de madera, aguzado en el extremo inferior. Apuntó el extremo del bastón situándolo dentro de un hueco, en forma de copa, de la madera, en torno al cual había amontonado él algo de yesca. Después frotó vigorosamente entre sí las palmas de las manos, adelante y atrás, haciendo que el bastón girase sobre sí mismo, de modo que la fricción originó una pequeña

humareda y, poco después, esa mágica flor que los hombres llaman hoy el fuego.

Ai y Edda saltaron hacia atrás, estupefactos, pero pronto aprendieron qué beneficios les había otorgado Heimdall con el don del fuego. A los nueve meses —cuando ya casi habían olvidado tan extraña visita—, Edda obtuvo otro regalo de Heimdall, pues dio a luz un hijo.

El hijo de Edda tenía negro el cabello y le llamaron Esclavo. Creció hasta convertirse en un tipo enorme, vigoroso, con piel basta y arrugada, dedos nudosos, espalda torcida y un rostro nada agraciado por cierto. Cuando tuvo edad para ello, Esclavo se casó con una muchacha de aspecto similar al suyo, por nombre Sjerwa. Era una mujer con aire patizambo, de pies llenos de callos, brazos quemados por el sol y chata como pocas. No pasó mucho tiempo sin que crearan una amplia familia. Todos los hijos trabajaban a diario en el hogar o en sus alrededores, cuidando gansos, puercos, cabras, etc., repartiendo el abono natural, extrayendo turba, instalando cercados o cavando zanjas. Tales fueron, pues, los antepasados de los esclavos en general.

Una vez que Heimdall hubo salido del miserable cuchitril donde residían Ai y Edda, pasó a una respetable casa, residencia de Afi (Abuelito) y Amma (Abuelita). Cuando Heimdall apareció en la puerta, Afi estaba perfilando unas vigas de madera con una azuela, y las virutas volaban como grandes copos de nieve. Heimdall ofreció su ayuda y entre ambos hicieron un telar.

Afi tenía un aspecto limpio y pulido, con una bien recortada barba y el cabello formándole rizos sobre la frente. Sus ropas eran pulcras y le sentaban bien. Su esposa, Amma, permanecía sentada a la vera de la chimenea, mientras se ocupaba en manejar rueca y huso.

Llegada la hora de cenar, Afi y Amma ofrecieron a Heimdall una comida compuesta de estofado de ternera y un plato de *skeyr*, una especie de requesón sin el suero correspondiente. Al llegar el momento de irse a dormir se planteó el mismo problema que con Ai y Edda: sólo había una cama. Y una vez más Heimdall hubo de contentarse con dormir teniendo un compañero de lecho, sin ropas, a cada lado suyo.

A los nueve meses de haber pasado el día por allí, Amma tuvo un retoño, al cual su sorprendido progenitor y su feliz madre llamaron Karl el Soldado. Karl poseería una faz sonrosada y ojos brillantes. Creció hasta ser propietario

de dos bueyes y arados, siendo de oficio constructor de carretas, de casas de madera, de establos y graneros. La mujer que se desposó con él era una competente ama de casa, siempre con las llaves de todos los armarios colgándole sonora y juguetonamente de la cintura, pendientes de un cinturón. El gobierno de su casa era asunto de buen orden, y ella se ocupaba de todo a fondo y sin problemas. Llamábase Cuñada. Karl y Cuñada tuvieron muchos hijos, y de ellos descienden los granjeros-soldados.

La tercera vez que hizo un recorrido por Midgard, Heimdall realizó una poco esperada visita, en esta ocasión a una pareja simplemente conocidos como Padre y Madre, que vivían en un castillo. Cuando Heimdall llegó, Padre estaba entrelazando y tensando cuerdas para su arco de cazar y afilando unos bastones como azagayas. Madre tenía poco que hacer, excepto mostrar su belleza. Lucía entonces una túnica de seda azul, con amplia cola, broches enjogados sobre el pecho y un gorro bordado. Los dueños de la casa acogieron cortés y afablemente a Heimdall, invitándole a festejar con ellos, sentándose a una mesa cubierta de un paño con dibujos de vivos colores. Había sobre la misma hogazas de pan, carne bien guisada y caza, todo sobre platos argénteos, amén de unos cuernos colmados de vino.

Llegada la noche, Heimdall durmió entre Padre y Madre, yaciendo en una hermosa y amplia cama, con frescas y blancas sábanas de lino. Transcurrida la tercera noche, les dio rendidamente las gracias y regresó a Asgard, y a su puesto como centinela del puente Bifrost.

A los nueve meses de la visita de Heimdall dio a luz Madre a un bebé rubio, de brillantes mejillas, con orgullosos y duros ojos. Le llamaron Jarl el Conde, y según iba haciéndose mayor se entretenía con lanzas y escudos, arcos y flechas; aprendió a manejar una espada, a cazar con halcón y también a nadar. Siendo ya un jovencuelo Jarl, vino de nuevo Heimdall a Midgard para visitar a su hijo terrenal. El dios reveló al mismo su alto linaje y le impuso uno de sus propios apodos, Real, reconociéndolo como su descendiente a todos los efectos.

Real creció hasta convertirse en gobernante de muchos hombres. Su esposa, Erna la Orgullosa, le dio numerosos hijos, y uno de ellos, Rey el Joven, sería el primero de una dinastía de monarcas destinada a gobernar por siempre jamás, o al menos hasta el Ragnarok.

## Las Nornas

Por alguna razón los informantes del rey Gylfi no parecían querer hablarle gran cosa de las Nornas, esas tres extrañas hermanas sentadas junto a la raíz de Asgard, ocupándose del pozo de Wyrd. Y Gylfi no podía entender aquello. Fueron varias las veces que empezó a preguntar acerca de tales mujeres, pero tan pronto como abría la boca, los tres daban la impresión de sentirse claramente inquietos y cambiaban bruscamente de tema. Las hermanas parecían tener alguna clase de dominio incluso sobre los dioses. Quizá en el fondo de la cuestión figurase la brujería. Aparentemente resultaban tan todopoderosas que era mejor referirse a ellas con susurros y aun echando alguna miradita ocasional por encima del hombro, como si el Destino pudiese entonces deslizarse a espaldas de uno.

La verdad es que la llegada de las tres mujeres a Asgard alteró radicalmente el modo de vida de los Ases. Las Nornas habían formulado una reclamación sobre cierta alejada aislada región de Asgard, debajo de la primera raíz del Fresno Mundial, Yggdrasil. Su domicilio era una oscura cueva frente a la cual burbujeaba un pozo redondo, blancuzco, casi como si se tratara de la luna llena caída sobre el terreno. En las inmediaciones, formando un complejo laberinto, se enroscaba la firme raíz del árbol. Cada día las tres hermanas salían de su guarida y se sentaban junto al pozo y la raíz. Nadie describió jamás sus rostros, porque se ocultaban en las sombras de sus nubosos chales. ¿Acaso eran jóvenes y hermosas, o viejas y arrugadas? Nadie lo sabía. Mañana tras mañana las tres hermanas sacaban agua del manantial propio para mezclarla con la arcilla y los guijarros mágicos que existían en sus orillas. Esto constituía la potente y sacra pasta que extendían sobre la raíz, a fin de detener toda pudrición, y de este modo preservar la vida del árbol.

Las hermanas provenían originariamente de Jotunheim, tierra de los gigantes. Eran, asimismo, hermanas (tal como parecía) de Narfi, uno de los primeros gigantes que vivió allí. Narfi, como recordaremos, era el padre de Noche, y las tres hermanas se relacionaban igualmente con la oscuridad y con la luna en sus tres fases de creciente, llena y menguante.

Todas las mañanas, tras haber atendido a la raíz del Arbol, las tres hermanas comenzaban a hilar. Pero la hebra que hilaban no tenía nada de común y corriente: de ella colgaban las vidas, no solamente de cada persona y cada dios nacidos sino también el destino del universo mismo. Porque eran ellas quienes medían el Tiempo, controlando pasado, presente y futuro a medida que hilaban.

De semejante trabajo se derivaban sus nombres: Wyrð, la más mayor, que significa Llegar-a-Ser; Verdandi, la de enmedio, es decir, Ser, y Skuld, la más joven, esto es, Lo-que-Será. Su nombre colectivo, las Nornas, significa Fatalidad, Destino.

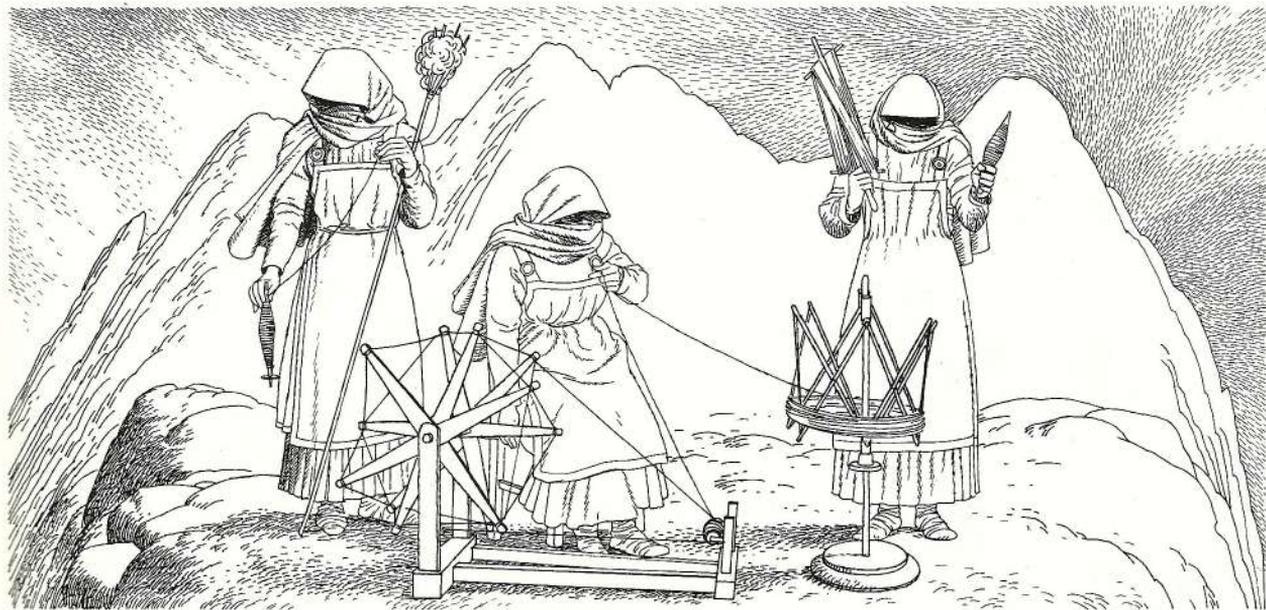
El rey Gylfi se las imaginaba acurrucadas sobre su chirriante rueca, agazapadas sobre la hebra cada vez más larga, midiéndola, y de repente, ¡zas!, cortándola. Se estremeció al darse cuenta de que su hilar era una tarea que, una vez empezada, nadie iba a poder parar. Ellas habían introducido el Tiempo en la organización de las cosas y, una vez puesto en marcha, el Tiempo jamás puede ser detenido ni vuelto atrás tampoco. Esa, desde luego, era la razón de que los Ases estuviesen tan temerosos de la labor realizada por las Nornas. Tan pronto como éstas aparecieron en Asgard, la intemporal existencia de los jóvenes dioses, durante la Edad de Oro, cesó de producirse así. Y desde aquel momento el volverse uno viejo era ya algo que solamente cabía retrasar, no anular. Las manzanas de Idunn servirían a las divinidades para mantenerlas artificialmente jóvenes durante un cierto tiempo, pero si dichos frutos llegaban a ser robados, los Ases, los propios dioses, envejecerían y desaparecerían. Ahora, cuando Tiempo y Destino habían llegado a Asgard, debía originarse una secuencia de acontecimientos sucesivos, uno tras otro, hasta el estallido del día final. Y nada iba a poder prevenir e impedir el inevitable final.

La casa de las Nornas junto al pozo, a la sombra de la raíz del Arbol, pasó a convertirse en un lugar sagrado. Y era sacro por tres razones: allí se atendía y conservaba la raíz, de manera que ningún tipo de podredumbre llegase a expandirse por el universo. Era allí también donde Wyrð, Verdandi y Skuld hilaban la urdimbre de la vida y la muerte. Y era allí, en fin, donde los Ases acudían diariamente para deliberar en sagrado consejo, trazando planes para retrasar todo lo posible su propio fin y la destrucción de su mundo.

Nadie, a excepción de las divinidades, podía llegarse hasta ese lejano rincón de Asgard. Parte del camino descansaba sobre el puente del arco iris y el viaje resultaba largo y difícil, en especial para Thor, quien no podía cruzar con su carro aquel puente, viéndose forzado a vadear cuatro turbulentos ríos antes de llegar hasta el pozo de Wyrð.

Claro que Thor estaba acostumbrado a la lucha. Desde el momento en que las Nornas llegaron, el combate entre los poderes del bien y del mal nunca cesaría ya hasta producirse el Ragnarok, y Thor el Tonante era, desde el inicio, uno de los luchadores más entusiastas.

—La tarea de los dioses no es fácil—dijo uno de los tres hablantes, elevando su voz a algo más que un susurro por vez primera en un largo tiempo—, y aún la hizo mucho más difícil el hecho de que la verdadera esencia del mal lograra abrirse camino solapadamente hasta la morada de los dioses. Su nombre es Loki.



## Loki y sus malvados hijos

Vivía entre los Ases un personaje turbulento y maligno, llamado Loki. Su rostro y forma corporal eran de una belleza embrujadora, excepto por lo que se refiere a sus taimados ojos, los cuales le delataban. Podría decirse que el alma le asomaba en la mirada y ésta ofrecía un aspecto de negrura poco fiable, lleno de despecho; el personaje poseía talento para la astucia más redomada y sabía servirse de un truco marrullero en cada ocasión.

Cabe preguntarse cómo llegó a aparecer por Asgard y hay que admitir que Odín le encontraba atractivo, porque le excitaba jugar con el mal, al modo que ciertos chicos disfrutaban jugando con el fuego. Y Loki era puro fuego en muchos aspectos: hermoso de contemplar, pero si uno le acerca un dedo, se quema. En las primeras épocas de Asgard, Loki era como el fuego para los dioses: jugaron con él durante largo tiempo, pero al final se quemaron.

★ Loki era otro de esos seres de estirpe de gigantes. Su padre, Farbauti, fue un gigante encargado de controlar el peligroso rayo y el abrasador relámpago en forma de bola. Engendró otros temibles retoños, incluidos Torbellino y Tromba. Decían que la madre de Loki había sido Laufey, nombre que significa Isla de los Árboles o Copa Tupida de Arbol y se estima que tuvo a Loki al ser acometida por el relámpago de bola que producía Farbauti. Aquella bola de fuego probablemente la consumió del todo, dejándola incluso reducida a una humeante pavesa. Lo cierto es que nunca se volvió a saber de ella. Esto debió acontecer en uno de los bosques que poblaban una remota área de Asgard, porque cuando Loki llegó al palacio de Odín, el padre de los Ases le dio la bienvenida como correspondía a todo viajero allí arribado tras recorrer una larga distancia. Loki era tan guapo y se hacía querer de tal manera que, andando el tiempo, Odín se convirtió de hecho en su hermano de sangre. Se creía entonces que cuando la sangre de ambas muñecas juntas se mezclaba, el lazo así formado resultaría más fuerte que la calidad de hermano por nacimiento.

Las *hazañas* de Loki en Asgard y Jotunheim le ganaron multitud de remoquetes, a través de los cuales siempre es recordado negativamente, con asco. Entre ellos figuran los de Malvado Compañero Inseparable de los Ases, el Dios Taimado, el Ladrón del Cabello de Sif, el Saqueador de las Manzanas de Idunn y muchos más todavía. Todos esos moteos procedían de una u otra de sus *hazañas* y todos eran despectivos, por ser desdichadas éstas. Claro que una vez se puso en una situación que sólo provocó risa entre la gente.

Ahora bien, los retoños de Loki eran aún más tremendos que él. Su esposa en Asgard era Sigyn, pero también tuvo tres hijos con una ogresa de Jotunheim que atendía por Angrbode. Al igual que Loki, esta criatura resultaba ser una mezcla de hermosura y pecado, porque sus otros dos nombres son Poder de Oro y Resplandor. Estando en su hogar de Jotunheim, Angrbode tuvo una hija de belleza sin par. Era Gerda, y, conforme luego veremos, el dios Frey acabaría enamorado de ella.

En este momento dijo el rey Gylfi:

—Las relaciones familiares de los Ases, Loki y los gigantes parecen un tanto sorprendentes y complejas.

—Esos temas siempre resultan sorprendentes —le replicaron sus informadores—. A la gente le gusta ofrecer un aspecto respetable, cara al mundo, pero la mayoría de las familias tienen algún terrible y oculto secreto.

—No hubiese yo creído que los Ases tuvieran nada que esconder —observó Gylfi.

Pero sus interlocutores pronto le demostraron cuán errado andaba.

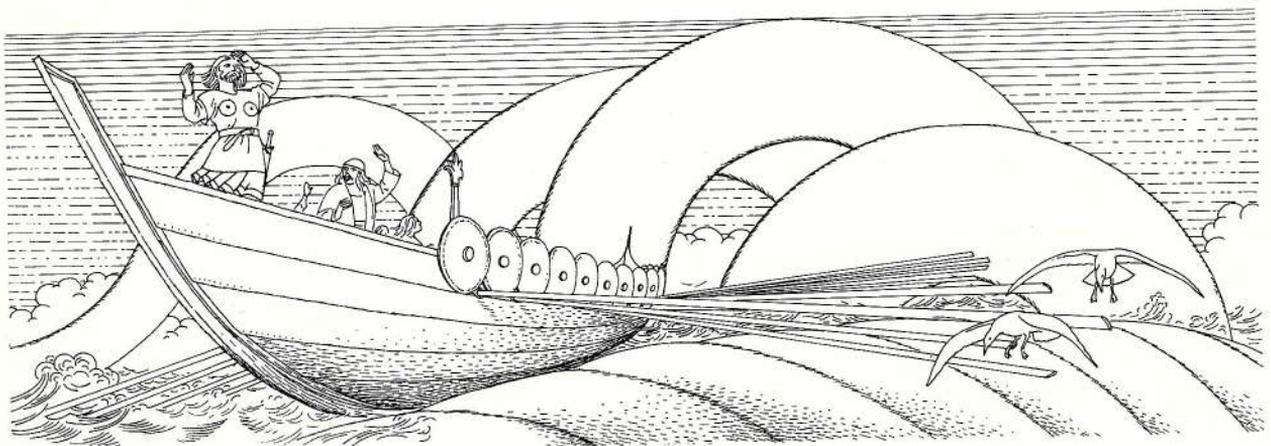
Los dioses acabaron desterrando a Angrbode a Bosquehiero, la tenebrosa y sombría floresta muy hacia el este de Midgard, donde pocos podrían siquiera saber de su existencia. Allí dio a luz Angrbode al primer y monstruoso hijo de Loki, el lobo Fenrir. Al principio, y dado que su padre era Loki, los Ases permitieron al lobuno cachorro ser criado en Asgard, pero con el tiempo se darían cuenta de su error...

No tardaron en llegarles a los de Asgard las sorprendentes noticias, procedentes de Bosquehiero, de que Angrbode había tenido un segundo hijo monstruoso, esta vez una poderosa serpiente, un dragón tan colosal que sus ani-

llos hacían reventar los árboles y que, no tardando mucho, rodeó con ellos al conjunto de Midgard. Odín recurrió sin tardanza a sus reservas de divino poder, y arrojó a la serpiente al mar, condenándola a revolcarse para siempre con la cola aferrada entre las mandíbulas. Aquello impidió crecer a la bestia. Se afirma que los marineros a quienes los vientos contrarios empujan lejos, hasta perder de vista la tierra, en ocasiones han llegado a ver a la Serpiente Mundial o Jormungander (como se la acabó llamando), y más de uno, pensando que alguno de sus enormes anillos era una isla no marcada en los mapas, lanzó el ancla sobre su piel, se apresuró a «saltar a tierra» e incluso encendió una hoguera sobre el lomo del monstruo. Sólo al desaparecer repentinamente la isla bajo sus pies, dejando a los marinos asombrados y pataleando entre las olas, comprendieron que se habían tropezado con la Serpiente Mundial, y aun así resultaban lo bastante afortunados como para seguir vivos y poder comunicar su aventura.

Por tercera vez, Angrbode dio a luz, esta vez una niña, a la cual desterró Odín hasta el Inframundo para que llegara a convertirse en la reina de Hel. Se le dio el nombre de Hel y pasó a actuar como absoluta soberana de cualquier persona de los nueve mundos que llegara a caer en su poder.

La hija de Angrbode, la encantadora doncella Gerda, continuaba por aquel entonces viviendo en Jotunheim con su padre Gylmir. Era tan buena como hermosa, pero ni siquiera ella resultaba capaz de evitar la corrupción que le había transmitido su progenitora. Sin culpa por su parte, Gerda acabaría trayendo la desgracia a todos los Ases.



## Guerra en el cielo

Los Vanir constituían una raza de dioses de suma importancia.

—Sí, ¿y quiénes eran? —preguntó Gylfi—. Sus orígenes parecen ser algo misteriosos. ¿Cómo encajan exactamente con los Ases?

Alto le respondió:

—No hay nada extraño en cuanto a sus orígenes. Vivían en Vanaheim, al este de Asgard, y llegaron a estar estrechamente relacionados con los Ases a través del matrimonio y la adopción. El mundo de Vanaheim se encuentra allá arriba, sobre las ramas de Yggdrasil, y sus límites discurren hasta tocar a Asgard.

El más importante entre los Vanir era Niord, un dios marinerero, siempre jovial cuando estaba entre naves y puertos, una deidad con un gusto bien marcado por el olor a sal del océano y el acre tufo de la pez. Su celestial residencia estaban justo en la costa de Noatun, inmediata a los astilleros, donde podía oír no sólo a las gaviotas, sino también el gozoso rumor de hachas, sierras y leznas manejadas por los carpinteros de ribera en los tablones de roble. Le gustaba ver cómo los cordeleros experimentados anudaban las cuerdas para los aparejos, retorciendo las sogas destinadas a su uso en naves mercantes y otras embarcaciones de mayor longitud. Era Niord el favorito de marineros y pescadores de alta mar, quienes recurrían a él cuando precisaban ayuda, porque tenía poderes sobre el viento y las olas, y era capaz de extinguir el incendio, cosa que siempre es un grave riesgo estando en la mar.

La segunda esposa de Niord era Skadi, hija del gigante Thiazzi. A Skadi no le gustaba el océano. Estaba decidida a fijar su residencia en las montañas, entre sus ruidosos parientes de Thrumheim. Pero la feliz pareja llegó a un arreglo, acordando pasar una semana a orillas del mar y la siguiente en las montañas.

Cuando Niord regresó, transcurrida su primera semana en las rocosas colinas, gritaba:

—¡Cómo odio esas ruidosas montañas! Estuve allí apenas una semana, y los lobos aulladores casi me vuelven loco. ¡Qué no hubiese dado por escuchar sencillamente la música del alcastraz!

A lo cual replicó Skadi:

—¡Música! Pues yo no pude pegar ojo sobre el lecho marino... Las gaviotas se encargaron de ello. Eran peor que los gatos cuando se dedican a dar sus serenatas. Apenas había cerrado los párpados cuando ya me los habían hecho abrir otra vez sus chillidos...

Niord tuvo gemelos en su primer matrimonio: el dios Frey y la diosa Freya. Ambos eran hermosísimos y sumamente poderosos

cuando crecieron, y gobernaban todo lo que crece. Plantas, flores y árboles levantaban sus cabezas y florecían cuando ellos pasaban, maduraban las cosechas, los animales de granja prosperaban y se reproducían y los jóvenes de ambos sexos centraban su pensamiento en el amor.

Todos los problemas comenzaron por una travesura cuando algunos de los Vanir estaban de visita en Asgard, y Frey se lanzó a gastar bromas pesadas. Mientras los padres hablaban de esto y aquello (temas aburridos para Frey), el joven se deslizó cumbre arriba, hasta llegar al prohibido Alto Nido de Odín, se sentó en su trono y pudo contemplar el universo.

Fue un momento excitante hasta que, mirando a lo lejos, al panorama que se extendía por el norte, sus ojos se fijaron en una población donde se alzaba un edificio magnífico. Una doncella caminaba rumbo al mismo. Cuando levantó las manos para alzar el picaporte de la puerta que tenía ya delante, una espléndida luz salió de sus manos, de forma que tierra, mar y cielo quedaron iluminadas y resplandecientes al instante. Frey pagó muy caro su afán de querer sentar en la Alta Sede, que se reservaba tan sólo para el padre de los dioses: se alejó de allí con el corazón enfermo de amor. Al volver a Vanaheim se encerró en palacio y se negaba a hablar a nadie. Tampoco quiso comer ni beber, y nadie sabía qué hacer al respecto.

La situación se hizo pronto seria porque toda la Naturaleza empezó a fallar, por simpatía con el doliente dios.

Finalmente, su padre hizo que se presentara ante él Skirnir, el amigo de juventud y sirviente de Frey, y le ordenó que le preguntase qué le pasaba.

Skirnir se manifestó dispuesto a ir, pero avisó que no tenía muchas ganas de hacerlo, pues no creía que ello sirviera para nada bueno. Encontró a Frey tumbado en su ornamentado lecho, tallado con entrecruzados zarcillos de parrá y racimos de uvas. Frey miraba vagamente a las vigas del techo. Al otro lado de la ventana las hojas muertas caían de los árboles revoloteando, y las flores del jardín se habían marchitado. Skirnir le dijo:

—Quieren que te pregunte por qué te encuentras tan melancólico.

La respuesta llegó lentamente:

—No puedo explicarte esta languidez. Mi

corazón está oprimido, y el asunto es demasiado doloroso para discutirlo...

Skirnir recordó a Frey que, de muchachos, ambos habían compartido todos sus secretos. Y le avisó:

—Nadie podrá ayudarte si no me dices qué es lo que no va bien.

—Tampoco si lo cuento —advertía Frey— porque no sólo Odín y mi padre estarán en contra de mis deseos: hasta los gnomos se opondrán.

—¿Y qué puede ser ello, para que tantas gentes poderosas vayan a negarse? —preguntó Skirnir.

Por fin, Frey explicó:

—Te lo diré por nuestra amistad. Quiero que Gerda, la hija de la ogresa Angrbode y del gigante Gimir, sea mi esposa. Desde que la vi en la Alta Sede de Odín no puedo vivir sin ella. Y ya que estás aquí, quiero que vayas a Jotunheim y la pidas en matrimonio para mí.

Skirnir quedó desagradablemente sorprendido y dijo:

—He oído que era de una belleza sin rival, pero su padre es un terrible ogro y su madre aún peor. Tú sabes que jamás permitirán que Gerda salga de Jotunheim.

—Si se cumplen determinadas condiciones lo tolerarán —expuso Frey—, pero son condiciones imposibles, por eso me encuentro tan desesperado, languidezco, y así seguiré hasta mi muerte, que ya no puede tardar.

El pensamiento de la muerte de Frey sólo sirvió para empeorar las cosas, pues si el dios de la fertilidad y el amor desaparecía, la Naturaleza entera fenecería también. Skirnir preguntó:

—¿Y cuáles son esas condiciones?

—Los gigantes quieren mi espada como precio de la novia.

Aquello era un impacto psicológico tras otro. La espada mágica de Frey tenía la propiedad de luchar por su cuenta. Debía batallar en favor de los dioses para que tuvieran éxito cuando los malignos gigantes del fuego galoparan en su contra llegado el Ragnarok. Fueron los gnomos quienes forjaron la espada mágica expresamente con este fin.

Skirnir tragó saliva ávidamente y repuso:

—Pero aunque me llevara tu espada, no hay garantías de que pueda sobrevivir al peligroso viaje, pues el baluarte de Gimir, como tú bien sabes, está rodeado por unas oscilantes y mági-

cas llamas, que constituyen una barrera impenetrable.

—Impenetrable para cualquier corcel, excepto uno —aclaraba Frey—. Porque el caballo de Odín puede lograrlo. Que te lo preste.

Skirnir casi se desmaya. La enormidad de cuanto Frey le estaba pidiendo le dejó literalmente sin respiración, asestándole como un golpe físico. Miró por la ventana como pidiendo ayuda, pero sólo vio cómo iba muriéndose la Naturaleza. Skirnir era valiente y dijo:

—Si no hay otra solución, lo haré. Tendré que robar el caballo sin que nadie lo note y espero que entre tanto no me descubran. Me llevaré tu espada mágica pero procuraré ganar a Gerda sin entregarla. No hay elección —acabó diciéndose mientras las hojas caían revoloteando desde los árboles—. Quizá hasta sea demasiado tarde...

Aquella noche, mientras los Ases dormían, Skirnir colocó trapos en los cascos del caballo de Odín y lo sacó del establo. Saltó sobre el animal y, galopando por los aires, llegó a Jotunheim. Desde muy lejos las llamas que rodeaban el baluarte montañoso de Gymir le guiaron, como la Estrella Polar conduce a los marinos. Cuando se aproximaba a su destino, observó que los fuegos constituían una especie de llameante empalizada. El corcel no vaciló; se concentró ante el amedrentador obstáculo, dio un poderoso salto hacia arriba, y salió disparado por los aires. Skirnir pudo oler a chamuscado cuando las llamas se proyectaron sobre la cola del animal. Luego jinete y cabalgadura aterrizaron en el patio del gigante.

—¿Quién viene galopando por los aires? —rezongó la voz del gigante Gymir—. ¿Eres uno de los Ases, de Vanir o de los gnomos?

—Me llamo Skirnir. No pertenezco a los Ases, a Vanir, ni a los gnomos. Vengo del séquito de Frey. El joven dios pide en matrimonio a tu hija Gerda.

Gerda estaba asomada a la ventana de su aposento, iluminada su figura por detrás. Vio lo que pasaba y preguntó:

—¿Qué ofrece Frey como dote?

Skirnir dijo que podría conseguir once manzanas de oro. Gerda respondió que no le interesaban.

El recién llegado afirmó entonces que podría hacerse con un anillo mágico, del cual se desprenderían otros ocho a cada novena noche. Gerda repuso que ya tenía bastantes tesoros.

A continuación, Skirnir probó con amenazas. Desvainó la espada de Frey y gritó, dirigiéndose hacia la ventana, que si la muchacha no se mostraba de acuerdo él le cortaría la cabeza. Gerda respondió que su padre lo impediría. Skirnir insistió en que Gymir perecería bajo la hoja de su espada, pues ésta era capaz de actuar por sí sola. La joven no se conmovió en absoluto, y Skirnir advirtió a la valiente doncella que poseía una varita mágica, capaz de lanzarle un maleficio, el cual la obligaría a seguir sus mandatos con todas sus consecuencias. La obligaría a ir hasta el Nido del Águila, que dominaba Hel, donde todos sus alimentos se volverían repulsivos y le darían asco, mientras ella quedaría bajo el poder del helado gigante Rimer y tendría que soportar locura, añoranza, cadenas, ira, lágrimas y tormentos varios.

—¿Quieres decir que me enamoraré? —se mofaba Gerda.

—Te pondré en manos del gigante del hielo con tres cabezas, Máscara de Escharcha, encerrada en las profundidades de la Puerta del Cadáver —gritaba Skirnir—. Cada día te verás forzada a arrastrarte hasta la sala del palacio de los gigantes del hielo, suplicando merced en vano, sin esperanza alguna. Y bajo la raíz de Yggdrasil, que crece hacia los gigantes del hielo, siervos malignos te obligarán a beber el agua de las cabras.

La voz de Skirnir subía de tono al gritar que maldeciría a Gerda tallando cuatro terribles runas como maleficio, para que cayesen sobre la muchacha la añoranza, la locura, y la lujuria.

—El precio de la novia sigue siendo la espada de Frey —insistió, sin embargo, la muchacha. Y Gymir añadió:

—Mi hija es demasiado firme y constante, demasiado valiente para dejarse afectar por tus amenazas. Si no lo fuera, difícilmente podría constituir una esposa adecuada para Frey. Como ella misma dice, sólo existe un precio de la novia, el que siempre hubo: la espada mágica de Frey.

Skirnir comprendió que acababa de perder la partida y entregó la espada. Luego organizó los detalles del matrimonio. Volvió a Asgard y deslizó el corcel de Odín en un establo justo cuando comenzaba a apuntar la aurora. Después regresó a Vanaheim y dijo a Frey:

—Gerda se ha mostrado conforme en casarse contigo —y al hablar su tono era apagado, de derrota—, pero tuve que entregarle tu espa-



da. Los Ases y los gnomos se enfurecerán, pues ellos la forjaron exclusivamente para ti.

—¿Cuándo y dónde va a celebrarse la boda?

—atinó a decir, casi jadeante, Frey.

—En la isla de Cebadatrigo. Ella me dijo que los dos sabéis dónde está. Se reunirá contigo allí dentro de tres días.

Entonces Frey entonó una canción. Era más bien triste, pero mostraba cómo empezaba a recobrase, y con él toda la Naturaleza:

«Una noche es larga,  
pero otra es aún peor!  
¿Por qué debo sufrir por tres?  
A menudo un mes me pareció más breve  
que la mitad de esta noche  
que aún falta para mi boda.»

Así pues, Frey y Gerda contrajeron matrimonio y empezaron a vivir unidos con toda felicidad.

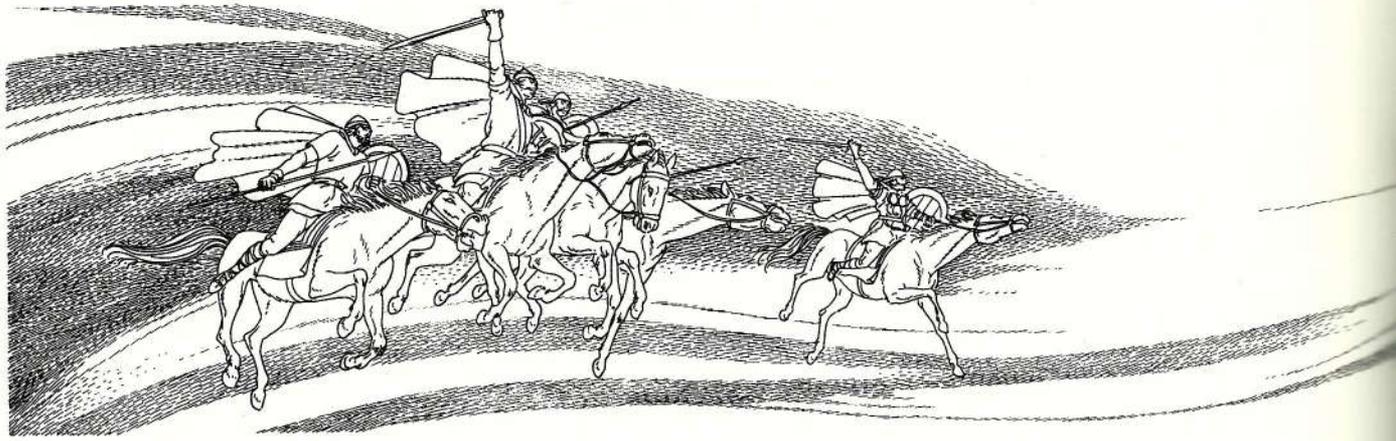
Mientras Frey estaba particularmente relacionado con la Naturaleza, teniendo poder sobre la lluvia y el sol y el crecimiento de las cosas de la tierra, Freya, su hermana, era la diosa del amor. Su palacio, amplio y espacioso se llamaba Rico en Asientos. Todo el mundo era bienvenido en aquel lugar. La misma Freya viajaba no poco, sentada en un ligero carricoche de dos ruedas, del cual tiraban un par de gatos, tan grandes como leones. Su esposo recibía a veces el nombre de Ottar. Frecuentemente hacía largos recorridos y, si Freya lloraba por él, sus lágrimas eran todas de oro rojizo. A Freya

le gustaban sobremanera las piedras preciosas, y mostrábase orgullosa en especial de su famoso collar, llamado Brisingamen por la tribu de enanos, los Brising, que lo manufacturaron. Freya llegó incluso a llamar a su hija Hnos, que significa Joya.

Aquella reducida familia de Niord, Frey, Gerda y Freya, vivían amigablemente en Vanheim, visitando de vez en cuando a los Ases de Asgard, hasta que un día estalló una tremenda disputa. Dominaba el rencor hasta tal extremo, que se originó una guerra entre los Ases y los de Vanir; la peor clase de conflicto, es decir, la guerra civil, donde los parientes se enfrentan unos a otros. Como sucede en la mayoría de las guerras, sus causas eran oscuras y difíciles de desentrañar, pero parecían descansar en los acontecimientos que acabamos de mencionar, esto es, el que Frey se hubiera sentado en la Alta Sede de Odín, su boda con Gerda y la pérdida de su espada.

Odín se puso furioso al enterarse de cómo habían utilizado su corcel. Todavía se enrabietó más al saber que los gigantes eran ahora los poseedores de la espada de Frey, porque, como podía contemplar el futuro, comprendió qué consecuencias acarrearía todo aquello. Los Ases creían que todo el curso de los acontecimientos había sido desencadenado por la madre de Gerda, o sea, Angrbode.

Ya hemos visto que Angrbode poseía varios nombres, no todos de significado desagradable, y podía modificar su forma corporal, es decir,



que era una bruja. Las brujas, como los vampiros o los hombres-lobo, eran malignas y casi imposibles de destruir. Tan sólo existía un método para deshacerse de una hechicera: quemarla viva.

—El Tiempo en Asgard a veces resulta confuso —intervino Gylfi—. Yo pensaba que esa hechicera gigante había sido desterrada, desde hacía largo tiempo, a Bosquehierro.

—Si tienes un poco de paciencia, averiguarás cómo llegó hasta allí —le replicó, cortante, Alto.

Los Ases invitaron a la bruja Angrbode a una fiesta en Asgard. Ella se presentó con su apariencia más cautivadora, bajo la que era conocida como «Poder Áureo». Los dioses comentaron entre sí la espeluznante belleza de la recién llegada, asegurando que no habían visto nada parecido, excepto en una persona, Loki. Su celebración funeral (pues ello es lo que los dioses se proponían que fuese) se celebraba en el Valhalla. Las mesas cargadas de viandas corrían a todo lo largo de la gran sala, sobre una tarima levantada a cada lado de la chimenea donde ardían troncos. Cuando se hubo consumido el último plato y bebido el postrer trago, los Ases se apoderaron de la hechicera, aplicándole su único y definitivo castigo por brujería. La quemaron viva, ceremonialmente, atravesándola sobre un vértice del arco de lanzas que mantenían sujetas sobre la hoguera de troncos.

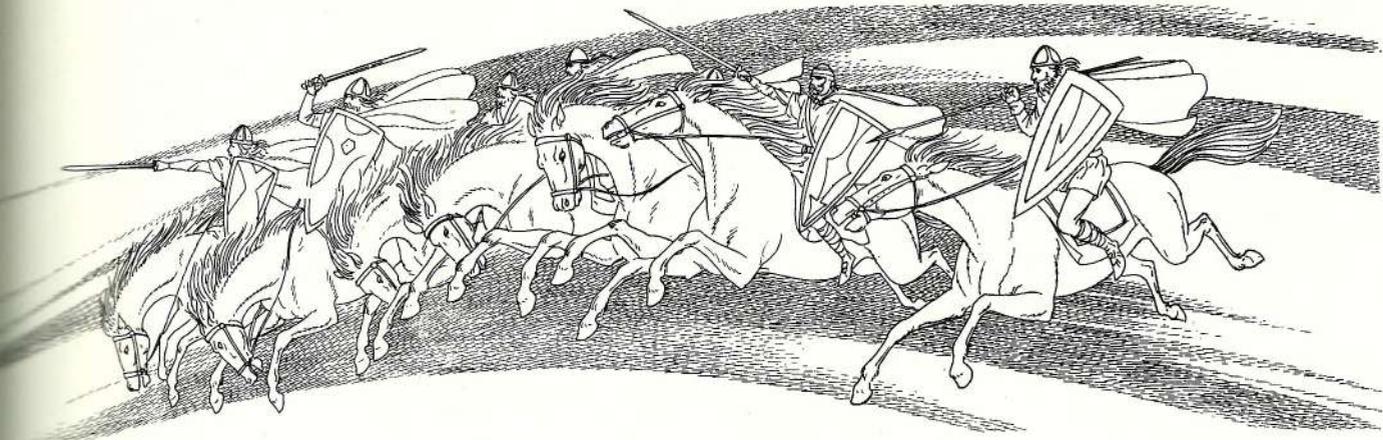
Ahora bien, no resulta tan fácil deshacerse de una nigromante. Aunque carbonizada, Angrbode no quedó destruida enteramente, sino que, de inmediato, tornó a la vida, silbando y escupiendo rabiosamente.

Por dos veces fue quemada, y otras tantas volvió a la vida.

En el tercer intento Loki encontró aún con vida su corazón, entre las cenizas del cuerpo, y se lo tragó. Después, notando la enormidad de aquel ser maligno que le afectaba dentro de sí, se apresuró a salir del Valhalla, a escapar de Asgard, y fue a ocultarse al oscuro y desolado Bosquehierro. Una vez allí, el malvado corazón, actuando dentro del malvado Loki, le hizo fértil, y ambos dieron a luz al lobo Fenrir. Y de Fenrir descendió toda la raza lobuna, incluidos los que se dedicarían a dar caza al sol y la luna corriendo a través de los cielos.

—Más adelante, según te habíamos dicho —manifestaba ahora uno de los tres informantes—, la Serpiente Mundial y Hel nacerían también de la hechicera.

Cuando los Vanir oyeron cómo los Ases habían asesinado a Angrbode, se reunieron en un solemne cónclave, en compañía de las divinidades de Asgard, y exigieron una restitución. No importaba que Angrbode fuese una bruja a la que todos, incluidos los Vanir, consideraban malvada. Bajo otra forma corporal lo cierto es que era también la madre de Gerda, y ahora, por el matrimonio de Frey con esta última, la hechicera se había convertido en pariente de los Vanir; además, conforme al código antiguo, se veían entonces obligados a vengar su muerte. Se trataba de la ley de tiempos pasados, la del ojo por ojo y diente por diente. Lo menos que los Vanir podían hacer era exigir un rescate o compensación por la muerte de la bruja. Pero los Ases rehusaron pagar. La discusión subió de tono y se hizo agría entre ambos bandos, hasta que al cabo Odín la terminó ha-



ciendo girar su azagaya por encima de las cabezas de la concurrencia reunida. Eso era una declaración de guerra.

Así se produjo la primera de todas las guerras, y, lo que era aún más triste, en el mismo cielo. Ambos bandos estaban igualados, y en ocasiones parecían estar ganando los Ases, mientras que en otros momentos la ventaja parecía corresponder a los Vanir. Se abrieron brechas en las murallas de Asgard, y aunque quedaron destruidas varias partes de las mismas, los Vanir fueron expulsados de allí. Por fin, y cuando los dos bandos estaban decididamente agotados, a los más prudentes de cada uno se les ocurrió que los gigantes del hielo y del fuego podrían irrumpir en cualquier instante dentro de Asgard y Vanaheim, y se iban a tropezar con escasa oposición. Así recuperaron la sensatez y firmaron un armisticio.

Los Ases celebraron un segundo y solemne cónclave, para elaborar de torpe manera un acuerdo de paz. Los dioses hablaban, escuchaban y volvían a tomar la palabra.

Al término de sus deliberaciones se acordó que ambas partes intercambiaran rehenes como prenda de buen comportamiento. Así pues, dos de los Ases, los dioses Mimir y Henir fueron a residir en Vanaheim, y Niord, sus dos hijos Frey y Freya, y Gerda, se trasladaron a un nuevo hogar en Asgard.

Circula por ahí un curioso relato sobre la conferencia de paz. Para sellar la tregua los Ases y los Vanir escupieron en un jarro. Cuando se marchaban ya los dioses, deseosos de que la prenda de paz no se perdiera, fabricaron un hombre con los esputos así combinados. Este hombre se llamó Kvasir, y es el más prudente

y sabio que jamás haya existido. Tanto, que nadie podía hacerle una pregunta que él no supiese responder. Kvasir pasó a vivir en Asgard.

Mimir, uno de los dos miembros de los Ases que fue a Vanaheim como rehén, era un dios de gran sabiduría. Pero los Vanir sospecharon que Henir era menos dotado. En sus públicas intervenciones o cuando se debatía un tema difícil, si Mimir no estaba a su lado, Henir respondía siempre de idéntica manera:

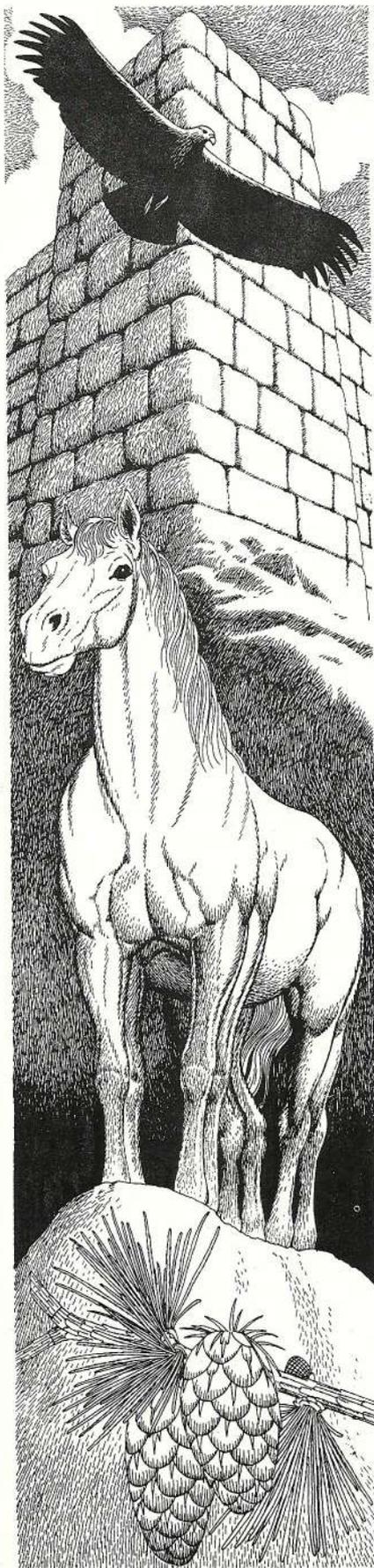
—Que otro aconseje sobre esta cuestión.

Los Vanir entendieron que los Ases les habían engañado con lo del intercambio de rehenes. Irritados se apoderaron de Mimir, le cortaron la cabeza y se la remitieron a los Ases.

Cuando Odín la recibió, la impregnó de hierbas mágicas para mantenerla viva y cantó poderosos conjuros sobre la misma. Así logró que la sabiduría de Mimir continuase disponible cuando las divinidades tuvieran necesidad de asesoramiento. En aquellos tiempos tan peligrosos, Odín solía consultar a la cabeza de Mimir, y ésta, abriendo sus labios, le hablaba.

La sabiduría no es fácil de comprar: sólo se adquiere mediante el sacrificio. La cabeza de Mimir se conservaba bajo la raíz del Yggdrasil, que se retuerce en busca de los gigantes del hielo. Se dice que el agua del pozo le confería sabiduría, y que cada mañana la cabeza solía beber de ella. Cuando Odín hizo su primer viaje hasta la raíz y pidió compartir la sabiduría de Mimir, se le informó que sólo lo lograría si renunciaba a uno de sus ojos.

Para Odín el trato resultaba justo, y por eso, cuando viaja disfrazado por el mundo de los seres humanos, se hace pasar por un viejo y barbudo vagabundo, tuerto por añadidura.



## Las murallas de Asgard

Poco después de la contienda librada en el cielo estaban los Ases inspeccionando tristemente las arruinadas murallas de Asgard, cuando un tipo de aspecto robusto, jinete en magnífico potro, se presentó decidido; nadie le había visto antes, ni sabía quién podía ser.

—Veo que tenéis problemas —dijo—. Necesitáis un constructor.

La observación no agradó demasiado a los dioses, que miraron, silenciosos, al extraño, con aire despectivo en sus rostros.

—Os diré lo que podemos hacer —proseguía el otro—. Yo soy maestro albañil. Reconstruiré las murallas en un abrir y cerrar de ojos. En tres estaciones, para ser más exactos. Es una promesa firme.

Los Ases seguían sin impresionarse. Tyr indicó:

—Las murallas que queremos deben consistir en un recinto-fortaleza que rodee por entero a Asgard, y tienen que estar hechas a pruebas de gnomos y de gigantes.

—Pues yo soy el hombre —afirmó el albañil—, y el precio no saldrá caro.

—¿Cuánto? —quiso saber Odín.

—La mano de la diosa Freya. ¡Ah!, y de paso, también el sol y la luna.

Los dioses gritaron rabiosos, y empezaron a discutir en el acto, pero Odín los convocó aparte y les dijo que debían discutir la proposición con toda calma. Todo el mundo estuvo acorde en afirmar que no había ni que pensar en ello. Loki, el Maligno, indicó, sin embargo:

—No, esperad. Vamos a decirle que estamos conformes con su precio...

Los Ases acallaron su exposición a puro grito, hasta que Odín les mandó:

—Dejadle que hable.

—Mi sugerencia es —afirmaba Loki— que nos mostremos de acuerdo con el precio, pero fijando unas condiciones tan duras que no pueda cumplirlas; y así también nosotros podemos dejar de cumplir nuestra parte del trato.

—Bueno, esto sólo es un negocio —convinieron los dioses, y así coincidieron con el pensamiento de Loki.

Regresaron, pues, junto al albañil, y Odín le dijo que podría levantar las murallas por el precio pedido si era capaz de hacerlo en una estación en vez de en tres. Si, llegado el primer día del verano, la última de las piedras estaba sin cortar y perfilar, quedaría anulado el pago convenido.

El albañil se rascó la nariz y observó pensativamente a su caballo, que ramoneaba el césped masticando placenteramente.

—¿En una estación, eh? —preguntó el albañil—. Es un trato muy duro. Os diré esto: lo haré, si me permitís que me eche una mano mi rocín.

Una vez más entablaron los dioses ardua discusión, y de nuevo prevaleció la opinión de Loki: los Ases acordaron que el albañil tendría que realizar toda la tarea sin más ayuda que la de su caballo.

El albañil puso los cimientos de las murallas el primer día del invierno, y esa misma noche aparejó su caballo, lo llevó hasta las canteras y empezó a transportar peñascos grandísimos. A la mañana siguiente los dioses quedaron no poco asombrados al ver las rocas fabulosas que el animal era capaz de llevar: daba la sensación de que el caballo podía realizar el doble de la tarea, ya sobrehumana, que hacía el albañil. Además, aunque el albañil, al mencionar el precio, dio la impresión de tomarse el asunto a la ligera, cuando llegó el momento de cerrar el trato insistió en juramentos solemnes y testigos de buena reputación. Desde su punto de vista aquello era esencial. Y es que él era un gigante disfrazado capaz de adoptar formas variadas de forma que estando entre los Ases le iba la vida, si no tenía salvoconducto. Antes de presentarse en Asgard, el gigante se preocupó de que Thor no estuviera en casa. Por entonces el dios de barbas rojizas estaba viajando hacia el este, mientras cazaba gnomos.

A medida que las nieves invernales desaparecían el baluarte fue creciendo y era ya tan poderoso y elevado, que resultaría absolutamente imposible de tomar por asalto. Los gigantes de las montañas y los del hielo nunca podrían introducirse en Asgard, incluso si lograban antes cruzar el océano e infiltrarse en Midgard.

Así pues, los dioses sentían un par de divergentes sensaciones a la vez: les agradaba lo indecible el éxito de la construcción, pero les

preocupaba, hasta sacarles de sus casillas, el pensamiento del precio que deberían terminar por satisfacer. Así es que, a toda prisa, convocaron una reunión extraordinaria.

Mientras permanecían sentados en sus asientos para juzgar qué convendría hacer a renglón seguido, alguien les preguntó cómo se las habían arreglado para meterse en semejante bebenjena. Tyr dijo:

—Yo estaba enteramente a favor de hacer que se construyera el baluarte, pero no recuerdo haberlo estado en el precio.

—Tampoco yo, ni yo, ni yo... —se oía decir a las otras divinidades.

Entre tanto, Loki fijaba su vista en un rincón.

—¿Quién fue entonces? —inquirió Odín—. Me gustaría saber quién pudo persuadirnos, en contra de nuestro mejor criterio, para entregar a Freya, la más adorable y linda de nuestras jóvenes diosas, y destruir totalmente el cielo y el firmamento, al tolerar que el sol y la luna nos sean arrebatados.

Todas las cabezas estaban vueltas hacia Loki, conocido por sus pésimos consejos, y cada cual empezó a chillar a la vez, recordándose todos mutuamente que Loki les había persuadido también para aceptar la condición que otorgaba al albañil el uso de su caballo.

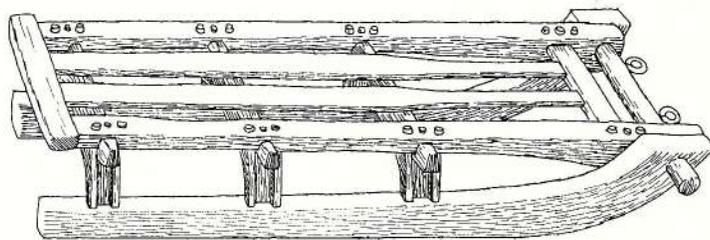
—¡Vamos a ver! —interrumpió Heimdall (quien siempre se mostraba dispuesto a ir contra Loki)—. Dejadle que discurra otro truco para sacarnos del dilema en que estamos; si no es capaz, le mataremos.

Algunos de los Ases que estaban más cerca de Loki ya habían empezado a zarandearle, y él estaba ya muy asustado.

—¡Dejádmelo a mí! —gritaba Loki—. ¡Yo me encargare de que ese tipejo fracase...!

—Más te valdrá —afirmó Heimdall—, o acabarás encadenado bajo la Puerta del Cadáver.

Loki tenía muchísimo miedo y lanzó potentes juramentos asegurando que, costara lo que costase, arreglaría las cosas de modo que el albañil tuviese que renunciar a sus honorarios.



Aquella misma tarde, cuando el albañil salió en busca de más pedruscos a lomos de su potro —que, dicho sea de paso, se llamaba Svadilfari—, apareció trotando una preciosa yegua, que relinchó en dirección al laborioso caballo.

Svadilfari se detuvo en seco. Tenía las orejas tiesas, los ojos fuera de las órbitas, y le temblaban los ijares.

El albañil no era tonto, pero no reaccionó con bastante rapidez. Svadilfari reconoció a la yegua y, en un relámpago, rompió las riendas y el gigante se quedó mirando los restos que le quedaban en las manos. En el lindero del bosque la yegua sacudió la cabeza y se deslizó bajo los árboles con el potro galopando tras ella tan veloz como podía. Es fácil imaginar que el albañil no marchaba muy alejado de ambos; pero por más que hacía no lograba alcanzar a su caballo.

Durante toda aquella noche ambos corceles permanecieron alejados, y el trabajo de construcción se detuvo. Sólo quedaban tres días hasta la entrada del verano, y en realidad la tarea estaba ultimada, fuera de unos toques definitivos para la puerta de la fortaleza.

Llegó la aurora, pero sin el caballo el trabajo no podía proseguir. A lo largo de toda la jornada el albañil exploró la foresta, buscando en vano una señal de la presencia de Svadilfari.

Al término del segundo día los Ases echaron un vistazo en torno suyo desde las nuevas murallas, y empezaron a sentirse un poco menos inquietos. Observaron la salida de la luna llena y creyeron que podrían gozar sin ansiedad la belleza del firmamento nocturno. Pronto no quedaría más que un día para que el límite fijado al albañil se consumiera, y si bien los toques finales en la construcción eran casi imperceptibles desde el punto de vista de la defensa en sí, todavía resultaban suficientes para dar por incumplida la parte del trato correspondiente al albañil.

Júzguese, pues, el desaliento de los dioses cuando, en la mañana del día postrero, vieron al triunfante albañil llevando de nuevo a su caballo a trabajar en las canteras. La caza del animal había terminado.

Los Ases miraron ansiosos hacia el dorado sol, y aún más anhelantes, hacia el palacio de Freya, el Rico en Asientos.

Al día siguiente no habría sol ni luna en el firmamento, y tampoco estaría Freya en Asgard. Miraron por encima de las murallas, en

dirección a las canteras. El albañil había cargado a su cabalgadura con el último y gran peñasco, y daba latigazos a la pobre bestia hasta quedarse sin fuerzas. Svadilfari ofrecía un triste espectáculo. La cabeza le rozaba el suelo y las patas no eran más fuertes que jalea. El albañil podía haberse pasado la jornada completa apaleándole, sin lograr que el animal se moviese. Fuera lo que fuese lo que le había ocurrido durante su travesía escapada, la verdad es que se había vuelto tan débil como una hoja. Se derrumbó al suelo sobre la panza.

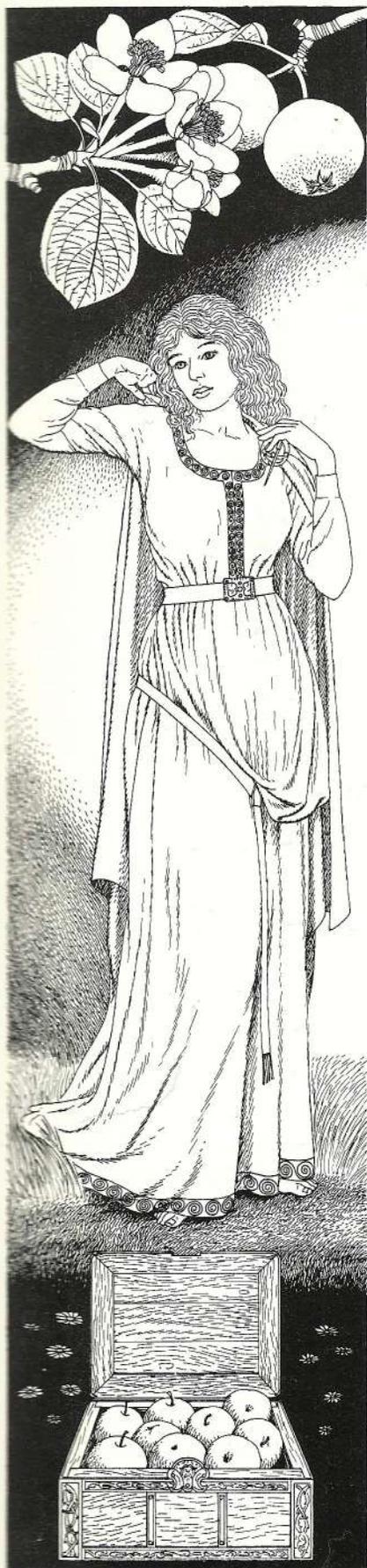
Cuando el albañil comprendió que no podría cumplir su tarea en el tiempo convenido, abandonó toda pretensión, volvió a su auténtica forma corporal, y le entró una rabieta propia de gigante. Al ver los Ases que habían estado siendo engañados todo el tiempo, decidieron no respetar para nada sus solemnes juramentos. Gritaron a pleno pulmón para llamar a Thor, quien volvió de oriente en un relámpago, con el retumbar del trueno acompañándole. Sólo contemplar a un gigante fuera de las puertas de Asgard fue suficiente para que Thor lanzara su martillo Míolnir describiendo un enorme arco por el cielo. Y fue Thor quien pagó el salario al gigante, aunque no con el sol ni con la luna. Incluso le impidió regresar a Jotunheim. Con un único golpe del martillo el cráneo del gigante se deshizo, estalló convertido en polvo, y su cuerpo descabezado se hundió en Niflhel, mucho más abajo del último de los mundos inferiores.

—No me importan demasiado los gigantes —dijo Thor.

—Es obvio —dijo Heimdall.

Entre tanto, la hermosa Freya sólo podía retorcerse las manos; era una mujer de sensible corazón, a la que le desagradaba la violencia. Nadie sabe qué sentimientos pudo haber llegado a experimentar, si consigue enterarse de cómo los dioses estuvieron a punto de englobarla en un trueque que la habría alejado de Jotunheim. Por su parte, los Ases estimaron mejor no hablar de ello.

En cuanto a Loki, regresó a Asgard al día siguiente, y también él parecía agotado. Meses después dio a luz un potrillo, de pelaje grisáceo y dotado de ocho patas. Odín tomó posesión del mismo y le llamó Sleipnir. Y ese corcel ha figurado siempre entre los mejores, igual si hablamos de los dioses que del mundo de los humanos.



## Las manzanas de la vida eterna

Cuando las cosas estaban tranquilas en Asgard, tanto Odín como los demás dioses recorrían los bosques para ver cómo andaban los diversos asuntos allí; a menudo se disfrazaban, ya que la gente se ponía nerviosa si sospechaba la presencia de alguno de los Ases. Cierta radiante mañana, Odín, en compañía de Loki y de Henir, salió de Asgard a pie, y vagó por las montañas rumbo al norte, sin darse cuenta de que cuanto más se alejaba más desértico iba tornándose el paisaje. No se veía vivienda alguna, lo cual significaba que no habría cena.

En aquella época, cuando los hombres eran pocos y vivían muy dispersos entre sí, era un deber el dar la bienvenida a los extraños y ofrecerles algo de comer, amén de un lecho donde pasar la noche. Odín indicó a Henir y Loki que miraran bien buscando cualquier señal de humo que saliera de un hogar. Pero en todo el día no vieron nada, así que aquella noche hubieron de envolverse en sus capas de lana y echarse a dormir, hambrientos, sobre el duro suelo.

Llegado el siguiente día prosiguieron su avance y, aunque el aspecto del terreno mejoraba, tampoco veían señales de vida y tenían dificultades para hallar comida y bebida. Hacia el mediodía, cuando sus vacíos estómagos empezaban a rezongar sonoramente, descendieron hasta un fértil y boscoso valle, donde un rebaño de ganado mayor, de pelaje rojizo, estaba pastando en un prado junto a un arroyuelo. Los tres dioses atraparon un novillo y pronto lo tuvieron asándose en un espetón que fabricaron con las ramas de las intermediaciones.

Cuando el animal parecía ya bien asado, y las bocas de las divinidades producían saliva en abundancia ante el pensamiento de las jugosas tajadas de carne, los dioses afilaron sus cuchillos contra unas piedras y dieron una patada a las mortecinas ascuas: pero se encontraron con que la carne seguía tan cruda como al principio.

Pacientemente, volvieron a encender la hoguera y esperaron otra hora antes de apagar el rescoldo. La carne seguía sin hacerse, incluso más fría y cruda que antes, a pesar de haber estado ya dos veces en el centro de una ardiente llamarada.

Henir se rascó la cabeza:

—Aquí está pasando algo muy raro —refunfuñó, al tiempo que hurgaba, hambriento, en la carne con su cuchillo.

Había cerca un gran roble y, por encima de sus cabezas, escucharon voces que procedían de él. Odín giró rápido sobre sí, gritando enfurecido:

—¿Qué pasa? ¿Qué están diciendo?

—La carne no se asará hasta que yo lo diga

—dijo la voz procedente del roble.

Odín, Henir y Loki se quedaron en pie mirando hacia la copa del árbol. Odín preguntó:

—¿Quién eres tú?

En la copa del roble, encaramada sobre una gruesa rama, que sin embargo se doblaba bajo su peso, un águila gigantesca respondió:

—Es inútil. La carne no estará lista hasta que yo lo ordene.

—Bueno, pues da la orden —le soltó, cortante, Odín.

—No pienso hacerlo hasta que prometáis dejarme comer a mí la primera hasta hartarme. Luego dejaré que siga asándose hasta el final.

Viéndose ante un caso de magia, y no conociendo ningún sortilegio más poderoso, no podían los dioses hacer gran cosa, sobre todo estando tan hambrientos y cansados. De modo que aceptaron las condiciones del ave.

—De acuerdo —dijo ésta—. Prended de nuevo la hoguera, y la carne se asará en cinco minutos.

Empezaron de nuevo. Y tal como había indicado el águila, el asado estuvo a punto en cinco minutos. El ave se posó en el suelo con un ensordecedor aleteo y lanzando un asfixiante polvo de cenizas sobre los presentes. Cuando se disipó la nube de ceniza vieron que el avaricioso monstruo estaba engullendo la preciada carne en un tiempo récord. La mayor parte del alimento desapareció en el estómago del águila, de forma que cuando los dioses acabaron de frotarse los asombrados ojos, apenas si quedaba el esqueleto.

Loki había sido siempre un gran comilón y, como la boca se le hacía agua, apretó los puños y empezó a pensar en cómo vengarse del engaño del águila. En el suelo, bajo el roble, había una rama muy grande, rota sin duda por la tormenta. Loki la aferró con ambas manos y, utilizándola como una maza, lanzó un mandoble pesadísimo al ave. Esta, veloz, dio un par de saltos, pero no pudo impedir que el extremo del palo le golpease entre las alas y se introdujera allí. El águila seguía saltando, y Loki fue derribado y arrastrado por el suelo. Trató de soltar la rama, pero no podía hacerlo; sus dedos continuaban aferrados al extremo de la rama y todos los esfuerzos del dios por liberarse resultaban inútiles.

Con grandes zancadas y un monstruoso ba-

tir de alas, el águila empezó a correr para emprender el vuelo, arrastrando a Loki en su seguimiento. Una vez en el aire, el águila volaba a la altura justa para que las piernas de Loki fuesen chocando dolorosamente contra las rocas, así que el desdichado aullaba:

—¡Alto! ¡Alto! ¡Déjame bajar al suelo!

El águila le miró con sus ojos feroces, y el enorme y curvado pico le pareció a Loki más terrorífico aún; pero el ave no dijo nada.

Loki tenía la sensación de que le iban a arrancar los brazos del hombro, y chillaba a pleno pulmón, rogando al águila que le soltase. Pero ella se elevaba más y más, volando con mayor rapidez todavía.

Cuando el águila calculó que su víctima estaba ya bastante aterrorizada, dijo:

—Yo soy el gigante Thiazzi. Y entérate de esto: no te soltaré, excepto quizá cuando esté a diez mil metros de altura, si antes no juras solemnemente que me entregarás a la diosa Idunn. Atráela con astucia para que salga fuera de las murallas de Asgard a un sitio en que pueda apoderarme de ella sin trabas. Y que la diosa traiga consigo la cesta de las manzanas de oro.

Volaban ya a tal altura, que Loki se preguntó, espantado, si no estarían a diez mil metros. Allá abajo, Odín y Henir eran meros puntitos, y todo el rebaño de vacas rojizas, apenas unas manchitas coloradas.

—¡Lo que sea, lo que sea! ¡Lo juraré todo! —gimió, jadeante, Loki.

—¡Mal te irá si no cumples tu juramento! —graznó Thiazzi.

Y para asustar aún más a Loki se dejó caer desde el cielo como una piedra, yendo a tal velocidad en su desplome que el corazón de Loki se le subía a la boca. Luego, a una distancia del suelo equivalente más o menos a la altura de un hombre, Thiazzi soltó a su presa, y Loki cayó a tierra con un buen golpe.

Frotándose los doloridos brazos y los hombros, y compadeciéndose a sí mismo, Loki volvió cojeando al lado de sus camaradas. Presentó sus excusas, pero sin decirles una palabra de cuanto le había sucedido con el gran pájaro. Ninguno de los tres dioses estaba muy contento de su aventura, así que decidieron en el acto dar media vuelta y regresar a Asgard.

Loki, el maligno entre todos los dioses, tenía la moral realmente baja ante el problema en que había ido a meterse, y aún se le



acrecentó la melancolía al considerar cuáles serían las consecuencias si los Ases perdían las áureas manzanas de Idunn, prenda de eterna juventud, y caían en manos de los gigantes. Se preocupaba, pues, y se preguntaba qué podría hacer; sólo que no hallaba ninguna solución. Tendría que mantener la palabra dada y entregar a Idunn, pero, sin las manzanas encantadas como habitual comida, los Ases perderían su eterna juventud y empezarían a volverse viejos y canosos. La edad avanzada, con rostros apergaminados y espaldas encorvadas, piernas vacilantes y débiles, les esperaba. Se estremeció al pensarlo.

Loki fue a buscar a Idunn. Ella estaba paseando por su jardín entonces, hablando a las flores, y dijo a su visitante:

—¿Sabes? Comprenden cada palabra que les digo. Las alabo, y así crecen mejor.

Se sabía que existía una relación especial entre la diosa de la Primavera y las flores; a medida que la diosa caminaba por los campos no dejaba huellas de sus pisadas, sino nuevas flores, y su perfume no la abandonaba nunca.

—Hace una linda tarde para dar un paseo —comenzó diciéndole Loki—. ¿Sabes? El otro

día estuve en el bosque, más allá de Asgard y sus murallas, y contemplé un árbol frutal nada común; bueno, a mí me pareció algo extraordinario, porque producía frutos similares a tus manzanas de oro.

—¡Oh, no creo que eso pueda ser posible! —repuso la dulce Idunn, pues bien sabía que sus manzanas eran únicas.

—¿Quieres venir a verlo conmigo? —propuso Loki—. Y de paso, quizá te interese traer también tu cesta de manzanas, para comparar unas con otras. A Odín le agradaría conocer una nueva fuente de suministro.

La suave charla de Loki engañó a la inocente Idunn. Así pues, ésta tomó su cestillo de fresno, donde guardaba las manzanas de la juventud, y en compañía de Loki atravesó las puertas de las murallas de Asgard. El único que los vio salir fue Heimdall el Vigilante. Con una inclinación de cabeza musitó la salutación de rigor, pero la verdad es que en ese instante su atención estaba centrada en un águila que volaba en círculos allá arriba en el cielo, dirigiéndose a Jotunheim.

Cuando Loki e Idunn quedaron ocultos de las murallas de Asgard por una prolongación de la zona boscosa, el gigante Thiazzi se lanzó sobre ellos, con su disfraz de águila, y antes de que Idunn se diera cuenta de lo que pasaba, las retorcidas garras la habían tomado por los hombros, y ella y sus manzanas fueron arrebatadas por los aires camino de Jotunheim.

Loki volvió furtivamente a Asgard, asegurándose de que nadie le hubiera visto.

Los Ases quedaron sumamente afectados por la desaparición de Idunn; sin su dieta diaria de las manzanas de la juventud pronto empezaron a envejecer. Con sus barbas canosas y sus hombros deprimidos, apenas podían reconocerse unos a otros. Comenzaron a arrastrar los pies y a acercarse las cosas para verlas mejor, mientras cada día les colgaban las ropas de más torpe manera. De pronto rompían a preguntar, quejicosamente:

—¿Y dónde está Idunn? ¿Dónde se ha ido, eh? ¡Habría que hacer algo! ¿Quién la vio el último...? Eso, ¿quién la vio el último?

Acabó averiguándose que fue Heimdall el último que la vio caminando con Loki cuando abandonaban Asgard.

—¡Debía haberlo imaginado! —rezongó Odín malhumorado—. ¡Que me lo traigan!

Trajeron casi a rastras a Loki ante la presen-

cia del Padre de los Ases, y no tardó en cantar toda su historia. En su furia, los dioses amenazaron al Maligno con la tortura y la muerte, y cuando estuvo suficientemente aterrorizado, el propio Loki se declaró dispuesto a ir hasta Jotunheim y traer a Idunn, con sus manzanas de oro, al hogar común. Sólo pidió que la diosa Freya le prestara su capa de plumas, para poder ir volando disfrazado de halcón. Freya, quien ya empezaba a mostrar arruguitas en torno a sus hermosísimos ojos, accedió en seguida. Loki se vistió con la piel del halcón y voló sobre las murallas de Asgard; con unos cuantos aletazos rápidos se encaminó, a través de los océanos, hasta Jotunheim.

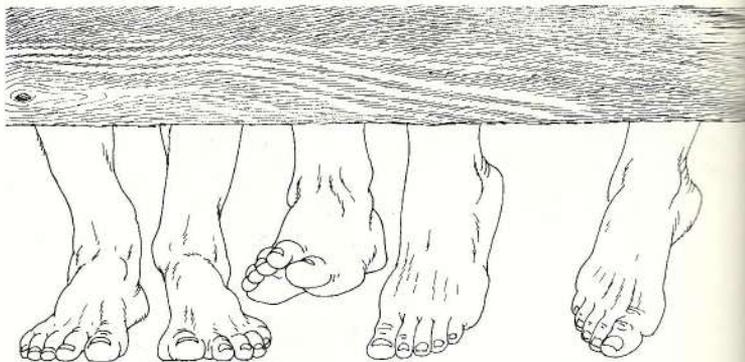
Era el momento propicio, pues el gigante Thiazzi acababa de salir a pescar en su bote de remos. Con su agudo ojo de halcón, Loki iba barriendo la brillante agua del mar, hasta que vio a Thiazzi allá abajo, dormitando agarrado a su caña de pescar. Volvió su mirada hacia la tierra y observó un cierto resplandor brillante en las almenas del castillo del gigante. Tal señal sólo podía corresponder a Idunn. El halcón maniobró en el firmamento más rápido que la luz y vino a aterrizar sobre una tronera, donde Idunn se inclinaba para mirar, con suprema añoranza, a través del mar, hacia donde las brillantes torres de Asgard agujereaban las nubes. Ella emitió un grito de sorpresa cuando el halcón se detuvo casi a su lado, y casi deja su cestillo de manzanas.

—¡Soy yo, Loki! —susurró el pájaro.

La hija de Thiazzi, Skadi, que había bajado de su residencia en las montañas para vigilar a Idunn, afortunadamente en ese instante estaba dando un paseo justo por el otro lado de la almena, de forma que nada podía ver.

—¡Escúchame rápidamente, Idunn! —dijo Loki—. Voy a convertirte a ti y a tus manzanas en una nuez... Luego te agarraré y te llevaré a Asgard. ¡No temas!

Dicho y hecho. Con la nuez entre sus garras, Loki zumbó firmamento arriba, y enfiló hacia el mutuo hogar. Pero en aquel momento Skadi volvía de su paseo por el otro lado de las almenas, y comprendió en el acto que, por medio de algún sistema mágico, su prisionera se evadía del castillo. Viendo a su padre, que estaba pescando a un par de millas de la costa, se desató el largo y blanco velo que llevaba encima y lo agitó frenéticamente para llamar su atención. Pasó un buen rato antes de que Thiazzi



saliera de sus ensoñaciones. Al ver cómo el velo ondulaba hacia atrás y hacia adelante, comprendió que algo andaba mal, echó la caña de pescar al fondo del bote y, con el sedal todavía arrastrando detrás, se encaminó, remando como un loco, hacia la orilla.

Skadi se dirigió a gritos a su padre desde las murallas. Le señaló una manchita en pleno cielo, sobre el océano, a mitad de camino ya de Asgard. Gritaba:

—¡Un halcón se ha llevado a Idunn!

Thiazzi se precipitó al castillo, buscando con la mirada la percha donde tenía colgado su traje de águila.

En su puesto de guardia de Asgard, Heimdall vio a lo lejos un halcón que volaba sumido en el pánico aproximándose recto y veloz como una flecha hacia las murallas, mientras no lejos de él venía un águila gigantesca. El Vigilante dio la alarma y los dioses se agolparon en las almenas. El halcón se esforzaba lo posible, pero Freya, la dueña del traje mágico, sabía que tal velocidad tenía un límite. Retorciéndose las lindas manos, gritaba:

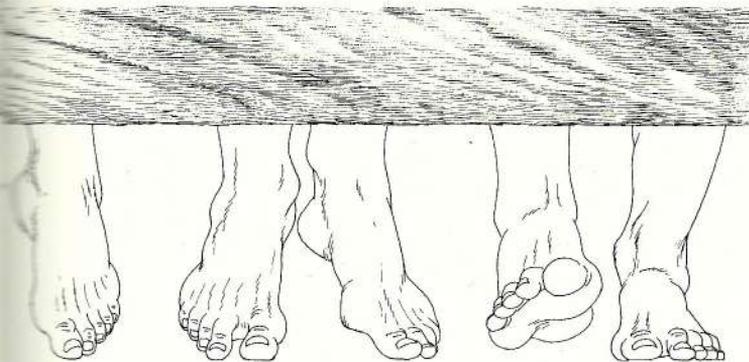
—¡El traje de águila de Thiazzi es mayor y más rápido que mi piel de halcón! ¡Thiazzi acabará atrapando a Loki!

Tyr fue el único que mantuvo la cabeza fría en aquellos instantes, y gritó:

—¡Vamos, haced un buen montón de virtutas de madera! ¡Frey, Balder, ayudadme!

Los jóvenes dioses reunieron capazos de virtutas, procedentes del taller de carpintería, y formaron una enorme pila al pie de las murallas de Asgard.

El halcón se hallaba ya a menos de un kilómetro, pero el águila estaba tan cerca que empezaba a echar las garras hacia adelante, para capturar su presa. Las murallas de Asgard constituían la meta final de la vital carrera,



pero nadie podía estar seguro de quién ganaría la prueba. Fuera, bajo las murallas, los Ases esperaban conteniendo la respiración. Tyr prendió una antorcha, y la sujetaba en la mano.

Llegó primero el halcón. Con un batir de alas pasó zumbando por encima de las cabezas, vueltas hacia arriba, y penetró en Asgard. El águila se precipitó como un proyectil en su seguimiento. Pero antes de que el pájaro gigante cruzase por encima del montón de virutas, Tyr hundió su antorcha en el montón y un surtidor llameante se irguió como un disparo hacia el cielo. Las plumas del águila prendieron como yesca, y el traje de Thiazzi lo fundió a él mismo, convirtiéndolo en una pestilente nube de humo. El gigante se hundió, con un movimiento hacia adelante y hacia abajo, golpeando las murallas de Asgard. El impacto fue tan tremendo que las piedras quedaron con la huella, en bajorrelieve, ostentando la forma de un hombre. Luego, el cuerpo sin vida penetró estruendosamente en la hoguera de virutas y quedó allá enteramente consumido, excepto los ojos, que eran duros como diamantes.

Los dioses se apresuraron a regresar a Asgard, para ver si Idunn y Loki estaban sanos y salvos. Loki continuaba de pie, tembloroso, el cuerpo empapado en sudor. Dando gracias en su fuero interno, vieron que Idunn también estaba allí, vuelta de nuevo en su hermoso ser y sujetando firmemente el cesto de manzanas con la mano. Dioses y diosas empezaron a comer la fruta, y antes de llegar la hora de la cena ya eran todos jóvenes de nuevo.

Pero su ira contra Loki no se había calmado. La catástrofe rondó demasiado de cerca para olvidarla. Algunos dioses seguían queriendo deshacerse del interesado, pero Loki apeló a Odín, recordándole su mutuo lazo de hermandad de sangre. Seguían discutiendo, cuando un

grito, lanzado por Heimdall el Vigilante, les recordó que tenían a las puertas de Asgard a un nuevo enemigo.

Una vez más, dioses y diosas se agolparon en las almenas para enfrentarse al nuevo peligro. Se trataba de Skadi, la hija de Thiazzi, quien, vestida con una completa armadura, exigía compensaciones por la muerte de su padre.

Los Ases le recordaron cómo se había iniciado la querrela y le dijeron que su padre tenía su parte de culpa por la jugarreta que les había hecho a Odín, Henir y Loki con el novillo que no se dejaba cocinar. Aun así, estaban dispuestos a reconciliarse con Skadi, y a ofrecerle una compensación.

Skadi preguntó:

—¿Qué puede compensar por un padre muerto?

—Quizá un esposo vivo —aventuró Loki.

Los dioses quedaron espantados al ver el interés de Skadi, y preguntaron:

—¿Te refieres a uno de los Ases?

Al parecer, una vez más Loki estaba metiéndoles en apuros.

—Aceptaré vuestra oferta —dijo Skadi.

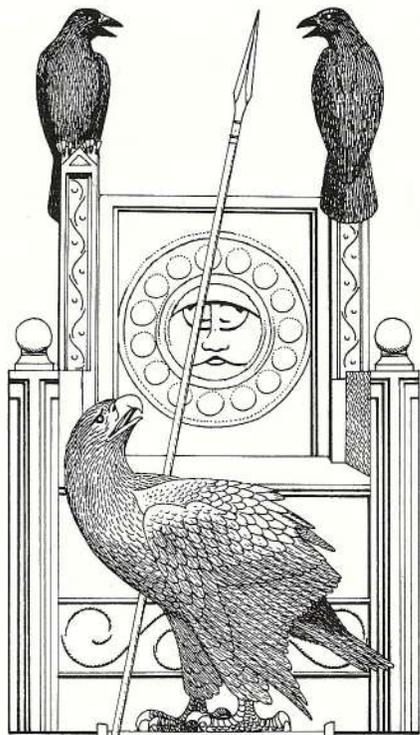
Ninguno de los Ases quería casarse con ella, pero Odín dijo que eso era lo que debía hacerse. Por fin se llegó a una fórmula de compromiso. Skadi escogería a uno de los dioses, pero no sabría a quién. Tendría que elegir su esposo mirando sólo los pies de los candidatos.

Por consiguiente, se preparó una especie de biombo, y los Ases que podían ser elegidos desfilaron tímidamente tras la pantalla con los pies descalzos. Skadi no vaciló. Sabía a quién estaba buscando: a Balder, el más hermoso de los dioses. Así es que, viendo un par de pies, con los tobillos correspondientes, impecablemente limpios y blancos, gritó:

—¡Elijo a ése, pues poco puede tener Balder de feo!

Por desgracia, los pies tan limpios pertenecían a Niord, dios del mar, el cual pasaba buena parte de su tiempo entre las olas. Y así fue como esa pareja, aparentemente desigual, una procedente de las montañas con uno llegado de la mar, acabaron casándose.

Se dice también que, más adelante, Odín (o quizá Thor) compensaron a Skadi aún más, recogiendo los ojos de su padre Thiazzi y lanzándolos hacia la noche estrellada, para convertirlos en astros gemelos; justo los que con tal nombre son conocidos hoy en las tierras del norte.



## Odín se prepara para el Ragnarok

La pérdida de Idunn, aunque por poco tiempo, supuso un gran impacto para los Ases. Comprendieron que su raptó bien pudiera haberse convertido en cosa permanente. Allí terminó su libre y descuidada existencia en Asgard, y en adelante hubieron de mantener una constante vigilancia sobre posibles ataques futuros de sus enemigos, los gigantes. Odín sabía qué riesgos les aguardaban mejor que nadie, por ser capaz de contemplar el futuro. Decidió, pues, no sólo adoptar precauciones para el presente, sino prepararse activamente para los males que estuviesen por llegar.

Primero, planeaba mantener a raya a los gigantes, logrando que el corpulento dios del rayo, Thor, les atacara a intervalos frecuentes, y siempre cuando menos lo esperasen. Nada iba a agradar más al jovial auriga de barba y cabellera rozijas. Siempre estaba encantado de hacer excursiones por el este, «cazando gnomos», como decía.

Luego Odín comenzó a entrenar a sus adoradores de Midgard, de tal manera que, cuando les llegase el momento de morir, pudieran reunirse con él en Asgard, para acrecentar sus ya grandes batallones cara a la lucha definitiva. En épocas de paz, cuando Odín aparecía sentado entre sus familiares y amigos, su barbudo rostro quedaba tan digno y hermoso que cualquiera que lo contemplase sentía elevarse su moral ante una sola mirada del dios. Pero en la batalla era terrible para sus adversarios, y con una simple ojeada conseguía generar lo que los hombres de Midgard llamaban «las trabas bélicas»; en el terreno del combate era capaz de volver ciegos y sordos a los enemigos y paralizarlos de terror.

Sus propios seguidores estaban llenos de ansia por entrar en liza, gruñendo ferozmente como perros o lobos, y volviéndose tan fuertes como osos o toros salvajes, mordisqueaban salvajemente los bordes de los escudos. Solían pintar de negro sus escudos y sus cuerpos, eligiendo las noches de mayor oscuridad para acometer. Sólo el blanco de los ojos brillaba en la negrura, de modo que los asustados oponentes los tomaban por demonios. Más de uno de los súbditos de Odín lucía anillos de hierro remachados en derredor del cuello, y jamás se los quitaban hasta haber dado muerte a un hombre. Debido a que estaban embutidos en pieles de lobo y de oso, ciertas gentes afirmaban que, de hecho, acabaron convirtiéndose en hombres-lobo.

Andando el tiempo, estos seres, que recibieron el nombre de *berserks*, iban a ser comunes y corrientes entre los guardias per-

sonales de los reyes que eran soberanos de muchas tierras norteñas. La mayoría de los monarcas del norte afirmaban que Odín era un antepasado suyo, y llegar a ser un *berserke* a su servicio se consideraba una excelente preparación para la vida tras de la muerte.

El rey Gylfi había sido guardia personal de un rey, aunque no llegó a ser *berserke*. Combatió al lado del célebre monarca vikingo Olaf Tryggvason en la batalla de Maldon, en tierras de Inglaterra. Lo que supo ahora acerca de los *berserkes* le recordaba a muchos jóvenes que pelearon junto a él, quienes en realidad parecían estar disfrutando con la guerra. El olor de la sangre y el acre sudor daban la sensación de intoxicarles, duplicando su audacia y fortaleza. Estaban impacientes por entrar en acción, porque sabían que si morían en la batalla irían inmediatamente a Asgard.

—No parece escucharnos con mucha atención... —dijo Alto, mientras que Igual-de-Alto y Tercero fruncían el entrecejo con una mueca de desaprobación—. ¿Has oído ya bastante?

—No, no, señorías —se apresuró a decir Gylfi—. Me estaban vuestras mercedes hablando de los guerreros de Asgard.

A la vez que entrenaba a los combatientes de Midgard, formó Odín un ejército de mujeres en Asgard, las Valkirias o Doncellas de Odín. Las Valkirias tenían una responsabilidad especial. Odín acostumbraba a enviar a estas mujeres combatientes, espléndidamente armadas y cabalgando a lomos de ágiles corceles voladores, a actuar en los campos de batalla de Midgard. Allí, las indicadas elegían quienes hubieran fenecido con muerte valerosa, para que volviesen con ellas a unirse a Odín en Asgard.

Las Valkirias lucían deslumbrantes cotas de mallas y cascos, amén de portar toda clase de armas, espadas, lanzas, hachas y escudos. Ahora bien, no era su misión entrar propiamente en lucha, y se suponía que no influirían en el resultado de las batallas. Simplemente, ejecutaban las órdenes de Odín. Si las desobedecían (y en ocasiones esto llegó a acontecer) debían enfrentarse a la espantosa ira del dios.

—En realidad —admitía Gylfi— he oído de hombres que soñaban con terribles hechiceras antes de la batalla, esperando para recoger a los muertos. Quizá eran las Valkirias.

—La guerra es un asunto horripilante, brutal, un desperdicio, y lo mejor que se puede hacer es evitarla —repuso Alto—. Pocos, quizá

ninguno, de los que en ella toman parte escapan de convertirse en bestias. Pero en favor de quienes fenecen bravamente hay una nueva vida que les espera en el Valhalla, el Palacio de los Muertos en Combate. El Valhalla es una enorme fortaleza, resplandeciente de oro. Tiene unos altos muros que se extienden ampliamente, y hasta muy a lo lejos, en la región de Asgard que se llama Gladsheim. Las vigas que soportan la techumbre son poderosas lanzas; las tejas, colosales escudos, y los bancos del vasto salón están cubiertos de cotas de malla. Sobre la puerta del oeste hay clavada una cabeza de lobo gigante, y un águila vuela en círculos, incansable, por encima del lugar. Encaramado en el remate más alto del tejado del Valhalla, como una veleta viva, se encuentra Gullinkambi, el gallo que sólo cantará una vez, para despertar a los guerreros cuando amanezca la jornada del Ragnarok.

—¡Qué edificio tan impresionante debe ser el Valhalla! —dijo Gylfi—. Sin embargo, supongo que habrá colas y colas ante sus puertas, considerando el número de guerras que los humanos libran, y las muchedumbres de combatientes sacrificados en los combates de Midgard.

A lo cual, Alto le repuso tajante:

—¿Por qué no preguntas directamente que lo que te interesa es saber cuántas puertas existen en el Valhalla y cómo son de grandes? Por muchos que sean los muertos en batalla, puedes estar seguro de que quien se haya ganado un lugar allí, lo encontrará. La entrada es libre y todos tienen sitio a la mesa. Por aquellas puertas penetra una nube de guerreros, y por ellas saldrán en tropel ante la última llamada poco antes del Ragnarok. Estos son los Einheriar, los Campeones Elegidos de Odín.

—Pero, ¿y qué están haciendo mientras, todo el rato? —preguntó Gylfi—. No supongo que tan bravos luchadores se satisfagan con comer y beber todo el día...

—Cada mañana —respondió Alto—, tan pronto como se han vestido, se colocan las cotas de malla y los cascos, salen de manera ordenada, izquierda, derecha, izquierda, derecha, hasta el campo de batalla, luchan y se matan entre sí. Ese es su deporte. A veces el muerto es uno, en otras ocasiones los demás. Es imposible saber de antemano quiénes van a ganar y quiénes van a perder, y no importa gran cosa la sangre que se vierta ni lo grande que sea la matanza. Tan pronto como el sol se pone cesa

el combate. Entonces empiezan a observarse los hechos mágicos. Toda la sangre se seca y desaparece; cabezas, brazos, piernas, cortados violentamente, se reúnen con los respectivos cuerpos; los muertos vuelven a la vida y se ponen rápidamente de pie al toque de formen filas.

Los ejércitos vuelven luego al Valhalla y pasan la velada comiendo, bebiendo y relatando historias sobre los combates de la jornada. Las Valkirias que los llevaron a Asgard ahora les sirven de camareras o similares, trayéndoles bebidas, manteniendo los cuernos que les sirven de vaso llenos hasta los bordes y las mesas siempre cubiertas de viandas.

—¡Ah, sí! —observó Gylfi—. De modo que me dicen que quienquiera haya caído en combate, desde que el mundo es mundo, va a presentarse a Odín en el Valhalla. Pues entonces, *¿cómo se las arregla* el dios para mantenerlos a todos bien abastecidos de comida y bebida?

—Es verdad que los invitados son innumerables, que hay grandes concentraciones de campeones en el Valhalla. Y millones más llegarán hasta allí a menos que se produzca un cambio radical en el comportamiento de los seres humanos, cosa que no espero. Con todo, jamás la multitud existente en Valhalla acabará con la carne del jabalí encantado Sehrímnir, que les sirve de alimento. Ese animal tiene una vida encantada, y lo mismo su muerte; todos los días es sacrificado, cocido y comido. Y cada noche vuelve a la vida, ilisto para el próximo festín! Creemos que incluso disfruta con semejante actuación, porque nunca deja de aportar su jugosa carne, sabrosa y crujiente comida. El caldero donde guisa el cocinero es tan mágico como el animal, porque no se queda vacío hasta haberse servido al último comensal.

—¿Y qué beben los Campeones para saciar su sed y quedar satisfechos con la carne que comen? ¿O sólo beben agua?

—Es una pregunta tonta —replicó Alto— para que la haga un hombre hecho y derecho —y dirigiendo su mirada a Igual-de Alto y a Tercero, continuó—: ¡Quiere saber si el Padre de Todos, tras haber invitado a reyes, aristócratas y demás orgullosos nobles, les iba a ofrecer agua! ¡Unos hombres que se abren camino hasta la muerte a sangre y fuego bebiendo agua! ¡Ni mucho menos! Una cabra gigantesca, llamada Saltacielos, suministra la bebida que precisan. Se pone de patas, sobre los cuartos traseros, y estirándose para mordisquear las agujas de un



gran pino. Sólo que esa cabra no da leche, como podría pensar un simplote como tú. Da un líquido muchísimo más potente: ihidromiel! Ese líquido se proyecta por sí solo, saliéndole de las ubres tan copiosamente que llena a diario un enorme barril. Lo bastante grande, en fin, como para que los Campeones vociferen, borrachos, tras sus diarios combates.

—No es extraño que los guerreros de Midgard estimen tan poco la vida terrenal y se muestren tan ansiosos por morir e ir al Valhalla —dijo Gylfi—. Luchar sin morir; comer y beber cuanto uno desee. Parece un agradabilísimo modo de vida. A buen seguro esos estuendos combatientes serán lo bastante fuertes como para vencer en el Ragnarok.

—Olvidas —decía Alto— que los que habitan el Inframundo también preparan sus planes opuestos. Recuerda el terrorífico buque en forma de dragón que están construyendo. Esa nave es motivo de temor para quienquiera que esté en el bando de los Ases, y por dos razones: la primera, debido a los horrendos materiales que usan para su obra los carpinteros de ribera, esto es, los recortes de las uñas de los muertos; y segundo, por su tamaño monstruoso. Será una embarcación lo bastante grande como para poder llevar a todos los muertos que han bajado al Hel desde el inicio de los tiempos. Todos los asesinos, adúlteros y perjuros se amontonarán a bordo. No te voy a decir quién va a ejercer de timonel, pues difícilmente podrías creerme. Bástete saber que será uno de los más malvados y peligrosos entre los enemigos de los dioses, un maléfico y potente capitán. Por si te interesa, la nave se llama Naglfar.

—¿Pero acaso no se está asegurando Odín de que haya líderes muy preparados en Midgard, capaces de ayudarle a reunir a sus hombres y dirigirlos durante la lucha postrera? —preguntó Gylfi.

—Ciertamente —admitió Alto—, Odín visita a menudo, disfrazado, Midgard, fundamentalmente para seleccionar a sus generales. La mayoría son aquellos que han fallecido con una muerte de héroes en combate, pero a veces llegan hasta él como seres sacrificados, mediante ahorcamiento. Morir en sacrificio no es una desgracia. El propio Odín estuvo colgado durante nueve días con sus noches en el Árbol. Pero no todos quieren morir así. Algunos incluso tratan de obtener los beneficios de ser sacrificados, sin pagar el precio correspondiente.



Gylfi comprendió que estaba a punto de escuchar un nuevo relato, y no volvió a interrumpir.

Hubo una vez cierto famoso líder vikingo, el rey Vikar, quien estando a bordo de su nave, en mares extraños, padeció una tremenda calma chicha. Tras haber esperado muchas jornadas, el monarca decidió encomendarse al dios Odín para obtener vientos favorables y ofrecer un miembro de su tripulación de vikingos como sacrificio que reforzase su plegaria. La tripulación quería que la víctima fuera seleccionada al azar, echándose a suertes el individuo, y el soberano, Vikar, insistió en tomar parte en el sorteo. Una vez practicada la operación, todo el mundo quedó abatido, al comprobar que el rey Vikar debía ser la víctima.

Los marinos no querían ver colgado a su



monarca, ni siquiera como sacrificio u ofrenda a Odín, de modo que tras discutir entre ellos durante algún tiempo, uno sugirió que se hiciera un sacrificio fingido, no auténtico.

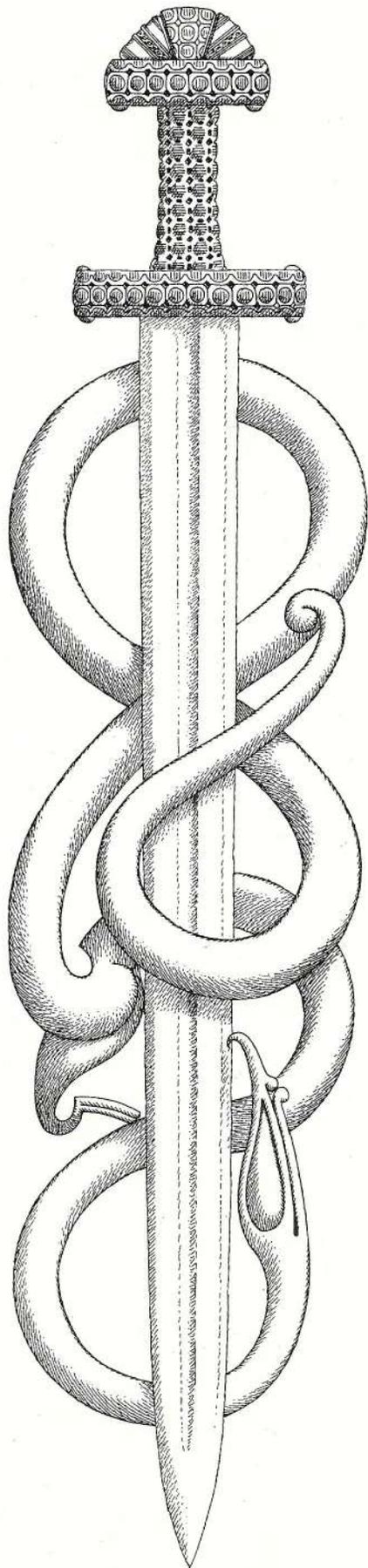
Al día siguiente se hizo que el soberano permaneciese de pie sobre un tocón de árbol con los intestinos de un ternero rodeándole el cuello sin apretar, en vez de una soga. El otro extremo de las tripas se colocó sobre la rama de un abeto. Starkad, un miembro de la tripulación, se puso junto al soberano, proponiéndose pincharle suavemente con un bastón aguzado mientras pronunciaba las palabras de ritual:

—Ahora te entrego a Odín.

En cuanto Starkad hubo pronunciado aquellas palabras, el bastoncillo que sujetaba se convirtió en una aguzada lanza, y su golpe suave

en uno tan fuerte que la lanza atravesó el pecho del rey. Al propio tiempo, los blandos intestinos del ternero se convirtieron en una fuerte soga, y el abeto se inclinó hacia arriba, levantando el cuerpo de Vikar hacia lo alto del árbol. Herido por la lanzada y estrangulado por la soga, el rey murió entre el ramaje.

—Lo cual demuestra —observó Alto— que incluso los reyes deben andarse con ojo en materia de burlas, si son contra Odín. El dios es duro, pero justo. Y más os valdrá a vosotros, los hombres de Midgard, estar preparados para encontraros con él en todo instante... —y, tras unos segundos de pausa, concluyó—: Y ahora, si dejas de mirarme con ese aire de inquietud, te contaré las aventuras de algunos héroes elegidos por Odín entre la gente de Midgard.



## Sigurd el matadragones

Los tres dioses, Odín, Henir y Loki, llevaban cierto tiempo caminando por Midgard, cuando llegaron a una pantanosa y boscosa área de Dinamarca. A través de los árboles podían escuchar el sonido del chapoteo del agua y, como estaban cansados y sedientos, siguieron una senda hacia el sitio de donde procedía el ruido aquel, dando al cabo con una cascada que caía sobre una pequeña laguna. Dormida al borde de la laguna aparecía una nutria tan grande como un hombre. Los dioses estaban tan hambrientos como sedientos y Loki tomó un guijarro de buen tamaño y la mató. En unos minutos, los dioses desollaron al animal, lo asaron y se lo comieron.

Comenzaron a buscar un sitio para pasar la noche y no lejos de la laguna descubrieron una casa. Loki se acercó a la puerta con la piel de la nutria en su brazo izquierdo, pensando que podría cambiarla por una noche de alojamiento. La vivienda pertenecía a un hombre llamado Kreidmar y tan pronto como éste abrió la puerta y vio la piel del animal, gritó hacia adentro sin volver la cabeza, para que sus esclavos saliesen corriendo y atacaran a aquellos extraños.

—¿Pero qué sucede? —gritaba Loki sin dejar de resistirse—. ¿Acaso no conoces las leyes de la hospitalidad?

—No cuando los viajeros acaban de matar a mi hijo —rezongó sombríamente Kreidmar.

Resultó que, en efecto, el retoño de Kreidmar, Nutria, era un personaje aficionado a cambiar de forma corporal y a tomar la de ese animal para mejor poder cazar el salmón en la laguna. Acababa de capturar uno y, tras habérselo comido, estaba durmiendo cuando Loki le mató.

Loki dijo a Kreidmar, con sus modales más finos y amables:

—Lo siento, señor. Somos extranjeros y no sabíamos que vuestro maravilloso hijo tuviera la costumbre de disfrazarse de nutria. Lo sentimos mucho y si hay algo que pueda compensar vuestra pérdida, no dudaremos ni un momento en hacerlo.

Kreidmar los miró con expresión calculadora en el semblante y dijo:

—Sólo una cosa podrá compensarme por la pérdida de mi hijo. Llenad su piel de nutria de oro y cubridla luego también de oro hasta que no se la vea.

—Lo haremos, señor, lo haremos —gritó Loki—. Pero, siendo vuestros prisioneros, ¿cómo vamos a conseguir el oro?

Entonces Kreidmar les indicó:

—En aquella cascada que hay junto a la laguna vive el enano Andvari, quien adopta la forma de un lucio de aguda dentadura. El guarda un tesoro fabuloso. ¡Puede, incluso, que lo hayáis visto brillar cuando matasteis a mi hijo! Traedme ese tesoro. Con él podréis llenar y recubrir la piel de mi hijo.

—Pero ese lucio no es un pez corriente —se excusaba Loki—. No hay caña y sedal normal que consiga traerlo hasta la orilla.

—Es cierto —convino Kreidmar—. La única manera de atrapar a Andvari es con la red mágica de Ran, la ogresa marina. Prueba con ella, Loki.

Así pues, Loki fue liberado y marchó enseguida a conseguir la red mágica de Ran. Volvió luego a la laguna de Andvari, en cuyas profundidades podía vislumbrar destellos de una luz dorada, mientras cierta oscura sombra pasaba y repasaba ante ella. Era Andvari, el enano en forma de lucio.

Andvari observó el enrejillado de la red revoloteando por encima de su tesoro y agitó de golpe la cola para subir hacia aquel objeto. Pensó que sería un reflejo de las ramitas de los árboles que dominaban la laguna, pero, teniendo que guardar tal tesoro, más valía inspeccionar la realidad de cada luz y sombra cambiantes. Tan pronto como el pez se situó en el centro del círculo preparado, Loki izó la cuerda y Andvari quedó atrapado.

Cuando Loki arrastró a la orilla su presa, Andvari estaba realmente asustado; con sus redondos ojos levantó la vista y comprobó que Loki estaba a punto de golpearle con un tremendo guijarro la cabeza. Andvari gritó diciéndole que se detuviese, a la par que retornaba a su forma de enano, pues ya se sabe que los peces aguantan poco fuera del agua. El enano seguía gritando:

—¿Qué puedo hacer para salvar la vida?

—¡Dame tu tesoro! —exigió Loki.

Por más que dijo Andvari, Loki no cedió y al fin el enano tuvo que acceder a desprenderse de su oro. Pronunció un sortilegio y toda el agua abandonó repentinamente la laguna, permitiendo que el tesoro brillase bajo la luz del sol. Había montones y montones de broches de oro, collares, anillos y adornos diversos. Andvari trató especialmente de ocultar un anillo, pero Loki lo había visto ya.

—No me obligues a entregarte este anillo

—le advertía suavemente el enano—. Una maldición pesa sobre él. Quienquiera que lo posea a excepción de mí sufrirá un terrible desastre.

—Tonterías y supersticiones —repuso Loki, que no tardó en guardarse el anillo. Luego obligó a Andvari a que le ayudase a transportar el resto del tesoro hasta la vivienda de Kreidmar.

Odín y Henir fueron liberados para ayudar en la tarea. La piel quedó rellena y cubierta de oro. Pero entonces Kreidmar dijo con una mueca cruel:

—¡Fijaos! ¡Ahí, en el hocico! Hay un pelo del bigote sin cubrir. Habéis fracasado. ¡Os mataré!

Loki se frotó la suave mejilla y miró de soslayo a Kreidmar. Sus dedos tocaban el anillo que llevaba en el bolsillo.

—Tengo un anillo de oro más —murmuró—, pero te advierto que no debes quitármelo. Una potente maldición pesa sobre él y, si eres el dueño, lte ocurrirá algún desastre!

Kreidmar, riendo, le ordenó:

—Dame ahora mismo el anillo. Servirá para tapar el pelo que faltaba y os podréis marchar los tres —arrebató el anillo de la mano reacia de Loki—. ¡Fuera! ¡Habéis tenido mucha suerte!

Pero Kreidmar había sido un estúpido al despreciar la maldición, que no tardaría en hacer efecto. Kreidmar tenía otros dos hijos, amén de Nutria: uno llamado Fafnir (otro aficionado a cambiar de forma corporal) y otro llamado Regin. Este era el herrero más habilidoso de toda Dinamarca y le habían enseñado el oficio los enanos en sus herrerías del subsuelo. En aquellos momentos estaba trabajando con los enanos, pero Fafnir sí que estaba en casa.

La idea del tesoro obsesionaba a Fafnir día y noche, y pronto decidió arrebatárselo a Kreidmar. Evidentemente, éste no se hallaba dispuesto a deshacerse del tesoro, y Fafnir sabía que tendría que dar muerte a su padre si quería lograr el oro. Su avaricia crecía cada jornada, hasta que cierta noche oscura la visión del oro ante sus ojos pudo más que cualquier otro pensamiento en su mente, y Kreidmar murió asesinado.

La codicia y el rencor colmaban el pensamiento de Fafnir. No pensaba más que en ocultar el oro en algún lugar secreto y revolcarse

sobre el mismo. Por la noche trasladó su tesoro a una caverna rocosa y se convirtió a sí mismo en un monstruoso dragón, que yacía, anillo sobre anillo, respirando fuego y humo, guardando su escondido tesoro.

Unos años antes de los sucesos que estamos describiendo, un joven, de nombre Sigmund, vivía en compañía de su padre, el rey Volsung. Cierta día se celebraba un banquete de bodas en honor de su hermana gemela, Signy, la cual iba a desposarse con el monarca de Gotland, un hombre llamado Siggeir.

El palacio de los Volsung, donde debía celebrarse el festín, estaba hecho de una extraña manera: había sido levantado en torno a un roble enorme, cuyo tronco soportaba la techumbre del edificio y cuyas ramas colmadas de hojas volaban más allá del recinto del palacio. El roble era conocido por todos y hasta en lejanas tierras como el Branstock.

A mitad de la fiesta llegó un forastero. Llevaba un sombrero flexible de ala ancha, una capa de viaje muy manchada y pantalones de lino. Iba descalzo y era tuerto.

En contraste con su pobre apariencia, el extranjero llevaba en la mano derecha una maravillosa espada desenvainada. Sin decir palabra acercóse directamente al Branstock y hundió la hoja de la espada en el tronco hasta la empuñadura.

—Quien sea capaz de sacar mi espada del árbol puede quedarse con ella. Se la regalo —anunció—. En todo el mundo no hay otra mejor. Su hoja nunca se quebrará, hasta que yo llame a su poseedor por derecho.

Dicho lo cual, dio media vuelta y desapareció en la noche. Todos los vikingos allí presentes intentaron extraer la espada, todos tiraron con todas sus fuerzas, sin que nadie la moviera un pelo. El propio rey Volsung fracasó en el empeño y otro tanto les sucedió a sus nueve hijos, hasta llegarle al menor, el gemelo de Signy, es decir, Sigmund. El guapo y rubio joven puso ambas manos en el pomo recubierto de joyas, y la espada salió tan fácilmente del tronco en que estaba clavada, que casi le despidió hacia atrás.

La espada le fue sumamente útil a Sigmund, aunque le condujera a duras querellas y combates. Muchos años más tarde, y siendo ya el último de la famosa dinastía de los Volsung, agonizaba en el campo de batalla. Su esposa, Hior-dis, salió a escondidas, de noche, de su refugio

para buscar a su marido entre los heridos y muertos del combate. Finalmente pudo encontrarlo y, viéndole tan moribundo, comenzó a rezar.

—Si no es por tus plegarias, no me recobraré de las heridas —susurró él con ansiosa y acuciante voz—. Escucha con todo cuidado lo que te voy a decir. Es importante que te hable de la espada. Ya sabes que el rey Siggeir asesinó traidoramente a mi padre y a mis nueve hermanos y se hizo con la espada. Al cabo de años de luchas yo mismo vengué a mis familiares y maté a Siggeir para recuperarla. Hasta hoy me ha ganado todas las batallas. Oyeme bien: en mitad de este combate, cuando todo nos iba favorablemente, penetré en el campo de batalla un extraño, que se dirigió derecho a mí. Vestía una capa negra, un sombrero flexible y era tuerto. En las manos llevaba una poderosa lanza, mayor que todas las que yo haya visto. Yo golpeé el asta con mi espada y la hoja se quebró en tres pedazos. Entonces supe quién era aquel extraño y cómo se había presentado para convocarme al Valhalla.

Las heridas de Sigmund empezaron a causarle un vivo dolor a causa del frío y él temió morir antes de haber terminado su relato, pero prosiguió así:

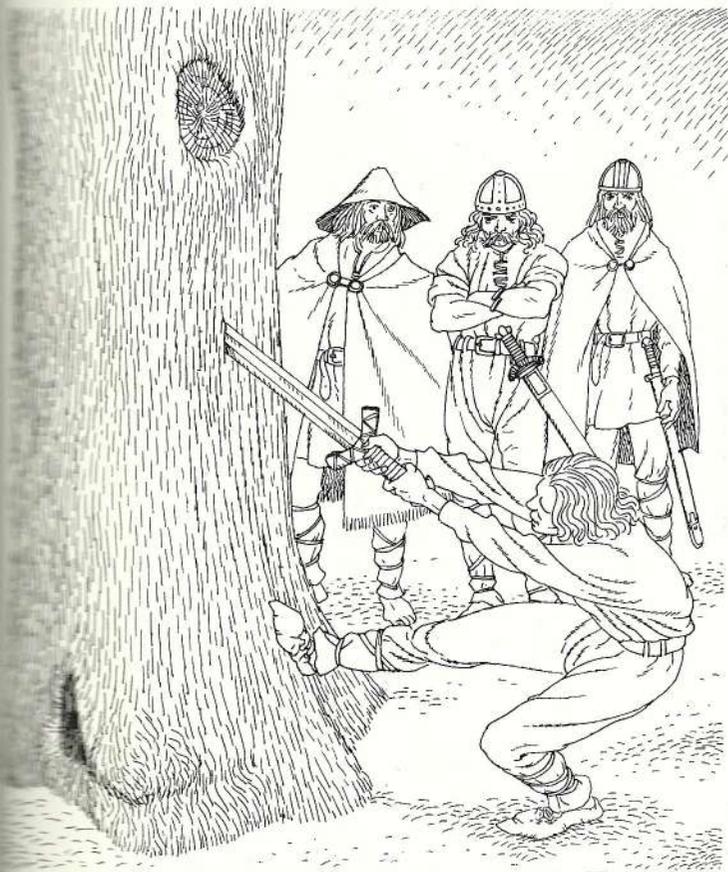
—Ahora, mi querida reina y esposa, déjame. Coge los trozos de la espada y huye. Cuando nazca nuestro hijo y crezca lo suficiente será un guerrero mucho más famoso que yo. Entonces la espada será forjada de nuevo y se convertirá en la mejor arma del mundo.

Hiordis huyó del campo de batalla en un pequeño bote sin techo y, tras haber ido a la deriva por el mar, fue arrojada a la orilla en la costa de Dinamarca, país donde el dragón Fafnir todavía protegía su deslumbradora y dorada reserva.

Por aquellas épocas, el monarca danés se llamaba Jalprek. Su hijo, Alf, se enamoró de Hiordis y poco tiempo después se casaron. Hiordis dio a luz el niño de Sigmund, al que llamaron Sigurd.

En aquellos días era usual para los muchachos, incluso los de alta cuna, aprender algún oficio útil, y Alf puso a Sigurd como aprendiz de herrero. El elegido para enseñarle y vigilarle no era otro que Regin, el hijo de Kreidmar y hermano de Fafnir.

Regin no era un herrero común y corriente. Había aprendido el oficio trabajando entre los



enanos y ellos le enseñaron también el secreto de las runas mágicas. Era, pues, persona sabia, culta, y le enseñó a Sigurd multitud de cosas. Sólo que tenía algo de alborotador y buscálíos. Un buen día le dijo a Sigurd:

—Quisiera que no te tratarasen como si fueras un simple pinche. Convendrás conmigo en que te hacen sentir como si fueses el pariente pobre.

Sigurd se había convertido en un joven honesto y educado, y respondió:

—Estás equivocado. Mi padrastro, Alf, me da cuanto deseo...

—Pues entonces pídele que te regale un caballo —le incitaba Regin.

Sigurd hizo lo que su amigo le sugería y Alf le contestó que se acercara a los bosques, donde corrían multitud de corceles salvajes, y que se las arreglara como pudiera. Camino del bosque, Sigurd se tropezó con un viejo de largas barbas, a quien no conocía.

—¿Dónde vas tan deprisa, joven? —le preguntó el anciano.

—Voy a elegir un caballo —dijo Sigurd—. Quizá desees ayudarme.

—Por supuesto —dijo el forastero.

Y entre ambos lograron hacer salir a una punta de caballos salvajes fuera de la zona más boscosa.

El desconocido sugirió que debían conseguir que los caballos se lanzaran a nadar en un río inmediato, a manera de prueba de los animales. Todos nadaron fácilmente hasta la otra orilla y, menos uno, rompieron a galopar al encontrarse al otro lado. El que volvió era un potro espléndido, de pelaje grisáceo, con un cuello orgullosamente erguido y fieros y agudos ojos. El desconocido dijo:

—Te doy mi palabra de que éste es el mejor corcel. Desciende del propio caballo de Odín, Sleipnir, el cual tenía ocho patas. Te llevará rápido y seguro tanto en la guerra como en la paz.

El desconocido desapareció tan misteriosamente como había llegado, antes de que Sigurd hubiese tenido tiempo de darle las gracias como hubiera deseado.

«Es extraño —se decía Sigurd—. Dicen que las visitas de Odín disfrazado al mundo de los seres humanos las hace para preparar a sus guerreros. Quizá esté pensando en mí.» Dio unos golpecitos amistosos al grisáceo potro y agregó: «Un descendiente de Sleipnir ha de ser necesariamente todo un caballo. Te voy a llamar Grani.»

Mientras Regin observaba cómo Sigurd iba aprendiendo y perfeccionando su oficio, decidió usarle en un plan que llevaba tiempo pensando y sopesando en su mente. Era nada menos que el intento de hacerse con el tesoro que aún guardaba su hermano, convertido en el dragón Fafnir.

Cuando Regin mencionó por primera vez esta idea a Sigurd, éste se sorprendió:

—Creo que es una idea sensacional eso de combatir a un dragón para conseguir el tesoro, ¿pero por qué quieres que lo haga yo? Sólo soy un muchacho. Tengo un buen caballo, pero ni siquiera poseo una espada de hombre y mucho menos un arma capaz de resistir las escamas de hierro y las llamas que le salen estruendosamente por las ventanas de la nariz...

A lo cual repuso Regin:

—Yo mismo te forjaré con mis manos la espada apropiada. En esa labor se engloban toda la habilidad de los enanos y la magia de las runas.

Se fue a su herrería, reavivó el fuego y mar-

tilléo sobre una hoja. Cuando estuvo templada y fría se la pasó a Sigurd, que, dando un fuerte golpe contra un yunque, la partió en mil pedazos.

Regin tornó a forjar otra en la herrería, y nuevamente Sigurd la puso a prueba sobre el yunque, deshaciéndola una vez más en trozos pequeños. En la mente de Sigurd empezaba a brotar cierta desconfianza. Regin parecía demasiado ansioso por atacar a Fafnir. Sigurd habló con su madre, la cual le respondió:

—Hijo mío, poco antes de morir tu padre, el rey Sigmund, me entregó los trozos de su incomparable espada, la extraída del Branstock hace tantísimos años. Me encomendó que te la diera para ser forjada de nuevo en una hoja que nunca fallase. Aquí están los pedazos. Llévase los a Regin. El te fabricará una espada que has de llamar Gram, el Rey, porque será la reina de todas las espadas. Con Gram en tus manos no temas a ninguno de los proyectos ideados por Regin.

Una vez más, Regin hizo funcionar el fuelle de su fragua, avivó el fuego hasta ponerlo al rojo vivo y, cuando las piezas de la espada de Sigmund brillaban en la hoguera como hielo incandescente, las sacó, encontrándose con que corrían por sí solas en busca del yunque. Volvió a meter de golpe la hoja en el horno y al sacarla por última vez de los carbones ardientes para templarla en el silbante depósito de agua pareció como si en torno a sus filos la espada ardiese en una especie de fuego azul. Entregó la humeante espada a Sigurd, el cual la alzó por encima de la cabeza y de un golpe violento partió en dos el pesado yunque de hierro.

Provisto de su caballo Grani y de su nueva espada, Gram, ya estaba Sigurd listo para cabalgar en solitario y enfrentarse al dragón. Pero Regin insistió en ir a su lado, para guiarlo hasta el cubil de la fiera. Regin conocía bien aquel camino y ambos avanzaron deprisa. Al cabo de tres días llegaron a un desolado terreno baldío. Acá y allá salían unas rocas retorcidas, proyectándose desde la negra tierra como huesos rotos, y en una o dos ocasiones ambos jinetes tuvieron que abrirse camino a través de oscuros y siniestros bosques. Pantanos y marjales lanzaban venenosas humaredas en un aire inmóvil y estancado, y al llegar la anochecida pudieron ver fantasmales luces flotando por encima de la arrugada superficie del pantano.

Pasaron la noche la mar de incómodos, entre arbustos y maleza cargados de gotas de agua. Al romper la aurora recorrieron trabajosamente un sendero cuesta arriba que los llevó hasta un camino que bordeaba los acantilados azotados por el viento; tuvieron que coger sendas utilizadas por los lobos, hasta que se borró todo camino. Ante ellos apareció una laguna, rodeada por elevadas rocas que caían cortadas a pico sobre aquel lugar.

—Ahí acude a beber Fafnir —dijo Regin—. Sobre aquella roca que cae a pico encontrarás un rastro que ha ido creando el paso de su corpacón, mientras se arrastra saliendo de su cueva a media mañana para saciar su sed en la laguna. Su enorme tronco, similar al de una serpiente, se descuelga en anillos sobre las rocas, mientras sus mandíbulas van rozando la superficie del agua y sus ardientes ojos están siempre vigilantes, en tanto la cabeza le baila adelante y atrás. De los orificios de la nariz le sale fuego; fíjate cómo los juncos y matojos al borde del agua están calcinados y chamuscados. Ten cuidado. Procura que su sangre no caiga encima de ti, porque te quemaría. Yo no me atrevo a seguir más...

Sigurd volvió a montar en Grani y cabalgó bordeando cuidadosamente la orilla del sombrío lago. Junto al acantilado llegó a un bosquecillo que pensaba iba a ocultar su acercamiento al cubil del dragón Fafnir.

De pronto se dio cuenta de la existencia de una figura, de pie entre las sombras, bajo un árbol. Era un anciano de luengas barbas, tuerto, con un sombrero flexible de ala ancha, algo informe. Iba envuelto en la capa para protegerse un poco del húmedo y neblinoso aire de la zona.

—¿Hacia dónde cabalgas, hijo? —preguntó el desconocido.

—A combatir con Fafnir —respondió Sigurd.

—Pues entonces sigue mi consejo —dijo el tuerto—. No te acerques de frente a él. Si lo haces, sus llamas te convertirán en cenizas antes de que tengas la oportunidad de tocarlo con tu espada.

—Entonces, ¿qué debo hacer?

—Haz un hoyo en el rastro que ha dejado el dragón y espera allí con Gram en tu mano hasta que su corazón pase por encima de tu cabeza. Entonces húndele la espada hasta la empuñadura. Y otra cosa. La sangre de este animal

posee unas propiedades mágicas. No te quemará, como dijo Regin. Cuando Fafnir haya muerto desnúdate y báñate en su sangre. Donde su sangre te toque resultarás invulnerable y de ese modo no habrá arma alguna que te pueda herir después.

Dicho esto, el anciano desapareció.

Sigurd no tuvo dudas sobre quién era aquel desconocido e hizo exactamente lo que le había aconsejado. Hizo un pozo en mitad del rastro de la fiera y se apresuró a esconderse en el fondo.

Una especie de trueno lejano anunció que Fafnir estaba acercándose. El suelo comenzó a temblar. Una bocanada de humo sulfuroso se deslizó por encima del agujero y siguió un estallido de fuego. El borde del pozo se derrumbó a medida que las tintineantes escamas de Fafnir pasaban rascando el suelo, y su cuerpo de serpiente ocultó la luz del día. Sigurd esperó hasta calcular que el corazón de la bestia se hallaba exactamente encima de él, y en ese momento proyectó hacia arriba la espada, ayudándose con ambas manos. La espada Gram atravesó las duras escamas de hierro y su punta penetró con fuerza en el maligno corazón de la fiera.

Mientras una cascada sanguinolenta descendía sobre él, Sigurd se despojó de la ropa, dejando que el líquido le empapase de la cabeza a los pies. Tan sólo una minúscula porción de su cuerpo permaneció seca: una ramita de brezo, arrancada por Fafnir de entre el roquedal, había caído sobre el hombro del joven, impidiendo que la sangre del dragón lo bañara en ese punto.

Sigurd se valió de la espada para encaramarse y salir del pozo y pudo ver entonces a Fafnir hecho un ovillo, retorciéndose en agonía; su gran cola aún oscilaba débilmente y tenía las mandíbulas aplastadas contra el suelo, en tanto unas columnitas de humo cada vez menores le salían a través de los orificios de la nariz.

Regin apareció, jadeante, exclamando:

—¡Chico valiente! —gritó mirándolo con expresión de envidia—. Lo hemos logrado. Mataste al dragón y por fin el tesoro será nuestro. Pero quiero que hagas por mí otra cosa. Ya sabes que Fafnir era hermano mío. Sí, era un ser malvado, pero no deseo que su espíritu muera completamente. Sácale el corazón, ásalo y me lo comeré para que al menos algo de él viva en mí.

Sigurd pensó que era una petición no poco extraña, pero aun así la atendió, haciendo lo que su viejo tutor le había solicitado. Preparó una hoguera con ramitas y maleza, y cuando el corazón estaba asándose en el extremo de una vara que él mismo mantenía sobre las llamas, un poco de la caliente sangre se escurrió sobre él, quemándole en un dedo. Aquello le causó tanto dolor que, instintivamente, Sigurd dejó caer la varita y se llevó la extremidad afectada a la boca.

Apenas había tocado la sangre su lengua cuando oyó voces extrañas que procedían de un arbusto inmediato a él. Nadie estaba a la vista y transcurrieron algunos segundos antes de que Sigurd se diese cuenta de que entendía el lenguaje de las aves. La primera de tales voces decía, en tono de mofa, lo siguiente:

—¡Qué lástima que Sigurd ase el corazón para otro! Si se lo comiera él, se convertiría en el más sabio de los hombres.

Un segundo pájaro gorjeaba:

—Sí, lo sé. Entonces comprendería que Regin se propone matarle y quedarse con todo el tesoro para él.

—Si tuviera un poquito de sentido común, le cortaría de un tajo la cabeza a Regin —replicaba el primer pájaro—. ¡Pero mira! ¡Me temo que es demasiado tarde!

Sigurd echó una ojeada por encima del hombro y vio cómo Regin estaba a punto de asertarle una puñalada con su daga. Púsose en el acto de pie y, con un veloz mandoble de su espada, la cabeza de Regin saltó de un tajo por los aires.

A continuación, Sigurd se montó en Grani y cabalgó hasta la cueva del dragón. Bajó del caballo y miró dentro del profundo y lóbrego agujero. Reluciente como una lámpara encendida y coronando un montón de brillantes tesoros, yacía allí un dorado anillo, el mismo que guardaba en su seno la maldición de Andvari. Sigurd se inclinó, lo cogió y se lo metió en un bolsillo.

Estaba a punto de bajar a la cueva para inspeccionar el tesoro más de cerca cuando volvió a oír las voces de los pájaros, que decían:

—Sigurd debería dejar el anillo donde estaba y, sin perder el tiempo, irse cabalgando a Hindfell, para ganar la doncella, que es más valiosa que cualquier tesoro.

—Cierto —corroboraba el otro pájaro—. No sé por qué no está ya a medio camino. Su

caballo conoce el trayecto. El tesoro está seguro donde está.

Volvió el muchacho a encaramarse en la silla inmediatamente y Grani rompió a galopar. Aunque había caído la noche, Grani corría a toda velocidad, respirando uniformemente, con algún relincho ocasional, y sin embargo desplazándose siempre sin vacilar, como si estuviera seguro de su ruta. Pronto vislumbró Sigurd cierto resplandor en el cielo. Al aproximarse se dio cuenta de que el brillo procedía de un amplio círculo de fuego que rodeaba la cumbre de la montaña; dentro de aquel óvalo aparecía un magnífico castillo. Gritó Sigurd:

—¡Adelante, Grani, adelante! ¡Salta esa barrera ardiente! ¡Sólo tú puedes hacerlo!

El corcel sintió cómo los talones de Sigurd le apretaban los ijares y de un enorme salto dejó atrás el mágico círculo ardiente y tocó de nuevo el suelo con las patas sin daño alguno, alcanzando un patio que tenía el enlosado de mármol.

Sigurd desmontó y dejó colgando las riendas. Ante él había una plataforma sin obstáculos, elevada sobre tres escalones y flanqueada por todos los lados por esbeltas columnas que soportaban unos arcos redondeados. En el centro de aquel espacio aparecía una cama bellamente adornada, y descansando tumbado en la misma estaba un guerrero con todas sus armas. Llevaba la cabeza cubierta con un casco y máscara, tenía el tronco tapado por una ajustada cota de mallas, que le cubría de las rodillas a los hombros. Sobre el suelo de mármol, al pie del lecho, había una lanza y un escudo. El guerrero desconocido parecía estar muerto en su capilla ardiente.

Sigurd ascendió los tres escalones y examinó el espléndido casco-máscara. Por encima de las cuencas correspondientes a los ojos aparecían unas cejas de oro, y allí, incrustados, unos hilos de plata simulando pelos. También el bigote estaba hecho de finísimos hilos plateados. Sigurd levantó suavemente el casco de la cabeza del interesado y una cascada de cabellos amarillos quedó en libertad. El guerrero era una hermosísima joven.

Sigurd notó que aquella persona respiraba; al parecer no había muerto, sino que sufría alguna especie de encantamiento. Suavemente tomó su espada y recorrió con la punta desde el cuello de la cota de mallas hasta el borde de la faldilla de metal. La armadura se dividió en

dos, dejando al descubierto a una joven vestida de blanco.

La joven se incorporó y Sigurd se sentó frente a ella sobre el lecho. La joven le relató una extraña historia. Se llamaba Brynhild y había sido una de las Valkirias de Odín. Durante cierta batalla, donde el dios prometiera la victoria a un gran luchador, por nombre Helm Gunnar, Brynhild desobedeció los deseos de Odín y permitió al adversario de Helm Gunnar alzarse con la victoria en el combate. Como castigo, Odín la condenó a desposarse con el primer mortal que la encontrase, aunque fuera un anciano, inválido y cobarde.

Brynhild había pedido gracia, pero Odín no quiso cambiar de idea. Finalmente accedió a dejarla durmiendo en Hindfell tras una barrera de llamas mágicas.

—Sabía que sólo un bravo mortal se atrevería a irrumpir a través del muro encantado. Y, de no haberse presentado ninguno, habría dormido durante toda la eternidad.

A su vez Sigurd le contó su historia, hablándole de cómo era hijo y nieto de un monarca; cómo dio muerte a un temible dragón, obteniendo así un tesoro fabuloso. Incluso le explicó que la sangre del dragón le había hecho invulnerable, aunque aclaró:

—Excepto un trocito entre mis paletillas, donde me cayó encima una ramita de brezo. ¿Pero quién va a golpear a un hombre ahí?

Sigurd extrajo el anillo fatal de su bolsillo y se lo colocó a Brynhild en un dedo, en prueba de fidelidad y sellando su compromiso.

—Juro por la ira de Odín que jamás amaré a otro hombre —declaró Brynhild.

—Juro por mi espada Gram, don de Odín mismo, que mi amor por ti no morirá nunca —replicó solemnemente Sigurd.

Luego, prometiendo que volvería tan pronto como hubiera colocado su tesoro en un lugar seguro, Sigurd montó en Grani, saltando nuevamente a través de las llamas.

Pero las aventuras de Sigurd no habían acabado ahí. Pronto la maldición de Andvari empezaría a hacer efecto. Apenas hubo transportado el tesoro de vuelta al palacio del soberano danés, cuando su madre insistió en que debía vengar a su padre Sigmund. Sigurd convino en que existía un sagrado deber que cumplir.

Tras muchos meses de duros combates, él y sus vikingos dieron muerte al monarca enemigo y Sigurd pudo regresar a casa. De camino



rumbo a Dinamarca pasó por las tierras del rey Giuki, quien gobernaba la región situada al sur del río Rhin.

La reina, su esposa, se llamaba Grimhild, y era tan bella como maquiavélica. Tenían tres hijos, llamados Gunnar, Hogni y Guttorm, y una hija, llamada Gudrun.

La reina Grimhild contempló a Sigurd con sus calculadores ojos verdes. Su cabello pelirrojo le caía a éste sobre los hombros. Tenía una poderosa nariz, de puente elevado, como sus pómulos. Los ojos eran agudos, inteligentes, y era ancho de hombros, de potentes paletillas. De hecho resultaba un ejemplar digno, en cualquier respecto, de desposar a su hija. Había, sin embargo, algo extraño en su expresión: era como si mirase hacia su propio interior, a otro mundo. Y en ocasiones un fuego singular ardía en sus ojos, como un círculo de llamaradas mágicas.

La reina Grimhild nunca quería correr riesgos. Sigurd estuvo con la familia varios días y entre tanto Grimhild preparó una fuerte posición amorosa, que vertió en su vino. De inme-

diato, el joven lo olvidó todo sobre Brynhild, cuya imagen había llevado en la mente durante todos aquellos meses de luchas incesantes, y se enamoró de la hija de Grimhild, de Gudrun. Esta ya estaba enamorada del joven y poco después se casaron.

Gudrun era una joven hermosa y buena, y los dos fueron muy felices durante algún tiempo. Y así habrían seguido si Gunnar, el nuevo cuñado de Sigurd, no hubiese decidido emprender cierta búsqueda. Había oído hablar de una doncella, encantada por un sortilegio, a la que rodeaba un círculo de fuego y pidió a Sigurd que le acompañase a rescatarla.

Sigurd cabalgó con Gunnar y con sus dos hermanos, Hogni y Guttorm, hasta Hindfell, pues había olvidado todo lo referente a su anterior visita, aunque su corcel Grani caracoleaba ansioso, con las orejas girando gozosamente según se aproximaban a la montaña.

Al llegar ante las llamas mágicas, Gunnar encaminó a su caballo hacia la barrera, pero el animal, aterrorizado, se negó a saltar. Gunnar pidió a Sigurd que le prestase a Grani, pero tampoco éste quiso transportarlo sobre el fuego. Sigurd entonces sugirió:

—Déjame que monte yo a Grani para pasar por las llamas. El me llevará, pero antes intercambiamos nuestras armaduras, cascos y escudos.

Esta vez Grani saltó con facilidad el llameante obstáculo y Sigurd, enteramente armado, se acercó hasta Brynhild. Ella lucía el anillo que fuera la prenda de amor que él le había dado, pero tampoco de ello se acordaba Sigurd ahora. El la saludó de este modo:

—¡Yo soy Gunnar, hijo del rey Giuki! He cabalgado a través de las llamas mágicas y he venido para llevarte conmigo, a fin de que seas mi esposa.

Brynhild estaba perpleja. Pensó que había algo en el orgulloso y enmascarado guerrero que ella conocía, así que le rogó que se quitara el casco. Sigurd le manifestó con toda la cortesía posible que no podía hacerlo hasta haber atravesado ambos la barrera incendiada. Brynhild repuso:

—Pero ha anochecido ya y estoy demasiado cansada para realizar el intento antes de que llegue la mañana. Mira, cabemos los dos en el lecho. Esperamos aquí hasta el alba.

Al principio Sigurd se negó a esperar, pero Brynhild no parecía dispuesta a irse. Se acosta-

ron, él revestido con su armadura completa, bien firme el casco y con la máscara puesta. Antes colocó la espada desnuda entre ambos.

Al día siguiente, el joven se despertó el primero y vio el anillo de oro en el dedo de Brynhild. Quizá le vino a las mientes un lejano recuerdo, o puede que le dominase un instante de locura; sea cual fuere la razón, le quitó el anillo y se lo metió en el bolsillo.

Esa misma mañana, con Brynhild a la grupa, Sigurd salió del castillo, llegando a medio galope hasta las tiendas donde esperaban los hermanos. Desmontó Sigurd y penetró en la tienda de Gunnar. Ambos volvieron a intercambiar las armaduras. Gunnar desprendió ceremoniosamente la máscara de su rostro, reclamó a Brynhild como desposada y, siempre a caballo, volvieron al palacio del rey Giuki. Aun cuando Brynhild trató de hablar a Sigurd, éste sólo le respondía cortésmente, como ajeno a la muchacha, cual un extraño. Casi convencida de que su anterior encuentro sólo había sido un sueño, abandonó su intento. Al otro día Gunnar y Brynhild contraían matrimonio.

Habiendo tanta gente implicada en el engaño, era inevitable que Brynhild acabase averiguando la verdad. Ello sucedió cierto día en que Gudrun, la esposa de Sigurd, había acudido al río, acompañada de Brynhild, para bañarse en un recodo en cuya orilla había hierba abundante. Gudrun había sabido ya por su esposo que él se había hecho pasar por Gunnar para rescatar a Brynhild. Gudrun suplicó y solicitó a Sigurd hasta que éste, aunque a regañadientes, le entregó el anillo de la otra.

Mientras ambas mujeres se atrevían a internarse más y más en aguas profundas, empezaron a reñir.

—Te asustas de un poco de agua —se movía Gudrun—. No eres más que una cobarde...

—¿Yo cobarde? —reía Brynhild—. Déjame recordarte que soy una Valkiria. He cabalgado durante las más feroces batallas sin temor. Así es que un poco de agua no va a asustarme.

—Bueno, pero mi marido es más valiente que el tuyo —soltó infantilmente Gudrun.

—Tampoco eso es verdad —afirmó Brynhild—. Ningún otro mortal, a excepción de Gunnar, se hubiera atrevido a cruzar las llamas mágicas para acudir a rescatarme.

—¡Tonterías! —dijo Gudrun mortificada—. ¿No sabes que fue *mi esposo* Sigurd el que

saltó a través de esas llamas, cuando Gunnar no se atrevía, ni aun a lomos de Grani? Mira, mira, aquí tienes el anillo que te quitó del dedo, para demostrártelo. ¿Me crees ahora?

Brynhild quedó anonadada ante las terribles noticias. Le parecía que no sólo traicionó Sigurd su amor, sino que también le hizo a ella quebrantar el juramento que había hecho a Odín de que se casaría con el mortal que la rescatase de su prisión encantada. En consecuencia, la venganza que tomó fue espantosa. Dijo a Gunnar que no viviría con él como su esposa a menos que matase a Sigurd. Y le avisó:

—Solamente hay un lugar en todo su cuerpo donde una espada puede herirle. Se trata de un sitio entre las paletillas. Recuerda que conozco sus secretos más íntimos porque pasó la noche conmigo, antes de traerme, cruzando entre las llamas, hasta tu lado...

Aquello, desde luego, puso a Gunnar sumamente celoso, pero era un buen hombre y no lograba hacerse a la idea de que debía asesinar a Sigurd. Sus hermanos Hogni y Guttorm, sin embargo, no eran tan escrupulosos y prepararon en secreto una emboscada contra Sigurd. Mientras Guttorm le atacaba por delante, Hogni le apuñaló por la espalda, entre los omoplatos. Y así pereció Sigurd, el matadragones. La maldición de Andvari quedaba así cumplida.

Gudrun ordenó construir una gran pira para celebrar el funeral de su esposo y Brynhild contempló desde las almenas del castillo cómo era llevado el cadáver a la altura de los hombros y se prendía la fogata. Cuando vio a Sigurd envuelto en llamas no pudo resistir el separarse de él. Subió las escaleras que corrían a lo largo del baluarte y permaneció de pie sobre la almena con el dorado cabello flameando al viento. Mientras se arrojaba desde las murallas para ir a caer en la ardiente pira, gritó:

—¡Sigurd, amor mío, espérame! Yo también desafiaré al fuego. ¡Juntos ascenderemos hasta Odín, en el Valhalla!

Poco después de que la pira se hubiera consumido y no quedase allí nada excepto un montón de cenizas grises, uno de los sirvientes observó que Grani, el corcel de Sigurd, faltaba de los establos. Se hicieron investigaciones y un palafrenero admitió más tarde haber visto al caballo galopando por los cielos.

Dos jinetes, abrazados, iban a lomos del animal...

## La historia de Capirote el Tembloroso

Una oscura noche tormentosa un joven vikingo cabalgaba por un desolado páramo de Dinamarca en busca del palacio del rey Rolf Kraki.

Kraki es un nombre un tanto raro y el lector puede preguntarse cómo llegó a tenerlo el rey. Como lo habitual en aquellos lejanos tiempos era que el hijo llevase el nombre del padre, los nombres empezaron a repetirse hasta la saciedad y se tomó por costumbre poner un apodo que reflejase alguna cualidad. El rey Rolf, por ejemplo, era uno de los seres más altos y delgados nunca vistos, de modo que la gente acabó por llamarle «Kraki», que significa «Poste de Escalar». El «Poste de Escalar» (usado entre los vikingos para escalar las murallas de las ciudades que atacaban) era un sencillo poste con unos travesaños a cada lado que servían de escalones, y verdaderamente no hay muchas cosas más altas que ese poste.

El joven vikingo que cabalgaba por el páramo aquella noche se llamaba Biarki, pero todos le conocían como Biarki el Batallador, por ser tan magnífico combatiente. Estaba ansioso por descubrir un refugio donde albergar a su corcel Hengist. Ahora bien, debido a la oscuridad y el barro, el caballo se perdió y daba la impresión de que jinete y montura acabarían tragados por la ciénaga. El estruendo de un trueno asustó a Hengist y éste se espantó. Biarki el Batallador le tranquilizó y, mirando a derecha e izquierda a través de la lluvia que le bajaba por el casco cónico que llevaba, casi había llegado a la conclusión de que sería mejor esperar hasta la aurora para seguir avanzando, cuando de repente vio un delgadísimo hilo de luz.

—Ahí tenemos una cabaña, Hengist —gritó el muchacho—, y eso significa cama para mí y un establo seco para ti. ¡Arre, arre! ¡Vamos, chavall!...

Biarki el Batallador se deslizó de la húmeda silla y golpeó a la puerta. Se oyó un receloso susurro y finalmente una voz preguntó:

—¿Quién es?

—Un viajero y su caballo que han tenido la suerte de haber escapado de los pantanos.

—¿Cuál es tu nombre, buen señor?

—Me llamo Biarki, aunque la mayoría de los hombres me apodan el Batallador. Por favor, déjanos entrar. Estamos helados, empapados y hambrientos.

Poco a poco, la puerta se abrió una rendija.

—Permíteme contemplar tu rostro, buen señor, antes de quitar



la cadena de la puerta. Estos son tiempos sin ley ni orden... Bien, bien, entra.

Un anciano sujetando su linterna atisbó a derecha e izquierda de la puerta mientras la cadena quedaba colgando. Luego dijo:

—Quizá quieras cobijar primero a tu caballo, ¿no? Toma el farol. El establo está detrás del patio.

Las esposa del campesino miraba ansiosa detrás del marido, y preguntó tímidamente:

—¿Quién es?

—Un viajero pacífico al que ha sorprendido la noche cruzando las ciénagas. No te preocupes.

—¿No traerá noticias de nuestro hijo Capirote?

—No creo —dijo el anciano—. Es un guerrero. Un tipo espléndido, aunque está empapado y lleno de barro. Lleva un casco y espada de doble pomo. Su capa es rica, a pesar de hallarse mojada por la lluvia. Nada hemos de temer de él. Tiene un rostro honrado y le brillaban los azules ojos a la luz de mi farol. Pero ¿por qué va a saber nada de Capirote?

—Pobre Capirote —gemía la mujer—. ¿Qué habrá sido de mi hijo?

—¡Vamos, vamos! No hagás aspavientos. Nuestro muchacho tendrá suerte algún día. Ahora tenemos que ofrecer nuestra hospitalidad a este forastero.

Mientras cenaban, el anciano relató una triste historia. En otro tiempo, él y su esposa habían sido gente acomodada, con criados a su servicio. Las cosas empezaron a irles mal y, aquel año concretamente, la cosecha de avena les falló, se les murió la vaca, y su único hijo, Capirote, se vio obligado a abandonarles para ir a buscar fortuna a la ciudad donde tenía su sede el rey Rolf. Al llegar a este punto, Biarki les preguntó:

—¿Entonces vuestro hijo está en la corte del rey Rolf?

—Sí, señor.

—Yo también voy allá, así que mañana me enseñaréis el camino.

A la mañana siguiente Biarki el Batallador subió en su caballo, no sin antes haber dado una bolsita de cuero con unas monedas de oro a los viejos, además de haberles prometido que transmitiría sus recuerdos al hijo lejano.

Era de noche cuando Biarki llegó al palacio del rey Rolf. Sin decir palabra a nadie instaló su corcel en uno de los establos reales y pene-

tró en palacio. Se acercaba la hora de cenar y los criados colocaban platos sobre las mesas. De pronto fijó la vista en un apartado rincón y, extrañado, preguntó a un criado qué pasaba:

—¿Me engaña la vista o eso es una montaña de huesos?

—Vuestra vista es buena, señoría —respondió el criado—. Es un montón de huesos.

—Pero entonces, ¿quién se alimenta aquí de carroña? —preguntó enfadado Biarki—. ¡Pero si ese montón mide un metro o más!

Mientras el joven se aproximaba al pútrido montón vio cómo una mano salida del centro de aquella pila ósea colocaba un hueso encima de los demás. Un mechón de cabellos revueltos, seguido por un par de asustados ojos, aparecieron por encima del borde del montón, y Biarki contempló la sucia cara de un muchacho.

—¡Por Thor y el trueno! ¿Qué es esto? —gritó Biarki—. ¿Quién eres tú y qué haces cubierto de huesos malolientes?

—Me llamo Capirote, señor —respondió el joven—, pero me llaman el Tembloroso.

—Así buscas la fortuna para tu familia, ¿eh? —dijo Biarki—. ¡Reuniendo un tesoro de huesos que apestan!

—No todos hieden, señoría. Algunos son



frescos. Y obtengo una nueva carga en cada comida.

—¿Una nueva carga en cada comida? ¿Qué quieres decir?

—Mirad, señor, la cosa es de este modo. Los hombres del rey Rolf son un tanto deportistas. ¡Oh, no estoy diciendo nada en contra suya! ¡Tienen que divertirse, señor! Cada vez que tienen un banquete, me tiran los huesos *a mí*. Es una especie de competición para ver quién logra darme más veces. El único modo de protegerme es levantar esta montaña de huesos.

Biarki le miró con dureza y dijo:

—Nunca he oído nada tan cobarde. Capirote el Tembloroso, ¡pues claro que sí! ¡Gran fortuna vas a hacer, mientras tus ancianos padres se están muriendo de hambre!

—¿Y qué puedo hacer, señor? Mirad este bulto en mi sien izquierda. Y fijaos en mi ojo derecho. Está hinchado y ennegrecido. Ahí me atizó anoche Erik Carirrelleno después de la cena. No me detengáis, señor. *Erik*

Biarki contempló la faz suplicante del muchacho, pero la idea de que Capirote fuese tan rematadamente cobarde le enfureció. Agarró al chico por el cogote y le zambulló en las frías aguas de una charca cercana, hasta que la suciedad y el mal olor desaparecieron. Luego se sentó con él en la mesa más próxima. Los vikingos ya estaban cenando y Capirote, haciendo honor a su mote, temblaba hasta hacer sonar los platos con sus movimientos espasmódicos, esperando de un momento a otro que los huesos volaran por los aires. Susurró:

—¡Mirad, señor! Aquel que está agachado encima de la mesa es Erik Carirrelleno. Es ese tipejo con pinta de monicaco, que está royendo una enorme taba. *Erik*

—¿Te refieres a ese individuo con aire de rufián, que lleva los pelos sucios y enmarañados, los mostachos que le cuelgan a cada lado y que tiene una nariz como una remolacha de segunda mano?

Capirote estaba de veras asustado, pues Biarki gritaba a pleno pulmón. Susurraba:

—¡Mi señor, no habléis tan alto!

—Deja de lloriquear, muchacho. Erik se lo pensará dos veces antes de tirarnos un hueso. Toma, cómete este trozo. *Erik*

Sólo que Erik Carirrelleno estaba haciendo tiempo hasta haber recogido «munición» suficiente. Eructó sonoramente y se volvió a un compañero de banco, gruñendo:

—¡Eh, Swain! ¿Quién es ese extranjero que se mete en la propia sala del rey, se sienta a su mesa sin pedir permiso y encima nos insulta sentando también a Capirote?

—Pues no lo sé, Erik. Es la primera vez que le veo. Parece un tipo fuerte. Y no carece de osadía...

—Ya le voy yo a dar audacia —aseguró Erik Carirrelleno—. Mírame...

Y diciendo esto, levantó la nudosa taba de un novillo, de la que terminaba justo entonces de arrancar la última hilacha de carne. Capirote consumía su pedazo de carne con avidez. Era el primer bocado de carne fresca que comía hacía mucho tiempo. Miró a Erik Carirrelleno e inmediatamente se sumergió debajo de la mesa, gritando:

—¡Cuidado, señor! ¡Erik va a lanzar un hueso enorme!

Se oyó un silbido en el aire y luego un chasquido sonoro. Capirote empezó a gemir:

—¿Dónde está mi montón de huesos? ¡Quiero volverme a mi montón de huesos!

Se detuvo al escuchar otro silbido, seguido de muebles que se rompían. Atisbó la escena desde debajo de la mesa. Biarki el Batallador estaba de pie, con los ojos echándole chispas. Biarki había atrapado la taba y se la devolvió volando a Erik. Le dio de lleno en la frente, le derribó y ahora yacía inconsciente sobre una pila de taburetes quebrados. Biarki gritó:

—¿Quién quiere probar suerte otra vez con Biarki el Batallador? ¡A ver tú, que estabas junto a Erik y pareces ser amigo suyo, tírame un hueso, venga!

—¿Un hueso, señor? ¿Queréis decir esto, señor? —farfullaba Swain—. Pues me lo iba a comer yo. Sí, sí, me lo comeré —y empezó a roerlo enfebrecidamente.

—Vamos, Capirote —dijo Biarki—, acaba tu cena.

Dicho lo cual sacó al Tembloroso de debajo de la mesa y echó a un lado a dos vikingos para hacer sitio a su amigo.

Cuando Erik recobró el sentido no tardó en irse a quejar al rey Rolf Kraki, pero el rey no era tonto y mandó llamar a Biarki.

—¡Hola, extranjero! —dijo el rey—. Mi guardaespaldas Erik dice que se ha roto la cabeza y no precisamente con el marco de una puerta...

—Con el debido respeto, majestad, el asunto no me interesa.



—¿Cómo te llamas, extranjero? —preguntó el rey.

—La gente me conoce como Biarki el Batallador, mi señor.

—Pues bien, Biarki el Batallador, ¿quieres quedarte a mi servicio?

—Rey Rolf, no tengo nada que objetar. Para eso he venido a vuestra corte, señor, aunque después de lo que ha ocurrido ya no estoy tan seguro.

—Explícate mejor.

—Vine a servirlos sin condiciones, pero ahora sí tengo una condición. Que el joven Capirote el Tembloroso sea también guardaespaldas vuestro.

El monarca y su séquito no pudieron impedir el estallar en carcajadas, pero finalmente el rey Rolf afirmó:

—¡Silencio! No veo nada glorioso en ese Capirote, pero le voy a dar un plazo de tiempo hasta Pascua para que nos demuestre de lo que es capaz.

—Gracias, majestad —dijo Biarki.

Los días y noches de invierno eran poco tranquilas en el reducto del rey Rolf Kraki. Hacía ya tres años que un monstruo alado venía devorando el ganado del rey. Presumiblemente el dragón (pues eso parecía ser el monstruo) se despertaba en mitad de su temporada de hibernación y se sentía hambriento. Abandonaba entonces el refugio y, si nadie le atacaba, las pérdidas quedaban reducidas a cabezas de ga-

nado. Pero precisamente el año anterior siete *berserks*, borrachos de hidromiel y en mitad de un frenesí de lucha por pura diversión, se precipitaron a la nieve y el dragón les mató a todos.

La noche antes de Navidad, los criados reales se guarecían junto a las fogatas, y las puertas del castillo tenían echados los cerrojos y colocadas las barras transversales de protección interior, cuando un anciano, con aire dubitativo, dijo:

—Cuando yo era chico Navidad era una época de alegría y disfrute. Ahora no es lo mismo. No lo es —miró, con aire de sospecha, por encima del hombro y prosiguió—: ¿Aún no se ha oído hablar de *El* este invierno? Yo he estado vigilando, pero no he sabido nada...

—¡Cállate, viejo! Si hablas de *El*, quizá lo atraigas aquí...

Biarki el Batallador preguntó:

—¿Quién es ese *El* a quien tanto teméis?

—No vuelvas a mencionarlo. Creo que la criatura ha muerto, porque si no ya debiéramos haber sabido...

—No volveremos a ver...

Apenas había empezado su frase el anciano, cuando un violento ruido se oyó en la puerta principal de la gran sala. Inmediatamente se produjo una batahola y todo el mundo, presa del pánico, huyó tirando los taburetes al escapar.

—¡Ya está aquí! —gritaban—. ¡La bestia está en la puerta de la sala! ¡Todos a las bodegas! ¡Abrid la trampilla! ¡Huid!

El rey Rolf Kraki penetró decidido y gritando:

—¡Silencio! ¡Silencio! ¡Por Thor y por el trueno! ¿Qué significa semejante alboroto?

—¡Majestad, la bestia ha regresado! ¡El monstruo con alas pretende entrar aquí! ¡Está a la puerta!

El resoplar potente continuaba, y los arañazos en la puerta se hicieron más sonoros y ruidosos.

—¡Quietos todos! —ordenó el rey Rolf Kraki—. ¡Dejadme oír bien!

Aquel resoplido se había convertido en una especie de gimoteo.

—¡Malditos cobardes! —gritó el rey—. ¡Y os llamáis hombres! ¡Qué monstruo ni qué niño muerto! ¡Tened algo más de valor!

El ruido procedente de afuera se transformó en un gañido.

—Todos sabéis que hoy he salido de caza —añadió el rey— y lo que oís es mi perro lobo irlandés, Gunnar. ¡Abrid la puerta y dejadle entrar!

Los servidores hicieron lo que el rey acababa de ordenarles, y un gran perro lobo, de rojizo pelaje, entró de un salto, cubierto de copos de nieve. Se sacudió y fue a frotarse contra las pantorrillas del monarca. Este dijo:

—¡Buen chico, buen muchacho! ¡Escuchadme, hombres! Por tres veces en otros tantos años el monstruo (cerrad la puerta y echad los cerrojos) nos ha atacado. Espero de vosotros que luchéis contra iguales, y os exijo que os enfrentéis a mis enemigos. No debéis, pues, temer a hombre alguno, pero... ¿a un monstruo? ¿Quién puede prevalecer contra él sin sortilegios o encantamientos? Por consiguiente, ordeno que desde ahora hasta que hayan pasado las Navidades las puertas de este palacio se cierren a cal y canto desde la puesta del sol hasta la aurora. Y si alguien sale del recinto, allá él.

Capirote el Tembloroso dijo, sin alzar la voz, a Biarki el Batallador:

—Ya lo oyes, mi amo. Te hablé del monstruo y no quisiste escucharme.

—¡Monstruo, monstruo! —repuso Biarki—. ¡Tú y yo iremos a darle una lección al monstruo ese!

—¡Oh, no, señor! ¡Yo no! —se alarmó Capirote.

—Sí, Capirote, tú sí. Te voy a hacer un hombre. Pero, dime, ¿qué clase de bestia es ésa?

—Bueno, los que la han visto y siguen con vida afirman que vuela por los aires con sus escamosas alas de bronce, y el viento silba al agitarlas. Echa fuego y humo por la nariz, ¡y brama, mi señor! Y al posarse en tierra agita la cola y los ojos le destacan en las cuencas como brasas ardientes...

—¿Le has visto tú con tus propios ojos, Capirote?

—No, señor, pero Erik Carirrelleno decía que...

—No hagas caso de esos cuentos. Cuando tú mismo veas al monstruo...

—¡Pero es que yo no lo quiero ver, mi señor!

—Pues lo verás, muchacho, lo verás —dijo Biarki.

Aquella misma noche, cuando todos se dormían y las hogueras estaban a su nivel más bajo de llamas, Biarki se deslizó hasta la porta-



lada, arrastrando tras de sí a Capirote el Tembloroso. Con calma fue recorriendo los cerrojos y liberando las barras de hierro de sus soportes, y abrió las puertas del castillo lo suficiente como para que la pareja pudiera atravesarlas, cerrando luego tras de sí; Biarki seguía arrastrando al reacio Capirote, y ambos se situaron en el prado donde pastaba el rebaño real. Capirote fue a esconderse detrás del tronco de un árbol. Pasó un buen rato y dijo a su nuevo jefe:

—Tengo frío, señor. Estoy tiritando. Llevamos horas aquí y estoy seguro de que esta noche no vendrá el monstruo. ¿No debíamos volvernos?

—Acércate más, muchacho. Ven, arrebújate en mi capa. Esperaremos hasta que rompa el día.

—Mirad, señor; Biarki, señoría, el alba *está* apuntando ya. Ved ese resplandor en el cielo. Por allá, tras aquellos árboles. ¿Volvemos ya?

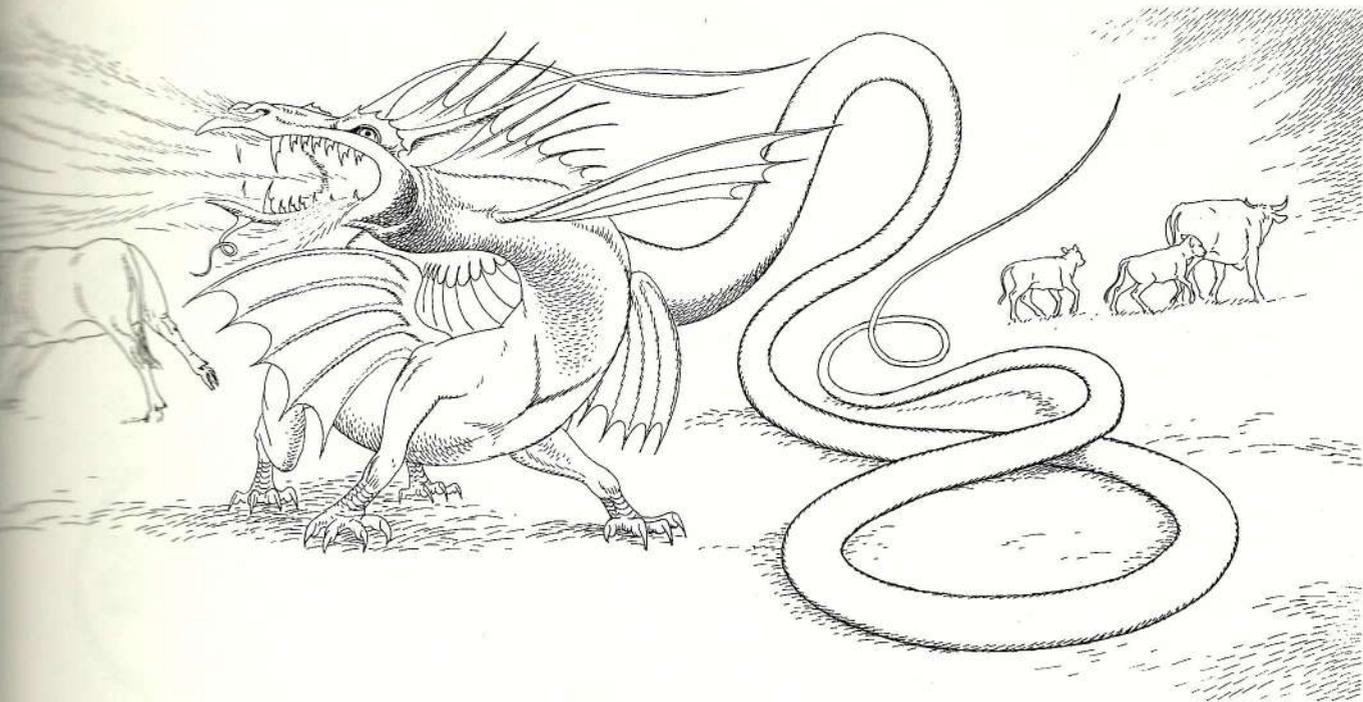
—Me parece un poco pronto para la aurora. Quizá sea la luna, que está saliendo.

—No, mi señor, la luna salió hace horas. No, señoría, es que está amaneciendo.

—¿Y desde cuándo sale el sol por occidente?

Capirote dejó escapar un grito. Se levantó de golpe y casi había saltado ya la cerca del recinto donde se encontraban cuando Biarki le agarró por el fondillo de los pantalones.

—No, Capirote. Tú no vas a volver a correr nunca más.



Y obligó al joven a quedarse en su sitio. Pronto se oyó un batir de alas y se percibió el olor de una humareda sulfurosa. En aquel momento la criatura alada pasó y volvió a pasar por encima de ellos. El rebaño real daba vueltas, espantado. Mugidos y balidos se entremezclaban con el retumbar de pezuñas y con un ruido como de carraca, originado por las alas escamosas, al que acompañaba aún el sibilante respirar del dragón. Biarki gritó, dominando el estrépito:

—¡El dragón! ¡Fíjate, muchacho, está suspendido en el aire! ¡Ya empieza a dejarse caer! ¡Ha llegado el momento supremo! O matamos a la bestia o morimos en el intento... El viento está cargado de humo y cenizas. ¡Ven, por aquí, por aquí!

—No, no, no —gimoteaba Capirote.

Pero de nada le valió, porque Biarki el Batallador le aproximó hasta donde brillaba el fuego a través de la neblina acuosa. El dragón se posó sobre la nieve con un apagado chasquido.

—¡Quédate a mi lado mientras ataco! —aulló Biarki.

Su larga espada resonó contra el bronceo costado. Su escudo de hierro le protegía de las llamas, pero pronto empezó a recalentarse, y Biarki notaba el calor en el brazo. Gritaba:

—¡Capirote, Capirote, ayúdame! Mi espada es incapaz de atravesar estas escamas de bronce!

Capirote estaba a punto de saltar la cerca. Gritó en dirección a su amo:

—¡Ya os lo dije! ¡Os dije que moriríais!

El muchacho se volvió para contemplar cómo estaba a punto de ser destrozado aquel guerrero que le había protegido, y susurró:

—¡Por Thor! ¡No puedo ver cómo se quema vivo! ¡Cuidado, mi señor! ¡Va a sacudiros con la cola! ¡Saltad! ¡Y tú, bestia infame! —gritó, repentinamente enfurecido—. ¡Te aplastaré!

Corrió Capirote dejando la cerca atrás, tropezando y levantándose a través de la profunda capa de nieve y sin dejar de gritar a Biarki:

—¡No sirve de nada darle mandobles en ese cuello de hierro! ¡Atacadle por debajo de las alas! ¡Bajo las alas, allí no hay escamas!

—¡Atrás, muchacho! —chillaba Biarki—. ¡Las llamas te van a abrasar!

—¡Estoy bien! —dijo Capirote—. ¡Bajo el ala, os digo! ¡Vamos, prestadme la daga, mi señor! Eso es, dádmela. Ahora, cuando levante el ala, hundiré el cuchillo.

—¡Hasta la empuñadura, muchacho! ¡Por Thor, creo que lo has matado!

Y, en efecto, Capirote el Tembloroso había dado muerte a la bestia. Con las patas dobladas bajo el enorme corpachón, las alas flácidas como las de un murciélago entregado al sueño y el cuello arrugado, el monstruo se encontraba postrado boca abajo sobre la nieve; una última humareda salía, a borbotones, de los orificios de su narizota.

—Me has salvado la vida, Capirote, y has matado al dragón; *te has* vuelto un hombre. Ya

no te volverán a llamar Capirote, sino <sup>granac</sup> *hombrón*. Así habrá que llamarte en adelante —dijo Biarki el Batallador.

—Todo os lo debo a vos, mi señor —confesó el otro—. Yo estaba a punto de salir corriendo, hasta que os vi en dificultades. En ese momento, ya no pude escaparme. Os doy las gracias. Gracias, señor. Haré lo que sea para pagaros el favor.

Biarki estaba encantado con la labor de aquella noche y los efectos que había obrado sobre Capirote. Pero estimaba que aún no había terminado todo. Hizo que Capirote *Te sacara* el corazón a la bestia, y que comiese un poco para lograr más valor todavía en el futuro. Después describió un plan sorprendente que había imaginado.

—No sirve de mucho *decirle* al rey Rolf que ya eres un hombre —dijo Biarki—. Tenemos que *demostrarle*, a él y a sus vikingos, que es así. Si no, jamás lo creerían. Verás lo que vamos a hacer.

Dijo a Capirote que arrancase estacas y maderos de la cerca, colocándolos bajo las alas y el cuello del monstruo para mantener erguido al dragón. Una vez terminada la tarea, realmente parecía que la fiera había vuelto a la vida.

—Volvamos a palacio —dijo Biarki, y los dos se deslizaron allí tan silenciosamente como habían salido, volviendo a poner los cerrojos y travesaños otra vez en su lugar.

Diez minutos después ambos chillaron a pleno pulmón, diciendo:

—¡Despertad, el dragón está aquí!

Los vikingos empezaron a tropezar unos con otros en su aturdimiento, chocaban contra el mobiliario, y apareció el rey Rolf, despertado por semejante estrépito, frotándose todavía los ojos cargados de sueño. Biarki estaba enfrentándose a una docena de guerreros, empeñado él en abrir el portón de acceso y los otros en mantenerlo cerrado. Dijo el rey:

—¿Qué hay de nuevo?

Y Biarki gritó, dominando su voz el pandemonium.

—Majestad, ¡la bestia está aquí, devorando lo mejor de vuestros rebaños y manadas!

—¡Sí! ¡Sí! —aullaba cierto número de vikingos—. ¡Mirad! ¡Fijaos cómo los despedaza dejándolos sin patas! ¡La bestia ha roto la cerca y se está atracando con el ganado!

—¿No ha salido nadie a atacarlo todavía? —preguntó el rey Rolf.

Se produjo un total silencio. Luego, Erik Carirrelleno manifestó, avergonzado:

—No, majestad. Hemos obedecido vuestras órdenes, mi amo.

—Pues entonces lo haré yo mismo —dijo el monarca.

—¡Rey Rolf Kraki! —intervino Biarki—. Todo el mundo conoce vuestra bravura. No tenéis necesidad alguna de demostrarla. Pero aquí hay alguien que irá en vuestro lugar... ¡Erik Carirrelleno!

—¿Yo, majestad? —tartamudeaba el aludido—. ¡Sí, claro! Bueno, no. Veréis, mi señor y amo, la pasada noche, al salir de vuestra fiesta, tropecé con un taburete y me he dislocado un tobillo. Fijaos, señor, lo hinchado que está. Casi no puedo apoyarlo en el suelo. Mirad... —y, dando saltitos, desapareció en el interior del palacio.

—Observad, majestad —concretó Capirote—, que tiene buen cuidado de cojear en dirección opuesta a donde se encuentra el dragón... —los hombres reían sin convicción, nerviosos—, pero si me prestáis vuestra célebre espada Conquistadora, ¡yo mismo acabaré con el monstruo!

Ni Rolf ni sus hombres podían creer lo que estaban oyendo, e hicieron falta todos los poderes de persuasión de Biarki para conseguir que el rey le diese su arma más preciada. Pronto volvió Capirote a la presencia real arrastrando la cabezota de la terrible fiera.

—Veamos, veamos —manifestó el rey Rolf Kraki, a la vista de semejante cosa—. Hace muchísimo tiempo que prometí un saco de oro y la mitad de mis rebaños al hombre que lograrse dar muerte al dragón. Es una promesa y debo cumplirla. ¿Pero dónde se ha metido Capirote?

—Permitid que en adelante se llame *Hombrón*, majestad —pidió Biarki el Batallador.

—Bueno, ¿pues dónde está Hombrón?

Un vikingo gritó:

—¡Mirad por dónde corre, majestad! ¡Está realizando otro milagro con vuestra famosa espada! Primero mató al dragón y ahora está curando el pie dislocado de Erik Carirrelleno. ¡Fijaos cómo corre Erik, huyendo de Hombrón, sin que el pie hinchado se lo impida!

Así fue como Biarki el Batallador y Hombrón pasaron a figurar entre la guardia del rey Rolf. Y le sirvieron bien, hasta que ambos fueron llamados al Valhalla.

## Cuando ataron a Fenrir el lobo

Después que la Serpiente Mundial fue arrojada al océano, y Hel desterrado a Niflheim, quedaba aún el tercer hijo de Loki, el cachorro Fenrir. Al principio el lobezno era adorable y mimoso, pero pronto empezó a enseñar los dientes. Creció rápidamente, llegó a comerse un ternero de una vez, trituraba los huesos con crujidos espeluznantes, y al fin su presencia se hizo insoportable en Asgard.

Por si fuera poco, una profecía aseguraba que Fenrir estaba destinado a causar entre los Ases un daño irreparable. Fue entonces cuando Odín ordenó que se fabricase la célebre cadena Loding. A Tyr, el único que se atrevía a acercarse, le encargaron que convenciera al lobo de que se dejara probar la cadena, como si fuera un juego.

—Queremos comprobar lo fuerte que eres —le dijo Tyr.

Le ató las patas traseras; el lobo bostezó, y con un simple esfuerzo la cadena saltó por los aires. Hubo no pocos recelos a partir de aquello. Los dioses entonces fabricaron otra cadena más gruesa que la anterior, llamada Dromi, que significa «Los Grillos», porque calculaban que aquella no podría romperla. Fenrir sopesó a ojo su resistencia, aceptó que Tyr lo encadenara, y cuando ya los Ases se frotaban las manos satisfechos, oyeron un horrendo *icrac!* de la cadena hecha pedazos, seguido de la siniestra risotada de Fenrir.

Odín tenía que hallar algún sistema para mantener sujeto al lobo, que cada día se volvía más exigente, y aun se temía que con el tiempo había de pedir sentarse en el Alto Nido, el propio asiento de Odín. Así que envió a Skirnir, amigo de juventud de Frey, a ver a un enano; hábil nigromante y artesano que vivía en la tierra de los elfos. Skirnir expuso sus necesidades al enano, que tenía unos ojos y una cabeza enormes, y el enano respondió:

—Para hacer lo que me pides necesito ingredientes muy especiales, y eso lleva mucho tiempo. Vuelve dentro de un mes.

Pasado el mes, Skirnir volvió a ver al enano, que le dijo:

—Ya tengo hecha la cadena. He mezclado los seis ingredientes maravillosos de que se compone con tanta habilidad, que es imposible decidir dónde empieza uno y acaba el otro. Asegúrate de que un extremo no se junte con el otro antes de atar a la bestia, y procura también que ni tú ni nadie se enrolle, porque quedaríais atados para siempre: sólo es para el lobo.

—¿Y qué ingredientes son ésos? —preguntó Skirnir.

—Como te dije, son seis: el ruido de la caída sobre sus pies de un gato, la barba de una mujer, las raíces de una montaña, la respiración de un pez, los nervios de un oso y la saliva de un pájaro.



—No puedo creerlo —dijo Skirnir—. Nadie oyó jamás el sonido de las patas de un gato, los peces no respiran, las mujeres no tienen barba, ni las montañas raíces. Esas cosas no existen.

—Por eso tardé un mes en encontrarlas —dijo el enano—, porque mezclarlas no fue gran problema. Bueno, toma la cadena y anda con cuidado.

Y entregó a Skirnir lo que parecía un hilo tan suave y blando como la seda. Los dioses dudaban de su eficacia al ver la finura de la hebra, pero Odín aseguró que el enano poseía una reputación a toda prueba y que debían probar con ella. Un grupo de los Ases más duros, entre ellos Odín y Tyr, pidió al lobo que los acompañase hasta el Inframundo. Cruzaron el oscuro lago Amsvartnir, llegaron a la isla de Lyngvi, y Tyr dijo al lobo que había allí ganado gordo y jugoso para estar comiendo toda la vida. También le dijo que llevaban una cadena de seda, por si quería probar sus fuerzas...

Fenrir se dejó persuadir. Tyr pidió a Odín que mostrara el lazo. Los Ases se fueron pasando de mano en mano el hilo, y algunos dijeron que esperaban que fuera más resistente de lo que parecía. Con todo, lo probaron con sus propias manos, pero nadie pudo romperlo.

—¿Cómo se llama este cintajo? —preguntó Balder.

—Gleipnir —repuso Tyr.

—No sé cómo voy a hacerme célebre rompiendo un cordón de zapato —dijo el lobo no sin cierta ironía.

Tampoco los dioses entendían cómo iba a dejar de romper aquella débil atadura quien había roto ya dos fortísimas cadenas. Y así se lo dijeron.

—Además —añadieron los dioses—, si no eres capaz de romper la cosa, ya no estarás en condiciones de asustarnos y te dejaremos en libertad.

—Si me atáis de modo que me resulte imposible liberarme —observó el lobo—, sé en lo más profundo de mi ser que no tendréis prisa alguna por verme de nuevo en libertad. Os diré lo que vamos a hacer: no tengo excesivas ganas de dejarme trabar con ese lazo. Pero si verdaderamente estáis decididos a medir mi fuerza y capacidad, permitid que uno de vosotros coloque su mano entre mis colmillos, como garantía de que no pretendéis dármele con queso.

Los dioses se miraron con ansiedad unos a

otros y luego contemplaron la imponente boca del animal, abierta de par en par. Evidentemente ninguno deseaba correr el riesgo de acabar quedándose sin mano. Por fin, Tyr dijo que se presentaba voluntario para la prueba. Extendió el puño y dejó que su extremidad derecha descansara entre las fauces del lobo.

Ataron la hebra llamada Gleipnir en torno a las caderas del lobo y, como medida complementaria de seguridad, también alrededor de las patas delanteras. Cuando se levantó y empezó a hacer fuerzas para liberarse, el lazo que le sujetaba se tensó alrededor de él, y cuanto más luchaba tanto más se tensaba la cuerda, hasta que el animal (en la medida de lo posible, pues tenía la mano de Tyr dentro de la boca) aulló dolorosamente. Tyr sintió que los dientes de hierro se le clavaban en la muñeca y se preparó para lo peor. Estaba claro que la magia del lazo era superior a la fortaleza del lobo Fenrir y que éste se hallaba prisionero para siempre. Todos los Ases prorrumpieron en carcajadas, aliviados; todos menos Tyr, que perdió la mano.

Cuando los dioses vieron que el lobo estaba realmente seguro, tomaron la cadena en que terminaba el lazo y la ataron al pie del poderoso peñasco que hundía sus cimientos varios kilómetros por debajo del suelo. Luego golpearon el peñasco con un pedrusco enorme, como quien hunde una estaca en el suelo, hasta que estuvo profundamente hundido en la tierra, y encima colocaron el pedrusco que había servido de maza. El lobo abrió la bocaza terroríficamente, se sacudía como un loco y trataba de morder. Así que los dioses le pusieron una espada a modo de cuña entre las mandíbulas, con el pomo en la inferior y la punta casi traspasándole el paladar. Y así seguirá hasta que llegue el Ragnarok.

Gylfi comentó:

—Me pregunto por qué los Ases no acabaron definitivamente con el lobo, en vez de vivir con la amenaza continua de que les haga cualquier maldad.

—Los dioses valoraban tanto sus mansiones y basílicas —replicó Alto— que odiaban la idea de contaminarlas con la sangre del lobo, aun cuando las profecías habían asegurado que el lobo acabaría con Odín.

—Bueno —dijo Gylfi—, me parece que los dioses no son más inteligentes que los hombres en esto de saber qué es lo bueno para ellos.

Sus informantes no contestaron.



## De cómo consiguió Thor su martillo

Se cuentan muchas historias, divertidas y excitantes, acerca del dios Thor, matagigantes de pelo rojizo y carácter jovial. Con frecuencia Loki tomaba parte en sus traviesas aventuras, pero otras veces el Maligno no gozaba del favor del dios.

Cierta noche en Asgard, Loki tenía dificultades para conciliar el sueño. Cuando por fin lo lograba, enseguida se despertaba otra vez y así estuvo horas y horas dando vueltas en su colchón lleno de nudos y bultos. Justo antes de amanecer se hartó; no podía soportar aquello, así que salió reptando del lecho, con el cabello revuelto y ojeras profundas y sintiéndose hecho una birria.

Salió afuera, al aire deliciosamente perfumado por el rocío. Odiaba cuanto tenía a su alrededor. Llegó hasta el palacio de Thor y, como las puertas estaban cerradas (Thor estaba de viaje por el este, dedicado a la caza de gnomos), trepó por una especie de emparraado, que soportaba una preciosa glicinia plantada en espaldera, y desde allí alcanzó una ventana que aparecía abierta. La ventana era una de las muchas existentes en el dormitorio de Sif. Empeñado en hacer alguna travesura, Loki se introdujo en la habitación. La diosa de cabellos dorados estaba profundamente dormida y su pelo, formando ondas prolongadas, descansaba, como seda brillante, a lo largo de la almohada, rebosando por encima de las sábanas de blanco damasco. El despecho en el corazón de Loki se unía ahora a una envidia maligna; olvidando la venganza que podía tomar Thor, se deslizó con suavidad hasta el tocador de Sif, tomó un par de enjoyadas tijeras y cortó el precioso cabello de oro de la diosa.

Cuando hubo dado fin a su tarea, la cabeza de la diosa parecía una bola de billar. La diosa se desperezó y empezó a despertarse. Loki arrebujo enseguida las largas y espesas hebras de cabello, introduciéndolas en su propia túnica, y se lanzó hacia la ventana. Pero según trepaba por ella una de sus sandalias salió disparada, y con las prisas no le dio tiempo de recogerla. Se apresuró a escapar, protegido por las sombras, justo antes de que rompiese el día, y al fin llegó a su palacio.

Al despertarse Sif del todo, sus alaridos y gimoteos despertaron a todo el vecindario. Aparecieron Freya y Nanna, esposa de Balder; ambas hicieron cuanto estaba en su mano para consolar a la desdichada. Nanna vio una sandalia junto a la ventana y dijo:

—Fijaos. El culpable ha perdido una sandalia. Si podemos encontrar la compañera tendremos a nuestro hombre.

—¿Y de qué me va a servir eso? —sollozaba Sif—. ¡Seguiré es-

tando calva como un huevo! ¿Dónde está Thor? ¡El tiene la culpa! —gritó—. ¡Debía estar aquí conmigo, y no pasándose lo bien cazando elfos y dando palizas a los ogros, o algo peor!

Por suerte, Thor volvió a casa aquella misma mañana, y cuando vio cómo había quedado de desfigurada su hermosísima consorte se puso rabioso. Entonces le mostraron la sandalia.

—¡Es de Loki, por Jormungander! —explo-  
tó, y las ventanas vibraban con su rugido—. ¡Hubiera identificado ese calzado de lujo en cualquier sitio! ¡Le mataré! ¡Le voy a romper todos los dientes, uno a uno, y cada huesecillo del cuerpo!

E hirviendo de furor, salió a toda prisa para cumplir sus amenazas. Atrapó a Loki con una mano por el cogote y empezó a sacudirle.

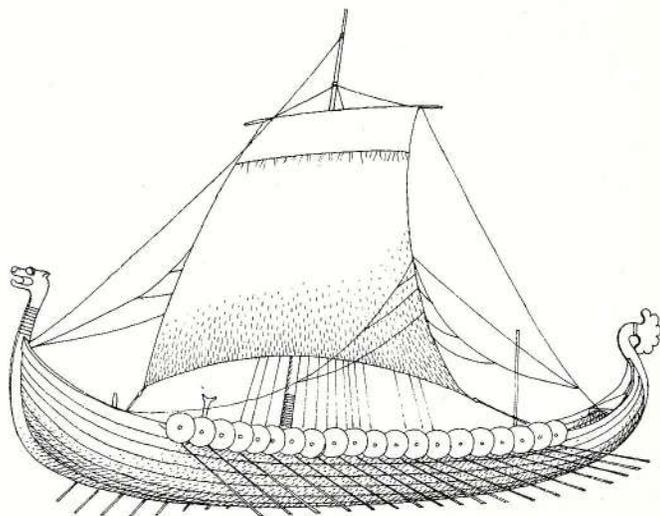
—¡Alto, para, por favor! —gemía Loki entre los dientes que le castañeteaban—. ¡Nunca lo volveré a hacer! ¡Oh, detente, por favor! Iré a buscar a los gnomos oscuros y ellos confeccionarán un cabello dorado para Sif mejor que el que jamás hubiese crecido en su adorable cabeza. Sí, es encantadora, Thor, lo es de veras. ¡Oh, gracias, muchísimas gracias, no me zarandeas ya más!...

Sólo que el dios estaba preparándose para seguir con la otra mano su faena.

—¡Oh, ah, oh! —gimoteaba Loki, y sus dientes comenzaron nuevamente a entrechocarse—. ¡Mira! Haré que los el...el...elfos... os...oscu...oscuros hagan un regalo a Odín... y otro a Fre...Fre...Frey también. ¡Y quizá pueda lograr algo para ti mismo, Thor!

A base de súplicas y de promesas de regalos, Loki pudo persuadir a Thor de que le perdonase la vida, y en cuanto le fue posible abandonó Asgard, encaminándose a Svartalfaheim, el mundo de los elfos oscuros.

A Loki le debía cierto favor una tribu de enanos llamados los hijos de Ivaldi, que residían entre los elfos oscuros. Como todos los enanos, eran buenos artistas y dominaban muchos oficios. Trabajaban el oro y la plata, que ellos mismos extraían de profundas minas, ornamentando además sus tesoros con diamantes y rubíes. Los hijos de Ivaldi no tardaron en hacer una peluca de dorados cabellos de oro, más fina que a Loki le hubiera sido dado contemplar jamás. Además, forjaron una lanza destinada a Odín, la cual, una vez dejada a su albe-



drío, nunca fallaba el blanco al que se la dirigiese. Para Frey fabricaron una nave que al izar velas siempre obtenía un viento favorable, pero cuando no se la necesitaba podía plegarse y guardarse en el bolsillo como un pañuelo. Llamaron a la lanza Gungnir, y al barco Skidbladde.

Provisto de tales tesoros, Loki recuperó enseguida su antiguo descaro, su engreimiento, y recorría, silbando, los túneles y perforaciones subterráneas, de regreso a la luz del día, cuando pasó ante la herrería de dos famosos hermanos, los enanos Brok y Sindri.

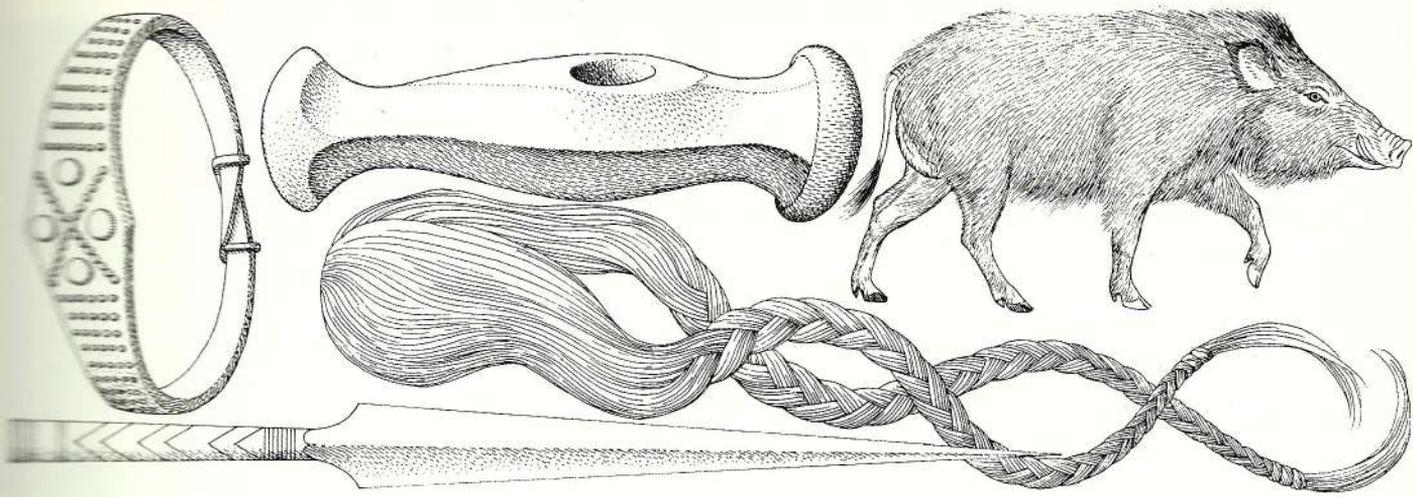
Brok alzó la vista, mirando a Loki con su clásica expresión en la arrugada faz, y le preguntó qué traía de Svartalfaheim. Loki se lo dijo, y deseando presumir añadió:

—Dicen que tú y tu hermano carecéis de rivales, como artesanos, pero me apuesto la cabeza a que no sois capaces de fabricar tres tesoros que se igualen a éstos...

—¡Aceptado! —repuso Brok sin dudar un instante—. ¡Hermano Sindri! Empieza a avivar el fuego. ¡Ponte a darle al fuelle!

—No, hermano —contestó Sindri—. Yo soy el mayor y tú el más fuerte de los dos. Maneja tú el fuelle y yo haré los tesoros.

Loki se mordió los labios con expresión de duda. Su arrogancia y presunción le volvía a meter en jaleos. Se quedó dentro de la herrería, y se puso a observar de pie; luego fue a sentarse en las sombras, lejos del resplandor y el calor del rojizo fuego de carbones que alimentaba el trabajo. Brok y Sindri se concentraron tanto en su tarea, que no vieron cómo al cabo de pocos minutos Loki ya no estaba; al menos, no bajo una forma susceptible de ser reconocida



por alguien, ya que de repente se le había ocurrido que podía perder la apuesta, y con ella su cabeza. De manera que más le iba a valer hacer algo al respecto.

Cuando el fuego estuvo al rojo vivo Sindri colocó una piel de cerdo sobre el oscilante resplandor y ordenó a su hermano que siguiera dando al fuelle hasta que él volviera a dar la vuelta a la labor. Aseguró que si Brok dejaba de soplar, el fino trabajo en curso tendría fallos. Por tanto, Brok continuó manejando el fuelle a pesar de que un tábano gigante, salido Dios sabe de dónde, se precipitó sobre el elfo y empezó a picarle en el dorso de la mano, chupándole la sangre a más y mejor.

Volvió Sindri; tras emitir un lacónico «bien», extrajo del fuego un auténtico jabalí vivo, con cerdas de oro. El animal gruñía lo suyo. Sindri comentó:

—Magnífico. ¡Perfecto! Le llamaremos Gullinbursti.

Para lograr el segundo tesoro, Sindri colocó oro fino en el horno y dijo a Brok que siguiera dando al fuelle, sin dejar de soplar hasta su vuelta. Abandonó la herrería, y al punto el tábano fue a aposentarse en el cuello de Brok, inmediato a su oreja derecha, mordiéndole con doble ferocidad que antes. Por mucho que el enano sacudió la cabeza, el insecto no abandonaba el sitio elegido y mantenía el agujijón bien hundido en la dura piel del enano. Con todo, el herrero no dejó un segundo de mover el fuelle.

—Parece que sudas más de lo acostumbrado, hermano Brok —comentó a su regreso Sindri—. ¿Te pasa algo? ¡Oh, mira, es un anillo maravilloso! —dijo, sacando del fuego un anillo de oro, que llamaron Draupnir el Goteador.

Por tercera vez fue Sindri a procurarse material para su tarea. En esta ocasión se trataba de hierro. Lo depositó entre las llamas, y mandó a Brok que soplara el fuelle de nuevo, repitiendo que si detenía el trabajo todo acabaría estropeándose. Luego salió de la herrería.

Apenas había desaparecido, cuando un tremendo tábano aterrizó entre los ojos de Brok y le picó en el párpado izquierdo, tan honda y dolorosamente, que la sangre le inundó el ojo, impidiéndole ver. El dolor se hacía absolutamente intolerable, y Brok lanzó un manotazo contra el feroz tábano que así se cebaba en él. El fuelle se deshinchó. Pudo deshacerse del tábano justo cuando volvía Sindri.

—Tendrás suerte si lo que hay ahí dentro no se ha estropeado —dijo Sindri, removiendo con un martillo los centelleantes carbones. Miró con especial atención, y rezongó un tanto.

Sindri reunió los tres tesoros, el jabalí de oro, el anillo y el martillo; se los entregó a su hermano Brok, y le recomendó que los guardase cuidadosamente y los llevara a Asgard.

Cuando Brok y Loki desplegaron aquellos tesoros, los Ases, sentados en sus sillas para juzgar, decidieron que la última palabra la tenían Odín, Thor y Frey.

Loki entregó la lanza Gungnir a Odín, pensando que ello sería un buen tanto a su favor. El buque Skidblade se lo dio a Frey, y Thor obtuvo las trenzas de oro para su esposa Sif.

Los tres dioses quedaron sumamente impresionados por semejantes tesoros, de modo que el Maligno comenzó de nuevo a sentir segura su cabeza, especialmente estando seguro, como lo estaba, de que algo había ido mal en la elaboración del martillo.

Brok presentó sus tesoros. Dio a Odín el anillo de oro macizo, advirtiéndole que cada novena noche, otros ocho anillos de oro caerían del mismo.

Al dios Frey el enano le hizo entrega del jabalí Gullinbursti. Brok dijo que aquel animal transportaría a su jinete por tierra, mar o aire, de noche o de día, mejor que cualquier cabalgadura. Y añadió que el jabalí nunca encontraría demasiada oscuridad, ni siquiera en mitad de la noche, pues el resplandor de sus cerdas iluminaría cualquier camino.

Luego, Brok entregó el martillo a Thor. Aseguró que podría atizar mandobles tan duros como quisiera a cualquier objeto, que jamás dejaría de destruirlo el martillo. En segundo lugar, si era arrojado, el martillo, tras dar el golpe definitivo, volvería por sí solo a la mano. Y en fin, el instrumento era tan pequeño, que el dueño podría llevarlo si quería dentro de la camisa. El enano tosió, pidiendo perdón, al recordar cómo en un momento dado dejó de atizar el fuego con el fuelle. Había en el martillo un defecto pequeñísimo: el mango quedaba ligeramente corto.

Los Ases se pasaron tan fabulosos tesoros de mano en mano, emitiendo entrecortados ruidos de apreciación ante el fino trabajo realizado y las mágicas cualidades de los regalos. Los tres especialmente nombrados para dar su juicio juntaron las cabezas durante breves minutos, y tras una pausa (que hizo a Loki morderse las uñas) Odín anunció el veredicto. A su parecer el martillo era el mejor de los tesoros, y la defensa óptima contra los gigantes del hielo y los de las montañas. Los enanos Brok y Sindri habían ganado la apuesta.

Desoyendo las protestas de Loki, los dioses se atuvieron a su decisión. Finalmente, el Maligno ofreció pagar el rescate que fuese del agrado de los enanos para salvar la cabeza.

Brok se negó taxativamente. Recordaba cómo el tábano le torturó cruelmente, y estaba decidido a no tener compasión con Loki.

Cuando Loki comprendió que estaba a punto de fenecer, gritó: «¡Atrapadme, entonces!», y cuando el enano quiso ponerle las manos encima, ya había escapado un trecho, pues robó un par de zapatos que le permitían circular por encima de las olas del mar y discurrir por el firmamento tan rápido como la luz.

Brok suplicó a Thor que atrapase al huido, y dado que el dios aún continuaba furioso por lo

que Loki le hizo al cabello natural de su esposa, Sif, el dios del trueno y el relámpago accedió a su petición. En cuestión de segundos, Thor atrapó y sujetó a Loki, aferrándole por un tobillo merced a una punta de relámpago con tres ramificaciones.

—¡Vamos, pedazo de pícaro! —tronó el dios—. ¡Por una vez vas a pagar como debes!

Resultó una lástima que incluso en el último instante Loki consiguiera escapar, evitando sutilmente el castigo, pero lo cierto es que lo hizo.

Cuando Brok tomó un hacha y estaba listo para decapitar de un tajo a Loki, el Maligno reclamó de Odín que, como hermano suyo de sangre que en realidad era, fuese testigo de que se había apostado *sólo la cabeza*. Todos estuvieron de acuerdo en que el cuello no entraba en la apuesta, y por consiguiente Brok tendría que guardarse muy mucho de dañar el cuello de Loki. Por supuesto que tal argumentación quizá fuera no poco especiosa, pero los dioses estimaron que debían respaldarla.

El enano se vio frustrado y, terriblemente encolerizado, decidió que si no podía disponer de la cabeza de Loki, al menos sellaría sus labios para siempre. Sacó, pues, de su túnica una tira de cuero y un cuchillo de buena punta, proponiéndose sellar así los labios del joven. El cuchillo tenía la punta muy afilada, pero no virtud suficiente para hacer un agujero en la carne de Loki; sencillamente, el cuchillo no pudo atravesarla.

En aquel momento, Brok dijo:

—¡Qué bien me habría venido la lezna de mi hermano Sindri!

Apenas acababa de pronunciar aquellas palabras cuando la lezna apareció en sus manos.

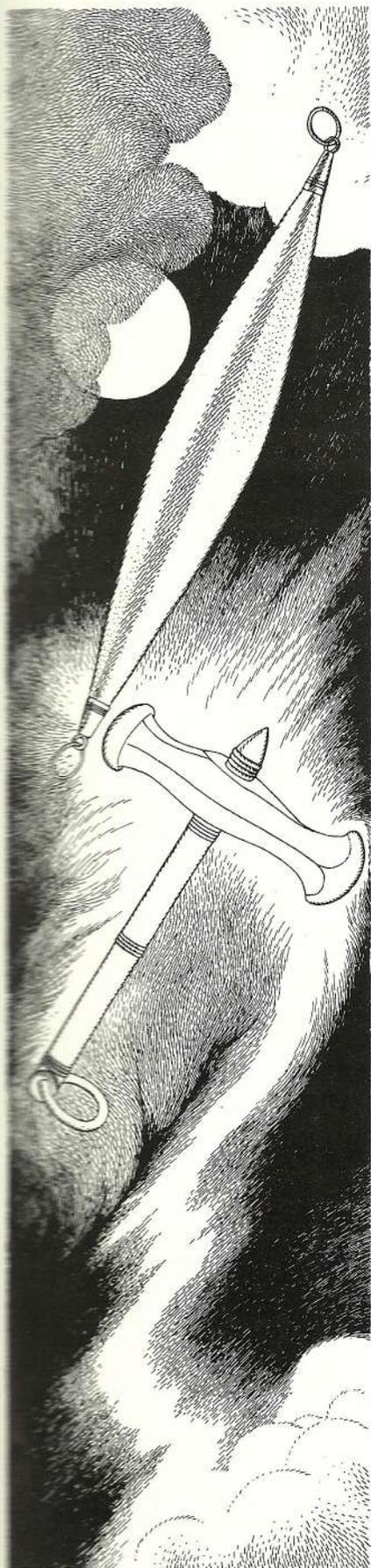
—¡Sí, esto me servirá! —gritó.

E hizo una fila de agujeros alrededor del labio superior e inferior de Loki.

La correa que Brok usó para coser los labios a Loki se hizo ya famosa para siempre. Era conocida como Vartari, *La Correa*, y por mucho que Loki hiciese muecas, y la desgarrara, su boca seguía cerrada estrechamente.

Habrían de pasar muchas jornadas hasta que consiguiera desatarse de Vartari, y extraer la correa de todos los agujeros. E incluso entonces, sus labios estaban tan doloridos que apenas se atrevió a hablar durante meses.

Y eso, pensaban los dioses, fue realmente un gran favor para ellos.



## Thor combate al gigante Krungnir

Sleipnir, el corcel de Odín, tenía ocho patas y era el caballo más veloz de cuantos tenían los dioses y los hombres. Por si fuera poco, era capaz de galopar por los aires y por el mar, considerable ventaja para un dios con prisa.

Cierto día en que Thor no estaba en su residencia de Asgard, por haberse ido al este a cazar gnomos, Odín mandó que le trajesen enseguida a Sleipnir de los establos situados al otro lado del Valhalla, saltó a su lomo, le espoleó para que saltara las murallas celestiales y cabalgó por el cielo en dirección a Jotunheim. Las ocho patas de Sleipnir caracoleaban entre las nubes, y pronto se posaron en Rockyard, país de un gigante llamado Krungnir.

Siendo a la vez rey y gigante, Krungnir se consideraba muy importante. Individuo de aspecto duro, tanto en su apariencia como en su carácter, poseía una voz como el estruendo inmenso generado por un alud de nieve helada al derrumbarse sobre peñascales. Semejantes avalanchas acontecían con frecuencia en su reino de picos nevados, Rockyard o País de las Rocas, y sin duda el rey se había acostumbrado a alzar la voz para competir con los aludes.

Como el firmamento se encendió al acercarse Odín, Krungnir sabía perfectamente que iba a llegar el padre de los Ases, pero hizo como si no le reconociese, gritándole insultos desde el patio interior de la fortaleza donde residía.

—¡Alto! ¿Quién va ahí? ¿Qué clase de hombre eres, mi estimado visitante, con esa capa que revolotea, tu potrillo de doble cabriola y tu sombrero dorado? Quieto ahí y dime tu nombre. Vamos, habla.

Odín no replicó, pues bien sabía que Krungnir no podía dudar acerca de la personalidad del recién llegado. En vez de responder se dedicó a circular a medio galope en torno al gigante, de tal forma que el rey perdió pronto la calma. Krungnir giraba sobre sí mismo para seguir los movimientos del corcel, hasta que empezó a marearse y tuvo que aullar sonoramente:

—¡Ah, sí! ¡Ya te conozco! Y tienes un notable rocín, lo admito. ¡No creas que no te vi cabalgando por encima del viento y de las olas!

—¡Me apuesto la cabeza a que no hay nada parecido en todo Jotunheim! —gritó Odín.

Krungnir poseía un célebre semental, llamado Crines-de-Oro, e hizo que se lo trajesen inmediatamente del establo; se encaramó al animal de un salto, dispuesto a hacerle pagar a Odín su arrogancia.

Pero el dios estaba prevenido y hundió los talones en los ijares de Sleipnir. De un salto el caballo de ocho patas se remontó por encima de Krungnir, Crines-de-Oro y la fortaleza, y fue galopando con estruendo hasta la cúspide de la montaña más cercana, cruzándola por el aire en dirección a Asgard.

Krungnir, que se había dejado sorprender, estalló repentinamente en un frenesí propio de gigante. Golpeó cruelmente a Crines-de-Oro en la cabeza, y los cascos del sorprendido semental sacaron chispas al correr sobre los adoquines, mientras seguía con empeño las huellas de Sleipnir. Así, con los cuellos, lomos y colas en línea recta, los dos corceles corrieron disparados a través del aire, uno persiguiendo al otro. Sólo que Crines-de-Oro nunca fue capaz de alcanzar a su rival. Cuando Krungnir quiso detener a su montura, ya era demasiado tarde. Tanto él como Odín descendieron como un par de estrellas fugaces sobre los muros de Asgard.

Odín se apeó con ligereza de Sleipnir, golpeándole suave y agradecidamente los flancos, de modo que el animal trotó orgullosamente hacia el establo. Krungnir, sintiéndose sumamente a disgusto, anudó las riendas de Crines-de-Oro a la argolla más próxima; su frenesí le había conducido a saltar justo en el baluarte central de sus mortales enemigos, los dioses. Si Thor se hallaba en casa, sabía que no volvería a ver Rockyard. Odín estaba rebosante, henchido de orgullo y satisfacción al haber batido al gigante, y demostrado con ello la superioridad de Sleipnir, así es que adoptó aires de grandeza y supremacía al dirigirse a Krungnir:

—¡Vamos, gigante! ¡Entra en el Valhalla! —le decía—. Haz como si estuvieras en tu casa. Te doy mi solemne palabra de que en mi calidad de padre de los dioses no sufrirás ningún daño mientras estés entre nosotros.

Esta promesa hizo que los temores de Krungnir se atenuaran en el acto. Acabó de atar correctamente a su caballo, penetró detrás del dios Odín dentro del Valhalla y en voz alta pidió que le dieran de beber.

Pronto la embriagadora bebida de los dioses, el hidromiel, llenó a Krungnir de un falso valor, así que gritó, pidiendo vasos más grandes:

—¡De qué sirven estos dedos cuando un gigante tiene sed! Los dioses deben tener unos gatzates tan estrechos como los de un gusano... ¡Eh, tú, mi señora! —decía dirigiéndose a la más adorable de las jóvenes diosas, es decir,

a Freya—. ¡Sírvenme para que pimple a gusto en un jarro de hombre! ¡Tráeme un barrilete! ¡Mira a ver si me traes una bota llena! ¡Mejor que sea una buena cuba!

Los dioses se miraban unos a otros con una mezcla de consternación e ira ante aquel estallido de borracho. Pero siendo, como eran, tan estrictas las leyes de la hospitalidad y tan vinculante la promesa hecha por Odín, poca cosa podían hacer. Loki sugirió traer a la sala los enormes barriles en que solía beber Thor cuando estaba en casa, y así se hizo. Fue como echar aceite al fuego. A cada trago, Krungnir se volvía más insoportable, hasta que acabó en el clásico borracho peleón, tartaja, que berreaba:

—¿Sa... sa... sabes qu'voy a-acer, tú, Odín? Os... voy a matar a todo... todos los dioses. Y luego yo... yo... No, no. Dejaré vi... vivir a Freya... y también, también a la mujer de Thor... a esa Sif. Esas se pueden... podrán venirse de regreso... conmigo... a Jo-Jo... Jotunheim. Serán *mis* esposas. ¿Y quie... quieres que te diga qué pienso ha... hacer con esta choza del Valha... Valhalla? La voy... la voy a arrancar de sus cimientos... y me la cargaré a la espalda... de vuelta a mi país... ¡Y la usaré para gallinero!

Trasegó otro de los barriles tremendos que usaba Thor y empezó a canturrear:

—¡Cuando el piripi de Thor  
vaya a entrar por esa puerta,  
le voy a dar un mamporro  
en mitad de to'la jeta!

Su voz se convirtió en una cascada de burbujas, que empezó a disminuir cuando las enormes puertas de acceso al Valhalla se abrieron de par en par para dar paso al dios de las barbas rojizas, Thor, enarbolando su martillo.

Se produjo un silencio mortal. Sólo se oía el tic-tic que procedía del reguerillo de hidromiel que goteaba desde la mesa al suelo. En su sorpresa, el gigante había vertido su bebida.

—¿Cómo dice su gigantesca majestad? ¿Dónde vais a darme un mamporro, señor? El piripi de Thor, como decís, está ahora en la mismísima puerta, y listo para ponerlos el pie encima, o algo peor... —el tonillo del dios era suave, aunque sus ojos relampagueaban, y los músculos de sus brazos se tensaron a punto de estallar en cualquier momento. Pero Krungnir, desafiante, se rehízo y siguió canturreando:

—Con el permiso de Odín,  
el diosecillo chulfn...

—¿Sabéis? —prosiguió su cháchara—. Lo que quiere decir «dios» en vuestro lenguaje, en el mío significa burro. Claro que ambos son más o menos lo mismo —y rompió en risotadas vulgares y berreantes.

Thor hizo girar su martillo hacia las lanzas que servían de vigas en el techo del Valhalla.

—¡Aa... alto! —balbuceó Krungnir—. Odín es aquí el amo y señor, ¡y me ha... ha otorgado un salvoconducto! No... no podéis dar de golpes a... a un hombre desarmado..., bueno, a un gigante sin armas, es lo mismo... Os diré..., os diré lo que vais a hacer... Eso es..., os lo diré... Voy a *desafiaros*... Os desafío... a un único combate. Venid..., venid a mi hogar... en... Rockyard, y lucharé contra... contra todos. Y... voy a ganáros.

Krungnir se incorporó con dificultad y, en zigzag, halló su camino hasta la puerta de salida. Compuso la figura lo mejor que pudo y supo, logró montar a lomos de Crines-de-Oro y galopó de vuelta a Jotunheim.

Las nuevas referentes al viaje de Krungnir a Asgard y de su próxima lucha con Thor se extendieron en el acto entre los gigantes. Los chismorreos suelen difundirse con la rapidez del fuego en hierba seca. Tanto a los gigantes helados como a los de la montaña les parecía que había mucho en juego, respecto de toda su raza, porque Krungnir era su luchador más duro y correoso. Si perdía aquel combate, entonces en el futuro Thor no tendría obstáculos para penetrar hasta el fondo de Jotunheim. Así es que convocaron una reunión solemne, donde se decidió que el rey Krungnir tuviera cierta ayuda, en forma de un colosal hombre de arcilla que construyeron como señuelo en Rockyard. Medía más de quince kilómetros de alto y cinco de hombro a hombro. No pudieron conseguir un corazón lo bastante grande para insertárselo sin problemas, hasta que lo tomaron de un mamut gigante. Aun así, la cosa no funcionaba demasiado bien cuando el Hombre de Barro vio a Thor. Al recién creado gigante le llamaron como Masa-de-Nubes.

Krungnir era ciertamente un temible adversario. Su corazón era de piedra, como una pirámide con puntas agudas en todos los ángulos. También su cabeza era pétreo, y otro tanto el escudo, un círculo rocoso tan alto y amplio como cualquier acantilado que pudiera uno ver en alguna desolada costa. Su arma era una durísima piedra de afilar las guadañas de segar.

Con ella al hombro tomó posición en Rockyard, al lado de Masa-de-Nubes. Situó su escudo de piedra directamente ante sí.

Cuando Masa-de-Nubes, el Hombre de Barro, vio a Thor allá a lo lejos, se afirma que quedó tan irremediadamente asustado que se hizo sus necesidades encima.

Thor comprendió que aquella singular batalla era algo un tanto fuera de lo ordinario para él y, en vez de cargar con furia como un toro, se sirvió de la astucia. Permaneció, pues, sobre las montañas celestiales y mandó llamar a su sirviente, susurrándole cierto mensaje al oído:

—Corre como un rayo y dile esto a Krungnir.

El chico corrió, en efecto, tan aprisa que apenas semejava un borrón en el cielo. Cuando alcanzó las murallas de Rockyard y se detuvo pareció salir del puro aire. Con toda la fuerza de sus pulmones gritó:

—¡Ah del castillo, Krungnir! Poco sacarás en limpio quedándote ahí de pie, esperando con tu impenetrable escudo por delante, como si tuvieras un edificio a tu lado. ¡Thor te ha visto ya! Sabe que tu escudo no hay quien lo mueva y va a llegar secretamente por debajo de la superficie del suelo. Te derribará como un terremoto al más resistente y alto de los edificios.

Sin dudarle un instante, Krungnir golpeó con fuerza su pétreo escudo sobre los roquizos pies y se apoyó en él; luego blandió su piedra de afilar con ambas manos. El arma era tan fenomenal que se extendía a través del cielo de norte a sur. En aquel preciso momento la rabia de Thor estaba en su punto culminante, y así hizo salir volando su martillo Míolnir. El rey gigante observó relámpagos luminosos por el oeste, a la par que oía estampidos de trueno. Y por fin pudo contemplar a Thor iluminado, ardiendo en el resplandor de su divina ira.

Krungnir aferraba su piedra de afilar como si fuese una potente barra, pero al ver a Thor soltó la mano izquierda, hizo girar el arma con la derecha por tres veces y, apuntando, la soltó directamente contra el dios. Como dos cometas de fiera cola el martillo y la piedra de afilar se tropezaron en el cielo, y de inmediato el arma del gigante quedó hecha pedazos. La mayoría de aquellos fragmentos de roca cayeron, humeantes, en Midgard, desparramándose por el campo. Pero hubo un trozo, macizo y grande, que golpeó a Thor en mitad de la frente, haciendo que se derrumbara.

Las huestes de los gigantes, que vigilaban los

acontecimientos desde sus peñascos en Rokyrd, empezaron a vitorear a su campeón, porque calculaban que éste había ganado el combate. Pero no contaban con la magia del martillo de Thor. El arma, fiel a su misma naturaleza, no se desvió durante su vuelo, antes bien marchó directamente contra el blanco hacia el cual lo dirigió Thor, esto es, la cabeza de Krungnir. El martillo rebotó, con estruendoso ruido, sobre el cráneo del rey, reduciéndolo a polvo. Y en lugar de la cabeza se alzó, hasta el firmamento, una nube de polvo pético. El informe corpachón descabezado fue derrumbándose poco a poco hacia adelante, y una de las piernas vino a dar sobre el desmayado Thor, con lo que el cuello del dios quedó atrapado contra el suelo. El humo del combate, el rayo y el trueno habían sido ya demasiado para Masade-Nubes, el auxiliar de Krungnir. Empezó a desintegrarse de la cabeza a los pies, resbalando como un deslizamiento de tierras hasta formar un monstruoso montón de arcilla. Todavía aquel barro experimentó unas sacudidas, hasta quedar definitivamente inmóvil.

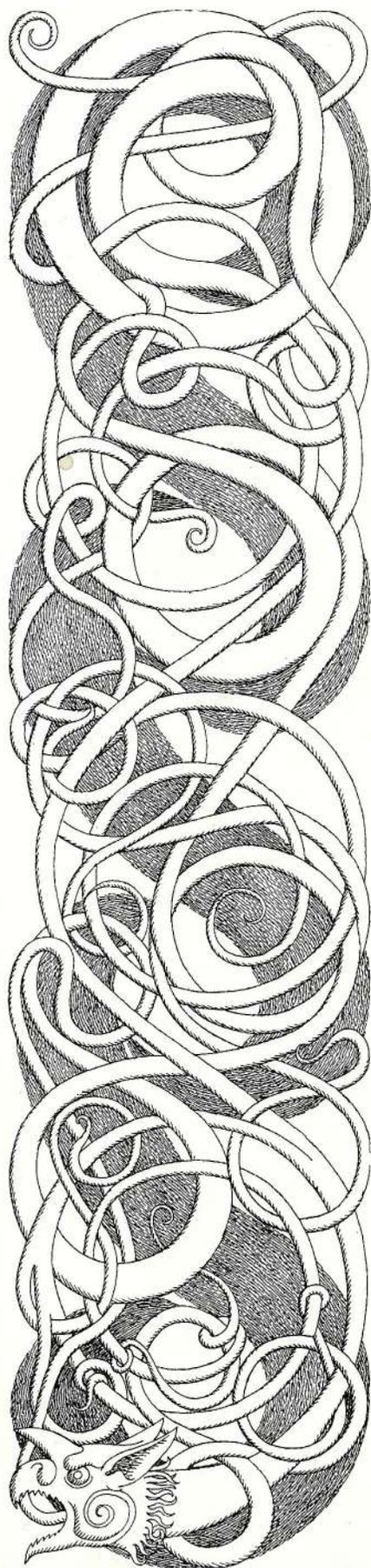
La audiencia de los gigantes apostados en las rocosas entradas a Jotunheim quedó hondamente desalentada, consternada, y escapó aullante hacia sus reductos de la montaña. Los Ases, igualmente hundidos en su moral de combate, se apretujaron en torno a Thor y trataron de levantar la pierna de Krungnir, que le oprimía el cuello. El pesado miembro yacía inerte, como un imponente malecón, y parecía que ni los dioses podían menearlo.

Por último, el propio hijo de Thor, de tres días solamente, Magni el Poderoso, apareció arrastrándose con dificultad. Contempló con aire de gran preocupación a su padre, allí prostrado. Se apoderó del dedo pulgar del pie de Krungnir, sujetándolo con su manita gordezuela, puso la otra mano sobre el dedo meñique y retiró con toda facilidad la pierna del gigante. Thor se incorporó despacio sobre piernas y codos; al fin pudo enderezarse del todo, y estaba frotándose el cuello cuando Magni le dijo:

—Es una lástima, padre, que no pensaras en mandarme llamar antes de nada. Hubiera eliminado al gigante para ti, sin ningún problema.

—Bueno, chico —repuso Thor—, creo que, en efecto, podrías haberlo hecho, y compruebo que vas a ser un motivo de orgullo para tu padre. Y ahora, ahí tienes una buena recompensa: ¡Quédate con el corcel del gigante difunto!





## Thor sale a pescar

El dios Thor había pasado mucho tiempo cazando gigantes y necesitaba cambiar. Y no es que tuviera especial interés en quedarse en casa. Su esposa, Sif, era encantadora, pero a ella no le gustaba el desaliño de Thor, y a veces tenían sus trifulcas. Así que el dios se cansó de que sus íntimos se le subieran a las barbas, recogió las cabras, encargó a los enanos que siguieran arreglando el cubo de una rueda de su carro y se dirigió al mar en busca de la Serpiente Mundial, Jormungander, para luchar contra ella. Antes se peinó un poco, se disfrazó de *dandy*, adoptó un aire refinado y escondió el martillo en una bolsa que colgó del cinturón.

Abandonó las orillas de Midgard y se lanzó a través del océano hasta llegar a la costa de Jotunheim, cuyo propietario era cierto gigante llamado Hymir. Thor se encaminó a la puerta de Hymir y osadamente pidió posada para pasar la noche. El gigante vivía solo y no le gustaba que lo molestasen; menos aún le gustaba dar nada, aunque era un pescador y granjero sumamente próspero y tenía de todo. Una de sus más preciadas posesiones era un rebaño de ganado negro con cuernos blancos y un pelo tan suave como la seda.

Hymir solía salir a pescar muy de mañana. A Thor le pareció una buena idea: pediría al gigante que le dejase acompañarlo a pescar, en espera de poder vislumbrar a la Serpiente Mundial.

Aunque a regañadientes, Hymir aceptó a Thor en su casa para no violar las leyes de la hospitalidad. A la mañana siguiente, Thor oyó al gigante levantarse y buscar a tientas la ropa para no gastar la vela. Iba a ordeñar las vacas antes de salir al mar. Cuando Thor supuso que habría terminado de ordeñar fue al encuentro de Hymir, que en aquel momento llevaba las dos últimas lecheras a un arroyo cercano para enfriarlas, y le dijo:

—Me gustaría ir a pescar contigo.

—No quiero pasajeros en mi barca —refunfuñó Hymir.

—Te ayudaré a remar y a pescar.

—Buena pinta tienes tú de remero con esos pantalones —dijo Hymir.

—Luego lo veremos. Bueno, ¿qué utilizamos de carnada?

Hymir hizo un gesto con la cabeza, señalando hacia donde pastaba el ganado. «Sírvete», dijo groseramente, refiriéndose a la cantidad de bostas que había por allí. Thor se hizo el sueco y cortó la cabeza a un novillo, pensando que no sería mal cebo para la Serpiente Mundial. Hymir lo miró irritado, pero no dijo nada. Cuando botaron la barca, el gigante rezongó:

—No sé de qué me va a servir este gallito. Si remo hasta tan lejos como acostumbro se me va a congelar.

Thor empezaba a perder la paciencia, y tentado estuvo de sacar el martillo y acabar de una vez, pero supo contenerse, pensando que era mejor probar su fuerza de otro modo. Dijo:

—Venga, deja de gruñir y llévame donde quieras. Veremos quién se cansa antes de remar.

Hymir cogió los remos de proa, y el dios el otro par. Pronto el gigante tuvo que confesarse que aquel *dandy* remaba mejor que él, e insinuó que ya se habían alejado suficiente. De mal humor murmuró:

—Es aquí donde siempre pesco las platijas.

El dios sabía que tendría que avanzar más si quería encontrarse con la Serpiente y gritó:

—Será mejor más allá. Si estás cansado, remaré yo solo.

Hymir se mordió los labios y siguieron remando media hora más. El gigante volvió a insistir, esta vez en tono más duro:

—Será mejor que paremos. Si seguimos avanzando vamos a atrapar lo que no queremos... ¡y desde luego no va a ser un resfriado!

Pero Thor se negó a dejar de remar e Hymir se vio obligado a ayudarlo. Al fin, el gigante sacó los remos del agua y los dejó en el bote.

—¡Bueno, basta ya! —exclamó.

—¿Pero por qué? —quiso saber Thor.

El gigante tuvo que hablar claro:

—Porque estamos en aguas donde suele andar la Serpiente Mundial. ¿No te das cuenta de lo peligroso que es quedarnos aquí?

—Si el sitio es bueno para Jormungander, también lo será para mí —exclamó Thor—. Aquí sí que debe de haber buen pescado. ¡Saca las cañas ahora mismo!

El dios cogió la caña de pescar más grande, que tenía un sedal tan ancho como su muñeca y un anzuelo de hierro capaz de preocupar a una ballena, fijó en él la cabeza de buey y lo lanzó al agua. Se oyó el chapoteo de la cabeza al caer, mientras sus ojos grandes y redondos parecían mirar a Thor con reproche a medida que la cabeza y los cuernos se hundían en el mar.

Allá abajo, en el fondo, yacía la Serpiente Mundial con la cola sujeta entre las mandíbulas. De pronto vio que dos enormes ojos de toro y un par de cuernos blancos descendían hacia ella. Levantó unos de sus enormes labios, lleno de verrugas y lapas, dejando un orificio lo suficientemente grande para que cupiera la ca-

beza del buey. Pero, al pasar por la garganta, notó que el anzuelo se le clavaba en el gástrico. Tosió, y un eructo transformado en ola estuvo a punto de dar al traste con el bote del gigante. Pero el anzuelo no se soltaba.

Cuando la serpiente comprendió que se había tragado un anzuelo, se estremeció con tal violencia que casi salen disparadas caña y sedal, y Thor se despellejó las muñecas contra la borda. El escozor hizo que el dios se enfureciese, y, convocando todo su divino poder, aferró los talones y apretó con tanta fuerza los pies contra el fondo del bote que pudo sacar a la Serpiente fuera del agua.

Nadie había contemplado jamás una visión tan terrible, capaz de helar la sangre en las venas: a Thor parecían salirse los ojos de las órbitas al ver a la Serpiente. La bestia le contempló desde abajo y lanzó en un resoplido una nube de veneno hacia el aire. Dicen que el gigante Hymir se echó hacia atrás y palideció de terror ante la visión de las mandíbulas de la bestia, que aún sujetaban la cola, los macizos dientes, los ojos bulbosos y un alga especial en torno a su cuello, amén de la cantidad de moluscos que lo recubrían. Y durante todo el rato la mar chocaba violentamente dentro y fuera de la barca. Hymir sólo tenía una idea fija: salvarse. Agarró el afilado cuchillo que solía utilizar para cortar el cebo y con un par de tremendos cortes partió el sedal de Thor en dos. El agua del mar se engulló con un susurrante goteo los extremos de la cuerda, y la Serpiente Mundial volvió a hundirse en el océano, esfumándose en un torbellino de burbujas.

Thor alzo el puño, loco de furor. En el mismo instante de su éxito le arrebataban la presa. Hubiese dado cualquier cosa para lograr que la cabeza y los cuernos de Jormungander estuviesen fijos, debidamente montados y preparados, en uno de los muros de su palacio de Biskir-nir. No sería así. Y quizá tanto diese, pues había olvidado las funestas consecuencias profetizadas si alguna vez a la Serpiente Mundial le sacaban la cola de la boca.

Thor desató su rabia contra Hymir. Le atizó un golpazo tan furibundo con el puño, que el gigante giró como una peonza sobre sí mismo, cayendo fuera del bote en el acto; lo último que Thor vio fueron las plantas de sus pies.

A renglón seguido, el dios remó furiosamente hasta la orilla, y desde allí emprendió el camino de retorno a casa, a Asgard.



## Thor en el baluarte de los gigantes

Una buena tarde Thor puso los arreos a sus dos cabras, Rechinadientes y Afiladientes, para que tirasen de su macizo carro, y salió rodando con un gran estrépito desde Bilskirnir, con Loki el Maligno a su vera. Parecía más oportuno mantener a Loki directamente vigilado, donde pudiera estar apartado de todo lío serio. Cuando el sol se estaba poniendo sobre el mar, descendieron a la tierra en las inmediaciones de una solitaria granja, y pidieron alojamiento para pasar la noche al propietario de la misma. Durante la anochecida, Thor condujo a sus cabras a un cobertizo exterior y sacrificó a las dos; después las hizo cuartos y metió los trozos en la olla. El dios invitó al campesino, su mujer y sus dos hijos a compartir la cena. Los niños se llamaban Thialfi y Roskva, muchacho y muchacha. Sentáronse todos en torno a la mesa para comer. Thor había extendido las pieles de sus cabras sobre el suelo, frente al fuego, y pidió a los presentes que arrojaran los huesos sobre los cueros.

Thialfi, el hijo del granjero, estaba loco de contento en vista del festín, pues los tiempos eran duros y escaseaba el alimento. Tuvo su buen pedazo de uno de los fémures de los animales y lo abrió de arriba abajo con su cuchillo para gustar el sabroso tuétano.

Thor quería ponerse en camino a la mañana siguiente muy temprano, y en la oscuridad, antes de que rompiera el alba, saltó del lecho y se vistió. Tanteó en derredor buscando su martillo y, haciendo uno o dos pases mágicos con el mismo sobre pieles y huesos, los bendijo; con un ruido de crujidos y susurros y un atisbo de balido, las dos cabras se pusieron en pie. Pero, ¡qué calamidad!, Rechinadientes estaba coja del cuarto trasero derecho y solamente podía andar con dificultad. Thor comprendió lo que había pasado y se irritó lo indecible. Gritó que el granjero o algún patán de sus familiares había hecho el idiota con los huesos. Vio que alguien había rajado el fémur en toda su longitud.

Los gritos del dios atrajeron al campesino y familiares, sacándolos de sus camas; empezaron a temblar ante Thor como niños traviesos a los que se acaba de atrapar con los dedos en el tarro de la miel. Cuando el granjero observó que las cejas de Thor se le bajaban sobre los ojos, y luego miró a los ojos mismos, que echaban realmente rayos, y de éstos pasó a los nudillos de la divinidad, que repentinamente se habían tornado blancos y brillantes, de tan fuerte como Thor empuñaba su martillo, la verdad es que casi se desmaya. Otro tanto le sucedió a la esposa y a sus hijos, Thialfi y Rosk-

va. Todos rompieron a hablar a la vez, pidiendo perdón, ofreciendo el campesino cuanto tenía para compensar a su huésped. Al ver Thor su terror se apaciguó, y aceptó a los dos hijos del matrimonio como criados personales suyos.

El dios decidió que más le valdría dejar a sus cabras al cuidado del labrador, para que la pierna de Rechinadientes tuviera tiempo de curarse. En vez de utilizar su propio carro tomó prestado el bote de pescar que el granjero poseía, y los cuatro, Thor, Loki, Thialfi y Roskva, se hicieron a la vela rumbo a Jotunheim.

Estaba haciéndose de noche cuando tocaron tierra. Desembarcaron y alejaron del mar la embarcación. Luego comenzaron a caminar pesadamente hacia el interior. Thialfi —que era un chaval robusto y famoso por su velocidad en la carrera— llevaba la mochila donde guardaban las provisiones. Pronto entraron en un oscuro bosque con grupos de árboles enormemente altos, y cuando era casi noche cerrada y apenas podía verse nada llegaron ante un vasto edificio, con una portalada que parecía extenderse de un extremo a otro del mismo.

Los cuatro fatigados viajeros penetraron por allí y, al instante, se apretaron juntos, pegados a uno de los muros y tendidos en el suelo. En mitad de la noche todo el edificio sufrió una sacudida, y se despertaron ante lo que juzgaban un terrible terremoto. El suelo se deslizaba hacia un lado mientras las paredes bailaban hacia delante y hacia atrás. Thor se puso en pie con dificultad y, todavía vacilante, condujo a sus acompañantes hasta una habitación que había hacia la mitad del vestíbulo. El dios se acurrucó a la entrada de la habitación, mientras los demás, agrupados detrás de él, parecían estar sumamente impresionados. Thor aferró su martillo, listo para escapar y protegerse, pues en el exterior se escuchaba un sonoro murmullo, acompañado de resoplidos.

Tan pronto como despuntó la aurora, Thor salió del vestíbulo y quedó estupefacto al contemplar una figura monumental extendida en el suelo, entre los árboles, y profundamente dormida. Los potentes resoplidos los causaba el roncar de aquel hombre, si es que cabe dar semejante calificativo a un monstruo. Monstruo u hombre, se puso velozmente en pie y, desde su altura de torre, miró al dios bajando la vista. Se dice que por una vez Thor se quedó tan asombrado y perplejo que se le olvidó lanzar el martillo y se limitó a preguntar mansamente:

—¿Quién eres?

El otro repuso con una voz tonante que re-tumbaba entre los árboles:

—¡VASTY! Y no necesito preguntar quién eres *tú*... Hubiese reconocido ese cabello y barba rojizos en cualquier sitio. Thor, uno de los dioses, ¿no es así? Así que has sido tú quien me ha robado el guante. ¿Por qué lo has hecho?

Extendió la mano y recuperó su enorme guante. Thor pudo ver entonces lo que habían tomado por un edificio durante la pasada noche. ¡La habitación lateral era el pulgar del guante!

Vasty preguntó si Thor y sus acompañantes estaban dispuestos a aceptar que fuera con ellos de camino, y el dios tuvo que acceder a ello. Vasty empezó a desatar su saco de provisiones, y empezó a desayunar, mientras Thor y los demás hacían lo mismo a corta distancia. Loki y los dos chicos se mostraban más bien temerosos, en particular cuando Vasty manifestó que lo mejor sería reunir los víveres de unos y otros, y Thor accedió también a ello. Así pues, sin decir una palabra, Vasty metió las provisiones en su saco y se lo cargó al hombro.

Durante el resto de la jornada Vasty merodeó por el bosque sin pausa, dando largos y medidos pasos, con los demás correteando detrás como ratoncillos. Al caer la tarde buscó un lugar para acampar y lo hizo bajo un roble gigantesco. Vasty dijo que no quería cenar y que se iría directamente a dormir. Y añadió:

—¡Halala, aquí tenéis el saco de las provisiones. Servíos vosotros mismos.

En un instante Vasty se quedó dormido. Sus ronquidos hacían vibrar el suelo, y las hojas del roble revoloteaban a cada respiración que salía de su boca. Thor se hizo de inmediato con el saco de víveres para abrirlo.

Lo que ocurrió a continuación no deja de ser bastante sorprendente. Por más que tiraba y se esforzaba, presionaba y doblaba, Thor era incapaz de deshacer un solo nudo, y ninguno de los cabos de los cordones del saco que contenía los alimentos se mostraba más accesible que los otros. Cuando comprobó que sus esfuerzos eran enteramente inútiles, se vio sacudido por una violenta rabia, agarró el martillo con ambas manos, fue hasta donde descansaba Vasty y le sacudió un golpazo en el cráneo!

Vasty se estremeció y despertó. Rezongó algo sobre una hoja que le había caído en la cabeza, interrumpiendo su sueño. Y al ver a Thor de pie a su lado, preguntó:

—¿Habéis cenado ya? ¿No es hora ya de que os vayáis a dormir? Mañana tenemos un largo camino por delante.

Se dio media vuelta y tornó a dormirse en el acto. Thor se reunió con sus compañeros y tanto él como Loki, Thialfi y Roskva se apretujaron unos contra otros bajo el roble, pero estaban demasiado molestos y furiosos para hacer algo más que dormir.

Hacia la medianoche Thor escuchó los ruidos de Vasty, tan potentes que hacían temblar el bosque. Se levantó. Con rapidez y feroz ademán aferró el martillo, se acercó de puntillas hacia el sonoro durmiente y le dio un martillazo increíble en mitad de la coronilla o, por mejor decir, coronaza. Incluso vio cómo el martillo se hundía profundamente en la cabezota del gigante. Vasty volvió a despertarse y gruñó:

—¿Qué pasa ahora? Alguna bellota, supongo.

El dios se sentó y pensó seriamente, discutiendo para sus adentros, que si tenía suerte de atizar otro golpe a Vasty sería el último en notarlo. Así pues, tornó a echarse, con el oído atento para escuchar si Vasty dormía profundamente. Poco antes de que apareciese la rosada aurora oyó roncar a Vasty y, levantándose como un rayo, saltó sobre él haciendo girar el martillo con todas sus fuerzas y dirigiéndolo contra la sien del gigante, que dormía boca arriba. El martillo se hundió hasta el mango.

Pero Vasty apenas se frotó la mejilla, sentándose y murmurando:

—¡Malditos sean esos pajarillos asquerosos que anidan en el árbol! ¿Sabes? Acabo de darme cuenta, medio dormido y medio despierto, de que esos repugnantes animalejos se han hecho sus necesidades encima de mí. ¡Oh!, aquí está Thor. ¿También te han despertado a ti?

Emitió un enorme bostezo, y Thor y sus compañeros se sintieron en serio peligro de verse absorbidos hacia una cueva inmensa.

—Creo que ya es hora de levantarse —dijo el gigante empezando a revolver de acá para allá—. En realidad no estáis lejos del reducto conocido como Outgard. Os he oído parlotear entre vosotros acerca de que yo no soy exactamente un enano. Bueno, creedme si os digo que veréis hombres todavía algo más grandes que yo en Outgard. Y ahora dejadme que os dé algunos buenos consejos. No vayáis por allí presumiendo y alardeando. Los cortesanos del rey Loki de Outgard no aguantan que la gente se dé aires de grandeza, sobre todo si son tan

pequeños como vosotros. ¿Por qué no os dais media vuelta y os volvéis? Creo que eso es lo mejor que podríais hacer —Thor sacudió negativamente la cabeza, así que el gigante prosiguió—: Pero si deseáis continuar avanzando, girad aquí hacia el este. Yo voy al norte.

Vasty se colgó al hombro el saco de las provisiones y se internó en el bosque.

Thor y sus compañeros, hambrientos e irritados, echaron a andar con buen pie y pronto dejaron atrás el bosque para salir a una llanura abierta. Encaramado allá en lo alto, casi en el cielo, contemplaron un reducto que solamente podía ser Outgard. Por más que levantaban la vista, no eran capaces de ver las almenas. Dieron la vuelta alrededor de las murallas hasta el mediodía y llegaron ante la puerta principal, que estaba bloqueada por una gran reja imposible de mover. Había dientes de león y ortigas creciendo entre el empedrado, sólo que las primeras eran tan grandes como girasoles y las otras como un par de hombres juntos. Finalmente, los recién llegados consiguieron deslizarse a través de los barrotes de la reja.

Sus ojos se vieron atraídos en el acto por un vasto edificio que había en mitad de la plaza del lugar. Su puerta estaba abierta, así que entraron. Vieron una nube de hombres sentados alrededor de dos mesas de caballete.

Casi de inmediato se encontraron frente al rey Loki de Outgard, que dijo, despectivo:

—Por supuesto, las noticias nos llegan aquí con mucho retraso y puede que esté cometiendo un gran error, pero ¿no será este tipo peleón Thor el de las Dos Cabras? ¡Oh, no, no puede ser! A buen seguro debería ser un poco más grande, ¿no? Vamos, vamos. ¿Se trata de una broma? Me estáis ocultando algo, ¿verdad? Debéis ser más importantes de lo que parecéis a primera vista. Os diré lo que vamos a hacer. Aquí tenéis vuestra oportunidad: contadme qué habilidades poseéis tú y tus colegas. A nadie se le permite detenerse por largo tiempo aquí, a menos que esté particularmente dotado en alguna clase de arte o ciencia.

El miembro del equipo que cubría la retaguardia, Loki, sintiéndose famélico porque llevaba ya una noche y un día entero sin probar bocado, estalló:

—¡Conozco un arte que estoy dispuesto a someter a prueba! Se trata de que nadie en este recinto es capaz de zamparse una buena comida tan rápido como yo.

Loki de Outgard le contempló desde el arranque de su prolongada nariz y observó:

—Sí, eso es una especie de hazaña, siempre que lo consigas, claro. Te pondremos a prueba.

Dio unos cuantos alaridos hacia el otro lado de las mesas, y al punto un tal Echachispas salió a la palestra para enfrentarse con Loki. Llevaron un comedero largo, de madera, que quedó casi oculto con carnes, huesos y salsa. Loki se instaló en un extremo y Echachispas en el opuesto. A una señal del rey Loki de Outgard ambos empezaron a tragar tan aprisa como podían, hasta que llegaron a encontrarse no sólo frente a frente, sino casi nariz con nariz en el centro mismo del pesebre.

Loki se había comido toda la carne, dejando los huesos mondos y lironados, y se sorbió a lametones toda la salsa. Pero Echachispas se había comido también toda la carne y los huesos y la salsa, y hasta media parte del comedero...

El rey gigante preguntó si aquel joven que estaba allí de pie con el gorro en la mano sabía hacer algo que valiese la pena mencionar; Thialfi, que jamás había sido batido en Midgard en las carreras pedestres, manifestó estar dispuesto a enfrentarse con cualquier adversario en aquella modalidad. El rey Loki dijo:

—La carrera es un noble deporte, pero este jovencuelo tendrá que ser muy ágil de pies si quiere ganar a nuestro candidato local.

Con lo que, disponiéndose a salir, invitó a los visitantes para que le siguiesen afuera, donde disponía de una excelente pista para practicar; una vez en el sitio apropiado silbó, llamando a su paje, conocido como Ingenioso, y le dijo que preparase una prueba de tres mangas para enfrentarse a Thialfi.

En la primera parte de la prueba Ingenioso obtuvo sobre Thialfi justo la ventaja suficiente para coincidir con éste en la meta, pero sacándole una vuelta de ventaja. Viendo aquello, el rey Loki de Outgard dijo:

—Thialfi, eres un buen chico, ¿pero no crees que deberías esforzarte un poco más, si es que quieres ganar a Ingenioso?

Recobrado el aliento, ambos contendientes se dispusieron a correr una segunda manga. Ingenioso había dado tres vueltas de propina y media más, para cuando el pobre Thialfi apenas llevaba recorrida la mitad de la pista. Entonces dijo el rey Loki:

—Estoy casi seguro de que Thialfi es un buen corredor, pero la verdad es que hoy no lo

veo como ganador. Vamos a verlo. Os queda aún una carrera para terminar.

Compitieron nuevamente. Al escucharse la palabra clave que marcaba la salida, Ingenioso ya había salido, llegado a la meta y regresado al punto de partida, mientras Thialfi únicamente fue capaz de levantar un pie del suelo, y tenía la boca abierta, aunque no para respirar, sino de puro asombro. Todo el mundo hubo de mostrarse conforme en que la prueba había quedado decidida sin trampas.

El rey Loki hizo un gesto de desaprobación, sin decir palabra, aunque su cara hablaba por sí sola. Miró hacia Thor, el cual estaba consumido de rabia, aunque sin exteriorizarlo, y le dijo:

—Bueno, y en cuanto a ti, ¿qué clase de exhibición propia y particular te gustaría ofrecernos? Tiene que ser algo importante, porque hemos oído hablar tanto de tus hazañas...

A lo que el dios le respondió así:

—Soy capaz de ganar a beber a quien se me ponga por delante. Lo dejaré tirado bajo la mesa.

El rey gritó pidiendo a su copero que le trajese el cuerno que se acostumbraba a usar en las apuestas sobre bebida. Inmediatamente un joven gigante presentó un cuerno enorme, que bien pudo haber pertenecido a la Vaca Cósmica, Audumla. Se extendía a todo lo largo del pavimento de la sala y su punta desaparecía en las sombras. Thor agarró el borde con ambas manos y vio que el recipiente estaba casi lleno.

—No parece demasiado grande a la altura de la boca —dijo—, pero he de admitir que nunca vi un bajel bebible tan largo como éste.

—Es un cuerno excelente —dijo el rey Loki de Outgard—. Calculamos que un buen bebedor puede vaciarlo de un trago. A algunos hombres les lleva un par. Nadie, según nuestra experiencia, es tan incompetente como para dejar de vaciarlo en tres sentadas.

Thor sabía cuáles eran sus propias habilidades bebiendo y en aquel momento sentía mucha sed. Empezó a trasegar el líquido con sorbos tan grandes que pensó que no necesitaría inclinarse sobre el cuerno más de una vez. Pero, al cabo, le faltó la respiración. Para comprobar el avance que había logrado atisbó en el interior del recipiente: no parecía existir ninguna diferencia notable entre el nivel al empezar a beber y el que se veía tras el primer trago.

Observando su maniobra, el rey Loki dijo:

—¡Oh, ya estás bastante borracho! —fijó su atención en la cantidad de bebida y con aire

ausente se acariciaba la enorme oreja—. No, ya veo que no has bebido mucho... Mira, si alguien me hubiese dicho que Thor, uno de los dioses, no podía pimplar a mayor ritmo, no le habría creído. Pero ya sé la que preparas, picarón. ¡Vas a sacudirte el resto de dos viajes!

Thor no dijo palabra. Apretó el borde del cuerno contra los dientes, proponiéndose hacer un último y supremo esfuerzo; y efectivamente, así lo hizo, hasta expulsar el último atisbo de aire en sus pulmones. Cuando retiró la vasija de la boca y miró en su interior, le pareció que existía menos diferencia aún en el nivel de líquido que tras el primer trago.

El rey Loki de Outgard dijo:

—¿Y qué preparas ahora, Thor? No te estás reservando quizá con exceso para cargar la suerte en el último intento? Tienes que vaciar el cuerno, o difícilmente podremos considerarte un bebedor de categoría, y ciertamente menos aún permitir que circule esa especie de reputación exagerada que tienes entre los dioses. Bueno, claro, eso, a menos que seas el mejor en alguna otra cosa.

Thor estaba rabioso. Casi se mete el cuerno hasta el gaxnate. Aspiró como un torbellino, mientras tuvo resuello; pero al mirar el nivel, si bien había descendido de forma considerable, el cuerno no estaba vacío, ni mucho menos.

—¡Puah! ¡Está demasiado salado! —gritó Thor arrojando el cuerno lejos de sí.

—Es obvio que tu capacidad en la materia no es lo que nos habían hecho creer —dijo su anfitrión—. ¿Hay alguna otra cosa en la que te quieras medir con nosotros?

Thor rezongó, diciendo:

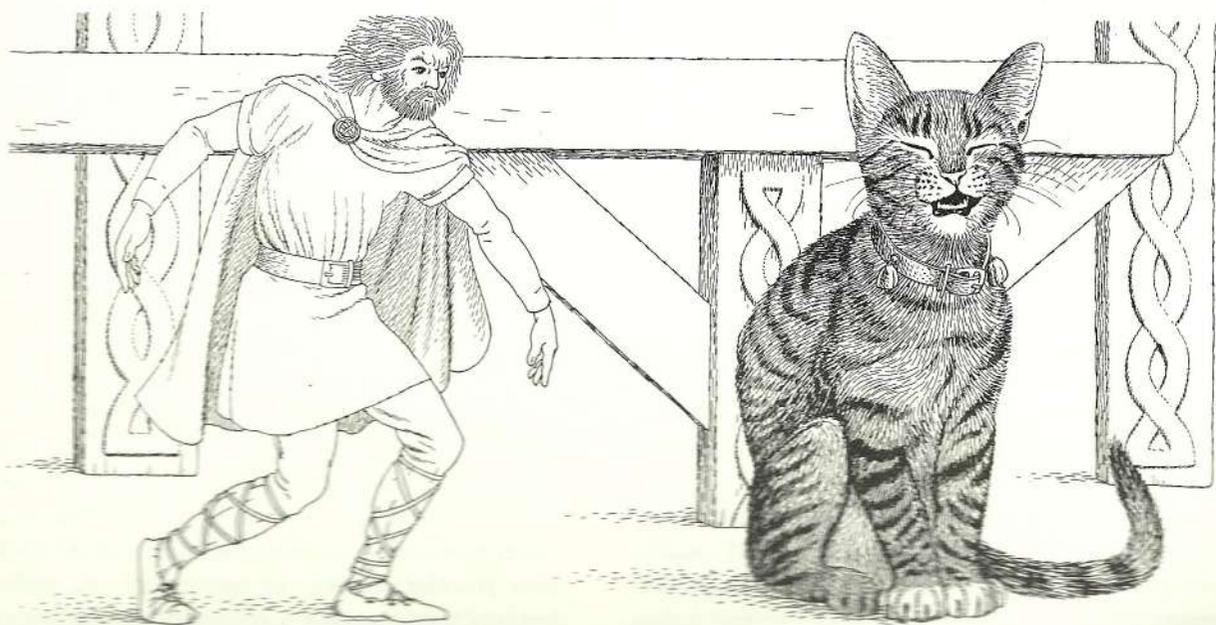
—¡Estoy listo para cualquier cosa, verdaderamente lo que sea! De hecho, el volumen de bebida que acabo de ingerir hubiese sorprendido a los Ases, allá en casa. Estoy seguro de ello. Pero aquí pasan cosas muy extrañas. ¿Qué otros trucos te guardas en la manga?

Loki de Outgard respondió:

—Nada de trucos. Pero te diré que existe un juego que practicamos aquí, o, al menos, nuestros chavales juegan a ello cuando quieren apostar entre sí. Ya sabes, presumir de algo, alardear. Bueno, claro, son sólo chicos, y un hombre hecho y derecho no tendrá especiales dificultades. Se trata de levantar a mi gato.

Casi en el acto Thor y sus compañeros observaron el cuerpo de un felino, que se extendía casi de un lado a otro de la sala. Era un soberbio ejemplar de piel listada, en un color digamos gris y tornasolado a la par. Un bicho gigantesco, desde luego.

Thor se fue derecho a él y, poniendo la mano derecha bajo la panza, empujó más o menos hasta tender del todo su musculoso brazo. El problema es que cada vez que él empujaba hacia arriba, el gato arqueaba el lomo. Incluso cuando el dios se ponía de puntillas y extendía



brazos y dedos todo lo que daban de sí para abarcar al gato, éste apenas si levantaba una zarpa del suelo.

—Estoy pensando lo mismo que tú —dijo Loki de Outgard—. Este gato es mucho animal, mientras que tú, Thor, estás más bien en el lado de los pequeñajos, comparado con los gigantes a que nosotros estamos acostumbrados.

Thor le cortó, hiriente:

—¡Sí, puede que yo sea un poco pequeño! Pero que se adelante alguno y se enfrente conmigo sin armas. ¡Ya estoy empezando a enfadarme!

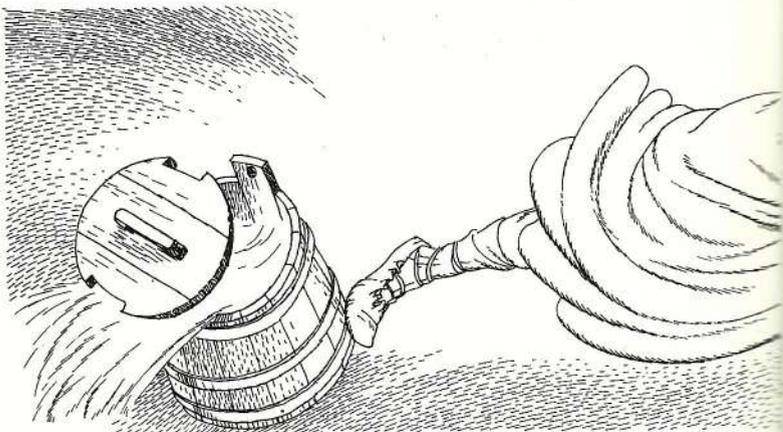
El rey Loki lanzó una ojeada a las mesas.

—¿Sabes? —dijo—. No veo un solo gigante presente que dejara de considerar como cosa inapropiada para su dignidad el enfrentamiento en lucha cuerpo a cuerpo contigo. No logro imaginar qué podemos hacer ahora... —luego, tras una breve pausa, siguió diciendo—: ¡Ah, sí, tenemos a mi abuela! ¡Thor puede enfrentarse a ella! Dadle un grito a la vieja dama, a Annodomini, y Thor verá si puede tirarla al suelo, o es ella la que le tira a él. Es una señora que a menudo ha derribado a hombres que a mí me parecen más fuertes que Thor.

Y un segundo después, sin que el dios hubiese tenido oportunidad siquiera de protestar, apareció cojeando en la sala una mujer muy vieja. Su cabello era blanco, arrugado su rostro; mostraba unos ojos un tanto vidriosos, y la espalda doblada por el paso del tiempo. En conjunto aparecía tan vieja y vacilante como para que un ligero soplo de viento diese con ella en tierra, o la lanzase a volar. Y era tan dura de oído que el rey Loki tuvo que pegarle su boca a la oreja, y aullarle:

—¡Abuela, quiero que eches un pulso con Thor, uno de los dioses!

Thor empezó a dar vueltas en torno a la vieja dama con encontrados sentimientos, pero decidido a poner fin rápidamente a aquella farsa. Calculó que una combinación de bala de cañón al estilo de un diablo volante, y una triple llave *nelson* quiebraespaldas serían suficientes. Pero cuando llegaron al cuerpo a cuerpo, cuando más agotadoramente se esforzaba el dios, tanto más inamovible permanecía la anciana señora. Luego ésta empezó a moverse, como a cámara lenta, y encontrando a Thor un poco inseguro en su postura, empujó un poco más con intención de derribarle. ¡No pasó mucho tiempo sin que lograra poner de rodillas al Tonante Dios!



El rey Loki se adelantó hasta situarse ante los combatientes, ordenándoles:

—¡Basta ya!

La vieja ignoró tales órdenes. Los ojos de Thor parecían salirse de sus órbitas.

—¡Se acabó, abuela! —aulló el rey gigante, apartándola de allí. La vieja salió de la sala arrastrando los pies.

—Seguro que es uno de esos luchadores que actúan con un disfraz —susurraba Thialfi a su hermana Roskva—, ya sabes, un tipo duro en la realidad.

—Venid a comer y beber —invitó el rey, y los cuatro viajeros, más bien abatidos, se sentaron en los sitios correspondientes de la mesa, donde se les festejó con lo mejor durante el resto de la noche.

A la mañana siguiente Thor y sus compañeros se prepararon para marcharse. El rey Loki salió a acompañarlos, pasando por los portales del baluarte y llegando a campo abierto, hasta la llanura. Cuando estaban ya a punto de despedirse, el gigante se dirigió a Thor y le preguntó si estaba satisfecho de su viaje, y si juzgaba que, por una vez, se había tropezado con alguien a su medida. El dios admitió que le daba la sensación de que, en efecto, alguien le había bajado los humos.

—Y la verdad es que no lo he digerido —gruñó.

El rey Loki de Outgard dijo:

—Ahora que ya habéis salido de mis dominios, estoy dispuesto a revelaros un secreto. Primero, si yo puedo impedirlo, nunca volveréis a poner los pies en mi fortaleza; y de haber sabido cuando me tropecé con vosotros la primera vez, en el bosque (¿os acordáis de Vasty? Era yo, disfrazado), lo que ahora sé, hubiera hecho cuanto estaba a mi alcance para impedi-



ros que entraseis en Outgard. Porque cuanto habéis hecho aquí nos ha puesto a todos al borde de la destrucción. Ya os diré por qué, pero primero volvamos a vuestro encuentro con Vasty.

»Aquella noche, la primera que pasasteis en el bosque, tratasteis de desatar la bolsa de las provisiones. Yo la había cerrado, bien apretada, con alambre mágico. Al golpearme, y por tres veces, con el martillo, aunque el primer golpe fue el menos duro, ya habría sido bastante para matarme... ¡si llega a caerme encima, claro! Bueno, quizá recordéis haber visto un peñasco con caída a dos aguas, junto al edificio del bosque. Y también visteis tres valles en forma de cajón, uno mucho más hondo que los otros dos, ¿no? Esas eran las marcas del martillo. Yo deslicé el peñasco por delante de mí, a cada golpe, pero los hipnoticé para que no pudieseis daros cuenta ninguno!

»Algo parecido aconteció en las diversas pruebas que tú, Thor, y tus seguidores, tuvisteis con mis sirvientes. Por ejemplo, la primera en que vuestro Loki actuó. ¡Ciertamente estaba hambriento, y, a decir verdad, engulló con toda rapidez! Pero su oponente, Echachispas, bueno, *era* un *fuego* desencadenado, y no tuvo la menor dificultad en quemar el pesebre, con cuanto había dentro. Y luego, cuando Thialfi trató de correr con el muchacho llamado Ingenioso, se estaba enfrentando, de hecho, a un *pensamiento* originado en mi propia cabeza... Por lo que a ti respecta, dios en persona, bebías del cuerno y pensabas que ibas avanzando poco, pero, ¡te vas a quedar sin habla! Esos tragos eran un prodigio, algo que nadie hubiese creído factible, porque el extremo abierto del cuerno, sin que tú lo supieras, estaba sumergido en el océano! Cuando llegues al mar, mira la marca dejada por las mareas, y sabrás por lo vacío

del espacio entre la pleamar y la bajamar lo que llegaste a beber con tus potentes sorbos.

Mientras los dioses y los chicos recuperaban el aliento, sin dejar de mirar a Loki de Outgard con absoluto asombro, éste siguió:

—¿Recordáis cuando fue empujado el gato? Bueno, ¡no hubo un solo gigante que no temblase en su interior! Cuando el animal dejó una pata en el aire casi se mueren de espanto... Sólo que el felino no era, en absoluto, lo que parecía. ¡Era la Serpiente Mundial! Y todos sabemos lo que acontecerá cuando *su* cola salga de *su* boca: ¡eso será el Fin! Pues igualmente maravilloso fue lo de Thor aguantando mecha durante el combate cuerpo a cuerpo, y sólo poniendo en el suelo una rodilla. Porque jamás existió persona alguna, y nunca la habrá, hasta el fin de los tiempos, que no acabe siendo derrotada por la vieja Annodomini. Ella *es* la Vejez en persona —el rey hizo otra pausa—. Más os vale pensar que todo el asunto terminó, y, por favor, no volváis a venir por estos andurriales, pues siempre estaré listo para defender mi baluarte con encantamientos semejantes y otros nuevos todavía más potentes.

Para entonces Thor ya se había podido recuperar. Buscó su martillo dentro de la túnica, y lo hizo girar loca, salvajemente, sólo para comprobar que ante sí no tenía a nada ni a nadie. El rey Loki había desaparecido, desvaneciéndose en el aire, y otro tanto su reducto, aparte de que nadie, dentro de la expedición capitaneada por Thor, tenía la más ligera idea de dónde empezar a buscar al rey y su fortaleza. Así que los viajeros volvieron por el mismo camino a través del bosque, y luego navegando sobre el mar. Thor recogió su carro y sus cabras (la herida, ya plenamente recuperada) y todos juntos volvieron, pensativos, a Biskirnir.



## Las vacaciones de Thor

Loki había estado otra vez haciendo de las suyas, y en esta ocasión tomó «prestado» el abrigo de plumas de Freya sin preocuparse de pedirle permiso. Una mañana bien temprano se guardó la piel de halcón, trepó hasta las almenas de las murallas de Asgard y, cuando calculó que nadie estaría mirando, se puso la prenda y se lanzó al cielo. Encontró divertido lo de batir las alas y permanecer quieto en un punto del firmamento, mientras todos los pajarillos que circulaban por debajo, como alondras y herrerillos, volaban alejándose asustados de él, y los animales pequeños, como los ratones campesinos y similares, se escabullían buscando un lugar seguro. Pero pronto se cansó de aquello y se encaminó raudo a Jotunheim.

Casualmente fue a aterrizar en casa de un gigante y entró por la ventana de la buhardilla, que permanecía abierta. Después, como una mosca, se paseó a lo largo de una de las vigas del techo y atisbó hacia abajo para ver lo que pasaba. Un servidor había levantado la corteza de un pastel de frutas y estaba robando el contenido interior del mismo imaginando que nadie le veía entonces. Otro daba grandes y subrepticios lametones a un cuenco lleno de crema de leche. Estaban preparando las mesas para la cena y pronto entró el propio gigante Geirrod y tomó asiento en su silla de alto respaldo. Pronto despedazó el asado que le habían servido, y arrojaba los huesos por encima del hombro a unos perros tan grandes como caballos.

«¡Qué guarro! —pensaba Loki—. Nosotros no hacemos eso en Asgard.»

Se inclinó hacia adelante para ver mejor, y su pecho de halcón desprendió un nido abandonado de golondrina que estaba pegado a la viga donde estaba él en ese momento. El nido cayó como una piedra y fue a dar en un cuenco de requesón y suero contra el que estaba a punto de arremeter Geirrod. Aquel manjar amarillento y pegajoso le saltó al gigante a la cara, empapándole las cejas y la barba. Geirrod alzó la vista sin dejar de enjugar el requesón y quitárselo de los crueles ojos, y entonces vio al halcón encaramado en la viga transversal. Su sorpresa no disminuyó, ni se aminoró su rabia, al ver que el ave estaba riéndose de él. Un pájaro normal que ríe es ya, de por sí, algo que vale la pena contemplar; tan sólo los loritos y estorninos lo hacen razonablemente bien.

—¡Traedme ese pájaro! —gritó Geirrod a uno de sus servidores.

Loki vigiló con creciente regocijo al hombre que trepaba pared arriba, en especial cuando perdió pie y quedó colgando de una sola

mano, con grave peligro de ir a parar a la cena de Geirrod. El Maligno lo tenía todo bien planeado, sin embargo; tan pronto como el que trepaba en su busca llegó al extremo de la viga donde se apoyaba Loki, el «halcón» voló a la siguiente, y así sucesivamente, forzando al escalador a bajar y empezar de nuevo la faena.

Pero había un obstáculo que Loki no conocía. Cuando el trepador llegó esta vez a su viga, Loki extendió las alas y desencadenó un turbión de viento y polvo, ¡pero no logró elevarse de su percha! Y es que los gigantes tenían la costumbre de untar con liga los maderos, para desalentar a estorninos y golondrinas a aposentarse allí, y Loki notó que sus garras estaban firmemente sujetas. Por mucho que batió las alas fue incapaz de librarse de la trampa, y por fin el joven gigante le atrapó, sin miramientos, por una de las alas que se debatían inútilmente, y lo arrancó con fuerza de la viga.

Pronto estuvieron ambos en el suelo y Loki se halló ante el gigante Geirrod; esperaba lo peor. El gigante contempló los ojos del «halcón» y en el acto reconoció los de un hombre. Sabía que tenía que habérselas con un especialista en transformaciones, así es que tronó con su vozarrón:

—¿Quién eres tú? ¡Dime tu nombre enseñada o te mato!

Loki calculó que aún le iría peor si revelaba su personalidad, así que permaneció mudo, lanzando sólo algún ruido ocasional, que esperaba fuera tomado por un graznido de halcón.

—Muy bien —rezongó Geirrod—. Metedlo en una jaula sin comida y sin agua. Ya cantará cuando tenga hambre.

Pasaron tres meses, y Loki ya no pudo aguantar más. El gigante pareció encantado de tener en sus manos al Maligno, y dijo:

—Vamos a ver, puedes hacer alguna trastada por mi cuenta. En realidad casi tenía decidido matarte, pero si me juras por Odín traerme una cosa con la que llevo años soñando te perdonaré esa entrometida vida tuya.

—¿Y de qué se trata? —gimoteó Loki.

—Ya sabes que el máximo enemigo y destructor de los gigantes es el dios Thor. Ahora bien, él únicamente tiene éxito porque es dueño del martillo invencible y del cinturón de la fortaleza. Quiero, pues, que me traigas al dios *sin* martillo ni cinturón.

—Pero entonces podrías matarlo —dijo Loki.

—De ello se trata —convino el gigante— y tráemelo pronto. Y ahora vamos a comprobar lo listo que eres realmente. La vida de Thor o la tuya.

Dicho lo cual agarró al halcón con sus dos tremendas manazas y empezó a retorcerle el cuello. Loki chillaba:

—¡Alto! ¡Alto! ¡Te lo traeré! ¡Juro por Odín que te lo traeré!

Satisfecho con el juramento, Geirrod permitió que el ave volase libremente.

Cuando volvió a Asgard, Loki pasaba los días sorbiéndose el seso para discurrir el modo de conducir a Thor hasta la trampa que le tendría dispuesta Geirrod. El dios nunca salía sin llevar encima el martillo, el cinturón y, normalmente, también sus guanteletes de hierro. De pronto se le ocurrió una idea. Por supuesto que el dios siempre llevaba todo aquello cuando iba de caza, «profesionalmente», pero ¿y si saliera de vacaciones?

Loki recorrió todo Bilskirnir diciendo que pensaba irse de vacaciones. Acababan de hacerle una barca, y estaba preguntándose si a Thor le agradecería tomarse unos cuantos días libres y ayudarle a tripular la embarcación. Dijo, pues, al dios que el bote acababa de salir de los astilleros inmediatos a la residencia al borde del mar que poseía Niord, y que poseía un timón-remo de nueva invención que iba a poner a prueba. Thor se encandiló y se dispuso a salir en cualquier momento a la aventura. A tal efecto se vistió con un jersey de lana cruda, unos pantalones de marinero y, por aquella vez, no se preocupó de coger el martillo ni el cinturón.

Loki y Thor zarparon rápidamente a favor de un fresco viento que soplaba de tierra, y pronto estuvieron en medio del océano, camino de Jotunheim. El viento se había convertido en galerna, y como el bote sólo disponía de una vela cuadrada resultó imposible virar de bordo y navegar de vuelta. Veíanse empujados hacia la orilla de Jotunheim y, como el sol estaba a punto de ponerse, hubieron de empezar a buscar un sitio para pasar allí la noche.

Por suerte habían desembarcado en un pequeño muelle propiedad de la gigante Greeth.

Greeth era una guapa hembra, pero, además de ello, se rumoreaba que era una hechicera. De todos modos pronto dio la bienvenida a los dos navegantes y les preguntó qué negocios se traían con Geirrod.

—No tenemos que ver nada con Geirrod ni con ningún otro gigante —dijo Thor—. Estamos de vacaciones. ¿Por qué nos preguntas eso?

—Sin embargo, creo que tu amigo sí tiene algo que ver con Geirrod —repuso ella, mirando fijamente a Loki—. Por aquí se rumorea que este joven estuvo prisionero en el Garth de Geirrod más de tres meses, y que sólo le dejó libre bajo ciertas condiciones...

—¿Qué es todo eso, Loki? —preguntó el dios, en quien surgieron de pronto sospechas.

En cinco minutos, Loki ya lo había confesado todo, agregando incluso:

—¿Y yo qué podía hacer, Thor? Geirrod iba a matarme.

—Sí —replicó el dios—, ¡y ahora me toca a mí ahorrarle el trabajo!

—¡No, no! ¡Por favor, no lo hagas! —gimoteó Loki.

—Thor, no te rompas esa roja cabezota discurrendo nada —dijo Greeth—, porque estoy segura de poderte ayudar. Estáis aquí y, sin duda, los espías de Geirrod ya conocen vuestra llegada. Así que id directamente a verle. Geirrod es un tipo viejo y astuto, y cree que va a dároslo con queso. Pero también yo tengo un cinturón de los que proporcionan fuerza y un par de guantes semejantes a los tuyos, Thor. Puedes llevártelos sin problemas. Lo que no tengo es martillo, de modo que tendrás que usar de tus propias artes. Pero mi varita mágica podrá servirlos de gran ayuda.

Thor dio rendidas gracias a Greeth y aceptó sus tres tesoros. A la mañana siguiente, y acompañado de Loki, penetró entre las elevadas montañas, camino del Garth de Geirrod. Pronto llegaron ante un ruidoso y helado río, de rápida corriente, cuyas aguas lechosas recibían el nombre de Vímur. Lo vadearon, con el agua muy por encima de las rodillas del pantalón de marino que lucía Thor. Y eso acontecía escasamente a medio curso del obstáculo acuático, porque justo cuando cruzaban por encima de las rocas, sumergidas en lo que parecía ser la zona más honda, el agua empezó a subir repentinamente hasta que les llegó por las axilas. Loki pudo salvarse agarrándose a la cola del gorro de Thor, y éste apenas pudo mantenerse de pie haciendo funcionar el cinturón de Greeth y apuntando su varita mágica corriente abajo para que les sirviera de punto de apoyo. Cuando las ondas empezaron a chapotear por

encima de su cabeza, Thor miró corriente arriba, donde el río pasaba rugiendo por un barranco. Allí pudo observar la presencia de la hija de Geirrod, la gigante Yelp, quien canalizaba el agua de varios torrentes que descendían de la montaña, originando así la crecida.

Thor marchaba sujetando la varita mágica de Greeth en su mano izquierda, mientras con la derecha tanteaba el lecho del río en busca de alguna piedra de buen tamaño. Encontró una por fin y, chorreando agua, se la lanzó a Yelp.

De unas zancadas más llegó a la otra orilla. Se agarró a un serbal inclinado sobre el borde de las rugientes aguas y, tirando del árbol, salieron Loki y él a la orilla.

Cuando Thor y Loki alcanzaron el Garth de Geirrod, todavía empapados y molestos, y pidieron alojamiento, los introdujeron en un apestoso establo para cabrañ, cuyo único mobiliario era un taburete de tres patas que utilizaban para ordeñar. Thor se sentó allí y empezó a despojarse de las botas chorreantes. Luego pensó que se estaba mareando. ¡Las paredes se movían! De repente comprendió que no eran los muros, sino el taburete, lo que había empezado a vacilar. El asiento ascendía desde el suelo y estaba a punto de aplastarlo como a una mosca contra el techo. Por fortuna había depositado la varita mágica de Greeth entre ambas piernas, y con toda rapidez la agarró con ambos puños y la sujetó contra el techo a la vez que empujaba hacia abajo con todo su poder, incrementado por la acción del cinturón. Notó que el taburete cedía. Se produjo un tremendo estruendo, seguido de chirridos. Las dos hijas de Geirrod, esto es, Yelp y Clutch, habían estado escondiéndose bajo el mueble, y el dios acababa de chafarlas, dejándolas aplastadas sobre el pavimento cubierto de excrementos de las cabras del establo.

Por supuesto, Geirrod no se daba mucha cuenta de que Thor estaba listo para atacar, y habiendo ordenado a un sirviente que llevase al dios a su gran sala, el gigante aparecía preparado para invertir los papeles y labrarse una reputación de matadioses.

Una fogata de troncos ardía a todo lo largo de la estancia, y Geirrod, sentado, daba la impresión de ser una áspera montaña, con su asiento de alto respaldo al otro extremo de la habitación. Tenía el cabello erizado, áspero y duro como un zarzal; aquellas pocas zonas de su verrugosa faz que estaban libres de pelo



aparecían repletas de bultos, como esos derrumbaderos colmados de piedras y guijarros que aparecen al pie de cualquier acantilado. Los brazos tenían el color de las ramas del roble, y se mostraban dotados de nervaduras varias, con venas como la hiedra.

—¡Entra! —aulló—. ¡Y atrápame esto!

Buscó con un par de tenazas entre el fuego, y sacó de las llamas una barra de hierro al rojo vivo, que había estado preparando para recibir a Thor. Ahora bien, al levantar por encima de la cabeza aquella vara incandescente, fundió las telas de araña de las vigas y chamuscó la madera más próxima.

—¡Eso es! —rugía—. ¡Atrápalo!

Y lanzó, desde el extremo de las tenazas, a modo de venablo, el encarguito, haciéndolo volar derechamente contra el diafragma del dios.

Fácil es comprender la sorpresa, la consternación y el terror que se sucedieron velozmente en el rostro de Geirrod cuando se dio cuenta de que el lingote se detenía en pleno vuelo, quedando suspenso en el aire. Thor acababa de atraparlo a dos manos sirviéndose de los famosos guantes de Greeth. Luego el dios emitió una sonora risotada, lanzó la barra al aire por encima de su cabeza y cuando descendió horizontalmente la agarró por la mitad para balancearla mejor. En esos momentos, Geirrod comprobó, horrorizado, que el objeto, al rojo vivo, se dirigía hacia él. Se levantó a tal velocidad que su asiento de alto respaldo cayó hacia atrás con sonoro estrépito en el suelo. El gigante, pese a su voluminosa anatomía, se precipitó a ocultarse tras un grueso pilar de hierro.

Al igual que un cometa marchando a la inversa, es decir, con la cola de fuego por delante, la llameante barra de hierro sobrevoló la gran sala en toda su longitud, atravesó la columna mencionada, al gigante que se ocultaba tras ella, e incluso el muro que éste tenía a sus espaldas. Todo esto aconteció en un instante. A Geirrod no le dio tiempo ni de asombrarse antes de morir.

Thor agarró un cuerno para beber de la mesa de caballete más cercana y lo vació. Luego dijo:

—Lo de ir tirando por ahí barras de hierro es cosa que siempre me ha dado mucha sed, especialmente si estaban al rojo vivo. Vamos, Loki, es hora de volver a casa. Me temo que hemos tenido unas vacaciones excesivamente ajetreadas.

## El robo del martillo de Thor



El dios Thor siempre había tomado muy a mal que el rey Loki de Outgard le tratara de modo tan desdeñoso. Estaba totalmente decidido a vengarse. Pero un día le sucedió algo tan horrible que pensó que su revancha sería imposible: ¡le robaron el martillo!

Una noche se retiró tras una copiosa cena en su palacio de Bilkirnir, y, con un talante inusualmente ordenado, colocó juntos y en regla sus zapatos, dobló la ropa y colocó el martillo en una mesa, cerca de la almohada, antes de acostarse con Sif.

La luz diurna se filtraba a través de las rajadas de las contraventanas, y se oía el coro de pájaros que cantan al alba, cuando Thor se despertó de un inquietante sueño. Soñó que un ladrón entraba en el dormitorio y le robaba la única protección segura que los dioses tenían contra los gigantes: su preciado martillo. Medio dormido todavía sacó una mano fuera de las sábanas y tanteó todo el tablero de la mesa sita junto al lecho: estaba vacía.

Se sentó de golpe en la cama, con tal violencia que su esposa Sif cayó rodando al suelo. Antes de que ella hubiese podido abrir la boca para protestar, Thor estaba vociferando ya:

—¡Mi martillo! ¡Me han robado mi martillo! ¡Ases, elfos, rápido! ¡Esperad! ¡No! ¡Sí! ¿Quién se lo ha llevado? ¡Loki! ¡Lokiiii!

Su cabello y su barba rojizos ondulaban en todas direcciones, mientras el dios se embutía, ciego de rabia, en su ropa habitual. Sin darse bien cuenta de lo que estaba haciendo recogió a la afligida y rabiosa Sif del suelo y la depositó de nuevo en la cama. En ese momento apareció Loki.

—¿Has tenido tú algo que ver con ello, Loki? —aulló Thor.

—¿Qué? ¿Cómo? —dijo ahogadamente Loki, mientras el dios le agarraba del cogote.

—Mi martillo. ¿Lo has robado tú?

—No..., no..., no... —tartamudeaba Loki—. Sólo los gigantes se atreverían a hacer algo así.

—¡En marcha pues! —gritó Thor—. ¡Mi carro! ¡Vas a venirte a Jotunheim para recuperarlo!

Y arrastró a Loki escalera abajo, camino de los establos.

—¡Alto! —protestó Loki—. ¡Piensa un poco y detente! ¿No ves que eso es justamente lo que quieren los gigantes? Sin el martillo no saldrás con vida de allí. Este es un caso que hay que resolver con astucia.

—Bueno, tú eres el especialista en tal materia —repuso Thor, calmándose visiblemente—. ¿Qué sugieres?

El resultado fue que Loki se prestó voluntario a ir allá; pediría prestado el abrigo de plumas de Freya y volaría, como halcón, hasta Jotunheim, para averiguar qué había acontecido con el martillo del dios. Fue dando aletazos, velozmente, sobre el océano hasta las orillas de Jotunheim, y sobre las copas de los imponentes árboles de aquellos bosques, rumbo a las montañas y reducto donde residía el rey Loki.

Ya desde cierta distancia vio al rey, sentado sobre el túmulo artificial donde estaban sepultados sus ancestros, fuera de las murallas de la ciudad. Había una losa, con ruinas esculpidas en la misma, conmemorando a los gigantes difuntos, que estaban sentados en sus asientos de alto respaldo allá abajo, en la pequeña montaña artificial, a la espera del Ragnarok. Loki voló hasta la cúspide de la piedra. El rey Loki de Outgard se divertía a la sazón trenzando unas traillas de oro para sus perros de caza y recorriendo las crines de sus caballos. Levantó la vista y preguntó:

—Eres Loki, ¿no es así?

—Sí —repuso el halcón—. Tienes razón.

—¿Y cómo andan las cosas entre los Ases y los gnomos? Bien, supongo, ¿no?

—Los elfos están molestos y los Ases todavía más. Alguien le ha robado el martillo a Thor.

—¿Y quién ha sido?

—Pues ha sido su gigantesca majestad —repuso el Maligno.

El gigante dejó escapar tan cruel risotada que sus caballos se echaron hacia atrás, espantados, y los perros se encogieron de terror.

—No sirve de nada disimular con un tipo tan listo como tú. Tienes toda la razón. Yo *he robado* el martillo de Thor. Y esa Molestia Tonante sólo podrá recuperarlo bajo ciertas condiciones.

—¿Qué condiciones?

—Por la fuerza no lo recobraréis. Es imposible. Lo tengo bien enterrado en el suelo. Siete leguas bajo tierra. Y sólo una cosa os lo devolverá. ¡Debéis traerme a la diosa Freya para hacerla mi esposa!

Loki voló directamente a Asgard, y antes de posarse ya le estaba asaeteando Thor con sus preguntas.

—Dime inmediatamente, pajarraco, si has averiguado dónde está el martillo.

El Maligno le explicó, de manera precisa, todo cuanto sabía, y le expuso las condiciones

fijadas para la recuperación del martillo. No se había despojado aún de su traje de plumas cuando ya Thor llevaba a rastras a Freya, habiéndola sacado del palacio, donde penetró sin la menor cortesía o ceremonia.

—Aquí tienes tu abrigo, querida Freya —dijo Thor—; gracias por haberlo prestado. Y ahora, por favor, date prisa y búscate un velo de novia.

—¿Un velo de novia? —preguntó Freya con sorpresa—. ¿Quién se casa?

—Tú —repuso el dios.

—¿Yo? —exclamó ella, empezando a enfurecerse—. ¿Y con quién, si no te importa decírmelo? ¿O es un secreto?

—No es ningún secreto —admitió Thor—. Con Loki, el de Outgard, por supuesto.

Los adorables senos de Freya se levantaron con tal furia que su famoso collar Brisingamen se rompió de golpe, y las preciadas joyas que lo componían se desparramaron por el suelo de mármol. Cogió el arma que tenía más a mano, una rueca, y comenzó a apalear a Loki sin dejar de gritar:

—¡No! ¡No lo haré! ¡Nada de eso!

Y fue inútil intentar razonar con ella. Se negó en redondo a casarse con un gigante, aunque fuera rey.

Una situación tan seria tuvo que ser puesta en conocimiento de Odín. El cual, de inmediato, convocó una reunión del consejo rector de todos los Ases, que sin pérdida de tiempo se pusieron a deliberar, aposentados en los taburetes para las funciones de justicia y similares. Odín preguntó:

—¿Quién tiene alguna idea?

Tyr sugirió organizar una invasión armada de Jotunheim. Niord se mostró conforme, afirmando de pasada que debería ser un ataque por tierra, mar y aire, con las Valkirias en sus corceles voladores a la cabeza de los batallones aéreos.

—Un ataque directo sería inútil —dijo Loki—. Recordad los encantamientos y sortilegios de que se valió el rey de los gigantes para frustrar los intentos de Thor. Y aun admitiendo que tuviera éxito, el martillo seguiría oculto. Sólo hay un modo de recuperarlo, y consiste en engañar al rey Loki de Outgard para que lo saque otra vez a la luz.

Heimdall, el más honrado y en ocasiones el más prudente de los dioses, dijo que tenía una idea.

—Si vistiéramos al propio Thor como a una novia y mandásemos a Loki disfrazado de doncella suya para las conversaciones del caso, cuando el martillo saliera a la luz Thor podría lanzarse sobre el mismo y, ¡hop!, empezarán a rodar cabezas...

—¡Por Jormungander el Saltarín! —chilló Thor, echando espuma por la boca—. ¡Por el molesto Vergelmir! ¡Nadie me vestirá a mí de mujer!

Pero de nada le valieron al dios tales protestas. La sugerencia de Heimdall reunió mayoría de votos al final, y el Tonante hubo de someterse a vestir enaguas, que ocultaran sus peludas piernas, y, además, una blusa de manga larga, un tanto rellena en los sitios estratégicos, todo ello bajo una túnica bordada. Le prendieron unos broches en el falso busto y se dejó colgar del cinturón un conjunto de llaves, propias de toda ama de casa. A fin de mostrar que realmente era «Freya» se puso el célebre collar, ya reparado, Brisngamen. Y para completar su disfraz, se le envolvió hasta la cintura en un blanco velo de novia. También Loki se vistió de mujer, aparentando ser una doncella más bien pizpireta y alocada.

Sacaron las cabras de Thor de su establo y las engancharon al carro.

—¡Vamos, Rechinadientes! ¡Arre, Afiladientes! —gritó Thor, haciendo resonar el látigo, mientras la sonrisa anterior abandonaba los labios de Loki, quien estuvo a punto de caerse del vehículo. Y en un abrir y cerrar de ojos ya habían cubierto la mitad de su recorrido a través del firmamento.

En Jotunheim, el rey Loki de Outgard escuchó el tronar de las ruedas del carro celestial y convocó a la servidumbre para que revistieran los sitiales de madera tallada con almohadones y pieles de cabra, con el fin de que fueran confortables. También debían servir cerveza, poner las mesas y, en fin, preparar la fiesta de bodas para el rey y su prometida, la adorable y sin par Freya. El rey se frotaba las enormes manazas con satisfacción al pensar en todas sus posesiones, desde los bueyes de cuernos de oro y pieles negras como el azabache, hasta sus caballos, perros, halcones cazadores, o el oro y las joyas de sus cofres de hierro. Sólo una cosa parecía faltarle para su absoluta felicidad: la presencia de la diosa Freya.

La «novia» y su «doncella» llegaron al anochecer, y el banquete ya estaba preparado. La

prometida fue colocada a la derecha del rey y la doncella a su izquierda. El gigante se quedó sumamente sorprendido viendo cómo la novia se zampaba sin dificultad un buey entero, amén de ocho espléndidos salmones y de todos los bocados finos y delicados previstos para las damas de la corte. Pero aún fue mayor su extrañeza al ver que semejante montaña de alimentos fue acompañada de tres barriletes de hidromiel. ¡Y eso que en cada uno cabían cuarenta y tantos litros!

—Nunca he visto una giganta soltera con una sed y un apetito así —dijo el rey.

—Es algo desusado —convino la astuta doncella de la prometida—, pero debéis recordar que cuando Freya supo que iba a casarse con vuestra majestad —y aquí Loki hubo de tragar saliva al solo pensamiento de la mentira que iba a soltar—, se excitó tanto que se quedó sin apetito durante una semana. Ni un bocado pasó más allá de los adorables labios de mi señora. De modo que cuando llegamos aquí, tenía un hambre canina.

—Me gustaría que repitieras eso —murmuró el rey.

Estaba tan impaciente que trató de robarle un beso a la novia, para lo cual le levantó un pico del velo.

Loki quedó petrificado. Y el cabello del rey casi se eriza al ver los ojos relampagueantes que contempló entre las sombras envueltas en bordados. La «doncella» Loki se apresuró a decirle que no se preocupase; que si los ojos de Freya estaban algo enrojecidos se debía a que llevaba sin dormir una semana, antes de llegar a Outgard.

Por fin el rey Loki pidió que se celebrara el matrimonio a la antigua usanza, es decir, prometiéndose mutuamente el marido y la mujer lo usual, jurado todo sobre el martillo de Thor. Sacaron, pues, el martillo de su escondite y lo colocaron en el regazo de la novia, para que la feliz pareja pusiera sus manos sobre él y así se jurasen ser fieles mutuamente.

La mano de Thor estaba debajo, y cuando notó que tenía a Míolnir a su alcance, recobró en el acto toda su confianza. No se molestó siquiera en despojarse del velo. Con una sola y tremenda arremetida derribó a su viejo enemigo, el rey de los gigantes.

Luego la pareja impostora escapó del salón, montó en el carro y traqueteó jubilosamente de vuelta, una vez más, a Asgard.



## La muerte de Balder

Los tres misteriosos seres que habían pasado largo tiempo conversando con el rey Gylfi ahora parecían adoptar un grave continente, y Alto dijo:

—Ya es hora de relatarte unos sucesos de lo más ominoso para los dioses. Las cosas grandes crecen desde algo muy pequeño, y el comienzo de este desastre fue en sí poca cosa: Balder el Bueno tuvo una pesadilla.

Balder soñó que su vida se veía amenazada. Cómo, o por qué sucedía tal cosa, era incapaz de decirlo, pero sí explicó ante los Ases su intranquilidad, y Odín estimó que los augurios eran tan serios, que decidió actuar por su cuenta. Se fue, pues, en solitario al Alto Nido y se sentó en el trono que le permitía ver cuanto acontecía en los nueve mundos. Un remolino de niebla y copos de nieve se formó en su imaginación y notó que estaba contemplando un rincón alejado y desolado de Niflheim. A través de la niebla vislumbró apenas una prolongada joroba de tierra, cubierta de nieve, sobre una sepultura. Sabía que tal era el sitio del antiguo enterramiento correspondiente a Volva la Vidente. Se dio cuenta, entonces, de que debía consultar al espíritu de la misma.

En secreto, muy temprano cierta mañana, Odín puso la silla de montar sobre los lomos de Sleipnir, le sacó de los establos del Valhalla y cabalgó cielos abajo. Hizo galopar a su corcel casi tan lejos como hasta los confines de Hel, hundiéndose cada vez más en oscuridad y frío intenso. Por fin llegó ante el precipicio de absoluta negrura que era Gniphahellir, y la boca del Hel, donde, en la oscuridad, como un monstruoso perro en una perrera, aullaba y gruñía Garmr, el perro de piel moteada de sangre. Cuando el animal reconoció al Padre de Todos y su caballo de ocho patas, gimió y fue a meterse en un rincón, y Odín pasó a su lado sin más. Odín no tenía intención de permitirle a la reina de Hel saber de su propia intrusión en los territorios de la soberana; sólo que conforme fue circulando a hurtadillas, sigiloso, por el extraño y misterioso ámbito de Niflheim, repleto de fantasmas, observó que en el palacio de la reina había una inusitada actividad. Y le pareció que estaban haciendo preparativos para recibir a algún huésped de nota.

Odín encaminó a Sleipnir hacia el muro oriental de Hel, donde se encontraba la tumba que él buscaba. Quedó de pie, inmerso en sus serios pensamientos, mirando melancólico hacia el suelo, en el silencio del inminente y calamitoso destino. Vio cómo el túmulo funerario subía y bajaba, siempre cubierto por jirones de niebla en

rotación. Concentró entonces todo su divino poder y pronunció cábalas y runas mágicas, llamando al ocupante de la sepultura para que se alzara y le hablase.

Aclaró un tanto la neblina y a través de ella Odín pudo contemplar una cabeza, o más bien su aparición, con cabellos grisáceos organizados en rizos propios de un elfo, con un rostro tan antiguo que el cráneo brillaba, transparentándose debajo. Era Volva la Vidente. No sólo veía hacia atrás, atisbando en el negro agujero del tiempo olvidado, sino también hacia adelante, hasta la época en que ya no quedase nada por acontecer en el mundo. Muy a regañadientes, con una voz que semejaba un susurro llegado desde eras hace ya largo tiempo transcurridas, Volva silabeó:

—¿Qué hombre es éste, para mí ignoto, que me extrae de mi muriente sepulcro? Hace innumerables eras que yo estaba envuelta entre la nieve y empapada de lluvia, transida de la humedad del rocío; llevo ya siendo una difunta mucho tiempo.

—Soy Explorador, hijo de Batallador —dijo Odín—. Vengo de allá arriba y deseo saber para quién están siendo dispuestos los asientos de la morada de Hel, con almohadones, y las mesas preparadas para comer y beber.

La adivina respondió:

—Tus runas son potentes, Explorador, hijo de Batallador, pero debes ahora saber esto: está lista la cerveza y chispea el hidromiel en honor de Balder, hijo de Odín. Hel se regocijará con su llegada, aunque los Ases se lamenten. He hablado contra mi voluntad. Déjame volver a mi descanso.

—¡Quédate, Volva! ¡Espera! No he acabado con mis preguntas todavía. Dime, te conjuro: ¿quién matará a Balder?, ¿quién asesinará al hijo de Odín?

—La mano del dios ciego Hoder será portadora de la rama fatal. He hablado contra mi voluntad. Me vuelvo a mi descanso.

—¡Espera, Volva, espérate! —gritaba Odín—. ¡No te vayas todavía! ¡Dime primero quién vengará la muerte de Balder!

—Rinda, la doncella —repuso la vidente—, dará a luz un hijo para Odín, Vali, en las Cavernas del Oeste. Este niño extraordinario ni se lavará las manos ni se peinará el reluciente cabello hasta que haya llevado el cadáver de Balder a la pira funeraria. He hablado contra mi voluntad. Déjame volver a mi descanso.

—¡No, Volva, no! ¡Por las mágicas runas te lo exijo! Respóndeme a una última pregunta: ¿qué palabra susurrará Odín en el oído de su difunto hijo Balder cuando él yazca en la pira funeraria?

La boca sin labios de Volva se abrió como un negro agujero. La vidente emitió un grito y señaló a Odín con su dedo huesudo:

—¡Tú no eres Explorador, el hijo de Batallador! Sólo Odín sabe que dará un mensaje a Balder, ya muerto, y sólo Odín conoce el contenido del mensaje. ¡Tú eres Odín! ¡Odín! ¡Odín!

Entristecido, el dios montó en Sleipnir y galopó de vuelta a Asgard. Convocó a todos los Ases para reunirse en consejo. No les habló de su viaje al fondo del Hel; únicamente les dijo que la vida de Balder se veía amenazada y había que tomar medidas para protegerla. Tras largas deliberaciones, todos los dioses y diosas aceptaron la sugerencia presentada por Frig. Frig había sugerido sencillamente que ella, en su calidad de Madre de Todos, exigiría al fuego y al agua, al hierro y a toda suerte de metales, piedras, tierras, árboles, enfermedades, bestias, pájaros, venenos y serpientes, la promesa de que jamás perjudicarían a Balder. Todo el mundo, todas las cosas amaban tanto a Balder el Bueno, que otorgaron su promesa de no dañarle nunca.

Un sorprendente resultado de tales juramentos fue que Balder jamás se cortó con un cuchillo, ni se arañó la piel en una roca o piedra, ni se pinchó con un alfiler, ni se torció el pie, ni se golpeó la cabeza. Y cuando sus hermanos se dieron cuenta de ello convirtieron en deporte y pasatiempo, durante sus reuniones y fiestas, el hacerle permanecer de pie mientras todo aquel que lo deseara le disparaba flechas, o trataba de herirle con lanzas o espadas, o sencillamente le tiraba piedras. Fueran cuales fuesen las armas utilizadas en contra suya, él jamás recibió el menor daño.

Tan sólo a Loki, el Maligno, no le gustó un pelo la cuestión. Su deseo más querido era ver cómo Balder resultaba dañado y aun muerto, y se despepitaba por averiguar cómo podría perjudicar a un dios a quien nada podía dañar.

La sociedad en aquellos días era más bien libre y despreocupada, incluso en Asgard, y la gente ofrecía alojamiento por una noche a absolutos extraños que iban de camino, o al menos les proporcionaban una comida a cambio de recibir noticias. Cierta mañana una vieja ar-

pía, envuelta en chales, acudió vagabundeando a la puerta de la cocina en el palacio Fensalir, de la reina Frig. Su nariz era larga y verrugosa, y sus ojos, con grandes bolsas en los párpados, destilaban legañas. Le dieron de comer y de beber, y ella solicitó pasar el día acompañando a la dueña de la residencia. Cuando fue introducida en el nebuloso salón, Frig, para iniciar la conversación, preguntó a la anciana si había pasado, en su caminar, junto al punto de reunión de las divinidades, y si sabía qué estaban haciendo allí los dioses.

—Me pareció que trataban de matar a Balder —criticó la arpía.

Frig sonrió, gentil, y dijo:

—¡Oh, ellos jamás harían algo así!

—Pues yo pude verlos con mis propios ojos lanzándole venablos y disparándole flechas —insistió la horrible anciana—, y encima iba sin armadura.

Frig le explicó pacientemente:

—Ninguna clase de arma o varita mágica podrá jamás herir ni dañar a mi querido Balder. Nos dieron su palabra... todos.

—¿Quieres decir, mi señora —graznó la arpía—, que todas las cosas se han juramentado para proteger a Balder de cualquier perjuicio o daño?

—A decir verdad —dijo Frig—, falta un brote muy joven, el cual resulta demasiado débil para crecer por sí solo y tiene que estar junto a un roble para que éste le sirva de apoyo. Se llama Muérdago y crece en un bosque al otro lado del Valhalla. No le pude exigir la misma promesa porque resulta demasiado inmaduro para pronunciar juramentos.

La vieja bruja, que en realidad era Loki disfrazado, dio media vuelta sin dar siquiera las gracias por el obsequio, y no perdió tiempo para encontrar el muérdago y cortarlo. No resultaba difícil de localizar, incluso en aquel triste bosque, con sus hojas de verde claro y bonito fruto similar a una perla. Loki agarró un venablo y le ató una aguda espina de muérdago en la punta. Luego caminó hasta el lugar de reunión de los dioses, donde éstos continuaban todavía divirtiéndose arrojando cuanto tenían a mano contra Balder. En el borde del círculo de divinidades aparecía una desconsolada figura, el dios ciego Hoder. Podía escuchar cómo sus hermanos reían y gritaban, pasándolo en grande, y se sentía desdichado, fuera de lugar. Una voz taimada le susurró al oído:



—¿Por qué no le tiras nada a Balder?

—Porque no puedo verle —dijo Hoder—. Además no tengo nada que tirarle. Los Ases no quieren que maneje espadas y esas cosas; piensan que podría hacerme daño.

—Pues haz lo que los demás —insistía Loki— y actúa en honor de Balder, como ellos. Yo te guiaré hasta donde él está. Toma, tírale este venablo.

Hoder aferró la lanza con la punta de espina de muérdago y, como le había recomendado su interlocutor, la tiró contra Balder. El venablo voló derecho a clavarse en el corazón del otro, que cayó muerto al suelo.

Tan pronto como comprendieron que acababan de dar muerte a Balder, los dioses quedaron anonadados. Se miraban unos a otros, todos con idéntico pensamiento en la cabeza: «¿Quién ha hecho algo tan horrible?» «¿Cómo lo ha hecho?»

La pena de Odín fue más amarga que la de los demás, aunque el hecho en sí no supuso para él sorpresa alguna. Sabía lo que significaba el asesinato de Balder: aquello era el principio del Fin.



Cuando los Ases hubieron recuperado un tanto la serenidad, Frig tomó la palabra para decir:

—¿Quién de entre nosotros quiere ganarse la gratitud eterna y el afecto de todos los dioses, bajando hasta Hel y tratando de encontrar allí el espíritu de Balder? ¿Quién va a solicitar qué rescate exige la reina de Hel por permitir a Balder retornar a Asgard?

Uno llamado Hermod el Rápido, hijo de Odín y Frig, dijo que él estaba dispuesto a salir en tan peligrosa misión.

Entonces sacaron de los establos a Sleipnir, el caballo de Odín; Hermod se despidió sin ceremonias particulares, montó de un salto en el corcel y salió al galope.

Los dioses levantaron suavemente el cadáver de Balder y lo transportaron hasta la orilla del mar. El barco del difunto, una chalupa, se encontraba allí. Debido a sus hermosas tallas de anillos entrelazados la llamaban Ringhorni. Era una de las mayores embarcaciones de que disponían los dioses, y la pira funeraria para el cuerpo de Balder se había dispuesto sobre el puente.

A continuación, los restos de Balder fueron transportados a bordo, llevados a hombros, mientras la viuda, Nanna, lloraba dolorida y angustiada. No quería que Balder hiciera sólo su último viaje, y murió en la pira, junto al cadáver del esposo. En el último instante izaron la vela. Thor se puso delante de la nave y bendijo con su martillo la pira funeraria. Cuando lo estaba haciendo, un enano, llamado Lit, se metió corriendo entre sus pies. Thor le propinó una salvaje patada, lanzándolo por los aires hasta hacerle caer en mitad del fuego, donde ardió hasta perecer.

Toda clase de gentes se congregaron para la ceremonia de la cremación. Los dolientes eran conducidos por Odín y Frig, y estaban también allí las Valkirias y los cuervos. Entre los asistentes estaba Frey en su carro, tirado por los dos jabalíes, Cerdas Doradas y Colmillos Desgarrantes. Igualmente figuraba entre la concurrencia Heimdall, a lomos de su caballo Crin Dorada, y Freya con sus gatos. Más allá se apretujaba una gran muchedumbre de gigantes del hielo y de gnomos de las colinas, atisbando desde el fondo tras la familia. Odín arrojó a la hoguera su anillo de oro Draupnir el Goteador. El caballo del difunto, con todos sus mejores arreos, ya había sido sacrificado y dejado en la pira misma.

De este modo el llameante barco fúnebre partió a toda vela de las orillas de Asgard. Estaba cayendo la noche y la larga nave empezó a acelerar su marcha como un monstruoso cisne que hendiese las olas salpicadas de fuego. Habían preparado la hoguera en la proa del navío, de modo que el viento no empujase las feroces lenguas ardientes sobre la estructura antes de que la embarcación se internara en alta mar. Mientras el fuego rugía, la hinchada vela resplandecía con la conflagración que mostraba delante, y quienes permanecían en la orilla pudieron contemplar el negro vástago del mástil, amén de los delgados flechastes y el brandal, cuyas siluetas se recortaban a la luz ambarina de la pira. Cayó la noche. Pronto la esbelta embarcación se vio envuelta de proa a popa en el restallante fuego, hasta que la tablazón se carbonizó y las cuadernas más gruesas quedaron ennegrecidas. Al fin el buque se perdió ya en la distancia. Cabe que cuanto de él quedaba se hundiera, sibilante, en la mar, o puede que desapareciese en el horizonte, y lo cierto es que las chispas se apagaron parpadeando.

Entre tanto, Hermod viajaba hacia Hel. Cabalgó durante nueve días con sus noches, descendiendo barrancos cada vez más oscuros y más hondos, sin tropezarse con nadie hasta alcanzar las orillas del río Gioll. Siguió el curso del mismo hasta el puente de igual nombre, el cual estaba techado con oro ardiente. El nombre de la doncella que monta guardia en el puente es Modgud. Ella preguntó a Hermod:

—¿Quién eres tú, que haces resonar de modo semejante a mi puente? Ayer pasaron cinco grupos de muertos por aquí, pero el puente retumbó con menos eco que bajo tu peso. Además no tienes la palidez del cadáver. Pero entonces, ¿por qué cabalgas por el camino de Hel?

—Voy a Hel en busca de Balder —respondió Hermod—. ¿No lo has visto pasar hacia Hel?

Ella le comunicó que Balder ya había pasado por el puente de Gioll, y le explicó que el camino hacia Hel quedaba más bajo y hacia el norte.

Hermod siguió, pues, galopando hasta llegar a la atrancada puerta de Hel, donde desmontó de Sleipnir y apretó la cincha del caballo. Volvió a montarse y espoleó al corcel, que de un salto espectacular cruzó muy por encima de las barras del portalón. Así entró Hermod en el recinto principal de Hel, donde volvió a bajarse del caballo y penetró en la gran sala. Allí estaban su hermano Balder y su cuñada Nanna, aposentados en los respectivos tronos. Fue invitado a comer y beber y se quedó en su compañía durante aquella noche.

A la mañana siguiente suplicó a la reina Hel que permitiese a Balder cabalgar de vuelta a casa para reanudar la feliz vida familiar que todos llevaban antes en Asgard. Explicó lo grande que era la pena de los dioses. Pero la Reina de la Muerte volvió su lado lívido hacia él y parecía no haberse conmovido en absoluto. Hermod, tembloroso ante aquella visión, siguió rogando. Volvía siempre al mismo estribillo, es decir, que por causa de la defunción de Balder todo cuanto existía en la tierra y en los cielos se hallaba con el corazón desgarrado. Por fin, Hel le mostró su lado normal, dando la sensación de que se ablandaba, y dijo:

—Pronto puede probarse si Balder era tan sumamente amado como tú aseguras. Dile a Frig que estoy lista para hacer un trato con ella. Si todas las criaturas de arriba, vivas o muertas, verdaderamente lloran a Balder y están dispuestas a verter lágrimas para probar-

melo, entonces se lo devolveré a los dioses. Pero si hay una sola cosa que hable en contra suya o rehúse llorarle, entonces Hel se queda con lo que ya tiene!

Hermod se levantó y Balder salió afuera para verse con él; se quitó el anillo Draupnir y se lo entregó para enviárselo a Odín como recuerdo, mientras su esposa, Nanna, enviaba algunas ropas y otros regalos a Frig, y a una diosa muy amiga suya llamada Fulla le envió un anillo de su dedo.

Sin pérdida de tiempo, Hermod cabalgó de regreso a Asgard y comunicó cuanto había visto y oído.

De inmediato, los Ases enviaron mensajeros a todos los rincones del Mundo Superior solicitando que se llorase a Balder como si no hubiera muerto del todo. Y todos se mostraron dispuestos a llorarle, dioses, hombres, bestias, tierra, piedras, árboles y todo género de metal; por ello, dicho sea de paso, hasta el día presente los metales no han olvidado cómo verter lágrimas al ser trasladados de lo frío a lo caliente. Y finalmente los mensajeros retornaron al Valhalla. Sucedió que uno de ellos pasaba junto a una cueva cuando vio a una anciana bruja en cuclillas y pensó: «Casi me dejo a ésta aparte. Más valdrá que le haga llorar también.» Así es que entró en la caverna y dijo:

—Estamos pidiendo a todos que lloren por Balder.

La anciana parecía ser sorda, de modo que el mensajero, a gritos, le volvió a decir:

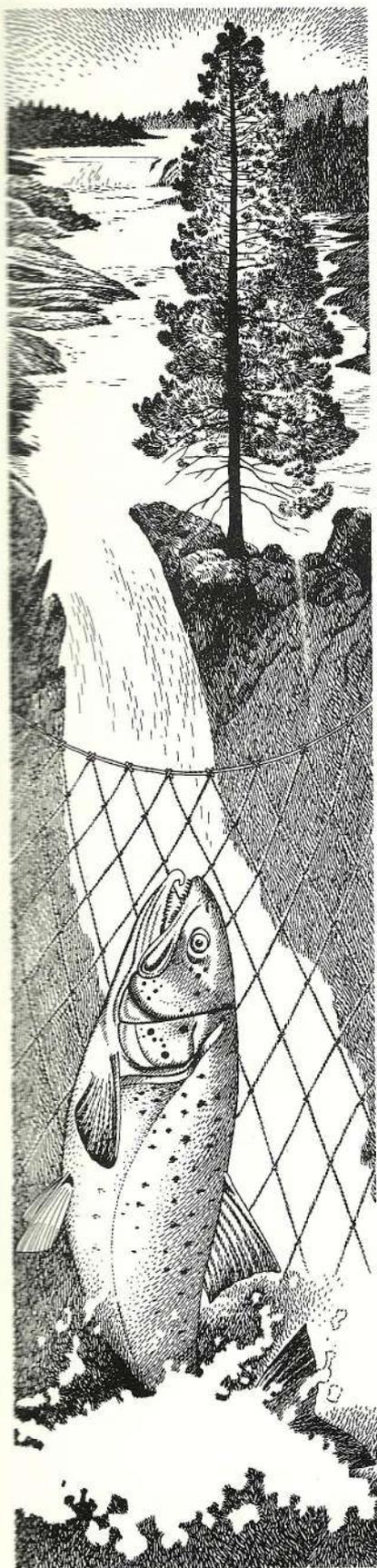
—¡Queremos que derrames unas cuantas lágrimas por Balder!

La bruja le miró con téticos ojos, duros y secos como guijarros.

—¿Cómo te llamas? —gritó el mensajero.

—Mi nombre es Ojos Secos —cacareó ella—, y si crees que voy a llorar por Balder estás sumamente equivocado. Vivo o muerto, nunca me gustó! ¡Que se quede Hel con lo que tiene! —rió con horribles carcajadas.

Los dioses estaban inconsolables al escuchar la negativa de la hechicera. Debido a su actitud, Balder quedaba condenado a la permanencia en el Inframundo. Se lamentaban, abatidos, ante la malignidad de semejante criatura y preguntábase quién podría ser. Y luego comprendieron la verdad: solamente Loki, el Maligno, podía resultar tan malvado. Él era la bruja Ojos Secos. En su furor, los dioses determinaron hacerlo desaparecer para siempre.



## La venganza de los dioses

Loki era consciente de que los dioses, en su rabia y dolor ante el terrible asesinato por él cometido, imaginarían el castigo más espeluznante para quedar a la altura de la enormidad del crimen. Así es que desapareció de inmediato, ocultándose.

Aun siendo astuto, como era, incluso sus mejores esfuerzos resultaban inútiles ante el poder de Odín. El padre de los dioses se sentaba en su trono del Alto Nido y podía ver, como así fue, dónde se había construido Loki una casa, en cierta distante montaña. La casa tenía ventanas y puertas en los cuatro lados, para poder ver a cualquiera que se acercara y escapar antes de quedar rodeado. Durante el día se transformaba en salmón, pez encantado que poblaba una laguna bajo una cascada inmediata llamada Fuerza Reluciente.

Por las tardes, Loki pasaba el tiempo inventando algo en lo que pensó por vez primera cuando tomó prestada la red mágica de Ran para atrapar al enano Andvari. De hebra de lino tejida, hizo lo que ha dado en llamarse red de pescador. Con ella pescaba su alimento. Pero a Loki se le estaba acabando el tiempo. Odín había referido a los dioses dónde se ocultaba y una partida de cazadores se puso en marcha para atraparlo.

Aquella noche, sin sospechar nada, Loki estaba tejiendo su nuevo invento, cuando a través de una de las cuatro ventanas de su casa se dio cuenta de que se acercaban los dioses. Había estado sentado delante del fuego y los troncos se hallaban bastante consumidos ya. En un instante arrojó su red entre las pavesas y salió como un rayo por la puerta para alejarse lo más posible de sus perseguidores.

Los dioses irrumpieron en su vivienda conducidos por Kvasir, especialmente conocido por su sabiduría. Kvasir se dio cuenta en el acto de que la casa estaba vacía, pero notó que el fuego estaba mezclado con cenizas blanquecinas donde la red había ardido.

—Loki ha estado pescando —dijo, volviéndose hacia los demás dioses. Kvasir identificó, asimismo, unas cuantas escamas plateadas de salmón sobre la silla—. De hecho, creo que Loki se oculta bajo la forma de un pez.

De inmediato, los dioses empezaron a preparar sendas redes de pescar, siguiendo el modelo que arrojaban las cenizas de la que Loki acababa de echar al fuego. Creían poder encontrarlo oculto en la laguna que había bajo la cascada.

A la mañana siguiente fueron todos al lugar donde Fuerza Reluciente se hundía con un ruido atronador. Thor, de pie en una orilla,

cogió un extremo de la red, mientras el resto de los dioses manejaba la otra punta desde el lado opuesto de la laguna.

Bajo las claras aguas del lugar, Loki podía ver cómo la red se le acercaba para atraparle. Dio un coletazo tremendo, pasó por delante de la red como un rayo y se quedó inmóvil en el fondo entre dos piedras. La parte inferior de la red le pasó justo por encima de su plateada espalda. Respiró aliviado y Kvasir pudo observar unas burbujas subiendo hasta la superficie.

—¡Hemos fallado! —exclamó—. ¡Echad la red de nuevo en la laguna!

—¡Esperad! —gritó Thor—. Voy a colgar unas piedras por el borde inferior de la red para que no se nos escape nadando por debajo.

Loki nadó delante de la red, pero cuando vio que la laguna no era bastante profunda para él se retorció sobre sí mismo y movió la cola de pez con tal vigor que salió disparado a través del agua, proyectándose hacia arriba en el aire. Saltó con limpieza el cordón superior de la red y salió más que aprisa hacia la cascata que se derrumbaba en el vacío.

Los dioses dejaron escapar exclamaciones de sorpresa y rabia y de nuevo cambiaron de dirección el manejo de su red. Loki empezó a saltar hacia arriba en las corrientes de agua que se precipitaban. Frey, viendo que iba a escapárseles, corrió por la orilla para situarse en la parte superior de la cascada.

Una vez más, Loki el Salmón giró hacia la laguna, pero Thor estaba ya dentro del agua. Cuando vio la red cerca, Loki tornó a saltar. Thor le esperaba con las manos abiertas y los dedos curvados hacia adelante como las púas de un rastrillo. Al menos así le parecieron al aterrizado Loki. Este procuró retorcer el resbaladizo cuerpo, desviándolo hacia un lado y por encima del dorso de las manos de Thor, pero éste consiguió atraparle y supo conservarlo en su poder por un instante al menos. Las plateadas escamas estaban tan húmedas y brillantes que Thor dejó que se le escurriera un poco entre los dedos, hasta quedarle en la mano sólo la cola del pez. Pero la apretó con una fuerza capaz de aplastar a cualquiera.

—¡Más te vale volver a la forma maligna que todos conocemos —rezongó Thor—, o te mantendré fuera del agua hasta que te asfixies!

Loki se transformó, pues, en su apariencia habitual, sólo para encontrarse con que estaba colgando de los talones cabeza abajo. Thor hizo

que su cabeza quedara por debajo de la superficie del agua, con lo cual Loki, ahogándose casi, apenas era capaz de farfullar algo. Thor hubiera acabado allí mismo con él, pero los demás dioses le gritaron:

—¡No, no! ¡La muerte es demasiado dulce para él! ¡Arrástralo hasta el Inframundo y déjalo allí encadenado para siempre!

Thor sabía también que Odín había ordenado actuar de esa manera, así es que arrastró a su presa hasta un horrible y negro agujero, no lejos del lugar en que ataron al lobo Fenrir.

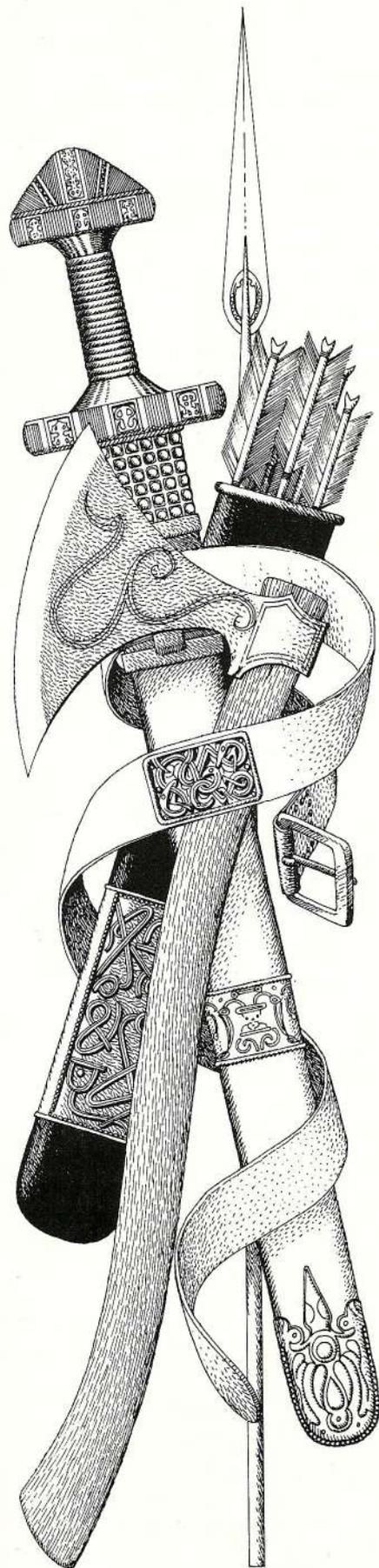
Thor recogió tres piedras del suelo de la cueva y las puso de punta y abrió una muesca en forma de V en la parte superior de las piedras. Era obvio que sólo un lazo mágico mantendría atadas las extremidades de Loki, y Odín sabía cómo hacerlo. Ordenó que fuesen capturados los dos hijos de Loki, Vali y Nari. Los dioses encantaron al primero bajo forma de lobo, el cual de inmediato se lanzó sobre su hermano Nari y le dio salvaje muerte. Los dioses entonces se apoderaron de las entrañas de Nari, usándolas para atar a Loki de forma que yacía boca arriba sobre las tres piedras colocadas de punta. Una la tenía bajo los hombros, otra debajo de sus ijadas y la tercera bajo el hueco de las rodillas. Las entrañas mágicas sujetaban con firmeza sus muñecas, rodillas y tobillos, y además fue encadenado a las rocas con unos hierros. Finalmente, Skadi la gigante, hija de Thiazzi y ahora esposa de Niord, atrapó una serpiente venenosa cogiéndola por la cola, de modo que se retorció por encima de la cabeza de Loki, derramando su veneno en la cara del cautivo. Cuando el veneno le entró por los ojos, Loki se vio preso de tan tremendas convulsiones que todo Midgard se estremecía.

Sigyn, la esposa de Loki, continuaba fielmente a su lado.

—Me quedaré a su lado para siempre —dijo—, si me dejáis poner una jofaina bajo las gotas de veneno.

Y así es cómo Sigyn se halla pacientemente sentada junto a su esposo en aquella tétrica y viscosa caverna. Cuando el cuenco rebosa, ella se apresura a vaciar el veneno. En esos pocos instantes en que los colmillos de la serpiente siguen derramando su tósigo sobre la faz de Loki, Midgard torna a verse sometido a una especie de temblor de tierra.

De ese modo permanecerá atado Loki hasta que llegue el Ragnarok.



## El Ragnarok, juicio final de los dioses

Si los tres misteriosos seres parecían estar preocupados cuando hablaron de la muerte de Balder, su tristeza al comenzar a referirse al Ragnarok excede a toda descripción posible.

El rey Gylfi, envolviéndose en su capa, dijo a sus interlocutores:

—Lo de «Ragnarok» es una curiosa palabra que siempre ha generado el terror. ¿Qué significa exactamente?

—Significa —manifestó Alto— nada más y nada menos que la pérdida y el final de los divinos poderes. Y ello sólo puede suponer el final de quienes dependemos de los dioses, el fin de todo.

Gylfi se estremeció, pero siguió preguntando:

—¿Es real y verdaderamente el Ragnarok el fin de todo?

—Ya lo veremos —dijo Alto.

Los detalles relativos al Ragnarok son numerosos y terribles. Cuando esa terrorífica catástrofe se acerque, los primeros en notar los cambios en el orden de cosas ya establecido serán los hombres de Midgard, los descendientes de Fresno y Olmo creados hace tantísimos eones por Odín y sus hermanos. Ahora bien, ¿cómo sabrán ellos de la proximidad del Ragnarok? Primero experimentarán una guerra universal. En Midgard se sucederán uno tras otro no menos de tres años espantosos, durante los cuales el mundo entero se verá hundido en luchas y disputas. Las sórdidas avaricia y envidia empujarán a los seres humanos a actos de locura, haciendo que se maten entre sí hermano y hermano, padre e hijo y al revés, sin que nadie muestre merced en sus crímenes y asesinatos antinaturales.

Inmediatamente después de tan cruel guerra llegará el invierno Fimbul, un monstruoso invierno que en realidad son tres, sin verano alguno entre ellos. En ese tiempo las ventiscas soplarán implacables desde todos los puntos cardinales a la vez, el hielo tendrá la consistencia y dureza del hierro, y los vientos acometerán como cuchillos. Los cielos no proporcionarán consuelo alguno, independientemente de cómo se dirijan a ellos los hombres, porque se producirá algo que para los seres humanos supone un desastre inimaginable. ¡El lobo se comerá al sol! De un mordisco, el otro lobo se tragará la luna, mientras las estrellas se derrumbarán de sus lugares en el oscurecido firmamento.

La señal siguiente será que el suelo temblará y sufrirá sacudidas. Los bosques quedarán desarraigados; los peñascos se rajarán de arriba abajo, así como cualquier cadena o atadura. Gnomos y enanos se acurrucarán estremecidos en sus deshechos agujeros de la roca, gimiendo angustiados ante la incomprensible catástrofe.

A medida que la corteza terrestre se raja y sacude, el lobo Fenrir, encadenado por los dioses en el Inframundo, quedará suelto. La tierra, convulsa, se verá inundada por una especie de maremoto de aguas de toda índole, causada por la Serpiente Mundial, la cual, en su gigantesca furia, isoltará la cola sujeta entre las mandíbulas y azotará ferozmente los mares!

Luego, el buque de los muertos, el Naglfar, zarpará a toda vela y levará el ancla en la Playa de los Cadáveres, donde ha esperado desde época inmemorial hasta ese instante. Al grito de su timonel, sus miríadas de remos se hundirán a compás en las grandes olas suscitadas por la acción de la Serpiente Mundial, y el oleaje llevará a la susodicha embarcación no sólo sobre Midgard, sino hasta las orillas de la propia Asgard. La tripulación se compone por entero de ex difuntos de Hel, y su capitán y encargado del timón será el más cruel enemigo que dioses y hombres hayan tenido jamás: Loki. Este se librará de sus ataduras y encadenamientos al producirse el primer terremoto, uniendo sus fuerzas a la de sus terribles hijos, Fenrir el lobo y la serpiente Jormungander. Fenrir correrá con sus poderosas mandíbulas abiertas de par en par, los dientes inferiores rastrillando el suelo y los de arriba rascando el firmamento, despidiendo llamaradas de su boca y de los orificios de su nariz. La Serpiente Mundial soplará delante de él, levantando en oleadas unas nubes de humos venenosos que englobarán la tierra y el cielo con su humareda y hedor.

En el culmen del tumulto y el estruendo, el cielo se abrirá en dos y a través de la gigantesca hendidura galopará la llameante caballería de los gigantes del fuego desde Muspellheim. Surt, que ha permanecido desde el comienzo de los tiempos en ese horno, encabezaré la carga a lomos de un ferocísimo corcel, repartiendo llamas por delante y por detrás y lanzando ante sí reflejos de su ardiente espada, que, blandiéndola con el brazo extendido, despedirá un resplandor superior al de mil soles. Las pezuñas de los corceles de los gigantes del fuego arderán a medida que golpeen con sus cascos el puente de Bifrost. El arco iris de cien colores se derrumbará y hará trizas tras su paso.

Todas las huestes de Muspell se moverán incesantemente en una formación masiva de combate, encaminándose al campo de batalla sito en la gran llanura denominada Vígrid. Allí estarán Fenrir el lobo y la Serpiente Mun-

dial, y también los hombres procedentes de Hel, desembarcados de la nave Naglfar y conducidos por Loki. Y hombro a hombro con ellos asolarán los gigantes del hielo y los de las montañas, a las órdenes de sus monstruosos generales. El campo de batalla de la llanura de Vígrid se extiende durante cien leguas en cada sentido, pero las formaciones de las fuerzas del mal lo colmarán de un extremo al otro, mientras esperan, con su horripilante formación de lucha, a combatir contra los dioses.

En la mañana misma del Ragnarok, el joven gallo Gullinkambi emitirá su primer y postrero quiquiriquí desde su sitio habitual para posarse en el techo del Valhalla, despertando a los campeones de la gran sala que debajo tiene. En ese mismo instante, los agudos ojos y oídos de Heimdall notarán el primer crujido del terremoto y el temblor de rocas en movimiento. Heimdall se levantará sobre los muros de su palacio, junto al puente Bifrost, y se llevará Giallarhorn a los labios, insuflando en sus pulmones un soplo respiratorio completo, zumbante. Su trompeta lanzará tan alarmante toque a las armas, que todos los dioses y sus servidores se levantarán de golpe, excitados, corriéndoles con vigor y rapidez la sangre por las venas. El toque del clarión de Heimdall provocará ecos, devueltos desde cada rincón y escondrijo de los nueve mundos contenidos en el Arbol. Y ante su ominoso resonar, el propio Arbol empezará a temblar y a sufrir sacudidas; todas las esquinas del universo se conmoverán, dominadas por el terror.

Luego, Odín saltará a lomos de Sleipnir y avanzará, cabalgando como viento de tormenta, hasta el pozo Mimir, para pedir el consejo oportuno a la cabeza de Mimir. Pero será en vano, porque la cabeza no va a responderle. Odín entonces galopará de regreso a Asgard con el corazón oprimido, porque debe ponerse a la cabeza de sus combatientes, sabiendo que ya nada puede impedir el fin de todo.

Con la llamada al combate emitida por la trompeta de Heimdall, los Ases y los Einheriar, campeones del Valhalla, vestirán sus armaduras, tomarán las armas y escudos y correrán en formación militar estricta a sus puestos de combate. Odín, con su casco de oro, su deslumbrante cota de mallas y su lanza Gungnir, cabalgará a medio galope al frente de ellos para dirigirlos en la lucha. El carro de Thor retumbará a su derecha, mientras el dios de barbas

rojizas controla drásticamente a sus anárquicas cabras. Al otro lado de Odín irán personajes como Frey, Tyr y el mismo Heimdall, todos con sus cabalgaduras espléndidamente enjaezadas y bien armados. Y un poco hacia retaguardia avanzará el silente dios Vídar, que ostentará en el pie derecho el Zapato Más Grande. Luego, masivamente formados tras sus líderes, las filas de los Einheriar, los Berserks y las Valkirias. La llanura resonará y temblará con el sonido de los cascos de los caballos y el de los pies a paso de marcha.

El masivo impulso de los ejércitos enfrentados forzará un choque inevitable. A medida que las vanguardias chocan y se enredan unos contra otros, todo será allí confusión. Luego, los viejos enemigos se buscarán mutuamente. Odín cargará con todas sus fuerzas contra el supremo enemigo suyo, es decir, Fenrir el lobo. Las mandíbulas del monstruo se abrirán como un pozo sin fondo, y el ataque sin miedo del dios le introducirá profundamente en las enrojecidas fauces de la bestia. ¡La terrible boca se cerrará sobre él para siempre!

Thor, que combatirá a su lado, presenciara cómo acontece todo esto, pero sin poder ayudar a su padre. El mismo se verá envuelto en una lucha a muerte contra los anillos que se agitan y revuelven de la Serpiente Mundial. Su martillo Mjolnir no le fallará, sin embargo; los relámpagos y mandobles del mismo hendirán el inmundo corazón de la bestia hasta darle muerte sin remedio. Pero cuando los anillos se dilaten liberando al dios, que ya jadeaba en estertores, Thor, otrora el protector de Midgard, dará nueve pasos justos y caerá rodando sin vida, envuelto en la ponzoñosa niebla que emana del hálito de la Serpiente Maldita.

Con todo, las fuerzas del mal no obtendrán la victoria en conjunto. El silencioso Vídar se montará a horcajadas sobre el lobo Fenrir y a pura fuerza le abrirá de par en par la boca. Plantará firmemente el Zapato Más Grande en la mandíbula inferior del lobo, agarrará violentamente sus colmillos superiores y tirando ha-

cia atrás hasta que sus brazos sobrepasen su cabeza, le volverá del todo hacia atrás el morro. Con un espeluznante chasquido el animal quedará partido en dos. Un hórrido alarido de angustia se irá incrementando para después disminuir hasta su completo cese. De tal modo quedará vengado Odín.

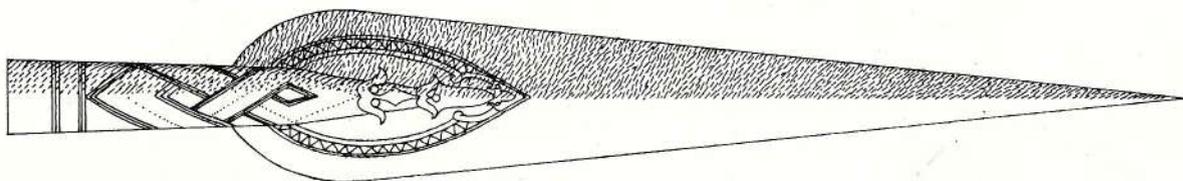
El perro de Hel, Garmr, habiendo quebrado sus ataduras y arrastrando la cadena, saltará sobre Gnipahellir, en Asgard, de un solo bote. Aullando salvajemente atacará entonces a Tyr. Pero éste, sumamente acostumbrado a enfrentarse con lobos monstruosos, combatirá con bravura, manejando la espada con su hábil mano izquierda. El combate será desigual y él, como Odín, acabará tragado por la fiera. Poco antes de fenecer, sin embargo, cuando pase al estómago de la bestia, la apuñalará en pleno corazón desde dentro, dándole muerte también.

Heimdall, el más puro de los dioses, se enfrentará con su oponente de toda la vida, Loki, en un cegador relámpago de luz. Cuando ambas llamaradas choquen una contra otra, si bien aquella es buena y la última mala, se consumirán, quemándose mutuamente y sin dejar tras de sí más que humo y cenizas. Así perecerán Heimdall y Loki.

De entre todos los líderes de los dioses sólo Frey estará en condiciones de proseguir el combate. Se enfrentará al gigante del fuego Surt. Pero su caso no tiene solución: una infinidad de tiempo atrás entregó él por amor la espada que luchaba por sí sola y también deberá afrontar la muerte. Frey no es ningún cobarde y tratará de luchar con sus manos desnudas contra Surt. Pero la espada de éste es más brillante que mil soles y sin duda Frey acabará siendo aniquilado.

Entonces Surt, triunfante, arrojará grandes andanadas de fuego y llamas sobre cuanto quede en la tierra y el cielo, y el universo desaparecerá en un cataclismo de humo y oscuridad.

Finalmente, todo quedará como ya estuviera en el Principio, es decir, caótico, informe, silente, en la nada.



## El retorno de los dioses

El rey Gylfi estaba anonadado y confuso. Se movía incómodo sobre su duro taburete. Luego tosió. El relato de semejante catástrofe era demasiado doloroso para creerlo, así que preguntó lastimosamente:

—¿Pero no han quedado dioses vivos y tampoco volverá a haber tierra ni cielo? ¿Y qué sucederá cuando todo esté quemado, cuando todos los dioses hayan muerto y cuando sean difuntos los guerreros selectos y todas las razas humanas?

A lo cual le respondió Alto:

—Recuerda la historia de la visita de Odín a Hel, para consultar a la vidente Volva. Acuérdate de que ésta no quería confesar la palabra secreta que Odín susurraría al oído de Balder cuando éste se encontrara muerto sobre la pira funeraria. Creo que tú te sentirías mejor si pudieses averiguar cuál fue esa palabra mágica, ¿eh?

—En efecto —repuso el rey Gylfi—, ¿pero cómo voy a lograrlo?

—Nadie lo sabe, ni podrá saberlo con certidumbre, excepto dos seres, Odín y Balder. Sin embargo, tu propia experiencia debe haberte explicado ya cómo nada desaparece, nada queda entera y completamente destruido. Así pues, parece lo más probable que la palabra de Odín estuviese destinada a darle a Balder esperanzas cara al futuro.

—Me resulta difícil creerlo —dijo Gylfi—. ¿Qué esperanza puede haber cuando tú me dices que Hoder fue muerto en venganza? Porque él estaba ciego, ¿no es así? Loki era el verdadero culpable. Hoder no sabía lo que estaba haciendo, y sin embargo tuvo que descender a Hel por ello. Eso no es justo. ¿Cómo puedo yo albergar esperanzas?

—Un momento, espera un poco, porque vas demasiado aprisa —le repuso Alto—. Ciertamente, Volva predijo que en el lejano oeste Odín encontraría una doncella que le daría un hijo mágico. Esa criatura es una niña por nombre Rinda y el muchacho se llama Vali. Su finalidad en la vida es vengar la muerte de Balder, y antes de tener un día de edad, sin siquiera emplear tiempo alguno en peinarse o lavarse las manos, mandará a Hoder abajo, camino de Hel. Pero eso no es el final, porque Balder, según creemos nosotros, va a regresar a un nuevo cielo, trayéndose consigo a Hoder y Vali, y al asesino de Hoder también. Según las profecías, la tierra volverá a surgir, fresca y verde, de los mares, y las cataratas caerán gloriosas de nuevo desde los acantilados, en tanto el águila volará en círculos por encima de todos ellos, en un firmamento sin límites. Y los



Ases resucitarán para contemplar un renovado Asgard, y para reunirse, como antiguos amigos, en sus sitios favoritos de antes, en Idavale. Sobre la fresca y verde hierba encontrarán las fichas doradas que les pertenecían y con las cuales practicaban sus juegos anteriormente. Unos campos nunca sembrados proporcionarán espléndidas cosechas maduras. Todos los males volverán a quedar enderezados. Y, tal como te lo cuento, Balder regresará, y tanto él como Hoder (quien para esos días ya no estará ciego) vivirán en el palacio de Odín, junto a todas las otras divinidades. Vídar y Vali estarán allí, así como los hijos de Thor, Modi y Magni, que llevarán consigo el martillo de su padre el dios. Y todos vivirán en armonía y afecto, hablando entre sí y revitalizando su antigua sabiduría, dejando atrás los males antiguos de Hel, la Serpiente Mundial y Fenrir el lobo.

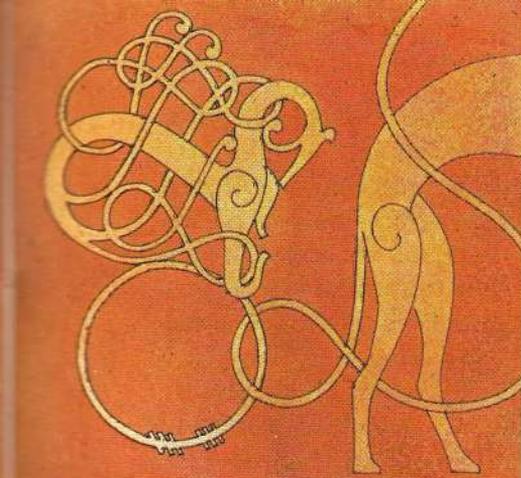
Con todo, el rey Gylfi no se sentía satisfecho, así es que preguntó a su interlocutor:

—¿Y qué me dices de los hombres y las mujeres? ¿Están, pues, definitivamente acabados? A buen seguro que ellos no podrán sobrevivir al Ragnarok.

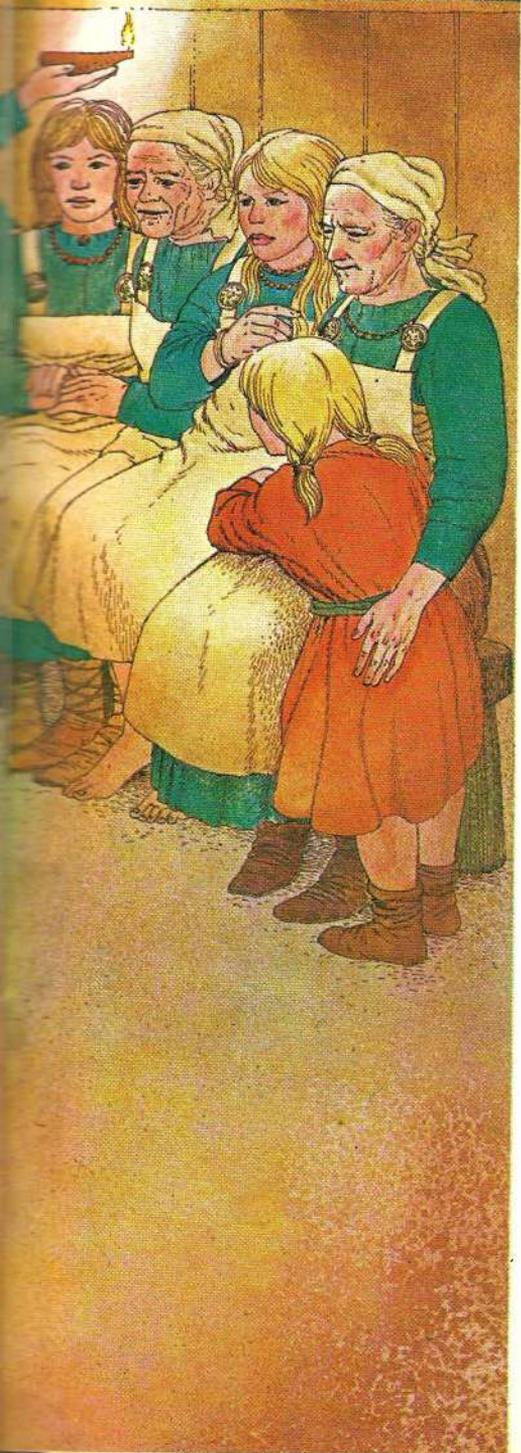
Alto marcó una pausa antes de responder de este modo al rey:

—Te dijimos ya que al iniciarse el Ragnarok tembló el Fresno Mundial, Yggdrasil. El Arbol se conmovió, pero sin llegar a derrumbarse. Dos seres humanos tuvieron el suficiente sentido común como para trepar hasta las ramas del Arbol y ocultarse entre sus espesas hojas, en el momento en que Surt lanzó su fuego sobre todo y contra todos. Esos dos personajes, un hombre y una mujer llamados, respectivamente, Vida y Deseo Vital, ambos llegaron a salvarse. Fueron muchísimo más afortunados que Surt, quien pereció destruido en sus propias llamas. Y de Vida y Deseo Vital descienden, pues, toda la multitudinaria cantidad de personas que colonizarán el estupendo mundo nuevo. Allá arriba, en el firmamento, el Sol tendrá una hija no menos hermosa que él, la cual recorrerá los mismos pasos que su madre diera. Y ahora, si aún te quedan más preguntas que formularnos, realmente te aseguro por mi parte que no sé de dónde puedes llegarlas a sacar. Pues jamás oí yo de nadie que aprendiera los aconteceres y rumbos del mundo en tal extensión o con mayor detalle. Así es que haz buen uso de lo que has visto y oído, como un hombre prudente ha de obrar.





## El rey Gylfi es engañado nuevamente



Durante largo rato, el rey Gylfi permaneció sentado y silencioso, contemplando a los tres seres misteriosos que se habían identificado a sí mismos como Alto, Igual-de-Alto y Tercero. Estos le habían contado mucho más de cuanto en un comienzo podía esperar oír: con todo, no estaba aún satisfecho en relación con el asunto de Gefiun y sus cuatro hijos-bueyes, que se llevaron tirando una completa provincia de su propio reino y la dejaron a la deriva en el mar para que los daneses se apoderaran al cabo de ella. Y ese tema, después de todo, era el que le había conducido a aquel lugar.

Continuó mirando a sus tres interlocutores y sopesando mentalmente si sería o no en exceso arriesgado plantear el caso. Gylfi no era tímido ni tonto tampoco; empezó, pues, su exposición adulando un tanto a sus compañeros de charla:

—Los acontecimientos que vuestras señorías me han relatado son de una significación muy amplia y honda. Dudo de que hubiese podido yo recoger toda esa información de cualquier otra fuente, incluso dedicando toda una vida a investigar los susodichos temas. Pero si vuestras excelencias fueran tan amables, hay otra cuestión menor, una pregunta sin importancia y de índole puramente personal, que sólo a mí concierne en verdad, que me gustaría traer a colación aquí...

—¿Y de qué se trata? —inquirió Alto, con el entrecejo fruncido.

—¿Acaso tenéis noticias de una persona, de cierta dama por nombre Gefiun, pariente, a lo que creo, de...

Se produjo un estallido que rompía los tímpanos y que originó en Gylfi el movimiento reflejo de esconder la cabeza y parpadear. Al abrir de nuevo los ojos ya no estaba sentado en el taburete. Alzó la vista con cautela, mirando atento bajo sus enmarañadas cejas. Al principio nada pudo ver; en realidad no había gran cosa que vislumbrar, excepto una desierta llanura, puesto que los tres personajes habían desaparecido, el palacio se desvaneció y Gylfi estaba él solo al aire libre.

Inmediatamente le vino a la memoria cuanto aconteciera a Thor y sus camaradas tras haber sido expulsados del baluarte de los gigantes por obra del rey Loki de Outgard. Apenas le tomó a Gylfi un segundo decidir que algunas cosas más vale que permanezcan ocultas a nuestro conocimiento, y también pensó que más le valdría hacerse a la idea, y aceptarla, de que aun perdiendo una isla había ganado un lago.

Giró sobre sus talones y empezó la prolongada caminata que le

esperaba hasta alcanzar Suecia. Una vez que hubo llegado a su destino encontró a los suyos sin muestras de haberle echado gran cosa de menos, y en cuanto al territorio robado era como si jamás hubiese estado allí. La gente andaba ya pescando en el nuevo lago, nadando en sus aguas cuando lucía el sol y navegando a la vela por su superficie, como si el lago hubiera estado en el mismo sitio desde el inicio de los tiempos.

Así que Gylfi pensó para sus adentros algo como esto:

«¡Bueno! Algunas personas tienen bien poca memoria y saben adaptarse a toda clase de circunstancias.»

Sólo que al propio tiempo era perfectamente consciente de que había tenido una experiencia que ningún otro ser viviente había obtenido el privilegio de experimentar; por consiguiente, se aseguró de que los beneficios de la misma no se perdiesen nunca, a base de relatar cuanto había aprendido, exponiéndoselo a sus nietos. De este modo, las auténticas historias y relatos de la creación, de los Ases y del Ragnarok han

ido pasando de generación en generación a partir de entonces y por siempre.

Quizá se estén ustedes preguntando quiénes eran los tres seres misteriosos que proporcionaron al rey Gylfi tanta información secreta. La verdad es que él mismo nunca tuvo el suficiente valor de preguntárselo a ellos, aunque tenía sus sospechas al respecto.

Sabía que fue recibido en el Valhalla y también estaba al corriente de que el señor del palacio era el propio Odín. Además, dado que Odín era el único en poseer el divino poder de ver con exactitud lo que pudiese ocurrir en el futuro distante, y en vista de que todo el mundo sabía que uno de sus apodos era el de «Alto», Gylfi se convenció de que Odín había sido su informante.

Por qué el padre de los dioses tuvo que valerse de su poder como modificador de formas y pretender que era tres personas a la vez constituía un rompecabezas, al cual Gylfi no supo hallar respuesta.

¿Tienen ustedes, quizá, una teoría propia sobre el particular?



## VISION DE LA ADIVINA

Cuando Heimdall convoque con su potente cuerno,  
la cabeza de Mímir cantará al dios Odín;  
el lobo se desata y el gran fresno vacila,  
gimiendo están las ramas del árbol Yggdrasil.

¿Qué ha sido de los Ases? ¿Qué ha sido de los elfos?  
Deliberan los Ases, resuena Jotunheim;  
sollozan los enanos, los sabios de las rocas,  
en el umbral del risco: ¿O mejor lo sabéis?

Viene Hymir del este con el escudo en alto;  
el reptil se revuelve con furor infernal;  
chapotea la sierpe, y mientras grazna el águila,  
la que desgarró muertos, suelta amarras Naglfar.

Por el mar en un barco navegan desde el este  
los vástagos de Muspell, y Loki va al timón;  
con él todos los monstruos avanzan en manada:  
fiero lobo los guía, del mal el hacedor.

Del sur envuelto en fuego —el mal del árbol— viene  
Surt con la espada ardiente brillando por doquier;  
las rocas entrechocan, las brujas se rebullen,  
los cielos se quebrantan y todos van al Hel.

Otro dolor profundo a Frig le aguarda ahora,  
cuando a luchar con Fénrir al fin se lance Odín,  
y Frey el refulgente contra Surt el gigante:  
será allí donde acabe la alegría de Frig.

Vídar se enfrenta luego al que come carroña,  
el hijo de Odín lucha con el lobo feroz;  
hasta la empuñadura la espada hunde en el pecho  
del fiero hijo de Loki: así al padre vengó.

Vencedor de la sierpe, el hijo de la Tierra  
se aleja moribundo del veneno letal:  
sin Thor todos los hombres abandonan el mundo,  
cuando feroz la mate el guardián de Midgard.

Por fin el sol se apaga, la tierra se sumerge,  
caen del cielo las claras estrellas sin fulgor;  
con furiosa humareda las llamas se levantan,  
y hasta los altos cielos se eleva su calor.

## Los símbolos en los mitos nórdicos

¿Quiénes eran los dioses? Para unos fueron hombres especialmente dotados, elevados después a la categoría de dioses. Otros los consideran personificaciones de acontecimientos naturales, tales como el discurrir del sol a través del cielo, la salida y el ponerse de la luna, el trueno y el rayo. Parece seguro que los antecesores de los vikingos (mucho antes de que estos últimos arribaran a tierras del norte europeo) habían imaginado a un dios ruidoso, de rojas barbas, que lanzaba un terrible martillo (el rayo), y cuyo carro de traqueteante ruido originado por las ruedas causaba el trueno. Puesto que una tormenta no era algo de origen humano, ¿qué explicación mejor cabía hallar que decir que la causaba la acción de un dios?

Más adelante, cuando los vikingos colonizaron Noruega y Suecia, y después Islandia, vieron algo de sobrehumano en aquellas montañas y glaciares. Estos rasgos de la naturaleza a menudo encerraban peligro y fácilmente podían ser identificados con demonios: malignos gigantes montañoses y helados ogros. Cuando los marineros se tropezaron con islas dotadas de volcanes en actividad (como el Hekla, en Islandia), ¿qué cosa más natural que ver, en los cráteres en explosión, llamaradas como espadas y fluir de lava toda una familia de gigantes de fuego que algún día acabarán por destruir el mundo?

Los dioses y diosas de esta mitología a menudo ostentan nombres que nos proporcionan claves acerca de su origen. Odín era antiguamente Voden (los anglosajones le conocían por Woden), y este nombre procedía del mismo origen o raíz que la palabra latina *ventus*, viento. El nombre primigenio de Tyr fue Tiwaz, correspondiendo al romano Jovis, Júpiter, y al griego Zeus. Todos estos nombres descienden de una antiquísima raíz que significa «deslumbrante», y muestran que Tyr era a la vez un dios del cielo y probablemente el jefe de todos los dioses. Los vikingos colocaron a Odín en el lugar número uno y por eso Tyr pasó luego a ser un dios de la guerra, ya de menos importancia.

En un período posterior de la historia nortea llegó una nueva raza de dioses, los Vanir, con invasores procedentes del sur y del este. Los más conocidos entre éstos son: Niord, Frey y Freya, junto con Balder y posiblemente Heimdall. Si recordamos que los pueblos nórdicos llamaban a los primeros seis días de la semana en honor al sol, la luna, Tyr (o Tiw), Voden (Odín), Thor y Frigg (o Freya), podemos suponer que siempre se estimó que tales dioses y diosas poseían grandes poderes.

Snorri Sturluson en su *Edda Menor* hace descender a Odín de Thor y del rey troiano Prtamo, con el afán de emparentarlos con el mundo clásico. «El rey de Suecia —dice— se llamaba Gylfi y, cuando supo que le venían los hombres de Asia, a los que se daba el nombre de Ases, salió a su encuentro y le ofreció a Odín cuanto quisiera tomar de su reino. Una virtud los acompañaba en su viaje, que dondequiera que se establecieran, allá había buen año y paz, y todos creían que eran ellos quienes mandaban en esto, pues los señores veían que eran distintos a los demás hombres que habían visto antes, tanto en la hermosura como en el entendimiento. A Odín le pareció que había allí hermosos campos y buena tierra... Los Ases tomaron esposas en aquellas tierras... y

estas gentes se hicieron muy numerosas y se extendieron por Sajonia y todo lo que va hacia el norte, de modo que su lengua, la de los hombres de Asia, llegó a ser la lengua propia de todas estas tierras. Por los nombres de nuestros antepasados, que se han conservado por escrito, parece que puede verse que vienen de esta lengua, y fueron los Ases los que trajeron esa lengua a esta parte del mundo, a Noruega y a Suecia, a Dinamarca y a Sajonia».

Al comienzo de cada capítulo, el ilustrador ha dibujado algunos de los símbolos que representan la naturaleza y las aventuras de los dioses y los héroes.

Pág. 11. DE CÓMO FUE ENGAÑADO EL REY GYLFI.— Símbolos del mundo del rey Gylfi: montañas, animales, aves de las tierras del norte; árboles (pino, abeto y arce) y salmón. El edificio de madera es el típico palacio-residencia de los vikingos.

Pág. 15. UN MUNDO DE HIELO Y FUEGO.—Islandia es una zona de actividad volcánica; los gigantes del fuego pueden haber sido personificaciones de los volcanes en erupción.

Pág. 20. LA CREACIÓN DEL MUNDO.—En los mitos vikingos lo primero que se formó en el mundo fueron las rocas desnudas; a ellas se agregarían más tarde mares, ríos y lagos.

Pág. 24. NOCHE Y DÍA.—Dos mitos separados explican la noche y el día. En uno (aquí tratado), la Noche es mujer y el Día varón; en el otro, los caballos del sol, son montados por una muchacha, mientras que la luna es un chico.

Pág. 29. LOS PRIMEROS SERES HUMANOS.—Hojas y frutos de fresno (arriba) y olmo, los árboles de donde surgirían los primeros seres humanos.

Pág. 31. YGGDRASIL, EL FRESNO MUNDIAL.—Hojas, flores y frutos de fresno, árbol simbólico que soportaba y contenía los nueve mundos. Los ciervos eran enemigos, royendo la corteza del árbol. El águila es el símbolo de Odín.

Pág. 37. LA EDAD DE ORO EN ASGARD.—En la Edad de Oro siempre se estaba en la mejor estación del año, llena de flores y frutos. Vacas y ovejas eran abundantes y felices.

Pág. 44. HEIMDALL EN MIDGARD.—Las figuras representan las tres clases sociales de tiempos de los vikingos: campesinos o siervos, granjeros propietarios (terratenientes) y gobernantes, nobles y reyes.

Pág. 46. LAS NORNAS.—Los utensilios para hilar simbolizan el hilado de la trama de la vida por los Hados. Las fases de la luna representan juventud, madurez y vejez. El pozo de Wyrd era uno de los tres existentes entre las raíces de Yggdrasil.

Pág. 48. LOKI Y SUS MALVADOS HIJOS.—Los tres hijos de Loki —el lobo Fenrir, la Serpiente Mundial y Hel— son los símbolos claves del mal, de los mitos nórdicos. Loki está asociado con el fuego, especialmente con el rayo.

Pág. 52. GUERRA EN EL CIELO.—Frey, miembro importante del grupo Vanir de dioses, fue en tiempos la divi-

nidad solar, y su nombre se asociaba con la fertilidad. Su espada era capaz de combatir por sí sola; cascos con cabeza de jabalí eran a menudo lucidos en su honor.

Pág. 60. LAS MURALLAS DE ASGARD.—El águila de Odín vigila encaramada en las reconstruidas murallas. Sleipnir, el corcel de ocho patas de Odín, aparece aquí por vez primera en el relato.

Pág. 65. LAS MANZANAS DE LA VIDA ETERNA.—Idunn, diosa de la juventud y la primavera, con su cesta de manzanas mágicas. Las flores y frutos corresponden a la manzana salvaje de Escandinavia.

Pág. 72. ODÍN SE PREPARA PARA EL RAGNAROK.—Principales símbolos de Odín: sus cuervos, su asiento de alto respaldo, el águila coronando su casco, sus dos lobos y el corcel con ocho patas.

Pág. 78. SIGURD EL MATADRAGONES.—La espada mágica de Sigurd, Gram, y el dragón Fafnir.

Pág. 89. LA HISTORIA DE CAPIROTE EL TEMBLOROSO.—Biarki el Batallador, el rey Rolf Kraki, el Poste de Escalar que le dio su nombre y Capirote, pasando de la adolescencia a la edad adulta.

Pág. 97. CUANDO ATARON A FENRIR EL LOBO.—Los elementos con que se forjó el encadenamiento del lobo: las raíces de una montaña, la caída de un gato, los nervios de un oso, la barba de una mujer, la respiración de un pez y la saliva de un pájaro.

Pág. 101. DE CÓMO CONSIGUIÓ THOR SU MARTILLO.—Los atributos del dios: su martillo, los guanteletes de hierro y el cinturón que acrecienta el vigor. Su hogar, Bilskirnir o Rayo, era el sitio donde todo el mundo se sentía bienvenido.

Pág. 107. THOR COMBATE AL GIGANTE KRUNGNIR.—La nube tonante de Thor compone un trasfondo, resaltando las armas: la piedra de afilar del gigante y el martillo de Thor.

Pág. 112. THOR SALE A PESCAR.—La Serpiente Mundial, el enemigo del dios Thor, era una de las decoraciones favoritas en las naves vikingas.

Pág. 116. THOR EN EL BALUARTE DE LOS GIGANTES.—Thor y sus compañeros, con plantas típicas de los bosques norte-europeos.

Pág. 124. LAS VACACIONES DE THOR.—Loki con su disfraz de halcón, y debajo Thor y Loki iniciando su recorrido *vacacional*.

Pág. 134. LA MUERTE DE BALDER.—El dorado cabello de Balder relucía como el sol; su palacio, Glitnir, era conocido como «Resplandor». Flores particularmente asociadas con este personaje son la manzanilla y las margaritas.

Pág. 141. LA VENGANZA DE LOS DIOS.—Loki con su disfraz de salmón. Se dice que fue él quien inventó la red para pescar.

Pág. 144. EL RAGNAROK, JUICIO FINAL DE LOS DIOS.—Estos son los símbolos de la guerra.

Pág. 149. EL RETORNO DE LOS DIOS.—Vida y Deseo Vital, los humanos supervivientes del Ragnarok, vuelven a nacer dentro de un mundo igualmente renacido.

# Índice analítico

*Los números en cursiva se refieren a las ilustraciones en color*

- Afi 45  
 Afiladientes 41, 116, 130, 133  
 Ai 44, 45  
 Alf 80  
 Alto 14, 21, 25, 33, 40, 43, 52, 73-77, 100, 114, 149, 151-152  
 Alto Nido, véase Hlidskialf  
 Amma 45  
 Amsvartnir 100  
 Andvari 79, 85, 88, 141  
 Angrbode 49, 53, 57, 58  
 Annodomini 122-123  
 Ases 13-15, 31-32, 37, 40, 42-43, 46-49, 52, 56-59, 60-61, 64, 67-69, 72, 76, 97-100, 106-107, 121, 131-135, 140-141, 145, 150-153  
 Asgard 13-14, 31-33, 36-37, 38-39, 40-48, 52-53, 57-61, 62-63, 64-69, 72-73, 97, 100-101, 104, 107, 109, 114, 133, 135-137, 140, 145-150  
 Audumla 17, 120  
 Aurgelmir 17, 18-19, 20  
 Balder 42, 68-69, 100-101, 134-140, 144, 149-150  
 Balethorn 17  
 Bergelmir 20-21  
 Berserks 72-73, 93, 148  
 Bestla 17  
 Biarki 89-90, 91, 92-96  
 Bifrost 22-23, 32, 42, 44, 145  
 Bil 25  
 Bilskirnir 41, 112-116, 125, 131  
 Bor 17, 20-21, 22-23, 28  
 Bosquehierro 28, 49, 58  
 Bragi 43  
 Branstock 80, 84  
 Breidablik 32, 42  
 Brising 57  
 Brisingamen 57, 132-133  
 Brok 102-103, 104-106  
 Brynhild 86-88  
 Buri 17  
 Caminante Cansado, 14, 21  
 Capirote el Tembloroso 90-96  
 Cebadatrigo 57  
 Cerdas Doradas 137  
 Clutch 128  
 Colina Celeste 32  
 Colmillos Desgarrantes 137  
 Crin Dorada 42, 137  
 Crines-de-Escarcha 25  
 Crines-de-Oro 107-109  
 Crines Resplandecientes 25  
 Cuñada 45  
 Daneses 151  
 Delling 25  
 Deseo Vital 150  
 Día 25, 26-27  
 Diente Roedor 32  
 Dinamarca 11, 13, 78-81, 86, 89  
 Draupnir 102-103, 105, 137, 140  
 Dromi 97  
 Echachispas 120, 123  
 Edda 44, 45  
 Einheriar 73-76, 145-148  
 Elfos 40, 56, 104, 131, 145, 153  
 Elivagar 16-17  
 Enanos 12, 40, 79, 99-100, 106, 112, 137, 145, 153  
 Erik Carirrelleno 92-96  
 Erna la Orgullosa 45  
 Esclavo 45  
 Espacio 24  
 Estalla-Burbujas 16  
 Explorador 135  
 Fafnir 79-81, 82-83, 84-85  
 Farbauti 43, 48  
 Fenrir 28, 49, 50-51, 58, 97, 98-99, 100, 145, 146-147, 148, 150, 153  
 Fensalir 40, 136  
 Fimbul 144  
 Forseti 42  
 Freki 40  
 Fresno 30, 43, 144  
 Fresno Mundial, véase Yggdrasil  
 Frey 42, 52, 53-59, 68, 97, 104-106, 137, 142, 148, 153  
 Freya 42, 52, 56, 59, 60-61, 64, 68, 97, 101, 108, 124, 132-133, 137  
 Frig 37, 40, 42, 43, 135-137, 140  
 Fuerza Reluciente 141-142  
 Fulla 140  
 Garmr 33, 34, 134, 148  
 Gefiun 12-14, 151  
 Geirrodd 124-129, 126-127  
 Gerda 43, 49, 53, 56-58  
 Geri 40  
 Giallahorn 42, 44, 145  
 Gigantes 12, 24-25, 28, 36, 48-49, 52, 60-64, 72, 107-112, 116-129, 145-148

- Gigantes del fuego 12, 14-15, 36, 40, 53, 145-148
- Gigantes del hielo 14, 17, 20, 31, 36, 40, 44, 56, 61, 137
- Gigantes de las montañas 36, 40, 42, 60-61, 137
- Ginnungagap 15-17, 20
- Gioll 140
- Giuki, rey 87-88
- Gladshheim 32, 73
- Gleipnir 100
- Glitnir 32, 42
- Gnipahellir 33, 34, 134, 138
- Gotland 80
- Gram 84-86
- Grani 81, 84-88
- Greeth 125-129
- Grimhild 87
- Gudrun 87-88
- Gullinbursti 102-103, 105, 106
- Gullinkambi 73, 145
- Gullintanni 42
- Gungnir 104-105, 148
- Gunnar 87-88
- Gunnar, Helm 86
- Gunnar, perro del rey Kraki 94
- Guttorm 87-88
- Gylfi, rey 11, 13-16, 21, 25, 28, 30, 32-33, 37, 43, 46-47, 49, 52, 58, 73-74, 76, 100, 134, 144, 149, 150-151, 152
- Gymir 49, 53, 56
- Heimdall 42-45, 61, 64, 67-69, 97, 132-133, 137, 145, 148
- Hel 32-33, 34-35, 36, 40, 42, 49, 50-51, 56, 58, 76, 97, 134-136, 140, 145, 149, 150, 153
- Hengist 89, 90
- Henir 43, 59, 65-66, 69, 78-79; *véase también* Vili
- Hermod 137, 140
- Hindfell 85-87
- Hiordis 80-81, 84
- Hlidskialf 40, 53, 57, 97, 134, 141
- Hnos 57
- Hoder 42, 135, 149, 150
- Hogni 87-88
- Hombre-lobo 28, 58, 72
- Huginn 40
- Hymir 112-113, 114-115, 153
- Idavale 32, 150
- Idunn 37, 43, 47-48, 66-69, 70-71, 72
- Igual-de-Alto 14, 21, 73-74
- Ingenioso 120, 123
- Ivaldi 104
- Jalprek 80
- Jarl el Conde 45
- Jormungander 49, 104, 112-113, 133; *véase también* Serpiente Mundial
- Jotunheim 13, 21, 24, 31, 33, 36, 46-49, 53, 56, 64, 67-68, 107-109, 117, 124-128, 131-133
- Karl el Soldado 45
- Kraki, rey Rolf 89-96
- Kreidmar 78-81
- Krungnir 107-110, 111
- Kvasir 59, 141-142
- Laufey 48
- Lit 137
- Loding 97-100
- Lodur 17, 20, 21, 29, 30, 43; *véase también* Ve
- Loki 43, 47-49, 50-51, 58, 60-61, 65-69, 78-79, 97, 101-106, 108, 116-125, 126-127, 128-129, 130, 131-133, 135-136, 140-142, 143, 145-149, 153
- Loki de Outgard 118-123, 131-133, 151
- Loptr, *véase* Loki
- Luna 25
- Lyngvi 100
- Madre 45
- Madrugador 25
- Magni el Poderoso 110, 150
- Malaren 13
- Maldon 73
- Masa-de-Nubes 109-110, 110-111
- Máscara de Escarcha 56
- Micklegarth 12
- Midgard 21, 28, 32, 33, 40-42, 44-45, 49, 61, 72-78, 98, 110, 112, 120, 142, 144-148, 153
- Mimir 31, 32, 43, 59, 145, 153
- Míofnir 41, 64, 109-112, 133, 137
- Modgud 140
- Modi 150
- Muérdago 136
- Mundilfari 25
- Muninn 40
- Muspellheim 15-16, 21, 25, 33, 40, 145, 153
- Naastrand 33, 36
- Naglfar 36, 42, 76, 145
- Naglfari 24
- Nanna 42-43, 101, 137, 140
- Narfí 24, 46
- Nari 142
- Nido del Águila 56
- Niflheim 16-17, 31-33, 40, 64, 97, 134
- Niflhel 36
- Niord 42, 52, 59, 54-55, 69, 142
- Nithog 31-32
- Nornas, las 31, 46-47
- Noatun 52
- Noche 24-25, 26-27, 46
- Norway 11
- Nutria 78-79
- Odín 13, 17, 20-21, 25, 29-32, 37, 40, 42, 44, 48, 53, 56-61, 64-69, 72-79, 81, 86, 88, 97, 100, 104-109, 125, 132, 134-135, 137, 140-142, 144-145, 146-147, 148-153
- Ojos Secos 140
- Olmo 30, 43, 144
- Otro 24-25
- Ottar 57
- Padre 45
- Playa de los Cadáveres 145
- Puerta del Cadáver 56, 61
- Ragnarok 15, 33, 40, 42, 47, 53, 73-77, 100, 132, 142, 145-148, 150, 152
- Ran 79, 141
- Real 45
- Rechinadientes 41, 116-117, 130, 133, 147
- Regin 79-85
- Rey el Joven 45
- Rhin, río 87
- Rico en Asientos 57, 64
- Rimer 56
- Rinda 135, 149
- Ringhorni 137, 138-139
- Rockyard 107-110
- Roskva 116-123
- Saltacielos 74
- Sehrímnir 74
- Serpiente de Midgard, *véase* Serpiente Mundial
- Serpiente Mundial 41, 49, 50-51, 58, 97, 112-113, 114-115, 123, 145, 146-147, 148, 150, 153; *véase también* Jormungander
- Sierva 45
- Sif 41-43, 48, 101, 104-106, 108, 112
- Siggeir 80
- Sigmund 80, 84
- Signy 80
- Sigurd 80-81, 82-83, 84-88
- Sigyn 49, 142, 143
- Sindri 102-103, 104-106
- Skadi 43, 52, 68-69, 142
- Skidblade 104-105
- Skirnir 53, 56, 97-100
- Skuld 47
- Skyr 45
- Sleipnir 64, 81, 107-108, 134-135, 137, 140, 145
- Slid 36
- Sol 25, 150
- Starkad 77
- Suecia 11, 13, 152
- Supremo-en-Fortaleza 25
- Surt 12, 15, 145, 148, 150, 153
- Svafilfari 62-63, 64
- Svalin 25
- Svartalfaheim 104
- Swain 92
- Tercero, El 14, 21, 73-74, 151
- Thialfi 116-123
- Thiazzi 52, 66-69, 70-71, 142
- Thor 33, 36, 40-42, 47, 61, 64, 69, 72, 90, 93, 95, 101-110, 110-111, 112-113, 114-115, 116-118, 119, 120-129, 130, 131-133, 137, 141-142, 145, 146-147, 148, 150, 153
- Thrumheim 43, 52
- Thruthgelmir 20
- Tierra, 25, 153
- Tierra del mar 13
- Torbellino 48
- Tormentoso 16
- Tromba 48
- Trudvangar 41
- Tryggvason, Olaf 73
- Tyr 42, 60-61, 68-69, 97-100, 148
- Ull 42
- Valhalla 14, 58, 73-74, 75, 76-77, 80, 88, 96, 107-109, 134, 136, 140, 145, 152
- Vali 42, 135, 149, 150
- Vali, hijo de Loki 142
- Valkirias 73-74, 86, 88, 137, 148
- Vanaheim 40, 42, 52-53, 56-57, 59
- Vanir 40, 42, 52-53, 56-59
- Vartari 106
- Vasty 117-118, 123
- Ve 17, 20, 21, 29, 30, 43; *véase también* Lodur
- Verdandi 47
- Vergelmir 16, 31, 133
- Vida 150
- Vídar 42, 148, 150, 153
- Vígrid 145
- Vikar, rey 76-77
- Vikingos 11-13, 24, 73, 76, 80, 86, 89-96
- Vili 17, 20-21, 29, 30, 43; *véase también* Henir
- Vímur 128
- Vingolf 32
- Volsung, rey 80
- Volva 134-135, 149
- Wyrð 31, 32, 46-47
- Yelp 128
- Yggdrasil 31-32, 40, 43, 46, 52, 56, 59, 76, 145, 150, 153
- Ymir 17, 20-21; *véase también* Aurgelmir
- Yuki 25
- Zapato más Grueso, El 42, 148
- Zeeland 13

#### EL AUTOR

Brian Branston ha trabajado como productor de la BBC y como director de cine desde 1946. Durante diez años ha dirigido los trabajos de viajes y exploración realizados por la BBC, tomando parte activa en algunas de las aventuras y películas que dirigió. Ha filmado en Islandia, Groenlandia, América del Norte y del Sur y en otros lugares. Lleva veinticinco años escribiendo libros, y dos dedicado especialmente a la mitología anglosajona y escandinava.

#### EL ILUSTRADOR

Giovanni Caselli es un florentino residente en Londres. Desde 1960 lleva investigando y trabajando en una serie de pinturas que intentan reconstruir la vida del pasado. Estudioso de arqueología y antropología, ha llevado a cabo numerosas tareas de investigación en Italia.

#### EN LA MISMA SERIE

*Guerreros, dioses y espíritus de la mitología de América Central y Sudamérica.*

Textos de Douglas Guifford.  
Ilustraciones de John Sibbick.

*Dragones, dioses y espíritus de la mitología china*

Textos de Tao Tao Liu Sanders.  
Ilustraciones de Johnny Pau.

*Emperadores, dioses y héroes de la mitología romana*

Textos de Kerry Usher.  
Ilustraciones de John Sibbick.

*Monstruos, dioses y hombres de la mitología griega*

Textos de Michael Gibson.  
Ilustraciones de Giovanni Caselli.

*Dioses y faraones de la mitología egipcia*

Textos de Geraldine Harris.  
Ilustraciones de David O'Connor.

*Ciudades fabulosas, príncipes y yinn de la mitología árabe*

Textos de Jairat Al-Saleh.  
Ilustraciones de Rashad N. Salim.

*Héroes, monstruos y otros mundos de la mitología rusa*

Textos de Elizabeth Warner.  
Ilustraciones de Alexander Koshkin.

